

*Selecta*



*Cuando*  
UN HOMBRE  
*ama*

ELEANOR RIGBY

Cuando un hombre ama

Gillander's Whisky 1

*Eleanor Rigby*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleer  
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

*Lochranza, isla de Eilean Arainn.*

*Mayo de 1837.*

La madera de palo santo del escritorio, un magnífico mueble estilo alfonsino perfectamente conservado, no tenía ninguna culpa de las decisiones que se tomaban sin consultar. Y sin embargo, fue ella la que sufrió la brusca colisión del puño cerrado de su reciente propietario.

La sombra de Calder Houston se proyectó con la misma intención intimidatoria que el golpe a la mesa. Sus condiciones de salud no eran las más propicias para levantarse sin usar el bastón, pero de la mano de ese severo ramalazo de ira, habría sido capaz hasta de cruzar a nado el océano.

Según el libro dinástico, los Houston eran hombres de carácter inflamable, y poseían además una marcada tendencia al exabrupto. Pero en este caso, fueron otros factores los que complicaron su heredada vena sensible.

—¿Que has hecho *qué*?

Por el tono que usó al hablar, frío y peligroso, a su interlocutor le habría convenido guardar silencio. Pero el título de amigo, a veces, otorgaba a los más obtusos el derecho a regodearse.

—Te he prometido en matrimonio con Bethia MacDuff.

No era el nombre lo que causaba las molestias. Reconocía el apellido: los MacDuff formaban uno de los clanes escoceses más importantes del reino, pero a Calder no le impresionaba la riqueza, ni la fama, ni ninguna otra virtud de la que él ya dispusiera. En cuanto al «Bethia», no había oído hablar de ninguna en sus treinta años de vida. Al menos podía quedarse tranquilo porque Lachlan no le hubiera arrojado a brazos de una mujer que conociera y despreciase, como amenazó que haría. La cuestión era que lo estaba obligando a hacerlo, porque ni le sonaba su nombre ni pretendía que lo hiciera. Faltaría más.

Calder agarró el documento que había denunciado las intenciones de su amigo: una carta firmada y sellada a *su* nombre, pero que no estaba escrita por él. Lo arrugó entre los dedos y lo arrojó al suelo, furioso.

Por lo visto, Lachlan había pasado las últimas semanas encargándose de su correspondencia. Qué considerado. Tal vez debiera agradecer que le hubiera ahorrado el único maldito trabajo que podía desempeñar sin exponerse al dolor paralizante, haciéndolo sentir más inútil aún. Tal vez

tendría que agradecerle, asimismo, que hubiera usado su nombre y su pluma para embaucar tanto a MacDuff como a la muchacha. Tal vez agradeciese también una patada en las vergüenzas. Las tres propuestas tenían su equivalencia.

—Cómo... —empezó, temblando—. Cómo te has atrevido.

—Te lo avisé, Calder. Te avisé de que, si no encontrabas una mujer en abril, yo mismo te la buscaría y detallaría un acuerdo con la familia. Sabes que esto es necesario. Haz esto tan sencillo como debería ser y no te ofusques.

Encima le venía con sugerencias.

Calder se pellizó el puente de la nariz. De repente sentía unas incontrolables ganas de echarse a reír. Quizá en cualquier otro momento, cuando no hubiera estado rechinando los dientes por el insoportable ardor en la pierna, le habría dado la razón. Efectivamente lo avisó, y Lachlan era un tipo que cumplía sus promesas. Y, por mucho que deseara romperle los dientes, sí que era necesario. Al menos, la parte del matrimonio. La de prometerlo contra su voluntad ya era otra historia.

—Si no me puedo ofuscar por haberme despertado soltero y tener que acostarme casado por obligación, dime qué debería molestarme. Hay una mujer en la puerta de mi casa, convencida de que va a realizarse una ceremonia sagrada en veinticinco minutos. ¿O me has informado mal?

—No, así es. Eso te da diez minutos exactos para prepararte y acudir al jardín. Es de mala crianza hacer esperar a la novia... Y al padre. El *laird* no es un hombre al que le guste que le hagan perder el tiempo.

—El *laird* puede besar mi culo si no ha sabido reconocer una firma falsificada. ¿Cuántas cartas han sido en total? ¿Qué diablos os habéis dicho en ellas?

—Ya sabes. Tratamientos diplomáticos, muchas alabanzas por mi parte... Quiero decir, *tu* parte —corrigió—. Contactó a Carmichael para encargarse de un buen lote de whisky, y la conversación acabó derivando, no sé cómo, en la prisa que tenía por deshacerse de su única hija. Es un buen cliente así que le ofrecí un apaño. A él y a ti.

»No creo que salgas perjudicado con esta unión. Desconozco si es virtuosa, pero nada más que por su linaje, ya vale mucho más del precio por el que la compramos.

Calder desencajó su mandíbula por no desbaratar la de Lachlan. Abordar a un hombre con los delirios del matrimonio, y en términos de gangas, cuando este padecía el indescriptible sufrimiento de una herida letal, merecía el castigo de los demonios del infierno. Hacía solo seis meses desde que había recibido un balazo en la pierna, y únicamente tres desde que podía levantarse de la cama; uno desde que podía bajar las escaleras. Su buen humor no había ido a mejor con los adelantos, sino que se resintió conforme fue asumiendo que su ahora gran defecto permanecería en él hasta que lo enterrasen.

La certeza de que estaría cojo para siempre, unido al dolor y a las causas de su problema físico, se aunaban para constituir la miseria que azotaba su vida. Una a la que no podía hacer frente. Una sin cura.

Estaba hasta las cejas de láudano e iba a encender su pipa de opio para hacerla más llevadera, cuando había encontrado una serie de cartas que no le sonaba haber escrito. En base al contenido, dedujo que Lachlan se concedió unos cuantos derechos. Lo llamó a gritos, lamentando no poder moverse del asiento para ir él mismo a buscarlo. Armado. No importaba con qué. Entonces, Lachlan Hawke apareció y confesó su crimen sin el más mínimo atisbo de vergüenza. Agregando que, para colmo, iba a casar a lady Beth con él *esa misma tarde*.

Lo tenía acorralado, porque ya no lo podía deshacer.

—Pretendías llevarme al altar engañado —dedujo Calder, tratando de mantener la calma. Envío una mirada al inmenso ventanal que daba a la llanura.

—Pensamos que sería la única forma de conseguir que te casaras.

—¿Cómo que «pensamos»? ¿Quién más hay detrás de todo esto?

—Carmichael y Denna. A Haye se lo dijimos, pero no quiso formar parte de la conspiración.

—Un hombre con dos dedos de frente.

—¿Tú crees? —Ladeó la cabeza. Con el movimiento, dos gruesos mechones rubios ocultaron parcialmente su resuelta mirada—. Él tenía otras ideas para garantizar tu legado. Creía que con meter a una prostituta en tu alcoba, cuando estuvieras demasiado drogado para negarte, sería suficiente.

Calder cerró la mano en un puño. Y aquellos se hacían llamar sus hombres de confianza... Comprendía que Denna, su cuñada, estuviera desesperada porque tuviera un heredero; de eso dependía el bienestar de los Houston. Hasta cierto punto imaginaba que Lachlan también andaba ansioso por finiquitar el asunto. Estaba loco de amor por ella y deseaba garantizar su felicidad. Para Haye y Carmichael era una cuestión de amor, asimismo, estaban enamorados de *Gillander's Whisky*, y harían cualquier cosa para mantener el negocio lejos de las manos inadecuadas. No podrían decir que Calder no fuese comprensivo, porque se apiadaba de ellos y secundaba sus razones. Pero de todos modos esperaba que ardiesen en el infierno.

¿Quién lo entendía a él? Nadie. Nadie entendía por qué sus reticencias hacia el matrimonio sobrepasaban la obsesión, y quizá fuera porque no se molestó en expresarlas, pero pensaba que no hacía falta: sus amistades eran lo bastante avispidas para advertirlo de un solo examen a su físico.

Calder agarró el bastón, con la palma húmeda de sudor, y se dirigió al ventanal. Necesitaba relajar los ánimos, empaparse del optimismo que manaba de Lachlan. Era sencillo estar tan cómodo, repantigado en un sillón, cuando no era él quien debía jugar a ser el marido.

—Di algo —pidió con voz suave—. Tus silencios me aterran.

—Guardo silencio para no hacer contigo algo más aterrador aún.

—Calder, por el amor de Dios. Sabes que este momento tenía que llegar. No puedes permitirte la soltería. ¿He de recordarte que todo cuanto conoces y quieres estará peligrando mientras no sientes la cabeza?

No, no era necesario que se lo recordara. Lo tenía muy presente. Era el único motivo por el que había descartado el estrangulamiento. Aunque no del todo.

—Tenía derecho a elegir a la que fuera mi mujer, Lachlan.

—Por supuesto que sí. Pero no estás en condiciones de viajar, y en esta isla no hay ninguna mujer que merezca la pena. Además de que, con ese humor que tienes, no habrías conquistado a ninguna. Confiesa: no pensabas salir de aquí en busca de la adecuada.

—Como bien has anotado, no estoy en condiciones de salir a buscar nada —apostilló, arrojando contra él una mirada rencorosa. Lachlan presionó los labios. Viendo que pretendía disculparse, añadió—: Todavía tendrás las agallas de decir que me has hecho un favor.

—No, yo no. Esperaré a que me lo digas tú. Tal vez hoy no, pero algún día, espero que no muy lejano, me darás las gracias por haber sido un animal rastrero.

—Quizá cuando Lucifer empuñe su látigo siendo yo su víctima, y me obligue a decirlo para salvar mi pobre alma inmortal.

—Eres un auténtico dramático, Calder. Y no te culpo. Aún no hace ni siete meses desde que ocurrió aquello. Todos andamos desquiciados, de una forma u otra. Denna no puede dormir, Carmichael siempre revisa sus espaldas cuando entra a la destilería, y hay veces en las que a mí me parece verlo a través del cristal.

Calder no respondió. Él sufría esos síntomas de estrés. Los tres. Juntos. Había pasado meses en cama y, paradójicamente, no concilió el sueño más de dos horas seguidas. Se le olvidó cómo se dormía por culpa de la paranoia. No soportaba estar a solas en la habitación, porque el crujido de los muebles, el chasquido de la puerta, el abrazo entre los postigos de las ventanas y el viento, el vaivén de las cortinas... Todo eso le aceleraba el pulso de puro pavor. Sentía que él le estaba acechando en cada movimiento. En cada sonido. Cerraba los ojos y escuchaba su respiración muy cerca del cuello. Él ponía voz a sus pensamientos. Tenía su risa grabada a fuego, y era culpable de sus vellos como escarpías.

Pero un matrimonio no iba a resolver eso. No iba a solucionar nada, en general. Calder lo sabía y estuvo meses tratando de defender su punto de vista. Nadie lo escuchó. Sus socios estaban tan obcecados en encontrar una salida que no pensaban con claridad. Y la verdad era que él tampoco, pasando drogado la mayor parte del tiempo, pero había demostrado tener más seso que los otros tres juntos. Una mujer únicamente significaría problemas y mala reputación, y eso solo para Calder. Si llegaban a cumplirse los peores pronósticos, ella sufriría tragedias peores.

—No creo que vaya a resultar.

—Es posible que salga mal —concedió Lachlan—. Pero es la única alternativa. El testamento dice que será el primero que tenga un hijo. La mejor manera de intentarlo, de tener una posibilidad contra tu hermano, es engendrándolo... Y haciendo que sea legítimo.

Con esa última oración aclaraba que no era suficiente con el bastardo de una ramera: cualquiera podría deslegitimar al crío.

Calder se pasó una mano por la cara y la dejó caer, muerta, contra la cadera. La empuñadura del bastón estaba empapada por la alta tensión, y sentía que iba a desmayarse de un momento a otro. Para colmo, tenía que darle la razón a Lachlan: eso casi era lo que más le dolía del asunto.

Inspiró hondo.

—¿Cómo es ella? —inquirió en tono adusto, aún negándose a ceder. Lachlan no debió captar la intención de su pregunta, porque sonrió aliviado.

—Dios santo, no sabes cuánto celebro que lo estés pensando. No es como si se pudiera deshacer, de todos modos...

—Eso no responde a mi pregunta.

—No lo sé, Calder. No la he conocido en persona. Pero yo en tu lugar no me preocuparía por eso. No tendrás que volver a tocarla después del primer hijo, si es muy desagradable a la vista.

Sus recelos no venían del aspecto físico de la muchacha, pero se reservó la corrección. No dudaba que se trataría de un engendro, si su padre estaba tan desesperado por entregarla y, aun siendo una MacDuff, había ido a parar a los brazos del cojo y enfermo propietario de Gillander's Whisky. Ni siquiera vivía en la gran Escocia, sino en Eilean Arainn —«Escocia en miniatura»—. En base a eso ya podía construir una apariencia aterradora. O quizá un escándalo familiar hubiera manchado su reputación. O, tal vez, su progenitor la detestara más de lo imaginable.

Dios santo, ¿en qué estaba pensando? ¿Acaso iba a bajar las escaleras y a conocer a la mujer en cuestión? Haye debió haber cruzado la raya con la dosis de láudano.

—Me alegra que solo vayas a obligarme a tomarla como esposa; no sé qué habría hecho si me hubieras forzado también a dormir a su lado durante el resto de mi vida.

—¿Es eso una forma de decirme que seguiremos adelante con el enlace?

—¿Acaso me has dejado elección? Te has presentado en mi despacho anunciando que ella se estaba acicalando mientras yo dormía —le espetó—. Encima la has acomodado en el ala de invitados sin avisarme. Podría habérmela cruzado en el pasillo, y entonces, ¿qué habría hecho?

—Darle las buenas tardes y presentarte.

—Eso denota lo poco que me conoces. Te aseguro que habría ido directo a estrangularte. Y hubiera sido muy contundente: he adquirido una gran destreza con las manos estos últimos meses, ahora que no puedo usar las piernas.

—Vuelves a ponerte apocalíptico, Calder. No hables como si fueras un tullido. —Y sonó más a amenaza que a recomendación—. Ven, vayamos a prepararte para la ceremonia. Mientras te adecentas, te contaré los detalles epistolares y el acuerdo al que habéis llegado el *laird* y tú.

—Nada de detalles. Si no es urgente, no quiero saber nada de eso hasta mañana por la mañana. Pero no me negaré a que me vuelvas a explicar cómo es posible que todos os hayáis compinchado para meter a una extraña en mi casa. ¿Cuánto lleva aquí? ¿Quién la ha recibido? —Hizo una pausa y añadió, en tono dudoso—: ¿Está al tanto de mis dificultades?

Lachlan esbozó una sonrisa comprensiva que hizo que se temiera lo peor. Estaba tan fuera de sí aún, que apenas se dio cuenta de que ignoraba la pregunta más importante.

—Denna ha pasado la tarde con ella mientras tú descansabas por los efectos del láudano. Como ha estado preparándola para la ceremonia, no he podido presentarme, pero he escuchado su voz desde la otra habitación. En ese aspecto estamos cubiertos, Houston. Tu mujer tiene una voz muy



hermosa.

—Me vendría de perlas si se pudiera engendrar a un crío hablando, pero me temo que eso le irá mucho mejor a los perros y a los caballos que a mí —maldijo. Se quitó de un manotazo la mano que Lachlan puso sobre su hombro—. Puedo ir solo hasta la puerta.

Lachlan alzó los brazos en señal de alto.

—Por supuesto.

Calder hizo un sobreesfuerzo por redirigir sus pasos a la salida. El bastón era tan útil como la medida del matrimonio; como la amistad de Lachlan. No servía para absolutamente nada. Las únicas dos diferencias entre usarlo y no usarlo eran que, cuando lo hacía, podía arrastrar sus miserables huesos por la casa sin tener que ir apoyándose en las paredes, y que se acostaba por la noche con el brazo hinchado. Todo el mundo coincidía en que no estaba en condiciones de caminar por ninguna parte. Él mismo lo afirmaba para sus adentros. Pero antes muerto que admitirlo en voz alta.

Escoltado por la vigorosa figura de Lachlan, que debía cuidar sus pasos por si acaso, accedió a sus aposentos. No era el dormitorio principal, pues este lo ocuparon Denna y su esposo como propietarios del castillo, y después de lo ocurrido, ni la mujer ni él querían poner la mejilla en la almohada del heredero. Calder se autoasignó una pequeña y oscura dependencia al final del pasillo del ala este.

Era una de las habitaciones más frías de la casa. Apenas tenía ventanas, la cama era individual y las cortinas estaban carcomidas por las polillas. Los muebles presentaban un deterioro no solo temporal, sino causal, provocado por unas manos humanas. No era el único lugar de todo el recinto que presentaba el aspecto de una mazmorra, ni en el que parecía haber vivido un loco, lo que no era del todo falso. Cranston Castle necesitaba una rápida y profunda restauración o se vendría abajo con la llegada del próximo invierno. Pero Calder no estaba en condiciones de devolver a aquel lugar sus años de brillantez, y una remodelación sería lo último en lo que pensarían sus socios.

Oyó que Lachlan chasqueaba la lengua.

—Le diré a Shona que traslade el contenido de tu armario a un dormitorio menos sombrío. Dudo que lady Bethia se sienta cómoda en este cuchitril. Incluso dudo que *tú* te sientas cómodo en este cuchitril.

Calder abrió la boca para clarificar que el confort de la muchacha no era uno de sus objetivos. No obstante, pensó en cuánto lamentaría haberse casado con él y cambió de opinión. Lo menos que podía hacer para suavizar el golpe de casarse con un hombre loco, dependiente y tullido era ofrecer todas las comodidades posibles. Que eran bien pocas, porque el resto de los dormitorios habitables no se encontraban en mejor estado.

—Como desees —masculló—. Ya que te has comprometido a tomar decisiones por mí, dejo esa también en tus manos.

Lachlan le lanzó una mirada divertida desde la única ventana. Corrió las cortinas de un

movimiento enérgico. El nublado cegador de un día corriente tiñó de grises la estancia.

—No es tan terrible ponerse en manos de otro. Tarde o temprano lo descubrirás... —Cruzó la habitación a paso decidido y señaló una serie de prendas masculinas, que descansaban sobre la gruesa colcha de la cama. Calder no se fijó hasta ese momento—. Ese es tu traje de novio. Denna y yo lo elegimos personalmente para ti. No es lo mejor que podríamos haber encontrado, pero la señora Houston hizo notar, con gran perspicacia, que rajarías en nuestras narices un chaleco de terciopelo si teníamos el atrevimiento de ofrecerlo.

—La señora Houston sabía de lo que estaba hablando. Si eso es todo lo que puedes hacer por mí, márchate. —Lleno de desprecio hacia sí mismo, añadió, rechinando los dientes—: Y llama a Shona para que me ayude.

No hubo ni rastro de compasión en los ojos de Lachlan al asentir, pero Calder no se fiaba de ese falso respeto. Sus tres socios eran hombres vigorosos, con una voluntad de hierro, que valoraban el uso de sus manos y a dónde los llevarían sus pasos casi más que ningún poder intelectual. Se figuraba lo que pensarían sobre él, ahora que no solo había demostrado que su pierna era insalvable, sino que también perdía facultades mentales. Su capacidad para razonar se diluía conforme cobraba protagonismo su necesidad por calmar el dolor. Solo las drogas lo ayudaban a gestionarlo y el precio a pagar era pasar horas desconectado de la realidad, algo que no podía permitirse un cabeza de familia. O un *buen* cabeza de familia.

No servía para nada, y aún se atrevía a mosquearse porque alguien quisiera darle la única utilidad que tenía. Debería agradecer que Lachlan le hubiera buscado una mujer, así estaría colaborando para resolver el problema que él provocó, y no lamentándose eternamente porque había perdido todo lo que lo hacía un hombre. Tanto así que necesitaba la ayuda de una doncella para cambiarse de ropa sin que le cayeran lágrimas de dolor por el esfuerzo.

Pensaba en el matrimonio y se seguía estremeciendo, por muy noble que fuese el objetivo que había detrás. Tal y como él comprendía la unión de un hombre y una mujer, su deber sería cuidar de ella, protegerla y hacerla feliz. No podría cumplir ni una sola de sus obligaciones. Apenas podía levantarse sin ayuda, no comía ni lograba conciliar el sueño: así, ¿cómo iba a ser un buen marido? Denna y sus socios no pensaban en ello, no parecían tener esos mínimos principios, o a lo mejor estaban tan preocupados por el futuro que no les importaba sacrificar la vida de una pobre muchacha. Pero a él le daban ganas de vomitar solo de pensar en cómo se sentiría la pobre elegida.

«Matrimonio», repitió para sus adentros. Ya que no le quedaba otro remedio, tendría que planificar una conversación con ella y dejar claras unas cuantas cosas. La primera de todas, que no era tarde para arrepentirse.

Beth dirigió una mirada crítica a su reflejo. No comprendía el motivo por el que un espejo de descomunales proporciones encabezaba una sala común, pero lo agradecía cuando se buscaba desesperadamente un defecto. Estaba siendo de gran utilidad para el proyecto de encontrarse los fallos, porque era la clase de cristal que ensanchaba y alargaba las figuras. O eso, o había engordado unas cuatro tallas en el trayecto.

Había atravesado todo el Reino Unido, haciendo uso de todos los formatos vehiculares imaginables, para estar presente ese día antes del atardecer. No se le ocurrió rechistar cuando su padre fue a buscarla a la escuela de señoritas en la que estaba puliendo su aprendizaje, y ordenó que preparase sus bártulos para conocer a su marido. A ella ni se le ocurrió soñar con que lord Ewan MacDuff apareciera durante un día de visita, pero ni en sus peores pesadillas la sacaban a rastras del que había empezado a ser su hogar para entregarla a un desconocido. El *laird* había tenido suerte de engendrar a una muchacha aparentemente pusilánime, cuyo único objetivo en la vida era complacerlo, porque no todas eran así. Sus compañeras de la escuela —Molly, Margaret, Tiberia—, no habrían permitido bajo ningún concepto que hicieran algo así con ellas.

No terminaba de entender las razones de su padre. Estaba instruyéndose en una academia de alto nivel para que los caballeros se pelearan por ella en Londres: esa era, en parte, la motivación de la fundadora. Que las muchachas se casaran bien. No que las cogieran de un puñado, las soltaran en un carruaje y las mandasen a una isla escocesa donde no vivían ni tres mil habitantes. Calculando grosso modo la demografía de la zona, Beth confirmó sus temores: el único valor que tenía para su padre remitía a su capacidad para concebir. Lo único que se le ocurría para explicar ese cambio de planes era que la quisiera repoblando Eilean Arainn hasta que pudiera hacerle competencia a la población londinense. Esta posibilidad casaba perfectamente con la figura de Ewan MacDuff, al que no solo no podía llamarse padre —porque nunca cumplió las funciones del cargo—, sino que se lo conocía por su malevolencia. Era un hombre despótico que la detestaba mucho más de lo que un ser humano corriente podría llegar a hacerlo. Lo que, antaño, la hizo devanarse los sesos preguntándose qué podría haber hecho mal. Ahora solo le ponía el vello de punta.

Fueran cuales fueran sus razones, no merecía la pena conspirar para averiguarlas. Ya había cruzado todo el centro y norte de Inglaterra en carruaje, entregando una semana de su vida por la

causa, para tomar un barco de Ardrossan a la isla, que le quitó otros tantos días. Ya había entrado en Cranston Castle y presentado sus respetos a la anfitriona, la señora Houston. Ya se había puesto el primer vestido de novia que su padre consiguió a precio de saldo, y que necesitaba unos cuantos arreglos; todo para evitar que vistiera el de su difunta madre, una de las pocas cosas que podrían haberla complacido, y la única por la que se atrevió a discutir al *laird*. En vano. Él acabó imponiendo su voluntad amenazándola con una mano en alto.

Hecho el viaje y estando vestida de novia, ya no había vuelta atrás. Sentía que se iban a cumplir años desde que estuvo en Minstrel House, recibiendo las clases de literatura, historia y francés que la entusiasmaban. Años desde que abrazaba a sus amigas y solo se preocupaba por la incertidumbre ante el futuro, no por la inminencia de un presente que le habían robado. Años desde que podía fingir que en sus manos estaba la solución a cualquier problema, cuando en realidad, siempre careció de la libertad de escoger. Se preguntaba, intentando que las dudas no se convirtieran en un símbolo de rencor, si su padre dormiría plácidamente esa noche sabiendo que le había arrebatado el derecho y la inocencia. Conociéndolo, diría que incluso se acostaría con una sonrisa en la cara.

Al menos podía consolarse en el hecho de que no tendría que volver a verlo.

—¿En qué piensas?

Beth casi dio un respingo. Había olvidado por completo que la señora Houston estaba en el salón. Junto con un grupo reducido de doncellas, la estaba ayudando a ultimar los detalles de su ajuar para la boda que tendría lugar en unos pocos minutos. Se giró hacia ella y devolvió su voluntariosa sonrisa con una del mismo estilo.

—Pensaba en lo alejado que está este lugar de todo lo que conozco —respondió con prudencia.

—Es totalmente natural sentir cierta melancolía. Yo soy de la ciudad de Aberdeen, y no la he pisado desde que me casé. No quiero decir con esto que el señor Houston vaya a impedir que hagas un viaje si así lo deseas. Estoy convencida de que será permisivo y consecuente con tus peticiones.

¿Cómo le explicaba a la mujer que lo que temía era que la animara a hacer una visita? Beth no sabía lo que era un hogar: no tenía uno al que volver. Había cumplido los ocho meses en la Escuela de Señoritas de lady Acton, y no negaría que allí se sintió cómoda, pero se debía a la compañía más que a ningún arraigo a la tierra, a las costumbres del pueblo o los horarios. Y no tendría ningún sentido regresar porque, tarde o temprano, sus amistades contraerían matrimonio y se marcharían, igual que lo hizo ella. En cuanto a Lairmore Manor, la residencia oficial y de campo de los MacDuff como jefes de clan... Se conocía hasta la última piedra porque de pequeña se había sentido lo bastante sola para recorrer sus pasillos hasta el desgaste. Pero su conciencia y saber teórico sobre la fortaleza no la convertían en una verdadera residente. Su padre se encargó de que nunca llegara a sentirlo su casa.

El castillo de Calder Houston en Eilean Arainn era un auténtico desconocido, igual que él mismo. Pero dudaba que fuese peor que Lairmore Manor, o que le generase algún sentimiento

parecido a la escuela. Incluso siendo una gélida, oscura y húmeda fortificación en medio de la nada.

La señora Houston le puso las manos sobre los hombros.

—Si te molesta mi trato cercano, dímelo y procuraré ser más diplomática —dijo—, pero creo que en este momento necesitas una amiga. No te preocupes por nada, Beth. Saldrá de maravilla. Y llevas un vestido precioso —añadió, acariciando distraída una de las alas de la falda—. Ya me habría gustado a mí estar tan bonita el día de mi boda.

Al principio le causó confusión que la recibiese la señora Houston, pues así era como ella se llamaría una vez que colocaran el anillo en su dedo. Enseguida la puso al corriente la propia anfitriona, que tendría el deber de hacerse cargo de las cuestiones domésticas hasta que Beth la relevase: hacía tan solo unos meses desde la muerte de su esposo, el hermano mayor de Calder. Este recibió en herencia todo lo que alcanzó a ver desde el carruaje, más la destilería y el nombre de la empresa, Gillander's Whisky, y algunas tierras arrendadas que la familia atesoraba desde el siglo pasado. Ahora todo pertenecía a su futuro marido. Incluido el destino de la señora Houston, como viuda sin hijos.

Beth estaba convencida de que podría casarse de nuevo si así lo deseaba. Era una belleza rotundamente exótica, y no solo porque fuese morena, sino por el dulce rasgado de sus ojos pardos. Estaba segura de que alguno de sus antecesores debió ser de otra raza. Poseía una magia de otro mundo.

—¿Hace cuánto que se casó? Si no es mucho preguntar. Sé que la pérdida es muy reciente y no quiero importunarla. Ante todo tiene mis respetos y mi más sentido pésame, señora Houston.

—Gracias, Beth. Por favor, llámame Denna, y tutéame —pidió—. Somos las dos únicas mujeres de clanes escoceses que hay en esta isla, y no me gustaría guardar esa distancia. Vivo rodeada de hombres. Imagina mi calvario. Eres la única que puede acabar con él.

Beth sonrió con suavidad. Ella había salido de una academia exclusivamente femenina. Los únicos hombres con los que trataba eran miembros del profesorado, y debería reducir ese plural a un solo y singular maestro de baile. No podía ni imaginarse cómo se viviría teniendo contacto a diario con el género opuesto.

—Y no te angusties por mi viudedad. No es un tema del que tenga miedo de hablar. Me casé con el señor Houston hace cuatro años, por insistencia de su padre, que en paz descansa. El patriarca estaba muy enfermo y le obsesionaba una sola cosa: asegurar la descendencia para que la destilería a su nombre, y con ello la empresa, nunca cayera en manos ajenas. No quería morir sin conocer a su nieto varón, el que continuaría el legado después de mi esposo...

La sonrisa de Denna se marchitó. Beth se dio cuenta de que se trataba de un asunto espinoso, y por un momento estuvo convencida de que la conversación terminaría allí. Pero ella se recompuso, cuadrando los hombros, y la enfrentó con valentía.

—En tres años de matrimonio no me quedé embarazada ni una sola vez. El patriarca dio por hecho que yo era estéril, pero era hombre muy católico y no permitiría un divorcio por este

motivo. Así pues, modificó la herencia y dejó por escrito en su testamento que, el primero de los hermanos que aportase un hijo varón al linaje, tomaría las riendas de la empresa. Un año después falleció mi marido, y como ves, estoy sola. Lo que significa que tanto Calder como tú tenéis un gran peso sobre vuestros hombros.

Beth apartó la vista de Denna y se volvió a mirar en el espejo. «Un gran peso sobre vuestros hombros». Ella no se referiría a la tarea de engendrar un niño de esa forma tan solemne, incluso apocalíptica, como si diese por hecho que también tendría problemas para concebir. Beth ya sabía cuáles eran sus deberes de esposa y pretendía cumplirlos sin poner objeciones. Había sido preparada para ello. Cada paso que dio en su vida fue en esa dirección: la de convertirse en la mujer de un hombre. No le tenía ningún miedo.

Tampoco había detectado temor o tristeza en Denna al contar su situación. Quizá nunca quiso quedarse embarazada: sus bellos ojos pardos hablaban de alivio, aunque su boca se torciera en una mueca de pesar. Solo por asegurarse de que no había contado aquella historia como una amenaza velada, preguntó:

—¿Te habría gustado que tu hijo heredase Gillander's Whisky?

Denna le dirigió una mirada honesta.

—No, no me importa. Nunca me importó. Mi marido, en cambio, era de otra opinión. Quería a ese bebé a cualquier precio. Digamos que... —Desvió la vista a la alfombra. Acarició con un dedo el lazo del escote de su vestido—. Siempre fue demasiado ambicioso para su bien. Murió de una caída durante una carrera a caballo. Había apostado. Y también bebido.

Beth se apartó del espejo. Se lo pensó antes de hablar, porque no quería pecar de chismosa y la respuesta no iba a cambiar su futuro, además de que tarde o temprano acabaría descubriéndolo ella misma.

—¿Por ser hermanos... Tu marido compartía alguna virtud o defecto con el señor Houston?

—Oh, Dios santo, ¡claro que no! —exclamó con ímpetu—. Pobre muchacha, debo haberte asustado hablando del otro. Insisto en que no. Calder no tiene nada que ver con él, puedes estar tranquila.

Vaciló de nuevo.

—¿Cómo es?

La sonrisa lenta y sincera que esbozó Denna suavizó unos nervios que no sabía que tenía.

—Es el hombre más bueno que conozco —afirmó con seguridad—. Tan generoso y complaciente que no le importaría quedarse sin nada mientras sus seres queridos estuvieran bien arropados. Tiene un pronto temperamental, eso sí. A los Houston se les ha conocido siempre por ser fáciles de irritar, como también por su tenacidad, obstinación y vivir permanentemente insatisfechos a causa de su ambición. Pero hay muchas formas de ser ambicioso. Mi marido lo quería todo para él. Calder lo quiere todo para quienes ama. Mi marido era codicioso e impulsivo. Calder es reflexivo y prudente.

»Es posible que, al principio, te resulte difícil de tratar —añadió—, pero eso es porque la

gente lo quiere dominar. Por su riqueza, por su inteligencia. Y él no se presta a subasta. Es como uno de esos sementales árabes que nunca responden a los gritos, y que te arrojan al suelo si te atreves a usar la fusta. Ingovernable. Pero si te acercas a él ofreciendo tu gentil amistad, tendiendo una mano amable, él la acepta. Primero son sus condiciones. Luego se va adaptando, hasta que es finalmente tuyo.

Beth no se dio cuenta de que se le había secado la garganta. No supo cómo interpretar el sincero aprecio encerrado en su descripción. Si no hubiera visto amor en los ojos de las mujeres, habría creído que estaba enamorada de él.

—Parece que lo conoces muy bien.

—Vivo con él. Estuvo presente en mi boda, cuando estuve enferma, cuando necesité un hombro en el que llorar. No falta en ninguno de los recuerdos que merece la pena atesorar. De no haber sido por Calder, no sé qué habría sido de mí.

Repitió para sus adentros la última frase. «De no haber sido por Calder, no sé qué habría sido de mí». Su voz había temblado levemente al murmurarlo, como si hubiera pasado por una situación de alto riesgo. Como si hubiese corrido peligro real. Enseguida se dijo que debía estar viendo fantasmas donde no los había, y se concentró en el vestido.

—Yo solo pido que sea amable conmigo.

Le dio la impresión de que Denna vacilaba antes de forzar una sonrisa. Supo que iba a mentir antes de que dijera la primera palabra.

—Lo será. No me cabe la menor duda.

—Bethia —interrumpió una voz autoritaria. El vello se le puso de punta al tropezar con los ojos de su padre reflejados en el espejo—. El señor Houston lleva un rato esperando en el jardín. Está todo preparado.

Un ardor desagradable se le asentó en la boca del estómago. No había tenido miedo en todo el trayecto; ni siquiera cuando su padre le espetó, con la firmeza de las decisiones irrevocables, que iba a casarse. Y no lo tuvo porque nada en el mundo podría ser peor que Ewan MacDuff, y si lo fuera, tendría tiempo para acostumbrarse. El problema era que él estaría presente en la ceremonia, y aunque se le daba bien mantener la compostura en presencia de su torturador, se había hecho a la idea de que lo perdería de vista en cuanto pusiera un pie en tierra escocesa. Ahora se daba cuenta de que no. El *laird* quería paladear hasta la última gota de su sufrimiento.

Lástima que no supiera que aquello, más que un castigo, era una bendición. A Beth nunca le pareció que poner tierra entre los dos fuera suficiente para sentirse a salvo. La tranquilizaba que, a partir de entonces, hubiese también toneladas de agua.

—¿Preparada? —preguntó Denna.

Beth asintió por inercia y aceptó que la cogiese de la mano. Le dio un apretón que fue enseguida correspondido, y la soltó para guiarla por los inmensos corredores del castillo. Se perdió en sus detalles para distanciarse de lo que estaba a punto de ocurrir.

Lo primero en lo que pensó al ver Cranston Castle fue que estaba ante uno de esos brillantes

castillos que entusiasmaban a su amiga Molly. Era una gran admiradora de épocas pasadas y sus representaciones históricas y, si la información que Denna aportó durante el recorrido tenía algo de verdad, la vivienda llevaba en pie desde el siglo pasado. Concretamente desde 1736, lo que la convertía en uno de los primeros ejemplos de arquitectura neogótica de la Edad Moderna, junto con Inveraray Castle y Strawberry Hill House.

Se alzaba en medio de una extensa llanura, cuyas tierras vinculadas a la propiedad daban trabajo a gran parte de la población de Lochranza y otros pueblos cercanos. Estaba construida en piedra gris que, a causa del paso del tiempo, la influencia del brillo plomizo del cielo y el reflejo de las trepaderas que se entrecruzaban sobre la estructura, parecía verdosa por momentos. Las tres torres coronadas por pináculos estaban almenadas, al igual que el baluarte central que sobresalía entre sus cuatro paredes. Las alargadas ventanas, enmarcadas en arcos ojivales, daban un toque alegre con sus detalles en blanco. Transmitía fuerza, elegancia y riqueza, una imagen dulcificada gracias a las azaleas y brezos que brotaban alrededor.

Beth había mostrado interés por la historia detrás de la construcción, pues le sorprendía que un hombre que no poseía ningún título nobiliario estuviera afincado en una propiedad de esa magnitud. Denna le explicó que Cranston Castle se construyó encima de otro castillo, uno del estilo medieval que se incendió y fue abandonado por su dueño, quien sí venía de un noble linaje. El primer señor Houston de nombre, tatarabuelo de Calder y fundador de la destilería, se enamoró de las ruinas y decidió levantar a partir de ellas una fortaleza digna de mención en los libros de historia. Tratándose de un hombre podrido de dinero y con aún más pagarés por cobrar, consiguió lo que se proponía en tan solo veinte años. Murió la noche que estrenó su dormitorio, con una sonrisa de bendito en los labios, y con su hijo entre los brazos.

Era una historia interesante, que confirmaba el carácter ambicioso de los Houston. Y, sin duda, Cranston House sería considerada en siglos venideros como una de las grandes obras arquitectónicas del mundo moderno. Pero necesitaba una restauración interna con urgencia. Beth dudaba que el primer Houston habría aceptado que la Muerte se lo llevase si el interior hubiera presentado semejante estado. El papel de pared estaba podrido de lo profundo que había calado la humedad, los tablones del suelo parecían reírse de los torpes al fomentar sus tropiezos y no se había renovado el mobiliario desde la época en que se fundó, lo que no habría supuesto ningún problema si el tiempo no le hubiera pasado factura. Además de que parecía que no conocieran las lamparillas de gas, porque había visto corretear a los lacayos y doncellas con cerillas prendidas para iluminar con candelabros las habitaciones más frías.

Frío. Eso era. Frío. Se respiraba el aliento de la Muerte, gélido como las corrientes de invierno, y el silencio de los secretos. A pesar de que allí vivieran el señor Houston, Denna, sus socios y todo el servicio, sentía que el lugar había sido abandonado. Incluso olvidado. Nunca se sentiría tan sola como sentada en el diván del salón, mirándose en el enorme espejo, y entonces no le faltó compañía.

—Espero que no se ponga a llover —acotó Denna, en cuanto salieron al exterior. Le hizo un



gesto a la doncella que las acompañaba—. ¡Ah, el velo! Gracias a Dios que lo traes, Moran, se me había pasado por completo. Ayúdame a ponérselo.

Beth se fijó en la opacidad de la tela.

—Tranquila, no tropezarás —le dijo enseguida, como si le hubiese leído el pensamiento—. Tú podrás ver.

Asintió, aunque no le había pedido opinión, y se quedó muy quieta. Mientras Moran y Denna luchaban por fijar la diadema del velo en su sencillo moño, se fijó en que a sus pies crecían las azaleas. No se pudo resistir y se agachó, en cuanto el recogido estuvo listo, para llevar al menos un puñado entre las manos.

Le hablaron tantas veces de las tradiciones obligatorias en las bodas que le costaba digerir que ninguna fuera a cumplirse, ni siquiera la de las flores. Para empezar, el enlace debía celebrarse en una iglesia. No dudaba que hubiera un sacerdote esperando para officiar el enlace, pero no le causaba demasiada simpatía que fuera en el patio trasero de un castillo. Debía ser ella la primera en entrar, no él, y por lo menos contar con una dama de honor. Si hubiera podido elegirla, habría sido Molly, no la señora Houston, que a fin de cuentas no era más que una desconocida con un sospechoso interés por llevarla a su terreno. Siguiendo con las normas pasadas por alto, no llevaba azahares, que eran las flores que traían buena suerte. Esperaba que las azaleas pudieran significar lo mismo.

Suspiró y levantó la barbilla. Denna no había mentido: podía ver a través de la tela. Aun así, aceptó la mano que le tendió y permitió que la ayudara a rodear la fortaleza. Siguieron un camino de piedrecitas, embarrado por la lluvia de la noche anterior. Doblar la esquina la llevaría al final de la senda de almendros. Bajo la sombra de un inmenso roble cubierto por el musgo, esperaban cuatro hombres y el correspondiente religioso. Reconoció a Calder por su posición. Estaba de espaldas a ella.

Le sorprendió que fuera tan alto. Por su rectitud y postura, diría que estaba frente a un hombre orgulloso, pero se intuía una ligera fragilidad en su manera de moverse. Vestía unos pantalones color beige y un abrigo Chesterfield granate que le llegaba por las rodillas. Este se ceñía a su estrecha cintura y a sus amplios hombros de forma favorecedora.

Conforme se fue acercando, le intrigarón más sus movimientos inseguros. Movía una pierna como si se le hubiera dormido, y tamborileaba los dedos contra la empuñadura de su largo y caro bastón. En un momento dado, giró la cabeza de golpe. Y en cuanto la vio, se tensó tan visiblemente que Beth tuvo que resistir el impulso de revisarse, pensando que había encontrado algo indigno en su vestido.

Se detuvo a su lado con la cabeza vuelta en su dirección. Quería saber cómo era su cara, y aunque podía intuirlo a través de la fina tela, no sabría describirla. ¿De qué color serían sus ojos? ¿Era una pregunta estúpida, teniendo en cuenta las circunstancias? Lo menos importante de todo aquello era su aspecto, pero sentía curiosidad y sabía que era recíproca. No estaba prestando atención a la bienvenida del cura para examinarla con los párpados entrecerrados, como si así

fuera a ganarse un vistazo más detallado.

Beth creyó que encontraría la paciencia para esperar a descubrirlo, pero se equivocó.

—Gírate hacia mí —ordenó, sin temor a interrumpir al religioso.

Su voz cascada desencadenó en ella un estremecimiento desde el interior al exterior. Le dio la vuelta a su piel, igual que si fuera una media, poniéndosela de gallina. Jadeó de manera imperceptible al intuir que todos habrían apreciado su reacción. El escote del vestido le molestó a la altura de los pechos, ahí donde los pezones se habían endurecido.

Obedeció sin pestañear.

Presintió un temblor impaciente en sus dedos al tirar del velo, igual que su primera intención de ser suave. La brusquedad se impuso y terminó apartándose casi de un manotazo, liberando un fino mechón de pelo negro de su recogido. Se dio cuenta porque vio a Calder solo a través de un ojo, y así lo agradeció, porque no sabía qué habría sido de su corazón acelerado si lo hubiese apreciado totalmente.

Despegó los labios al mismo tiempo que él. Los suyos eran finos; estaban fruncidos en un rictus severo que rápidamente se transformó en una mueca de sorpresa impotente. Sus cejas, rectas y de un cobrizo claro, formularon una expresión de desagrado que oscureció sus ojos, del mismo gris verdoso que la piedra de Cranston Castle, su fortaleza. Aunque él no mostró ninguna, ni tampoco educación, al mirarla con esa repugnancia.

Calder acababa de ver algo terrible en ella. Una fealdad atroz, o la mismísima cara del demonio, porque dio un tembloroso paso atrás que lo desequilibró. Tuvo que acercarse uno de sus socios por detrás para impedir que cayera. Él no se tomó bien la ayuda y dio un codazo para librarse de las manos amigas: seguía observándola, espantado, profundamente molesto, y quizá... incrédulo. Lo paralizaba el asombro. Beth lo acompañaba en el sentimiento, por eso no pudo reaccionar.

Aquel hombre no era hermoso. Era celestial. Su cara no reflejaba ninguna amabilidad como para ser un ángel, y era demasiado masculino para tratarse de uno de esos seres de mitología, pero su corazón aleteó siguiendo el mismo errático ritmo de sus pestañas, que eran como hojas de otoño.

No se dio cuenta de que no respiraba hasta que lo vio aferrarse a su bastón y salir de allí a paso ligero. Sufría una cojera grave, muy grave: grandes debían ser sus motivaciones si consiguió emprender el camino con esa rapidez al fondo del jardín.

Todos se quedaron en silencio. Beth solo escuchaba sus palpitations agolpadas en el oído, como un grito bajo el agua, y el trino lejano de unos pajarillos inoportunos.

—¿Qué diablos estás mirando? —La muchacha dio un respingo al oír a su padre. Fue tan contundente al fulminarla con la mirada que pensó en abrazarse—. Ve por él, estúpida.

Dirigió un vistazo dudoso al sendero de barro por el que Calder había desaparecido. Procuró no expresar físicamente la ansiedad que le producía la situación, manteniendo la falsa calma. Sirvió para no preocupar a ninguno de los testigos, a los que no dijo nada ni antes ni después de

tomar la iniciativa. Se armó de valor con una inspiración, agarró la falda del vestido, y lo siguió con el corazón en un puño.

Tenía un nudo en la garganta y le costaba respirar. Lo más conveniente habría sido detenerse y esperar a recuperar el aliento, pero entonces lo perdería la pista y de repente necesitaba saber qué le había disgustado tanto de ella. De todos los problemas que pensó que su futuro marido podría tener, no imaginaba que estaría relacionado con su aspecto.

No se consideraba una beldad sin parangón, como algunos la llamaban, pero era atractiva. Tenía los ojos de un azul índigo inconfundible, la piel muy pálida y la melena negra. El vestido de novia no era lo mejor que podría haber encontrado. No obstante, tampoco le parecía que le quedase mal. El raso blanco destellaba amarillento bajo la luz adecuada. El corte a la barca dejaba a la vista un generoso escote, y las finas mangas caían por debajo de sus hombros de forma seductora. Quizá el color no le favoreciese, y tal vez no fuese tan bonita como pensaba, pero seguía sin justificar su estampida.

Lo encontró después de pelearse con el bajo de la sobrefalda, que se había quedado enganchado con las espigas de una zarza. Calder estaba apoyado en la pared del fondo de la bóveda, cubierta por hiedras y otras trepaderas en flor que filtraban la luz como los rosetones de las iglesias, con la forma de los recovecos y vacíos del marco. Tantos colores se mezclaban bajo el arco en que él descansaba, que le recordó al reflejo de una vidriera.

Calder levantó la barbilla y la miró a los ojos. Tenía el ceño fruncido y la mandíbula apretada. No acertó a descifrar si se trataba de un enfado corriente por las circunstancias o la contrariedad manaba de él. La estaba mirando como si tuviese la culpa, pero Beth presintió que era un pensamiento lo que lo estaba atormentando.

—Cuando un hombre abandona una habitación, no lo hace esperando que lo sigan; ese es un comportamiento reservado a las mujeres —dijo en tono mordaz—. Haga el favor de dejarme solo.

Le costó no obedecer, cuando esa era su cualidad más alabada. Siempre obedecía. Ahí donde hubiese una norma, Beth estaría haciendo sus reivindicaciones, aplicándola mejor de la que lo habría hecho su impulsor. No obstante, de aquello dependía su futuro y no iba a arriesgarse a volver con las manos vacías. Su padre encontraría la forma de castigarla.

—¿He hecho algo que haya podido molestarle, señor Houston? De ser así, quiero disculparme.

Su expresión de por sí malhumorada reflejó un empeoramiento.

—Se disculpa sin haber hecho nada. Ya entiendo qué es lo que está haciendo aquí. La han

adiestrado tan bien que no sabe ni quejarse.

Beth dio un paso hacia delante.

—¿Por qué debería quejarme?

—Porque la han traído a desposarse con un desconocido. Y porque la he abandonado a la suerte del sacerdote sin ninguna consideración. Apuesto a que se habría sentido humillada si hubiera asistido algún amigo suyo.

—Reconozco que no ha sido una reacción muy elegante, pero seguro que tiene sus motivos.

—¿Ya me está justificando, y aún ni estamos casados?

—He venido preparada para asumir mis obligaciones, señor Houston. No iba a esperar a ser oficialmente su esposa para empezar a ser amable y respetuosa con usted.

Calderladeó el cuerpo para dejar todo el peso sobre un solo hombro. De esta forma su torso apuntaba hacia ella. Era ancho y también delgado. Muy delgado. Quizá incluso enfermizo. Si se fijaba, apreciaría unas pesadas bolsas oscuras bajo sus brillantes ojos grisáceos, que frente a su palidez malsana denotaban un lamentable estado de salud.

—¿Y cuáles son exactamente sus obligaciones, milady?

Beth advirtió su tono de burla. Decidió no hacer nada al respecto y responder con honestidad.

—Obedecer todas sus órdenes, respetar sus decisiones y ser paciente, discreta y permisiva si decidiera emprender un negocio o una actitud reprobable. No inmiscuirme nunca en sus asuntos o contradecirlo. Complacerlo en todos los aspectos y tener sus hijos. Recibir en su casa y en su nombre a sus amistades y clientes, a todo aquel que desee invitar, siendo una anfitriona ejemplar. Escucharlo y ofrecerle mi humilde ayuda si lo necesita. Acompañarlo y cuidarlo. En definitiva, hacerlo feliz.

Calder se había sumido en un silencio lúgubre que la atrajo. Se acercó sin hacer ruido, temiendo espantarlo otra vez; se detuvo a la misma distancia que estuvieron cuando le quitó el velo.

—¿Qué le hace pensar que eso me haría feliz? —inquirió unos tonos más bajo. La piel se le puso de gallina. Era la cercanía lo que la afectaba.

—Supongo que es lo que, en general, hace felices a los hombres.

—No a mí.

—¿Y qué le haría feliz a usted, señor Houston?

—Perderla de vista —soltó. Y sonó tan sincero que Beth estuvo a punto de retroceder, francamente dolida—. No confío en su buena disposición. Es usted una mujer rica, con linaje, y salta a la vista que tiene buenos modales. ¿Qué esconde para que su padre la quiera casar conmigo?

Beth abrió la boca y la volvió a cerrar. Visto de esa forma, comprendía sus reticencias, aunque no del todo. Era cierto que una mujer bien formada y con dinero como ella no necesitaba buscar marido fuera de la gran isla. Pero él era conocido en todo el mundo, o al menos en el Reino Unido y América, por su whisky escocés. Estaba podrido de dinero. Y era tan hermoso que no quería

parpadear para no echarlo de menos. ¿Por qué no iban a querer casarla con él?

—Si quiere que le sea honesta...

—Es una de sus obligaciones como esposa, ¿no? —se burló.

—Yo tampoco sé qué es lo que mi padre esconde de mí —interrumpió con suavidad—, ni por qué lo ha elegido a usted entre todos los posibles candidatos. Podría hablarle de mis defectos, si así se quedara más tranquilo, pero creo que son las fallas que cualquier ser humano podría tener.

—Ilumíneme.

Beth vaciló. No le tenía miedo a lo que era, ni se avergonzaba de su forma de ser. Pero con él mirándola con esa fijeza, ansioso por oír su lista de defectos, temía que no fuese lo bastante corta.

—No hablo demasiado. Soy tan prudente que puedo parecer aburrida, y quizá lo sea. Rara vez expreso mis sentimientos o mis pensamientos, lo que para algunos es una virtud, y para otros, un martirio. Tiendo a ver las cosas tan buenas como podrían ser si pusieran de su parte, lo que me hace pretenciosa, incluso puede parecer que pretendo ponerme por encima de los demás. Nada me conmueve: soy fría. A veces pienso que no tengo corazón, porque nunca he llorado y nunca me he reído. Cuando le tomo ojeriza a alguien, no hay vuelta atrás, y no es necesario que me haya maltratado para ello. Y carezco de voluntad.

—¿Eso es todo? No parecen defectos que pudieran afectarme. Ni siquiera por casualidad. —Aferró el bastón con fuerza—. No voy a casarme con usted, lady Bethia. Lamento que haya hecho un viaje tan largo para nada, pero esto es sencillamente muy superior a mí.

Su tajante negativa le aceleró el pulso. Al intuir que pretendía volver a dejarla allí, Beth se interpuso en su camino, y con una familiaridad que nunca se habría permitido, colocó una mano sobre su pecho. Debajo de la tela palpitaba un corazón con la misma rapidez que el suyo.

—¿Por qué? Usted ya sabía que yo vendría, ¿no es así? Estaba preparado para conocerme, y no me da la impresión de que sea un hombre estúpido. Seguro que ponderó todas las posibilidades: que pudiera parecerle desagradable a la vista, entre ellas. Si ese es el problema, señor Houston, me temo que no puedo hacer nada para solucionarlo. Pero puedo ofrecer muchas más virtudes que defectos.

Lo vio tragar saliva. Él la miraba desde arriba, con los párpados casi cerrados, y la mandíbula tan apretada que cualquiera diría que le estaba suponiendo una tortura estar a su lado. Beth no salía de su asombro. Había sido una estúpida creyendo que su físico no le causaría rechazo. Bien sabía que la belleza era un aspecto subjetivo y a él le podía repugnar su sencilla visión.

—El problema es, milady, que yo no sabía que usted vendría. El hombre que estuvo contactando con su padre no era yo, sino uno de mis socios haciéndose pasar por mí. Insisto en que estoy profundamente consternado porque esta sea la situación y haya perdido valioso tiempo viniendo hasta aquí, pero no puedo aceptarla. Si su padre me hubiera ofrecido su mano la habría rechazado de igual modo.

Beth mostró su sorpresa sin pestañear. Apenas pudo creerse su desfachatez.

—No diré que no sea una original excusa para rechazarme sin arremeter contra mi amor propio,

pero no es necesario que recurra a la mentira, señor Houston. Soy capaz de entender su postura. No le he parecido lo bastante bonita y no quiere perder la elegancia mandándome a casa. Es perfectamente respetable. Lo que no parece querer comprender es mi situación. No puedo regresar a la gran isla.

Calder arrugó el ceño.

—¿Cree que le estoy mintiendo? —inquirió, con incredulidad. Una nota amenazante se filtró en su voz; si Beth se percató, no tuvo el menor interés en actuar en consecuencia.

—Me esté mintiendo o no, esto es irrevocable. Hay un sacerdote esperándonos y se firmaron los correspondientes documentos para el registro civil. Ya no puede echarse atrás, señor Houston. Está quedando como un irresponsable y un superficial.

El ceño de Calder se acentuó.

—Asuma las consecuencias de su contacto epistolar con mi padre y regrese conmigo a continuar con la ceremonia.

—¿Me está obligando?

Beth estiró el cuello.

—Estoy apelando al sentido del honor del que se supone que poseen todos los hombres del mundo.

—Ha debido ver poco mundo si piensa eso.

—El suficiente para saber que usted es uno de los buenos.

Calder enarcó una ceja.

—¿Por qué está tan segura? ¿Es capaz de mentirse antes de conocerme, atribuyéndome virtudes que no he demostrado?

—Soy capaz de mentirme para quedarme tranquila. Quiero pensar que será generoso y no estoy insistiendo en cavar mi propia tumba con un hombre perverso.

Con aquello lo dejó callado. Beth esperó con unas cosquillas en el estómago a que tomara una decisión. Nunca le había hablado de esa manera a nadie, y estaba claro que Calder tampoco estaba acostumbrado a no salirse con la suya. La movía el miedo a Ewan MacDuff, no el deseo de desposarse o permanecer el resto de su vida en una isla sin apenas habitantes, lo que le restaba satisfacción al hecho de haberse impuesto. Sin embargo, le gustó la sensación de tener algo que decir y poder expresarlo sin tapujos.

—¿Qué gana usted con esto? —preguntó él secamente. Casi ni se percibió el obligado aire interrogativo—. No he conocido a ninguna mujer tan ansiosa por casarse en toda mi vida.

—Gano un nuevo hogar y a un hombre que me cuidará y me protegerá.

Alguna palabra de su sencilla respuesta había avivado un fuego dentro de él. Los ojos de Calder se oscurecieron, y por un instante, Beth tuvo la ridícula e incomprensible certeza de que acababa de hacerle daño.

La distrajo el impacto seco de un elemento. El bastón se le había escurrido de la mano. Fue a agacharse para recogerlo y ofrecérselo en señal de disposición y obediencia, pero él la bloqueó

con un brazo duro como el hierro.

—Puedo solo.

Beth no lo dudó hasta que, con una dificultad que preocupaba a simple vista, él hizo un gran esfuerzo por agacharse. Ya había intuido en su caminar —y en el hecho de que necesitara apoyo— que sufría algún tipo de lesión en la pierna izquierda, pero no imaginó que esta sería prácticamente inservible. Pensó en insistir en ayudarlo. Flexionar la rodilla cuando no podía ni sostener su peso supondría un agravante sobre la herida. No obstante, estaba casi segura de que odiaría admitir que necesitaba una mano.

Nada más volvió a su eje, agarrado al bastón como si fuera su salvación, Beth se fijó en que un par de gotas de sudor corrían por sus sienes. Confirmó lo que ya sospechaba. Estaba enfermo, y muy grave. Había empalidecido y parecía a punto de vomitar.

Él no permitió que lo compadeciera enfrentándola con una mueca despectiva.

—Si lo que busca es un guerrero, aquí no lo va a encontrar.

Beth le bloqueó el paso antes de que escapara. Volvió a poner las manos sobre su pecho, esta vez sin un motivo que la justificase. Simplemente quería... *tocarlo*. Presentía que ese hombre necesitaba todo ese calor que a ella también le negaron desde su nacimiento.

—Yo no buscaba nada más que a usted, señor Houston. Por favor —rogó en voz baja. Se aferró a las solapas de su abrigo—. Cásese conmigo. No me espera nada ni nadie mejor de lo que podría conseguir quedándome con usted.

Calder se quedó un momento en silencio. Sintió que su pecho se expandía al tomar una profunda inspiración, como si quisiera que sus dedos le tocaran el corazón.

—¿Nada mejor? —repitió, abandonado por un momento la actitud defensiva—. ¿Nada?

Negó con la cabeza con suavidad. Apenas se dio cuenta de que seguía tocándolo. La tela era suave, aunque nada en comparación con cómo se intuía la fina piel de su largo cuello. A Beth no le eran desconocidos los placeres entre hombres y mujeres. Había besado a varios muchachos durante la adolescencia, cuando buscaba desesperadamente la atención sana que su padre no le daba. Pero nunca antes se sintió tan atraída hacia una persona. Quería conocer las palabras que se quedaron allí atascadas, en su garganta. Las que sustituyó por una intensa mirada, ahora verde menta, y que retiró en cuanto volvió a hallar ese detalle imperdonable y grotesco en ella.

Beth se desinfló. ¿Qué le desagradaba tanto?

No importó. Calder cuadró los hombros y señaló el acceso bajo la bóveda con el bastón para que marchase. No necesitó preguntar qué había decidido; llevaba grabados en la cara la impotencia y el despreciable sentido del deber. Iba a casarse con ella. Y ella tenía claras las razones por las que estaba de acuerdo con el enlace. Ahora bien... ¿Qué le había llevado a él a aceptar, cuando era evidente que no quería? ¿Acaso sufría también alguna especie de presión por parte de alguien? Lo dudaba. Era el propietario del castillo, de la destilería, de las tierras... De prácticamente toda la isla. Nadie estaba por encima de Calder Houston. ¿O sí?

Beth lo miró de reojo mientras regresaban con el sacerdote. Seguía sudando, estaba un poco



encorvado y parecía ser víctima de un dolor insoportable. Viendo su estado físico, no dudaba que hubiera alguien a cargo de sus responsabilidades, a quien delegó su poder, y que quizá podría haberse vuelto contra él hasta el punto de ordenar lo que tenía que hacer. ¿Sería también una marioneta en manos de los demás? Si la respuesta era afirmativa, ya tendrían un importante aspecto en común.

El alivio en los asistentes a la boda fue palpable cuando se reunieron en torno al sacerdote. Este esperó una indicación para retomar la misa, que Calder hizo con un gesto brusco. Beth lo vio cerrar los ojos, como si estuviera ansioso porque todo acabara. No supo si sentir compasión o rabia por su actitud. A fin de cuentas, aquello no hacía más que empezar.

Lo peor que le podía pasar a la costumbre era la llegada de una novedad. Si Bethia MacDuff no hubiese irrumpido en su vida —aun con el previo permiso—, haciendo palidecer cada insignificante detalle bajo el suelo que pisaba, Calder no le habría dado ninguna importancia al lamentable estado de Cranston Castle. Por supuesto que sabía que le hacían falta unas cuantas obras: Lachlan sostenía que lo que necesitaba era que lo tirasen abajo y se construyera sobre las ruinas una vivienda más apropiada, como alguna de esas mansiones de lujo londinenses que él nunca había visto. Pero incluso siete meses después del accidente, Calder seguía sin estar en condiciones de remodelar las superficies. Y una parte de él, orgullosa hasta un punto que no se podía permitir, se negaba a llevarlo a cabo solo porque no estuviera a la altura de Beth.

Sentía vergüenza ajena. Estaban sentados en torno a la mesa rectangular del comedor, a un paso entre las puertas correderas para acceder al gran salón de baile, y todo en lo que podía pensar era en que vivía en ruinas. Escudriñaba obsesivamente las alfombras raídas, las cortinas chamuscadas, el mobiliario afectado por el tiempo y la humedad, como si con una mirada larga pudiera arreglarlo.

Por lo menos, parecía que Beth no le prestaba demasiada atención. Estaba ocupada estrechando manos, recibiendo besos y presentándose a todos los invitados a la celebración, que no eran ni más ni menos que casi todo el pueblo. Las tierras de Cranston Castle alimentaban al menos a un par de centenares de familias, ya fuera por su trabajo de labranza o colaboración en la destilería. Lachlan había presentado en la pequeña parroquia las correspondientes amonestaciones, que señalaban el enlace de Calder y Beth como una celebración a la que todos estaban invitados después de la ceremonia íntima. Y si ya le costaba digerir que lo hubieran casado en contra de su voluntad, el hecho de tener que acoger en su salón entre cincuenta y setenta personas le parecía motivo sobrado para retirar su amistad al promotor de su tormento.

—Podrías haberte reservado la fiesta —masculló. Se aferró a los reposabrazos del sillón. Su rictus severo había servido para espantar a más de un invitado. Estos prefirieron dirigirse a la nueva señora Houston, quien parecía mucho más amable—. Era innecesario. Y va contra lo que te propones. Se supone que debemos mantener mi boda en secreto hasta que tenga al niño. Si llegara a oídos de Blake, apuesto que no le haría mucha gracia. Podría venir a...

—No digas su nombre —interrumpió Lachlan. Se había afincado a su lado, junto con

Carmichael y Drew, que tenían la prudencia de mantener el pico cerrado—. No en un día como este. Todo esto lo hemos organizado porque nos hace falta darnos un poco de alegría. Llevamos unos siete meses muy oscuros, sobre todo tú. Mereces un descanso.

—Un descanso. Entonces podrías haberme buscado a un sanador que me hiciera un masaje, no una mujer. ¿En qué mundo se está tranquilo estando casado?

—¿Y quién dice que se esté intranquilo? Te comportas como si ya hubieras tenido mujer, cuando ni te imaginas cómo es la vida en matrimonio. Sé optimista y piensa que será maravilloso hasta que se demuestre lo contrario.

Calder frunció los labios y dirigió la vista al otro lado de la mesa. Debería estar de pie, saludando y aceptando las felicitaciones de sus trabajadores, pero le dolía tanto el cuerpo que a duras penas podía contener las lágrimas. A base de fuerza de voluntad y orgullo mantenía a raya el impulso de gritar hasta quedarse sin voz. La pierna le palpitaba, la cabeza le daba vueltas, y se había jurado que no consumiría ni la dosis más ridícula de láudano hasta el día siguiente. Sin sus efectos suavizantes quedaba igual de paralizado que cuando lo tomaba, con la diferencia de que, sin el remedio, estaba de un humor de perros. Peor aún ahora que era oficialmente un hombre casado, en medio de una orquesta que entonaba piezas románticas y un montón de gente que no dejaba de mirarlo.

—No he estado casado, pero he vivido el matrimonio de Denna —apuntó con amargura—. Después de ver ciertas cosas, no te entusiasma la idea de poner un anillo en el dedo de nadie.

—Tú no eres ese cabrón —acotó Drew—. Aunque, si prolongas esta actitud en el tiempo, es posible que lady Bethia te deteste tanto como la señora Houston a su marido.

—¿Y qué propones? Aún estoy digiriendo que me la habéis jugado. Debería llevaros con correa y a rastras al patíbulo. Solo por curiosidad, ¿también habéis metido la mano en mi bolsa para contratar a esos violinistas?

—¿Es eso lo que te molesta? —intervino Carmichael. Rompió su postura desenfadada, la del codo sobre las rodillas cruzadas, y se giró hacia él con el mismo aire informal—. Porque no tienes de lo que preocuparte. Esta boda no te llevará a la ruina económica, y de hecho, gracias a ella hemos dado trabajo a algunos sectores de pueblos vecinos que están a punto de ir a quiebra. Sobre todo pasteleras y músicos en formación.

—Resuelta esta cuestión, espero que no sigas buscando motivos para quejarte. La encerrona no ha estado bien, pero no irás a decirme que nos equivocamos eligiendo a la muchacha, ¿eh? —se metió Lachlan.

—Si yo fuera tú, estaría desesperado porque llegara la noche de bodas —apostilló Drew, con ese tono lánguido e inexpresivo que desconcertaba a todo el mundo—. Es una de las mujeres más bellas que he visto en mi vida, si no la que más.

Calder probó a fulminarlo con la mirada, pero Drew ni siquiera le estaba hablando a la cara. Tenía los ojos clavados al frente, perdidos en alguna pintura colgada a gran altura. Bebía de la copa estilo medieval a pequeños sorbos.

—No sé a qué esperas para presentárnosla —añadió Carmichael—. Estoy ansioso por descubrir el motivo por el que saliste corriendo. ¿No huele bien? ¿Tiene uno de esos alientos fétidos? ¿Alguna verruga?

—No tiene nada de eso —gruñó Calder por lo bajo.

—Entonces no tienes de qué quejarte, amigo —insistió Carmichael—. Aunque fuera de las que se tienden en la cama, cierran los ojos y esperan a que termines, ya habrías ganado paseándola del brazo.

Calder esbozó una sonrisa envenenada. Dudaba que pudiera pasearla por alguna parte, pero no era ese comentario lo que lo sacó de sus casillas: sabía que no se daban cuenta. Le molestó que se dirigiesen a Beth como si fuera una moza del pueblo. Y no tenía por qué. Conocía a Carmichael y a Lachlan desde que vestían pantalón corto, y sabía que por muy buenos que fueran manejando su departamento del negocio, no dejaban de ser hombres sencillos que se referían a las mujeres sin respeto. Al menos Lachlan había mejorado en ese aspecto, gracias a su relación platónica con Denna, pero Carmichael seguía tan resentido con la mujer que lo plantó en el altar que hablaba de todo su género como si fueran mulas. O peor. Nadie diría que poseía ese defecto, porque en todos los demás aspectos, era un caballero de la cabeza a los pies. Un hombre íntegro, honesto y con un corazón que no le cabía en el pecho.

—Ya veo que a ojos de todo el mundo no tengo motivos para quejarme. Pero prefiero no interrumpir la agradable velada de mi esposa para presentarla a tres bastardos como vosotros.

Drew ladeó la cabeza hacia él con esa lentitud que le hacía parecer un ser de otro mundo.

—¿Temes que le caigamos mejor que tú?

—Tú en concreto dudo que le caigas especialmente bien.

—¿Por qué no lo averiguamos? Llámala y preséntanos como tus socios. Va a tener que vernos el pelo a menudo.

Calder quiso oponerse, pero tenía razón. Se pasaba el día escoltado por Lachlan, asesorado por Carmichael y le abría las puertas de su habitación a Drew para que dejase las dosis exactas de láudano sobre su mesilla. Los vería mucho más a ellos que a él. Trataría mucho más con ellos que con él. Y en ese aspecto se alegraba. Excepto por Drew, que podía ser escalofriante algunas veces, eran compañías estupendas, amigos fieles y consejeros desinteresados.

A regañadientes, carraspeó y levantó una mano para hacerle una señal. Consiguió captar la atención de Beth al primer intento. La vio disculparse con la joven con la que charlaba y acercarse sin ninguna prisa, con una serenidad y poderío que no le había visto ni al propietario original de Cranston Castle.

—Señor Houston. ¿Me buscaba?

Calder tragó saliva y se esforzó por mantener los ojos sobre ella.

No era digno. No se sentía ni remotamente cerca de merecer el mismo aire que ella respiraba. Estaba acostumbrado a que Drew tuviera razón, pero odió tener que dársela esa vez: era la mujer más bella sobre la faz de la Tierra. Apartar ese velo y ver su cara había sido la forma más

dolorosamente hermosa de romperse el corazón. Entre todas las mujeres del mundo, había ido a parar a orillas de su miseria una que haría que se lo llevaran los demonios. Beth no tenía que estar allí, no tenía que haberse vestido de raso y seda para él. Solo Dios sabría qué pecado había cometido una mujer como esa para que el destino la empujara a sus brazos. A sus brazos rotos y vacíos, sin nada que ofrecer salvo una devoción que no tenía derecho a expresar.

—Quería que conociera a mis socios —explicó, con la voz ronca por la tensión—. Viven aquí, en Cranston Castle, y como mis hombres de confianza, podrá recurrir a ellos siempre que lo necesite.

Beth asintió y entrelazó las manos sobre el regazo. El primero en levantarse a extender su mano para besarla como era debido fue Lachlan. Era el más bajo de los tres, aunque seguía siendo de los hombres más altos de Lochranza. Siendo hijo de comerciantes contratados por los Houston para el trabajo de distribución y difusión del producto, había heredado una labia y un carácter arrollador que se llevaba a todos por delante. Lucía el rubio cabello corto por detrás, con un flequillo por la barbilla, que enmarcaba un rostro de rasgos aniñados y dulces que contrastaban con sus expresiones de pilluelo. En sus ojos castaños verdosos brillaba siempre el ánimo de broma.

—Lachlan Hawke, milady. Es un placer conocerla y ponerme a su servicio. Puede encontrarme en la fábrica de Gillander's Whisky casi a cualquier hora del día. Me encargo de los aspectos más creativos de la empresa, de la entrega de paquetes, y de aguantar con una sonrisa el mal humor del señor Houston.

Beth sonrió sin ningún matiz especial y se dirigió a Carmichael, que esgrimía una expresión más solemne al tomar su mano. Debía medir dos metros, y tenía la mirada limpia y directa de un hombre de honor. Era el escocés prototipo del que se hablaba en Inglaterra: compacto como un roble, pelirrojo como un zorro y pálido como las lágrimas de un ángel. Tenía el rostro surcado por arrugas de expresión a los lados de la boca y en la frente. Empezó labrando la tierra y ostentando otros trabajos humildes, y por eso nunca temía ensuciarse las manos. Calder lo admiraba por su prudencia y honradez.

—Rowen Carmichael. Me suelen llamar solo por mi apellido. Me encargo de los aspectos económicos de Gillander's Whisky, aunque algunas veces intervengo en la producción. Estoy a su disposición, milady.

Drew tardó unos segundos de más en levantarse, lo suficiente para que fuese notable, pero no maleducado. Estaba hecho de bambú y obsidiana. Vestía siempre de negro, a juego con la lisa melena negra y los ojos pardos. Era lampiño, nunca sonreía y sus cejas dibujaban un rictus burlón. Nunca se quitaba los guantes, quizá porque se tomaba muy en serio la higiene. Había nacido en un pueblo del norte de Inglaterra, en el seno de una familia pobre. Aún conservaba el marcado acento inglés.

—Mi nombre es Andrew Haye. Tengo algunos conocimientos sobre química.

—Gracias a los cuales destilamos el alcohol más puro del mundo —aportó Lachlan—. Puede

venir a catar cuando desee, milady.

—Agradezco la invitación, y no descarto hacer una visita, pero no creo que fuese apropiado que probara el producto.

—Oh, merece totalmente la pena. Es una delicia —interrumpió Denna, abordándola por detrás—. Lamento interrumpir, pero el señor Patterson se muere por conocerte, Beth.

La muchacha asintió. Esbozó una sonrisa educada hacia los caballeros.

—Encantada de conocerlos. Pueden llamarme Beth. No estoy muy familiarizada con mi nombre completo, y hace mucho que no me llaman milady. Si me disculpan un momento...

Lachlan hizo un gesto hacia el conjunto de invitados. Algunos se estaban preparando para bailar; la sala ya había sido despejada para permitir la colocación de, al menos, una docena de parejas.

—El tiempo y el mundo son suyos.

Lo eran. Si los quería, el tiempo y el mundo eran suyos.

Calder se dio cuenta de que ella le lanzaba una mirada de reojo antes de unirse al jolgorio. Fue como un puñetazo en el estómago. Siendo justos con la verdad, y consecuentes con su estado mental, muy difícilmente se acostumbraría a compartir Cranston Castle con esa mujer. No era lo bastante grande para mantenerlos separados, y en realidad, no sabía si guardar las distancias sería lo apropiado. Ante todo quería su bienestar. Ser bueno para ella. Pero presentía que, para ser bueno para ella, tendría que alejarse.

—Es más bonita de cerca —comentó Drew, con los labios pegados a la copa—. Desnuda debe ser toda una visión.

Calder apretó la mandíbula.

—No le prestes atención, solo está buscándote las cosquillas para que reacciones —dijo Lachlan—. Y no voy a negar que yo también quiero una reacción por tu parte. ¿No vas a decir nada sobre ella?

—¿Qué quieres que diga? —espetó. Su paciencia pendía de un hilo muy fino—. Podrías haber pedido una miniatura de ella, o un retrato, antes de aceptarla como mi mujer.

—¿Para qué? Entendería que te ofuscaras si fuera fea, pero es... un ángel.

«Ese es justo el problema».

—¿No te das cuenta? —siseó—. ¿No entiendes lo que has hecho? Esa mujer de ahí podría haberse casado con quien hubiera querido. Con un conde, con un duque, con el maldito zar de Rusia o un príncipe griego. O con el miserable estibador del que podría haberse enamorado. Y la has unido *a mí* —recalcó, clavándose el dedo en el pecho—. No me parece que deba sentirme afortunado, porque no soy lo bastante egoísta o estúpido para no ver lo que supondrá para ella. Me habría parecido inhumano fuera quien fuera Bethia MacDuff, pero para colmo se trata de...

Se calló al detectar su figura entre la aglomeración de bailarines. No podía mirarla y hablar a la vez. Era imposible formular una palabra con la soga al cuello. La soga de la culpa y el arrepentimiento. Debería haberla rechazado, pero en cuanto dijo que no la esperaba nada mejor,

su cabeza obró por él decidiendo creerla. ¿Cómo pudo tragárselo? A Beth la esperaban aventuras, romances o una plácida soledad; la esperaba lo que ella quisiera. Y él la había condenado. Para siempre.

Era lo último con lo que necesitaba lidiar. Su larga lista de problemas no echaba de menos ningún nombre femenino. Y sin embargo ahí estaba, martirizándose por el que debería ser el menor de sus inconvenientes. Básicamente porque era ella la que salía perdiendo, no él. Si Calder quería, podía convertirla en su enfermera, en su escudo contra la autocompasión y la sensación de abandono y pérdida; como remedio a la locura que iba ganando terreno en su cabeza. Si Calder quisiera, si fuese egoísta, la tendría sentada a su lado y se pasaría horas admirándola, hasta que estuvieran solos y pudiera darle órdenes para obtener placer de sus manos. Pero no lo era, y el día de su boda se sentía el hombre más injusto del mundo.

Siguió mirándola con los labios apretados. Sus ojos azules apuntaban a las parejas que danzaban alegremente, y sin ningún orden o técnica, por todo el salón. Notó una punzada dolorosa en el pecho.

—Sacadla a bailar —ordenó, en lugar de continuar su desahogo. Por si no lo había dicho lo bastante alto, insistió—: Alguno de vosotros. Id y bailad con ella.

—¿Eh?

—Es su boda. Tiene que bailar —masculló por lo bajo.

Carmichael debió reparar en que su incomodidad no era una broma. Se puso de pie muy lentamente, dándole tiempo para contradecirse.

—Coincido en que debería hacerlo, pero si no es con su marido...

Calder exhaló de forma imperceptible. La conocida sensación de inutilidad, de ser un auténtico estorbo, lo llenó como nunca antes. Era otro motivo por el que no podía celebrar que estuviera allí. Beth lo haría sentir un fraude en todos los aspectos siendo su esposa. No podría protegerla, ni cuidarla; no pudo tomarla en brazos antes de entrar por la puerta grande, como dictaba la tradición... Y le sería imposible consumir su relación sin sentirse humillado.

—Ve —dijo, sin mirar a Carmichael—. Y sé agradable con ella.

Hubo un instante de vacilación por su parte antes de acceder. Lachlan también fue con él, seguramente ansioso por pasar un rato con Denna, a la que podría coger en volandas durante la cuadrilla.

Calder no quería hacerse daño viendo reír juntos a su socio y a su esposa, pero un impulso masoquista lo obligó a observar cómo hacía una reverencia y pedía un baile a la mujer que él debería estar abrazando. Sentía que le faltaba el aire cuando Carmichael tomaba su mano y la guiaba con los demás. Ella no llevaba guantes: las rígidas costumbres británicas no llegaban a Cranston Castle. Se preguntó, por un segundo, cómo se sentirían sus dedos entrelazados con los de él. Él, cubriendo la mano femenina, encerrándola entre la suya; colocándola encima de su cabecita morena mientras con la otra, separaba sus piernas y la poseía.

—No vas a poder hacer eso esta noche —dijo Drew, como si le hubiese leído la mente. Se

habían quedado solos—. Lo de mandar a otro para que ocupe tu lugar, me refiero.

Calder soltó una carcajada nasal, sin ninguna connotación positiva.

—No me des ideas, Drew. Estoy tan desesperado que sería capaz, y es la única forma que veo de cumplir vuestros deseos. Porque va de eso, ¿no? —Giró la cabeza hacia él—. De tener el hijo que queréis que tenga.

—Te comportas como si esto lo hiciéramos porque nos aburrimos. La posibilidad de que Blake regrese es muy alta, Calder. Yo no me creo que esté muerto como sí lo piensan los demás. Sé que tarde o temprano aparecerá y reclamará lo que le pertenece. Esto —hizo un gesto para abarcar el salón— es lo único que podemos hacer para bloquearlo. Y lo queremos bloquear para que no te haga daño. Ni a ti, ni a quienes quieres. Así que deja de compadecerte. Podría ser mucho peor.

—Ya lo sé. Pero no me pidas hoy que os entienda a todos y digiera un matrimonio para el que no estaba preparado. Necesito días. —Lo miró de reojo. Una gota de sudor corrió por su frente—. Y una dosis.

Drew ni siquiera apartó la vista del frente. Rara vez miraba a sus interlocutores.

—No.

—Me voy a desmayar del dolor, Drew. No me hagas rogarte.

—Has tomado suficiente por hoy. Has tomado suficiente por el resto de tu vida —apostilló—. A la larga, el láudano produce efectos adversos que podrían perjudicarte.

—¿Más? —Se secó el sudor de la frente con una mano temblorosa—. ¿Y qué hay del opio? ¿Tampoco me vas a dejar fumar?

—Si puedo evitar que lo hagas, lo haré. El láudano ya tiene de por sí una cantidad de opio para nada desdeñable. Debes intentar resistir el dolor. Te has convertido en un puñetero adicto; e igual que has entrado ahí, ahora debes salir.

Calder soltó una risa ronca que se le atascó en la garganta. Deslizó el codo por la mesa para acercarse a él, y decir, muy cerca de su perfil estoico:

—Sabes que no pretendo salir de ninguna parte. Me he dejado porque sobrevivir nunca ha sido mi propósito. Tendré al crío para quitaros de problemas, y después...

Tuvo que dejar al aire su respuesta. El mayordomo obligó a los músicos a detenerse para anunciar que la cena estaba lista. No mereció la pena retomar la conversación donde la había dejado. Drew se puso de pie muy despacio, impulsándose desde la mesa que dominaba el salón. Siguió sin ladear la cabeza hacia él al decir:

—Si esos son tus planes, ten cuidado al cumplir con tus deberes de esposo. Podrías encontrar incentivos para seguir viviendo.

Calder exageró una risa sin humor.

—Debería ser la mismísima Afrodita para hacerme cambiar de opinión.

—Pues no sé cómo te imaginas tú a Afrodita, Calder, pero lady Beth es la que más se acerca a la descripción que yo tengo.

Intentó echar por tierra ese argumento; de veras que se estrujó el cerebro por encontrar una



réplica ideal. Lamentablemente tenía razón. Ese pérfido bastardo tenía razón. Y él tenía un grave problema.

Calder pecó de inocente al pensar que nada era peor que un matrimonio concertado. La fiesta que tuvo lugar en su salón hasta altas horas de la noche fue un martirio superior. Entonces creyó, en su renovada ingenuidad, que nada podría empeorar. La inminencia de la noche de bodas le demostró que estaba rotundamente equivocado, y no se dio cuenta hasta que Beth desapareció de escena y sus amigos se dirigieron a él con miradas íntimas.

De no haber sido porque fue muy bien educado en su infancia, habría hecho como los niños: cubrirse la cara con los brazos y esperar que lo dejaran en paz. Se sentía como uno de esos reyes medievales que debían acudir escoltados por media corte a los aposentos de su esposa, y ahí dejarlos, con la oreja pegada al portón, para que aplaudieran en cuanto hiciese su primer hijo. Todos estaban tensos y ansiosos porque cumpliera su papel de esposo, y a cada segundo que pasaba, Calder estaba más seguro de que aquello no ocurriría. Esto incrementaba su desasosiego, su impresión de ser una molestia. Se combinaba la obligación de cumplir con su deber —y el deseo de hacerlo para suavizar crispaciones—, con el orgullo aguerrido de los Houston. No quería poner un dedo encima a su mujer por orden de nadie.

Calder permaneció pegado a la mesa del comedor, sin mover un músculo. Sus dedos repiqueteaban una melodía repetitiva contra la superficie regular. Había solicitado que lo dejaran solo y, tras un par de réplicas por parte del de siempre —Lachlan—, lo consiguió. Pero no se sentía mejor. Beth debía estar en alguna habitación del piso superior, eligiendo el camisón con el que lo recibiría en sus brazos. Solo de pensarlo se estremecía de pasión anticipada.

Siete meses antes, Calder estaba sano como un roble, era fuerte y no tenía dificultades para encontrar a una mujer con la que calentarse. Sabía que quería enamorarse y formar una familia, pero mientras llegaba la indicada, retozaba con aquella que estuviera dispuesta. En Lochranza no había lupanares, aunque sí doncellas liberales. La libido de Calder era conocida en todo el pueblo, y escaseaban las noches que no las pasaba acompañado. Tenía preferencias sexuales, mujeres favoritas, y sentía debilidad por las morenas. Las morenas como Beth. Menudas, voluptuosas, con ojos y boca grande y la piel luminosa. Si hubiera tropezado con ella antes del accidente, habría hecho cualquier locura para tenerla a su merced. Incluso pedirle matrimonio. Así, durante los minutos previos al acto de consumación, estaría acicalándose y pensando en la cantidad de virguerías que iba a hacer con su cuerpo. Estaría igual de excitado que entonces, pero

con pronósticos de triunfo y una sonrisa en los labios, no al borde de la desesperación.

Miró el gran reloj de pared que coronaba el muro principal, justo encima de la repisa de la chimenea. En Lochranza nunca llegaba a hacer calor, pero estaban tan acostumbrados al frío paralizante del invierno que, durante los meses de mayo, junio, julio y agosto, no necesitaban prenderla con ese objetivo. Igualmente, esa noche crepitaba el fuego para iluminar el salón. Habían esparcido varios candelabros a lo largo y ancho del espacio. El ambiente pretendía reproducir los cálidos naranjas de un cuadro romántico, pero a él le invadió la melancolía. El reloj lo torturó durante unos minutos con el sonoro tictac del péndulo.

Alargó el brazo hacia el bastón y echó la silla hacia atrás, haciendo todo el ruido posible. Se levantó con dificultad. Necesitó unos segundos para acostumbrarse al lacerante latigazo de dolor que la herida expandió por todo su cuerpo. Un desagradable recordatorio y un motivo más por el que no ir a visitarla. ¿Qué cara pondría cuando viera el estado de su pierna? Ya no estaba tan mal como al principio, y al no tener con quién comparar, a lo mejor no le parecía tan nauseabundo como debería... Pero no merecía que la pusiera en esa tesitura.

Se dirigió a la amplia escalera y suspiró a sus pies. El mayor desafío de su vida era subir hasta el último peldaño, y lo superaba a diario. A veces se ponía a prueba y lo hacía tres, cuatro veces, aunque luego acabara retorciéndose o hecho un ovillo en el suelo. Era su manera de ir a contracorriente, de oponerse al martirio. Pero cada día que pasaba, le parecía más y más complicado. Imposible. Para un tullido, Cranston Castle era una trampa mortal; y sus escaleras, una tortura injusta.

Prácticamente se colgó sobre la barandilla y subió la pierna inservible. Después, la sana, que estaba tan cansada de soportar todo su peso que a veces no sabía cuál le molestaba más. Así fue subiendo escalón a escalón, hasta que llegó arriba, sudando y jadeando, con las lágrimas saltadas.

Las mañanas y las noches eran los peores momentos del día: era cuando el dolor se transformaba en un sufrimiento que sentía indefinido y pendiente de empeorar. Odiaba el amanecer porque era entonces cuando se daba cuenta de que estaba vivo, y debía afrontar los quehaceres de la jornada. Odiaba la noche, cuando debía asumir que, al alba, lo estarían esperando de nuevo esas escaleras y toda esa gente que no lo miraba con lástima porque ante todo lo respetaba. Al primer dibujo del sol y destello de la luna, era más intenso su deseo de morir.

Calder quería abandonar el mundo desde hacía mucho tiempo. Y sabía que era injusto para otros impedidos, que se las arreglaban para seguir adelante. Pero su vida se había convertido en una bola de pensamientos angustiosos, obligaciones a las que no estaba a la altura, y un dolor tan vivo que a veces sentía que le hablaba. En cuanto se descuidaba, el diablo del hombro le susurraba que pusiera fin al sufrimiento. Porque no era solo la enfermedad física, ni la fuerte dependencia a los sedantes —que, al final, se traducían en un intenso deseo de permanecer inconsciente el máximo tiempo posible—, sino la culpabilidad y la certeza de haber sido una mala persona.

Se esforzó por dejar la mente en blanco al cojear hasta la habitación. Las doncellas se habían

encargado de acomodarla en el dormitorio más acogedor de todo el castillo. Aun así, dudaba que estuviera a la altura. Ninguna de las dependencias de Cranston Castle era ni remotamente adecuada para una mujer de clase. Y, sin embargo, allí estaba cuando empujó la pesada puerta de madera.

Fue como si no hubiera visto a una mujer en toda su vida. En cierta forma, así era. En cuanto echó una ojeada al estado de la herida, hacía unos cuantos meses, y descubrió que nunca volvería a caminar sin ayuda, decidió que se habían terminado sus escauceos. Beth en camisón era el resurgir de su hombría. Una tentación prohibida.

Estaba sentada en el borde de la cama, con el cabello liso suelto hasta las caderas. Las velas no lo ayudaban a hacerse a la idea de que ella estuviera ahí de veras. Parecía una aparición. Y también parecía tan preparada, serena y decidida, que le tocó a él ponerse nervioso. Creyó que vomitaría el corazón cuando se levantó. Quería ayudarlo a desvestirse.

Le sedujo tanto la idea que dejó que le quitase la chaqueta sin decir una sola palabra. Se había perfumado para la ocasión, y su olor a azaleas y brezo lo envolvió como el abrazo que necesitaba, pero que no se atrevería a suplicar.

Calder tuvo un instante de debilidad y fantaseó con que podía tomarla en brazos, llevarla hasta la cama y desnudarla lentamente. Recordar que nada sucedería como quería lo impulsó a detenerla. La cogió por la muñeca que indagaba sobre su chaleco y la obligó a mirarlo a la cara.

Juraría que algo se deshizo dentro de él al tener la atención de sus grandes ojos azules.

—¿Sabes qué va a ocurrir? —inquirió él, en voz grave. Beth asintió despacio.

—Consumaremos el matrimonio.

—Eso suena muy teórico. ¿Tienes idea de a lo que me refiero?

—Sí, señor Houston. Haremos el amor.

Calder se resistió a cerrar los ojos. En un arrebato vulnerable, murmuró:

—Llámame por mi nombre.

—Calder —murmuró, sin tener muy clara la pronunciación.

No era un nombre que sonara erótico puesto en los labios de nadie. En cambio, la forma en que la boca se juntaba y separaba para pronunciar el de ella, resultaba intrigante. *Beth*. Lo había susurrado varias veces antes de subir, sentado en su butacón. Ella misma lo había dicho al presentarse a sus socios. *Beth*. Su lengua asomó tentadoramente entre unos dientes de marfil.

Pensó que quería besarla, que quiso besarla antes de lo que ansió saber por qué estaba allí. Quería saber a qué sabían sus besos, si serían tan pausados y delicados, tan decididos y calmados, como su tono al hablar. Sería un interesante contraste, porque él se moría por invadirla con brutalidad.

Tiró del lazo que cerraba el escote de su camisón, tan excitado que no sentía ni las orejas. Era su mujer y tenía derecho a hacer con ella lo que quisiera. Meterse entre sus piernas ni siquiera era una barbaridad. Más bien una obligación. Y era la obligación más dulce que le habían encomendado desde que nació.

La caída de la tela expuso una piel satinada, libre de imperfecciones. Sus pechos se intuían ahora mucho más llenos de lo que había creído a simple vista.

—He sido muy maleducado esta tarde —murmuró, en contra del guion estudiado—. No quiero que pienses que soy despótico o arrogante. Solo... No te esperaba, Beth.

—¿En qué sentido?

Percibió que su voz temblaba, y supo que era por las distraídas caricias dedicadas a su torso. Había infiltrado la mano bajo la tela, en busca de la forma de sus huesos y sus redondeces. ¿En qué sentido...? Ya le había dicho que firmaron por él, pero ella no quiso creérselo y le demostró que tenía carácter. Un carácter escondido del todo cautivador. No iba a repetir el discurso. No quería que pensara que tenía tan poca voluntad como para aceptar la encerrona de Lachlan.

Calder dio un paso hacia delante y echó todo el peso sobre el bastón. Ella tenía los labios entreabiertos, a través de los que exhalaba un aliento ardiente. Calder acarició el inferior con la yema del índice, separándolo más. Quería introducirse en su boca. La quería succionando sus dedos antes de que él los usara para darle placer; la quería jugando con su lengua, lamiendo su miembro. Tenía reservado todo un imaginario de posturas y juegos para Beth. Y todo ese imaginario se desvaneció cuando ella llevó una mano decidida al cierre de su pantalón. Entonces se vio pidiendo ayuda para desvestirse, recibiendo una mirada de lástima al dejar a la vista su lesión, y el instinto tiró de él en la dirección contraria.

—No puede ser —jadeó, soltándola de repente—. No puedo.

Beth pestañeó sin entender.

—¿Por qué?

—Dijiste que nunca me cuestionarías —le recordó con amargura, mientras adecentaba el nudo que ella había estado a punto de deshacer—. Era una de tus obligaciones como esposa.

—Tú también tienes unas obligaciones como esposo. ¿No crees que merezco una explicación?

Calder presionó la mandíbula. Menudo momento había elegido para quejarse. Estaba excitado y una palabra concreta de sus labios podría bastar para mandar su acto de generosidad al infierno.

—Simplemente no puedo acostarme contigo.

—¿No puedes, o no quieres? —inquirió, cubriéndose con los brazos—. Cualquiera que sea la respuesta, exijo la explicación que le sigue.

—Te has vendido como lo que no eres para entusiasmarme, ¿no? Tu aire de muchacha sencilla y obediente se intuye más bien poco en este dormitorio.

Beth levantó la barbilla.

—Es evidente que poseo un gran defecto que te parece imperdonable, porque sé que necesitas un hijo con urgencia. Y el hecho de que ni siquiera pretendas tocarme en la noche de bodas para asegurarlo... Significa que te asqueo más de lo imaginable. —Avanzó hacia él y preguntó—: ¿Qué puedo hacer para parecerte atractiva?

Calder apretó la mandíbula.

—Nada. No puedes hacer nada.

La vio tragar saliva y se maldijo. ¿Qué le costaba decir la verdad? Su cojera no era algo que pudiera ocultar. Tarde o temprano preguntaría qué tenía, y entonces él debería confesar que escondía una fealdad grotesca bajo los pantalones. Calder era el que dejaba que desear, y no ella, pero estaba tan bloqueado que no sabía por dónde empezar.

—¿Tan desagradable soy para ti?

—No es culpa tuya.

—Por supuesto que no lo es, no decidí nacer siendo fea —replicó, con cierto aire irónico.

—No me refiero a eso. Es algo superior a mis fuerzas, o las tuyas.

Observó a partir de la expresión de Beth, que no se estaba explicando como le gustaría. Se aferró a un clavo ardiendo que quitara la culpa de sus hombros:

—Yo... Estoy enamorado de otra mujer. Estar contigo sería injusto y deseo permanecer fiel a mis sentimientos.

Beth desencajó la mandíbula. Creyó ver un destello de traición en sus ojos, pero fue tan sutil que acabó descartándolo.

—¿Enamorado de otra mujer? —repitió, con un hilo de voz—. ¿Y por qué te has casado conmigo?

—Porque necesitaba una esposa.

—¿Por qué no ella, entonces?

Calder tragó saliva. No podía pensar con claridad teniéndola delante con un camión arrugado y a medio quitar.

—No habría sido adecuado casarme con ella. Es imposible para mí.

Un silencio incómodo, lleno de vergüenza, flotó entre los dos. Imaginaba que para ella se habría enfriado la situación, pero Calder la vio tan desamparada y confusa que la deseó aún más.

No entendía cómo podría habérselo creído. Ningún hombre podría enamorarse de otra mujer si la conociera a ella. Calder traicionaría todo lo que conocía por un beso de sus labios. Ojalá fuera la lealtad lo que había en el ruedo, y no la humillación de marcarla para siempre como la esposa de un tullido. No sería oficialmente su mujer hasta que durmiera con ella, y si eso no llegaba a pasar... Podría tener otra oportunidad. En otro lugar.

—¿Duermes con ella? —Calder la miró sin comprender—. Aunque no sea tu mujer, ni vaya a serlo nunca... ¿Duermes a su lado? ¿Le haces el amor?

—¿Por qué preguntas eso?

—Sé cómo son los hombres. Aunque amen a una mujer, eso rara vez les impide yacer con otra. Imagino que debe calentar tu cama si estás lo bastante satisfecho para rechazarme. A no ser que se junte ese motivo a tu falta de interés por mí.

Calder abrió la boca para rechazar su hipótesis de inmediato. Pero enseguida se dio cuenta de que solo serviría para que insistiera. Estaba comprometida con sus deberes de esposa y no cesaría en su empeño hasta quedar satisfecha consigo misma. Además de que no pretendía apartarla solo esa noche, sino para siempre.

—Sí. Ella calienta mi cama —confirmó.

La reacción de Beth fue casi invisible.

—¿Vive en Cranston Castle? —Quiso saber sin voz.

—Así es. Pero la echaré mañana mismo si te supone una humillación. Entendería que así fuera.

La vio dirigir una mirada vacía a la puerta. Una desconocida sensación de malestar dominó su estómago. Ella había avisado que nunca expresaba sus sentimientos, así que tendría que adivinarlos. Y, por lo pronto, le parecía que no encontraba las palabras educadas para manifestar cuánto la ofendía la situación.

—¿Echándola evitaría que siguiera viéndola?

Calder vaciló. No negó sentirse intrigado por la rigidez que detectó en su voz, como si aquello le molestara. ¿Cómo no iba a hacerlo? Estaban hablando de que estaba siendo infiel antes siquiera de consumir el matrimonio. Los hombres corrientes también yacían con otras, pero al menos daban una oportunidad a su esposa antes de considerarse oficialmente aburridos.

—No.

Un pequeño silencio.

—Mientras seáis discretos no me importa —atajó con firmeza. Calder se lo creyó—. ¿Y qué hay del asunto de la descendencia? ¿También tendrá ella a su heredero por mí?

Calder detectó cierto deje despectivo, pero disimulaba tan bien que no pudo señalarlo.

—No. Sería un bastardo. Pero yo le debo lealtad a ella —añadió enseguida. Supo que lo que iba a decir a continuación era una grosería, y una humillación, pero lo dijo de todas formas—. Lo que significa... que tú podrías buscar a otro hombre en el que confiar.

Beth abrió los ojos de par en par.

—¿Qué está insinuando?

—Sería injusto por mi parte exigir que te dedicaras enteramente a mí, cuando yo no haré lo mismo. Deseo que goces de todas las libertades. Y si te quedaras embarazada...

—También sería un bastardo —cortó con sequedad.

—Nadie tendría por qué saberlo.

El rostro de Beth se puso del color de la grana, y él sintió unas irrefrenables ganas de disculparse. De modificar todo su discurso, o no modificarlo en absoluto, sino solo interrumpirlo con un beso. Tenía a la mujer con la que nunca se habría atrevido a soñar en su habitación y, por chistoso que fuera teniendo en cuenta su relación, carecía del derecho a tocarla. Y no solo eso, sino que la estaba ofendiendo.

Maldito fuese.

—¿Da por hecho que se me ocurriría traicionar mis votos? Yo no soy tan rastrera, señor Houston —atajó sin pestañear—. No soy especialmente cristiana, pero respeto el juramento que he hecho ante Dios. Es insultante que piense que voy a entregarme a cualquiera por aburrimiento, o por despecho.

—Por aburrimiento y despecho quizá no, pero la promesa de un rato de diversión tentaría a

cualquiera. Necesito un heredero; no tiene por qué ser mi hijo, solo ser nombrado como tal.

Beth respiraba con dificultad.

—¿Y tiene alguna preferencia de padre? —inquirió en voz baja—. Tal vez un hombre que se le parezca físicamente. Que posea sus mismos rasgos intelectuales. Quizá uno de sus socios, para de paso heredar algunas de sus técnicas. O su poca vergüenza —siseó. Cerró las manos en dos puños—. ¿Aceptó casarse conmigo para ningunearme, señor Houston?

—Por supuesto que no. Pero es solo una unión conveniente.

—Una unión conveniente no es lo mismo que una mentira. Si me quería fingiendo ser su mujer, podría habérmelo dicho desde el principio.

Calder avanzó hacia ella. Comprendía su ofuscación y lo estaban excitando soberanamente los destellos fugaces de sus ojos, pero no iba a permitir que le hablara de esa forma.

—Una unión conveniente y una mentira tienen en común que ambas cosas son un paripé. Una farsa. ¿Qué pensabas? ¿Que te amaría y te lo entregaría todo? ¿A ti, una desconocida a la que ni había visto la cara antes de apartar el velo?

—Creo que hay una amplia gama de tonalidades entre el blanco de amar a una mujer, y el negro de mandarla a parir bastardos de otro. Si no fuera de Inverness de nacimiento, pensaría que los escoceses son tan obtusos como se dice en algunas zonas de Inglaterra.

Calder alzó las cejas.

—¿Te parezco obtuso?

—Me parece un auténtico grosero, desagradable y maleducado, y un embustero además de desvergonzado.

—Ya veo que te he inspirado. Esta mañana estabas dispuesta a no criticar mis reprobables comportamientos.

—Esta mañana pensaba que tendría un esposo, no un proxeneta que me animaría a copular con otros por él.

Calder cerró la boca tan rápido como la abrió.

—¿Dónde ha aprendido esas palabras?

—Mi padre tiene un amplio vocabulario.

Santo Dios. La había subestimado; creyó que por ser un rostro bello y un cuerpo tentador, por ser educada y complaciente, carecería del carácter necesario para ponerlo en su sitio. Las mujeres de clase que conocía nunca pondrían esa palabra en sus labios. Beth incluso alzaba la barbilla, retándolo a insultarla de nuevo.

—La mayoría de los matrimonios están formados por los cónyuges y sus amantes.

—Y me lo dice con esa tranquilidad.

—La misma tranquilidad que debería embargarte a ti. Te estoy liberando de tus responsabilidades.

—Me está mandando a yacer con otro hombre, en la noche de mi boda —corrigió, con un siseo—. Quiere que le dé un bastardo... Y ¿sabe qué le digo? Que si desea un hijo ilegítimo, va a tener



que hacérselo a otra mujer. Por si no se ha enterado, yo no soy una ramera que pueda pasar a otras manos.

Debería haber dejado que se marchara. Necesitaba estar solo. Se sentía más enfermo que nunca. Pero también vivo, tan vivo que el dolor le parecía una minucia en comparación. Y esa ilusión de vivir manaba de ella, a la que cogió por la mano para retenerla. No calculó bien la fuerza, creyendo que no la movería, y acabó impactando contra su pecho.

—Tú estabas aquí para ser y hacer lo que yo te dijera.

La indignación nadó en sus ojos azules. No pudo soltarla.

—Le debo obediencia mientras sea su esposa. Si voy a ser su inquilina, y me está dando las libertades de una, haré lo que se me antoje. Y puede estar seguro de que nunca se me antojará regalarle un hijo de otro hombre.

Su respuesta lo alivió de una forma inexplicable. No le había dado tiempo a definir el azul de sus ojos, a averiguar de qué parte de Escocia era su acento, y ya sentía que podía dormir tranquilo si le entregaba su lealtad. Él le había abierto la veda al placer por cortesía, para que no lo llamara egoísta... Pero lo era, porque celebraba que se hubiera cerrado a esa posibilidad.

Ella se soltó sacudiendo el brazo y se dirigió hacia la cama, donde había dejado el batín. Desde allí lo miró por encima del hombro.

—Ahora que no va a necesitar me, no le importará que duerma en otra habitación.

—No, seré yo el que se marche. Este dormitorio ha sido preparado especialmente para ti.

—Magnífico. Al menos hay algo en este lugar que no me quedó de prestado.

Calder intentó disimular lo mal que le sentó su tono severo. Se lo tenía merecido. Tal y como ella había enumerado, acababa de rechazarla siendo su esposa, en la noche de bodas, para luego arrojarla a otros brazos en contra de su voluntad. De la de ambos. No sabría por dónde empezar a compensarla, porque tardaría en enterarse de todo de lo que la estaba librando.

Observó cómo la seda cubría sus brazos y sus hombros. No usó los movimientos más etéreos para cubrirse, pero Calder necesitó un segundo para recobrar el aliento. La excitación al entrar y verla allí sentada, esperándolo; la impotencia porque descubrirse lo mataría; el irracional enfado por cómo ella había reaccionado... Todo desembocaba en lo mismo. Una pena infinita porque se cumplía lo que él ya había imaginado, el motivo por el que no quiso casarse. Sería incapaz de hacer feliz a una mujer, y si ya le costaba vivir sabiendo que ni él mismo podría complacerse... Hacerlo con la plena conciencia de que estaba arruinando la vida de otra persona, acabaría matándolo.

Salió de allí con una merecida sensación de culpabilidad. Comenzaba la cuenta atrás. No le tomaría demasiado tiempo reunir el suficiente arrepentimiento para quebrarse. Como los remordimientos fueran tan intensos como esa noche... No llegaría vivo a la semana siguiente.

Toda una vida reprimiéndose para no desairar la buena educación. Toda una vida descartando pensamientos que «una dama no debía tener», silenciando opiniones, incluso a veces fingiendo que no las tenía; todo para ser lo más cercano a la mujer perfecta. A la esposa ideal. Un esfuerzo que se había ido al garete en su noche de bodas. Un esfuerzo recompensado con un marido infiel y despreciable.

Beth no se hubo permitido remolonear ni un poco, aunque fantaseó con encerrarse en la habitación durante el resto de su vida. Aquel hombre la había insultado en una sola noche más que su propio padre en toda su vida. Y la comparación no era poca cosa. El *laird* demostraba un gran afán de superación cuando se trataba de idear nuevas maneras de humillarla. Pero el señor Houston lo había superado con creces.

Quizá hubiera sido culpa suya por suponer que sería mejor que Ewan MacDuff. Desde luego, Beth había cometido un grave error al dar por hecho que la mala suerte tenía un límite, y pecó de ingenua marcándolo en la figura de su padre.

Toda una vida entregada al protocolo y las normas, obsesionada con la perfección... Para nada. Para que su marido ni la tocara. Ni quisiera un hijo suyo. No dudaba que hubiera mujeres saltando sobre una pierna de estar en su situación. Ciertamente, meterse en la cama con un desconocido requería muy pocos reparos o una asimilación profunda de las obligaciones... pero a ella aún le quedaban escrúpulos. Y vergüenza.

Se sentía tan inútil. Su padre no la quiso ni para educarla, y su marido no aprovecharía su matrimonio ni para engendrar un heredero que necesitaba. Su existencia era equivalente a la de un simple parásito. Estaba allí para consumir las cuatro comidas y ocupar una cama. No tenía ningún deber ya. Ni motivación, ni amistades, ni aficiones. Estaba sola en el mundo. Encerrada en ninguna parte.

Pero no iba a victimizarse. Por eso se puso el vestido más bonito que encontró en su armario, se perfumó el cuello con esencia de jazmín y rosas, y recogió el cabello azabache en un moño alto. Si iba a ser una pertenencia más del señor Houston, y no precisamente valorada, por lo menos cumpliría su función de ofrecer un aspecto apetecible. Esperaba que, aunque él no la quisiera ni pretendiera tratarla con respeto, sus socios sí fuesen amables con ella. O, por lo menos, le dirigieran la palabra.

Creía que estaba preparada para enfrentar el día. Era fuerte de sobra. Había tolerado toda clase de insultos desde que era una cría. Pero en cuanto puso un pie en el comedor y vio que Calder dejaba de reírse nada más verla, cambiando su sonrisa por una mueca de incomodidad, unas irrefrenables ganas de llorar la invadieron.

No era que no la quisiera... Es que la odiaba. Se dio cuenta por la forma que tuvo de estirar la espalda y torcer la boca, como si acabase de detectar un olor desagradable en el ambiente.

Beth echó un vistazo a su vestido. No le parecía que hubiese nada asqueroso en las capas de lino. Ni tampoco le parecía que fuera tan desagradable su aspecto físico para reaccionar de esa forma; su padre le decía muy a menudo que su único encanto residía en su aspecto, y que debía explotarlo mientras lo tuviese. Bueno, se había equivocado. Era evidente que para Calder Houston ni eso le tentaba.

Estiró el cuello en señal de dignidad y dio los buenos días. Tomó asiento lo más lejos posible de él, quien presidía una mesa en la que podrían comer cómodamente quince personas más. Aparte de su marido, Denna y Lachlan intervenían en la conversación. Las migajas en los asientos vacíos eran señal de que hubo otros comensales, pero habían sido más rápidos que ella.

—¿He llegado demasiado tarde? —inquirió, con la vista clavada en las sillas mal colocadas—. Olvidé preguntar a qué hora se servía el desayuno.

Denna sonrió frente a ella. Estaba preciosa, dentro de la sencillez con la que se había vestido. Era notable que se sentía cómoda y tenían confianza, porque llevaba el cabello chocolate suelto sobre los hombros. Desde luego, seguir las normas de vestimenta en Cranston Castle no era una obligación, sino una sugerencia. Lógico. Allí nadie iba a ofenderse.

—Depende de quién estemos hablando. Carmichael y el señor Haye desayunan a las seis de la mañana a causa de su horario de trabajo; el señor Hawke y Calder pueden dormir un par de horas más, al igual que yo. Pero a las recién casadas nunca se las despierta antes de las diez, se sobreentiende que necesitan descansar.

Seguramente Denna no se estuviera refiriendo al ajeteo de la noche de bodas, sino a la celebración en general, que sin duda fue extenuante. Pero Beth no pudo evitar interpretarlo como un guiño a la consumación. Se sintió tentada de hacer un comentario capcioso al respecto. Le gustaría saber cómo reaccionaría Calder a una broma privada entre los dos, aunque por preferencia, le atraía más la idea de no dirigirse a él.

—Respecto a eso, ¿ha dormido bien? —inquirió Lachlan. Estiró un brazo para alcanzar la mermelada.

Beth sintió la mirada de Calder perforándola, incluso sin mirarlo directamente. Debía ser su manera de recordarle que no podía decir ni media palabra sobre su falta de tacto.

—He pasado un poco de frío. Vengo del sur de Inglaterra y allí las temperaturas son más suaves. Pero no tardaré demasiado en acostumbrarme... No, gracias —rechazó con amabilidad. La doncella retiró la bandeja que había acercado—. No tengo hambre.

—¿Por qué has bajado, entonces? —preguntó Calder.

No sonó tan seco como ya sabía que podía sonar, pero los otros dos comensales dejaron lo que estaban haciendo; Denna levantó la vista del panecillo que untaba, y Lachlan suspendió la mano sobre el tarro de mermelada. Ambos se miraron con el ceño fruncido.

—No creo que sea ningún delito buscar compañía, señor Houston.

—Por supuesto que no —repuso Denna con rapidez. Envió una mirada de reproche al anfitrión—. No le hagas ningún caso, Beth. Se ha levantado con el pie izquierdo.

—Como todos los días —apostilló él, con cierto sarcasmo—. Con el derecho sería francamente difícil.

Lachlan soltó una carcajada que disipó parte de la tensión concentrada.

—Eso lo explica todo, sin duda —exclamó el socio. Se dirigió a Beth—. Si lo que quiere es compañía, el humilde servidor aquí presente se presta a cualquier actividad. Pero todas las ideas que se me ocurren requieren energía, así que le pido que por lo menos coma algo para poder afrontarlas. Y para no desairar a la cocinera. Se levanta muy temprano para poner más de siete platillos en la mesa.

Beth compadeció a la cocinera, con la que nunca pensó que tendría algo en común. Ella sabía lo que era que la desairasen después de mucho tiempo esforzándose por satisfacer al consumidor. En su caso, años. Toda una vida. Este pensamiento la llevó a mirar a Calder, que había iniciado una conversación en voz baja, y al margen de la principal, con Denna. Estaban sentados el uno junto al otro, y ella sonreía.

De manera inexplicable, le dolió la cercanía con la que trataba a su cuñada. Se desentendió de ese sentimiento examinando los platos. Tenía el estómago cerrado, así que eligió la primera manzana verde que detectó en el frutero.

—¿Hay manzanos en Lochranza? —preguntó con un hilo de voz, solo por iniciar una conversación.

—Manzanos en concreto, sí, pero hay muchos árboles frutales que no se pueden plantar aquí por el clima o por la falta de medios. Como verá, Lochranza es un pueblo pequeño, y Eilean Arainn es una isla olvidada, aunque sea la más cercana y grande. Gracias al cielo, nos visitan numerosos barcos comerciales para llevarse el whisky. Es entonces cuando hacemos nuestros intercambios. —Lachlan se inclinó hacia ella con una sonrisa, y añadió en tono confidencial—: Nadie en este sitio desayuna mermelada de grosellas, a excepción de los que viven en Cranston Castle. Debe sentirse afortunada.

Beth esbozó una sonrisa mustia a modo de asentimiento. No consiguió mantenerla. Calder y Denna continuaban su conversación paralela. Él parecía más tranquilo ahora que no debía dirigirse a ella; su rostro relajado denotaba que estaba con alguien de confianza. Y le sentaba bien bajar la guardia. Era lo bastante guapo para justificar que le faltaran el resto de las cualidades positivas que completaban el virtuosismo masculino. Su belleza debió absorber todo lo demás cuando nació.

En vista de que no pensaba dar pie a continuar la charla, Lachlan interrumpió a Calder y se unió

a ellos en una discusión sobre las etiquetas del embotellado. No sabría decir a qué temas derivaron en los siguientes minutos. Por primera vez en su vida, Beth dejó que la superase la situación y se limitó a dar pequeños mordiscos desgastados a la manzana, lejos de todo. Dedicó la primera parte del desayuno a observarlos sin ningún interés, hasta que unos gestos puntuales captaron su atención.

En cuestión de media hora, Lachlan había tratado de establecer contacto físico con Denna de cientos de maneras diferentes; poniendo su mano sobre la de ella o recreándose en el roce de sus dedos al tender una bandeja. No era en absoluto sutil a la hora de demostrar su afecto, porque sin duda era afecto lo que hacía brillar sus ojos castaños, y no del tipo fraternal, sino más bien romántico. Beth era titánica deduciendo los vínculos entre aquellos que la rodeaban y no le costó extraer la conclusión de que estaba enamorado de la viuda... Como tampoco de que la viuda no lo correspondía. Ella sí era bastante disimulada, quizá porque el rechazo tajante se vería mucho más escandaloso que la muestra de interés masculino: apartaba la mano con cuidado, ocupándola en cualquier tarea, y le daba las gracias con simple cortesía para rechazar sus ofrecimientos.

En cambio, con Calder tenía una actitud muy distinta. Era Denna la que frotaba su brazo, la que jugaba con sus dedos, la que se acercaba a él todo cuanto se lo permitía el decoro; la que le hablaba con voz risueña e incontenible emoción. Sus ojos echaban chispas al mirar a Calder, quien a pesar de no transmitir el mismo entusiasmo, sí que estaba visiblemente encantado con ella.

El nudo que tenía en el estómago se deshizo para inundarla de malas sensaciones. No quiso saber por qué el descubrimiento le dio ganas de vomitar. Gracias a Dios, se contuvo y se protegió con su inexpresividad hasta que terminó la manzana.

Era Denna. Su amante era Denna. Y estaba prohibida porque aún no había pasado el tiempo de luto; porque era la mujer de su hermano y ese tipo de prácticas ya no estaban bien vistas; porque era estéril y él necesitaba un heredero. Debería haberlo imaginado cuando la viuda describió al señor del castillo con semejante detalle.

Se amaban. Se amaban, y tenía la desfachatez de sentarla a su mesa. En la misma que a su esposa.

Beth cerró los ojos un instante. Buscó entre el veneno un poco del oxígeno que necesitaba para no ahogarse.

—¿Milady? —llamó Lachlan—. ¿Se encuentra bien?

Ella asintió, aún sin abrir los ojos. Nadie la creyó. Se tambaleaba al borde de la ira.

—Dios mío, Beth, ¿qué te ocurre? —Oyó el chirrido de las patas de la silla, saliendo disparada hacia atrás. Enseguida tuvo las manos frías y femeninas de Denna en los hombros—. ¿Es posible que te haya sentado mal la manzana? ¿O hace demasiado calor aquí...? Ven conmigo, vamos.

Se le puso el vello de punta al notar sus dedos en torno a la muñeca. Estuvo a punto de comprobar la reacción de Calder, pero sabiendo que seguramente la decepcionaría su indiferencia, le negó la mirada. Permitted que Denna y Lachlan la auxiliaran y guiasen a una salita contigua, igual de afectada por el abandono que el resto del castillo. ¿Estaba ella destinada a

acabar como los bienes materiales del señor Houston? No quería ponerse apocalíptica, pero la frustración era tal que perdió los papeles en cuanto se quedó a solas con Denna.

—No creas que estas cosas no me pasaban a mí cuando llegué. Cuesta habituarse a una vida completamente nueva, a un lugar tan diferente, y rodeada de desconocidos —decía, mientras corría las grandes cortinas para que entrase la luz. A continuación se peleó con la manija de la ventana—. Me invadía el pánico en cuanto me quedaba sola. La ansiedad no me dejaba hacer nada. Por lo menos tienes aquí a alguien que sabe cómo te sientes, y a un marido al que siempre podrás recurrir.

—¿Como haces tú? —respondió ella, sin mover una sola pestaña.

Denna no dio señas de haber comprendido el reproche.

—Bueno, ya no tanto. Ahora que he hecho buenas migas con Carmichael y Lachlan —el señor Haye se me resiste aún—, voy turnándome para que no piensen que acaparo más a uno que a otro.

—¿Y no lo piensan? —siguió indagando—. Creo que tus preferencias son bastante notables.

La viuda la miró por encima del hombro. Beth detectó un tono rojizo en sus mejillas. El color de la vergüenza. Se regocijó internamente, celebrando que por lo menos tuviera la decencia de sonrojarse.

—Debes ser muy observadora si te has dado cuenta. Pongo todo de mi parte para que nadie lo aprecie —murmuró. Seguía de espaldas a Beth, con los dedos enredados en la pesada tela de las cortinas—. Supongo que, a veces, esforzarte tanto en disimular es lo que lo hace evidente. Pero entenderás los motivos por los que trato de ocultarlo, ¿verdad?

Aunque la desconcertó que no se molestara en negarlo, se sintió sobre todo agradecida por su honestidad. Beth no podía enjuiciar lo que les había llevado a mantener una relación antes de ella; siempre fue muy comprensiva con los sentimientos ajenos, que escapaban al control de todos, sin excepción. Pero tendría que odiarla si seguían adelante con su amorío ahora que Calder estaba casado... y se sorprendió a sí misma detestando la idea. Denna había dicho que ella era la única amiga que podría tener, y Beth sentía lo mismo por su lado. Le gustaría conservarla como confidente, y no solo porque temía a la soledad, sino porque le parecía una muchacha encantadora. Lamentablemente no podrían serlo si se metía en la cama con su esposo.

Asintió con sequedad, a lo que Denna dio la vuelta y se dirigió a ella con cara de preocupación.

—Te ruego que no se lo digas a nadie —suplicó, a sus pies—. Sé que no me juzgarían, pero conservo intactos algunos de mis rígidos principios morales... y guardo algunas reticencias hacia nuestra relación.

—Eso espero. No es cristiano ni justo para ninguno, sobre todo teniendo en cuenta la situación del tercero en discordia.

Denna agachó la cabeza en señal de arrepentimiento.

—Ese tercero en discordia no merecía ninguna consideración, pero aun así me reservo en algunos aspectos por su causa. Al menos puedo decir que él no conoce mis sentimientos —susurró—. Soy más distante de lo que me gustaría, en parte, para no crearle esperanzas.

¿Cómo que el tercero no merecía ninguna consideración? La tentó levantarse, darle una bofetada y echarla de allí. Era Beth la que llevaba el apellido Houston; si no la quería en su castillo, podía mandarla a vivir a las cuadras. Debería moderar la forma en que se refería a ella.

—Tiene todas las esperanzas del mundo y más depositadas sobre ti. Y créeme, sabe muy bien cuál es la naturaleza de tus sentimientos. Sería difícil no darse cuenta cuando solo tienes ojos para él. Eres realmente afortunada. No todas pueden decir que la persona que aman las corresponde.

Denna levantó la barbilla y la miró. La emoción la atravesaba.

—Sé que él me ama, y mucho más de lo que merezco —confesó en tono endeble—. Nunca podré corresponderle en la misma medida. Se lo he intentado hacer ver cientos de veces; he tratado de convencerlo, por todos los medios, de buscar a otra mujer. Una que le dé los hijos que quiere y le entregue su corazón. Por eso... —inhaló—. He decidido ir a verlo esta noche para decirle que debemos olvidarnos el uno del otro.

Detectó tanta tristeza en su voz rota que, por un momento, no supo qué decir. ¿Qué le importaba a ella la relación que su marido mantuviera con otra? Igual que le habían enseñado a servir el té, le especificaron en múltiples ocasiones que los hombres solían tener amantes. Y que, en algunos casos, llegaban a amarlas mucho más que a sus esposas. Las mujeres oficiales no eran objeto de devoción o pasión, solo unas cuantas, y porque la convivencia había acabado fomentando el aprecio entre los cónyuges. Teniendo esta lección tan bien aprendida, ¿por qué le ardía el corazón de pensar en mirar para otro lado y dejarlos seguir su romance? ¿Iba a ser esa mujer cruel, capaz de separar a dos personas que se amaban, solo para conservar su dignidad? ¿Qué importaba la dignidad en un pueblo isleño?

Importaba mucho. Beth no se caracterizaba por su intransigencia, ni por sus rencores. No podía decir que, llegado el momento, se acostaría bajo la lápida odiando a su padre. Pero aquello era superior a sus fuerzas. El rechazo de Calder aún hacía hervir su sangre, aún le revolvía el estómago; no estaba en condiciones de dar su bendición. No lo estaría nunca. Era su marido.

*Su marido.*

Aunque no la quisiera ni fuese a hacerlo jamás.

—Te lo agradezco —dijo al fin, con la voz entrecortada y un agudo dolor en el pecho—. Es posible que me arrepienta de haber sido la causa de vuestra separación... Pero ahora mismo no puedo soportar la idea de haberlo abandonado todo para ver cómo vive felizmente con otra mujer. Confío en que entenderás mi postura.

Denna pestañeó rápido.

—¿Cómo?

—Yo... —Beth se miró las manos. Enseguida se imaginó desde fuera y rompió la postura sumisa. Pretendía dar una orden, o por lo menos sonar tajante. Cuadró los hombros y la enfrentó con seguridad—. De alguna forma, yo lo siento mío. Aunque no me quiera, no lo voy a compartir contigo. No durante los meses siguientes a la boda, ni bajo mi mismo techo.

—Beth... —interrumpió, en tono vulnerable—. ¿Pensabas que estaba hablando de Calder?

Ella arrugó la frente.

—Es él a quien te referías.

—¡No! —exclamó. Apoyó las manos a los lados de Beth para ponerse en pie de un salto. Su expresión mortificada derivó a una de puro horror—. Dios santo, no me lo puedo creer... ¡La que he podido armar en apenas unos segundos! Claro que no me refiero a él, Beth. Calder es mi mejor amigo; mi amigo del alma, no la persona de la que estoy... —Sacudió la cabeza—. En nombre de todos los santos... ¿De veras creías que me pondría a hablar de mis sentimientos si estos fueran para tu marido? Se me conoce por mi osadía, pero ni yo demostraría semejante descaro.

—Pero... —musitó—. Lo mirabas como si... Imagino que puedo haber confundido simple aprecio con interés romántico, pero si así fuera, ¿de quién estarías hablando tú?

Ella se ruborizó suavemente.

—De Lachlan, ¿quién si no?

—Le estabas retirando las manos todo el tiempo y apenas lo mirabas —replicó, confundida.

—Porque no me gusta que tenga muestras de afecto conmigo en público. No me gusta que las tenga cuando he decidido que no vamos a ninguna parte. Oh, Señor... —Se cubrió la boca con la mano y dejó escapar una carcajada—. Debes haberlo pasado terriblemente mal. Perdóname. Ni se me pasó por la cabeza que llegarías a tremenda conclusión. ¿Lo has deducido solo por nuestro trato cercano?

Por supuesto que no. Si Calder no hubiera mencionado a cierto amor de su vida la noche anterior, no se habría levantado paranoica, decidida a descubrir de quién se trataba. Quiso decírselo así, pero pensó que, aunque tuviesen una amistad muy especial, quizá no se lo contarán todo. Si Denna no sabía que el señor del castillo estaba enamorado, no quería ser ella quien se lo dijese. Se caracterizaba por su prudencia; esparcir los secretos de otro le parecía una maldad fácil de evitar.

No obstante, Denna le había dicho la verdad sobre sus sentimientos. No era que sintiese que le debiera un secreto, pero quería corresponderla en la misma medida. Y le haría falta un consejo si quisiera sobrevivir a la vida conyugal. Además de que el secreto de Calder era ahora el de ella misma, pues le afectaba en gran medida.

Acabó contándole a grandes rasgos la conversación que tuvieron en su alcoba. Por la exagerada reacción de Denna, a la que casi se le cayeron los ojos rodando de la sorpresa, supo que no tenía ni idea de los sentimientos de Calder.

—Esta petición no te gustará, y por eso no te obligaré a darme tu palabra, pero te agradecería que no le dijeras nada al señor Houston. Si no te lo dijo debe ser porque quiere mantenerlo en secreto, y aunque anoche fantaseara con matarlo... No es mi deseo hacer de su vida un infierno.

—Pues deberías, después del tremendo embuste que salió por su boca. Te ha engañado miserablemente, Beth —le soltó sin pudor. Parecía mucho más ofendida que ella—. No está enamorado de ninguna mujer.

Beth se mordió el labio.



—Si no quieres creerme, estás en tu derecho. Imagino que a nadie le gusta descubrir que una de sus grandes amistades anda...

—¿De qué mujer iba a enamorarse? —interrumpió—. No hay más que criadas en su entorno, y te aseguro que las aborrece tanto por lo mucho que las necesita, que se niega a pronunciar sus nombres. No sale de aquí; no conoce a nadie del pueblo. A no ser que esté enamorado de forma platónica de alguien, sin consumaciones ni trato directo con la muchacha en cuestión —cosa que no encaja con la amorosa y sexual relación que te describió—, te ha mentado.

Beth frunció el ceño.

—¿Y por qué me iba a mentir?

—Eso podrías preguntárselo a él —señaló Denna. Se cruzó de brazos—. Pero te juro por Dios y por todo lo sagrado, que no es cierto.

El alivio aún no superaba la indignación, esencialmente porque este le duró muy poco. ¿Debía celebrar que Calder no tuviese una amante, o no estuviera enamorado? Eso solo podía significar que escondía algo peor, que la había rechazado por un motivo aún más humillante o desagradable. Como, por ejemplo, que la odiaba.

Lo había sentido. Beth era muy sensible a las emociones ajenas, y la inexpresividad de la que Calder intentaba armarse para disimular era su perdición. En su fingida serenidad había intuido su tensión, su incomodidad... su rabia. Ese hombre le tenía rabia cuando ni siquiera le había dado tiempo a conocerla. Sabía de sus defectos porque ella se los recitó, pero no los había sufrido aún. ¿En qué fundamentaba entonces su desprecio? ¿Existía el odio a primera vista? ¿Le habría hecho daño de alguna forma... y sin darse cuenta?

Iba siendo hora de descubrirlo. Si tuviera alguna labor que desempeñar, procuraría distraerse antes con ella y así enfrentarlo más calmada, porque estaba tan furiosa que podría ponerse a gritar. Pero en Cranston Castle, Calder era su única tarea. Estaba allí para complacerlo. El resto del tiempo debía dedicarlo a pensar cómo. Beth siempre supo que su vida sería patética en ese aspecto, y no le importaba. Oponerse a lo establecido solo le acarrearía más sufrimiento. Pero no iba a permitir que él le arrebatara lo único que tenía: sus obligaciones de esposa. Por lo menos, no a través de mentiras.

Se dirigió al que Denna señaló como su despacho, cruzando un extenso pasillo que parecía no acabar nunca. Todo era monumental, y se notaba que había sido hermoso en el pasado. Beth se preguntaba si no sucedería algo similar con Calder. Si no se había deteriorado con los años. La descripción que Denna dio de él no se parecía en nada a la que ella se había formado, y eso solo podía significar que cambió. Algo ocurrió, y en consecuencia, él modificó su forma de comportarse.

Beth no quería indagar tanto en la conversación pendiente. Iba a extraer la información que le concernía y nada más. Estaba demasiado ofendida para convertir todo su ser en una preocupación más allá de cómo la afectaría su actitud.

La puerta del despacho estaba abierta, pero Calder no se encontraba solo. Reconoció la espalda ancha y la estrecha cintura de Lachlan, igual que su tono entre conciliador y humorístico.

—Fuiste tú el que me dijo que no quería que le hablara de los aspectos técnicos de la unión

hasta esta mañana; yo intenté ponerte sobre aviso, pero no hubo forma...

—Esta no es la clase de información que puedas permitirte dejar para el día siguiente — interrumpió Calder en tono inclemente—. Deberías habérmelo soltado sin preguntar, *dammit*.

—¿Habría supuesto alguna diferencia?

Calder se levantó con la evidente intención de intimidar a su interlocutor. Las palabras murieron en sus labios; al mirar por encima del hombro de Lachlan, se percató de que Beth estaba allí, y no de mejor humor que él. El silencio que se levantó llamó la atención del socio, que asintió con entendimiento al verla bajo el umbral. Miró a Calder, luego a Beth, de nuevo a Calder y otra vez a Beth.

—Intuyo que tenéis cosas que discutir —comentó—. Me marchó. Cuando termines házmelo saber, Calder. Por mí que no quede este asunto sin resolver.

Se dirigió a la puerta con desenfado. Solo se paró para examinar a Beth y preguntar por su estado de salud tras el vahído, y después desapareció en el pasillo. Beth no le dio tiempo a Calder a respirar. Se metió en el despacho y cerró con energía, haciendo manifiesto su enfado.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó él, no tan solícito como molesto—. Parece que ha recuperado el color.

—Eso ha sido gracias a la vergüenza que me ha hecho pasar, no porque tuviera la suerte de sentarme cerca de una ventana abierta.

Calder levantó sus cejas cobrizas.

—¿Perdón?

—Espero que tras escucharme vuelva a repetir eso, pero sin entonación interrogativa. Es lo mínimo que me merezco después de haber sido miserablemente engañada.

Esperó a que Calder, con ayuda de su inseparable bastón, rodease la mesa para mirarla a la cara. Sus ojos eran dos rendijas del color de la espuma de mar.

—Pensaba que habiéndole dicho la verdad anoche, ya me ocupé de que nunca llegara a sentirse engañada.

—¿De qué verdad habla? ¿De su amante imaginaria? —espetó—. No me puedo creer que tenga la desfachatez de seguir mintiéndome a la cara. No solo tendré que odiarlo, sino también asustarme. Aquellos que son capaces de decir falsedades mirando a la gente a los ojos forman parte de la peor calaña que existe.

Aprovechando que Calder se quedaba estático, Beth avanzó unos cuantos pasos. No le había dado mayor importancia durante el desayuno; no quería hacerse mala sangre. Pero la casaca gris y la camisa con los puños a juego se ajustaban tan bien a su cuerpo que un anhelo le puso el estómago del revés. Que fuera atractivo solo empeoraba la situación.

—Sé que no ama a ninguna mujer, y que no se ve con nadie. Denna me ha sacado de mi error dándome unas explicaciones que en realidad no necesitaba: su mueca de espanto al contarle su historia me ha bastado para saber que mentía.

La mirada de Calder se oscureció, mientras que los nudillos que aferraban el bastón se tornaban

pálidos.

—¿Cómo te has atrevido a hablarle a Denna de la conversación que tuvimos?

—No me dijo en ningún momento que debiera guardarle el secreto. ¿Va a negarlo? —replicó, alzando la nariz con insolencia.

Calder la miraba como si no pudiera soportar su sencilla presencia. Tenía el rostro contraído en una mueca de absoluta indignación.

—No tengo que afirmar ni desmentir nada. Debería haber asimilado el mensaje general de nuestra charla. Usted no me interesa y no requiero sus servicios. No hay nada más de lo que hablar.

Beth enrojeció a tal velocidad que pareciera que la hubiese golpeado.

—¡Mis servicios! Viendo que se permite rechazarlos, desde luego debe pensar que lo son; que soy una cortesana que se le ofrece y puede descartar sin consecuencias. Míreme a la cara —ordenó. Calder lo hizo de mala gana—. Soy su mujer. Su esposa. Si no le intereso podría haberlo pensado antes. Ahora no hay forma de enmendarlo.

—¿Y qué sugiere? ¿Qué ha venido a pedirme, ahora que sabe la verdad? —inquirió él en tono venenoso—. ¿Quiere que me meta en su cama y le haga un hijo cuando no lo deseo, solo porque es mi deber? Lamento que se hayan pasado toda la vida metiéndole en la cabeza que debe complacer a su marido, pero a mí no me han manipulado hasta ese punto y todavía sé diferenciar entre lo que quiero y lo que no. Y lo que es más importante: sé que puedo permitirme escoger entre las dos opciones.

Los ojos de Beth se convirtieron en dos finas líneas azules.

—¿Qué está insinuando?

—Viene a increparme que haya mentido porque la alejo del que es su deber como esposa, ¿no es cierto? Y lo hace porque cree que se realizará personalmente cumpliendo con esa obligación, o de lo contrario, no lo entendería. Pues deje que le diga algo: lo piensa porque la han educado para eso, pero en realidad no tiene ni idea de lo que supone pasar la noche con un hombre como yo.

Lo dijo de una manera que le puso el vello de punta. «Pasar la noche con un hombre como yo». Beth se resistió a caer en las garras de la imaginación, pero esta la guio por senderos oscuros y una imagen explícita y detallada de un posible encuentro pasional invadió su mente. Su cuerpo reaccionó entusiasmado por la posibilidad. Podría acariciar un cuerpo que se intuía compacto y musculoso, su ondulado cabello cobrizo...

—Si pudiera dejar de lado por un instante las órdenes que le han dado, se daría cuenta de que lo lógico sería aceptar mis indulgencias —continuó Calder, cada vez más enojado.

—¿Qué indulgencias?

—Las que comprenden la liberación de sus responsabilidades maritales...

—¿Se refiere a las que disfrazó de amante para echarme a cajas destempladas de su alcoba? —corrigió, alzando la voz—. ¿En qué mundo es eso un ejemplo de trato indulgente? ¿Y qué sabrá usted sobre lo que quiero o lo que sé? No sería el primer hombre que me abraza, ni que me besa,

ni que me acaricia.

Lo había sorprendido al hacer esa especificación. Su boca se mantuvo en una línea severa, pero en sus ojos destelló el asombro entremezclado con la furia. Lo estaba enfadando y, lejos de preocuparle —debería: no la educaron para faltar el respeto a los hombres—, Beth estaba exultante.

—Lo que sé es que la sacaron de una escuela de señoritas, que no tiene más de veinte años, y que solo obedecía órdenes viniendo aquí. No me habría elegido para el matrimonio en su sano juicio, igual que si estuviera cabal se alegraría de que la «echara a cajas destempladas» de mi dormitorio.

—¿Me está llamando loca?

—La estoy llamando inconsciente. Me repatea cómo insiste en regodearse, en lugar de aceptar que...

—No me estoy regodeando en nada, señor Houston; estoy aclarando que no voy a tolerar que me mienta. Y exijo una explicación. ¿Va a decirme que me mintió porque pensaba que yo no lo deseaba y actuaba guiada por el deber que mi padre, o bien mi educación, impusieron en mi cabeza?

—¿Va a decirme usted lo contrario; que no la guiaba el deber? —contraatacó.

—En parte —atajó secamente—. Pero tengo mi propia opinión sobre las cosas. ¿Qué lo guiaba a usted al humillarme, al intentar convencerme de que había otra, además de la maldad supina? ¿Mi padre le dijo que podía burlarse de mí cuando quisiera?

Lo había soltado sin meditarlo antes. Lo pensaba: siempre vio al *laird* muy capaz de entregarla a un hombre que la hiciera sufrir aún más que él mismo. Pero no esperaba que Calder reaccionase tensándose como lo hizo.

—Es eso, ¿me equivoco? —Su voz tembló—. Usted no buscaba una esposa, sino alguien con quien pagar sus frustraciones, y Ewan MacDuff tenía a la criatura perfecta para ese desempeño.

—No —cortó Calder—. No tiene nada que ver con eso.

Beth no ocultó el alivio que le produjo su rápida y segura respuesta. Podía ser una mentira más, pues había demostrado que no le daba vergüenza engañarla, pero quiso aferrarse a esa esperanza para no terminar hundida.

—¿Cuál es la razón, entonces? —insistió, esta vez más calmada. No tanto como para bajar la guardia—. Es por mi aspecto físico, ¿no es así? No me encuentra atractiva.

Calder desencajó la mandíbula. Volvió a mirar para otro lado, un signo de debilidad que ella interpretó como un asentimiento. En efecto, no la encontraba atractiva. Ese era el problema principal. Ese, y que era demasiado cobarde para decirlo en voz alta. Por eso se escudaba en crímenes peores.

El descubrimiento llenó de rabia a Beth.

—Es la tercera vez que repite eso —masculló él entre dientes—. Que sea la última.

—Las dos veces anteriores lo ha evitado, y no creo que sea algo que se pueda pasar por alto

por mucho tiempo. ¿De veras pensó que me dolería menos que amase a otra mujer y quisiera sus hijos en lugar de los míos, que su simple gusto personal? No me ofende parecerle desagradable a la vista, señor Houston. Me entristece, pero no me indignaría por ello. ¿Es eso?

Un músculo palpitó en la mejilla de Calder.

—Míreme —insistió Beth—. No puedo ser tan repugnante como para que no soporte hacerlo... Por favor, señor Houston. Míreme.

Tiró de su barbilla con suavidad para que le devolviese la mirada. Él se resistió al principio, pero acabó cediendo con la boca torcida y los ojos cerrados. Al abrirlos, Beth detectó inquietud y desesperación.

—Me detesta porque no soy lo que esperaba, ¿verdad?

La mirada de Calder se intensificó exponencialmente.

—Sí —confesó en voz baja. Beth tragó saliva y asintió.

—Pues deje que le diga que esa no es suficiente excusa para maltratarme. No soy solo mi apariencia, puedo aportar mucho más a su vida. Que me rechace por este motivo denota que es superficial y simplón. Una mujer no necesita ser bella para conmovir a un hombre. Y también me parece de una cobardía...

—Usted no lo entiende —cortó, con un siseo agresivo.

—¿El qué no entiendo? ¿Lo mal que lo debe estar pasando mirándome a la cara, porque soy un auténtico monstruo? Actúa como si estuviera desfigurada, o quemada... Cuando lo que le debe molestar es simplemente no desearme. —Un puchero frunció sus labios—. Es tan ridículo. ¿Cómo se puede ser así?

Calder le apartó la mirada otra vez. Agarró con fuerza el bastón y la esquivó con cuidado de no rozarla siquiera. Beth no tenía mucho más que decir, pero que la ignorase después de todo avivó su furia hasta tal punto que creyó que cobraría vida propia.

Lo alcanzó antes de que saliera y lo empujó, sin gran éxito, hacia la pared.

—¿No piensa pedirme disculpas por haberme hecho sentir mínima y grotesca, por mentirme, por humillarme? —No contestó, ni se movió—. ¿Hasta ese punto va a castigarme por no cumplir sus expectativas? ¿Por ser... fea?

Esa palabra consiguió prender una chispa en él. Beth lo vio en su cara antes de que ejecutara ningún movimiento. La locura asomó a sus ojos de color pastel desvaído, y un segundo después, giró con ella en brazos para cambiar de lugar; ahora Beth estaba contra la estantería adosada a la pared, y él cerniéndose sobre su cuerpo femenino.

Lo tuvo tan cerca que pudo oler el dulzón aroma de algún tipo de bebida no alcohólica, el amaderado de un whisky caro, el tabaco de otros que habían fumado a su lado; jabón de afeitar...

La miraba colérico. Beth estuvo segura de que iba a insultarla, pero él la sorprendió con un cambio radical de discurso.

—No eres nada ni remotamente parecido a esa palabra que no dejas de repetir. Eres una condena de obsesión para mí —gruñó en tono beligerante—. Te he deseado con cada fibra de mi

ser desde que aparté el velo de tu rostro, y sé que tenerte tan cerca me llevará a la perdición... Pero no voy a ponerte un dedo encima.

Beth no pudo ni tragar saliva. Ella, que se jactaba de leer la verdad en los demás, de saber descifrar sus pensamientos y emociones, había errado dos veces en la misma mañana. No era odio lo que Calder emitía, sino impotencia. Impotencia porque anhelaba algo que se encontraba detrás de unas barreras insalvables.

—¿Por qué? —jadeó.

Evitó que se moviera abrazándolo por el cuello, y sin saber muy bien por qué; quizá porque era la primera vez que se sentía necesitada por alguien, aunque fuese en un plano desconocido e inusual.

Él cerró los ojos como si le doliera.

—No lo hagas difícil, Beth —susurró—. Te lo ruego.

—No me ruegues. Dime la verdad.

—La verdad es esa. Debes mantenerte alejada de mí. Casarme contigo ha sido un acto de egoísmo absolutamente vandálico e injusto. Vivir aquí te va a hacer desdichada.

Beth negó con la cabeza, aun cuando no podía verla, y se puso de puntillas. Tuvo que estirarse mucho más de lo que daba de sí la columna para llegar a rozar su barbilla con los labios.

—He sido desdichada toda mi vida, en cada lugar que he estado —susurró con dulzura—. Aquí no puede ser peor.

Con los párpados aún cerrados y las arrugas de la frente notables, Calder cabeceó tímidamente hacia delante, buscando, quizá, un beso que no se atrevía a dar. Beth sintió cómo se le aceleraba el pulso. Sus labios se intuían suaves, tiernos, y aunque seguían diciendo mentiras y su recalcitrante negación la ofuscaba, se derritió como nunca antes. No tenía sentido, pero cuando se trataba de la pasión, siempre supo que nada lo tenía.

Calder se separó en cuanto sus bocas se rozaron. Ni siquiera le dio tiempo a conocer su textura. Retrocedió, desequilibrado, y abrazó los dedos al bastón como si le fuera la vida en ello. Beth abrió la boca para decir algo, pero supo que ya había pasado el momento y que no tendría sentido seguir insistiendo. Se quedó allí quieta, apoyada contra la estantería, mientras él tiraba del pomo de la puerta y huía. Porque eso era lo que estaba haciendo: huir... Y Beth no sabía de qué.

Casi perder la pierna no se había llevado consigo los impulsos de un humano bípedo corriente. Su cabeza no terminaba de asumir que no podía ponerse de pie y rodear la habitación como un tigre enjaulado. Y aun así, Calder quería hacer y deshacer el perímetro del salón principal hasta que no pudiera tenerse sobre sí mismo.

Las condiciones en las que se encontraba, y el mareo que se cobraba la dosis de láudano diaria, lo forzaban a permanecer sentado como presidente de mesa. La pierna buena, la izquierda, sufría una contracción continua, que solo se acentuaba cuando volvía a echar un vistazo al contenido de las cartas.

Había tenido por necesario revisar la conspiración epistolar que tuvo lugar a sus espaldas. Las primeras entregas no le parecieron nada del otro mundo: MacDuff y Lachlan comunicándose en los términos más diplomáticos, dedicando amplias líneas a la importación y exportación del whisky. Después, Lachlan había dejado caer —y como si fuera él— su intención de sentar la cabeza, a lo que el *laird* respondió una barbaridad inimaginable.

Lachlan y él comenzaron a discutir al respecto esa mañana, hasta que interrumpió Beth. Habían retomado el tema unas horas después del almuerzo, cuando Calder no pudo soportarlo más y tuvo que hacerlo llamar para pedir explicaciones.

—¿Cómo pudiste no interrumpirme para decírmelo? —murmuró. Ni siquiera tenía fuerzas para gritar. Estaba lívido, impertérrito—. Esto... es repugnante.

—Pues deberías haberlo oído directamente de sus labios. Entonces habrías devuelto el desayuno sobre sus impecables zapatos —contestó Lachlan, sentado en la repisa de la ventana—. Antes de que se marchara ayer, justo después de la ceremonia, tuvimos una charla en la que creyó conveniente recordarme todo lo que hay ahí escrito.

—Santo Dios. ¿Por qué clase de monstruo me ha tomado? —exigió saber Calder. Agarró una de las cartas y la comprimió en un puño—. ¿No pensó que la muchacha tendría suficiente con mis dificultades, mis adiciones y mal humor... ni con mi pésima reputación?

—Sin duda, eso fue lo que le llamó la atención de ti. Diría, incluso, la razón principal por la que propuso a lady Beth como novia. Ese hombre la odia como jamás he conocido yo el odio, Calder, y sabes que soy un hombre de mundo. He visto más de lo que me habría gustado, y el *laird* en particular es quien destacará en este aspecto cuando, en el Infierno, me pregunten por



mi visión de los hombres.

Calder se pasó una mano por la frente.

—¿Sabes por qué la odia? —preguntó, en tono débil—. Jesús..., ¿de veras *alguien* podría odiarla?

Hubo un pequeño silencio.

—Bueno... Si tú no lo haces, por lo menos finges estupendamente lo contrario. Espero que, después de hacerte una ligera idea de lo mal que lo ha tenido que pasar, te comportes de otra forma. Creo que lady Beth merece un poco más de consideración por parte de los caballeros de su entorno. Si no porque sea un ser humano, lo que ya debería concederle algún respeto, al menos porque cualquiera desearía tenerla a su lado.

—Eso es lo que detesto. Cualquiera la haría más feliz que yo. ¿Sabes qué me dijo cuando vino a buscarme, después de que saliera corriendo en medio de la boda?

—Espero que fuera algo parecido a: «estúpido cobarde, vuelve ahí ahora mismo y deja de comportarte como un niño caprichoso e inmaduro».

—Me dijo que esperaba que la protegiese. *Yo*. Protegerla *a ella*. —Sacudió la cabeza. Una sonrisa amarga curvaba sus labios reseca—. Pero ese no es el tema principal. Quiero que me digas en qué estabas pensando cuando la hiciste traer bajo estas lamentables condiciones.

Lachlan arqueó una de sus cejas doradas.

—¿No te puedes hacer una idea? —Bajó de un salto de la repisa y enseñó sus tres dedos centrales, para ir ocultándolos uno a uno—. Primero, porque me preocupó. No me hizo falta conocer a lady Beth para sospechar que con su padre le esperaba un infierno, e incluso un cojo malhumorado como tú le vendría mejor. A saber a qué elemento la habría unido en matrimonio si no hubiera aceptado. En segundo lugar... —Usó el índice de la otra mano para guardarse el dedo corazón—. Porque tú necesitas una esposa, y nosotros necesitamos que tengas una esposa, pero ese argumento ya lo tenemos masticado, tragado y escupido, así que iré al último y más importante. Tercero: porque lo que él espere del matrimonio de su hija no tiene nada que ver con cómo decidas llevarlo tú. Ewan MacDuff no se enterará de que, al contrario de sus propuestas, no estás haciendo desgraciada a lady Beth.

Los ojos oscurecidos de Calder encontraron en Lachlan un lugar donde desahogar su rabia. Últimamente esa era la única emoción que sentía; la que lo acompañaba a todas partes.

—Puedes estar seguro de que no pienso forzarla, ni golpearla, ni prohibirle salir del castillo —siseó entre dientes. Cogió aire y sostuvo la mirada de Lachlan, incapaz de reprimir su angustia—. ¿Crees que lo ha hecho él antes, o ha mandado a alguien reducirla en su lugar?

—Sabes que cuando me preguntan solo respondo la verdad, y en este caso no la tengo. Pero si aceptas una opinión... Creo que, en este aspecto, lady Beth ha sido afortunada al ser objeto del rencor de su padre; cuando se odia de esa forma a alguien, la aversión dicta una distancia que evita todas esas aberraciones. Y lamentablemente reconozco a una mujer que ha sido golpeada o forzada cuando la veo. Lo tienen escrito en los ojos, Calder. Y lady Beth tiene unos ojos tristes

que evidencian el sufrimiento resignado de toda una vida... Pero nada más.

Calder cerró los ojos. Lo hacía cuando le costaba soportar el simple hecho de estar vivo. Lo ayudaba a distraerse, a poner orden dentro de sí. Normalmente se evadía para no recordar sus propias desgracias, pero ahora no detestaba al mundo por mantenerlo con vida, sino por ser tan injusto con quienes no lo merecían. Beth no era alguien importante para él, ni siquiera una conocida. Y sin embargo, no podía imaginarla sufriendo sin echarse a temblar.

—Prometiste todo eso en mi nombre, Lachlan —retomó, sin fuerzas—. No voy a castigarte ni comenzar una pelea por eso. La reputación es lo último que me importa, y la opinión que se tenga sobre mí me vale un ardite. Pero prometiste todo eso en mi nombre —repitió—, sabiendo que lo despreciaría.

—Precisamente por eso. Puede que lady Beth no encuentre aquí su vida de ensueño, pero por lo menos hemos puesto el mar de las Hébridas entre el Infierno y ella. Y me he encargado en persona de que no tuvieras que coincidir con su padre, ejerciendo de mensajero, como también de que lady Beth perdiera la oportunidad de despedirse. Había que sacarla de allí, Calder.

—No estaba viviendo con él. Estaba en una escuela, seguramente arropada por sus compañeras... —empezó. Pero ni el propio Calder confiaba en su argumento. Ella se lo había dicho sin miramientos.

«He sido desdichada toda mi vida, en cada lugar que he estado. Aquí no puede ser peor».

Calder se estremeció de pura agonía. No era un peso con el que pudiera cargar. Estaría siendo un ingenuo, y demasiado ambicioso para lo que podía permitirse, si aceptaba el reto de convertir Cranston Castle en un hogar para Beth; si se comprometía a ser un buen marido para ella. Ni siquiera era bueno para sí mismo. Se despertaba aullando de dolor y se acostaba en las mismas circunstancias, y entre medias, solo podía pensar en poner fin a su sufrimiento. No era solo que no mereciese a Beth, sino que tampoco *debería* merecerla. Muy lejos había llegado casándose con ella para, encima, acercarla a él y contagiarla con su pesimismo.

—Calder, puedo oír tus pensamientos derrotistas desde aquí —bufó Lachlan—. Ya has leído la palabra según San Ewan...

—No bromees con esto. No es algo con lo que se pueda bromear.

—Tienes razón, discúlpame —aceptó con humildad—. Pero ya has visto que esperaba que la maltrataras para continuar con el eterno menosprecio al que él la condenó desde que nació. Antes me has preguntado por qué la detesta, y no te he contestado. Lo hago ahora: es la hija bastarda de su esposa. La engendró con un noble inglés. Un conde norteño con los pantalones muy sueltos al que llaman lord Clarence. Esto no lo sé por el *laird*, claro está; hice mis investigaciones.

Calder no dio crédito.

—¿Todo esto por ser su hija bastarda?

—Imagino que no debe ser plato de buen gusto convertirte en un cornudo...

—Pagarlo con la descendencia me parece de una crueldad estremecedora —cortó, sin opción a réplica—. Habría bastado con que no la reconociese, por el amor de Dios; apuesto que habría

sido más feliz viviendo humildemente con una familia adoptiva.

Sacudió la cabeza. No se dio cuenta de que aprisionaba con tanta fuerza el papel entre sus dedos que iba camino de hacerlo polvo.

—¿Cómo te las has apañado para que no se dirigiera a mí, más que para estrecharme la mano? —retomó—. ¿Cómo te las has apañado para que no se dé cuenta de que estabas haciéndote pasar por Calder Houston?

—Ya sabes cómo soy. A la gente le cuesta quitarme los ojos de encima cuando empiezo a hablar, una gran ventaja cuando pretendes mentir. Aunque, siendo de dominio público tus problemas de salud, no me costó hacerle creer que no estabas en condiciones de charlar con nadie. Y que yo era tu representante.

—Y me representaste como un maltratador para que se atreviese a hacerte semejante sugerencia, ¿verdad?

—Tienes cierta reputación de hombre violento en todo el Reino —cabeceó—. No es nada que no supieras. Ni que a él se le escapara.

Calder suspiró.

—Pues espero que le obsequiaras un puñetazo en la garganta. Eso me habría representado fielmente.

Lachlan soltó una carcajada que moderó al instante. Ni la situación ni el ambiente se prestaban a guasa. Calder se encontraba en un estado de turbación violento en el que no aceptaría ni media broma. Su socio sabía reconocer cuándo se le podía tratar y cuándo no, y estaba a punto de sumirse en el trance en el que no convenía provocarlo.

—Ve a buscar a Beth —ordenó—. Dile que se presente ante mí tan pronto como le sea posible.

—¿Cómo? ¿Qué vas a hacer?

—Hablar con ella.

—¿Le vas a contar todo esto?

Calder vaciló, pero la obstinación característica de los hombres de su apellido ya había tomado una decisión inamovible.

—Voy a hacer lo que crea conveniente. Tú ya te has inmiscuido en mis asuntos lo suficiente para jubilarte; ni se te ocurra intentar convencerme o manipularme para hacer lo que a ti te parece mejor.

—Calder, esa muchacha no tiene por qué saber...

—Esa muchacha tiene todo el derecho a conocer la verdad. Y a elegir en base a ella.

—Dijo el hombre que se inventó que tenía una amante para echarla del dormitorio en la noche de bodas. Supongo que no es esa verdad de la que hablas —apuntó, capcioso.

Calder desencajó la mandíbula.

—Haz lo que te digo.

Lachlan mostró sus reticencias tanto cuanto se lo permitió la lealtad. Terminó asintiendo y dejándolo solo, algo que Calder necesitaba más de lo que había imaginado. En cuanto el salón se

quedó en silencio, salvo por el chisporroteo casual de la madera quemada y alguna que otra gotera extendida en el techo, pudo decir sin miedo a equivocarse que era el momento más agradable que había vivido en los últimos días. Salvo por el detalle de que le estaba carcomiendo la inquietud.

Se levantó y bajó los tres escalones que daban al que anoche improvisaron como un salón de baile. Imaginó a Beth bailando de nuevo, arropada por los fuertes y sanos brazos de Carmichael, y dejaron de invadirle los celos. Quizá la muchacha no fuera como él la concibió desde el principio, y nunca tuvo la oportunidad de bailar con un hombre atractivo; un hombre bueno que la habría entretenido con su conversación. Tal vez nunca se hubiese celebrado una fiesta en su honor, ni hubiera recibido tanta atención por parte de los demás... Lo que le parecía una injusticia con todas las de la ley.

Calder solo quería lo mejor para ella, hasta tal punto que se empezaba a obsesionar. Anhelaba estar dentro de su cabeza. Así podría poner en sus manos lo que necesitara antes de abrir la boca para pedirlo. Ahora que sospechaba que seguramente nadie se habría tomado la molestia de complacerla, de preguntar por sus preferencias o interesarse por sus gustos, sentía que era su deber proveerla de todo lujo.

Él sabía lo que era un padre agresivo. Un padre que no lo quería. Nunca se lo habría deseado a nadie, pero a ella... A ella menos que a nadie.

—Señor Houston —llamó su voz serena—. El señor Hawke me ha dicho que me buscaba.

Calder asintió con la cabeza, sin girarse para mirarla. Señaló de manera brusca un sillón en el que ponerse cómoda.

—Siéntese.

Prestó atención al sonido de sus zapatos sobre la piedra vieja. Oyó que se detenían en medio del saloncito. Incluso sin mirarla, percibió que pretendía resistirse porque no le simpatizaba el misterio.

—¿Va todo bien? —preguntó.

—Sí.

—Si no me mira a la cara cuando me lo dice, naturalmente no me lo voy a creer.

Calder inhaló. Se lo figuraba. Pero ahora que había confesado cuál era su posición respecto a la relación entre los dos, se le hacía mucho más difícil enfrentarla. No se las daba de héroe; nunca fue el epítome de la valentía, más bien de los que promovían conspiraciones y disparaban por la espalda. Reconocía que, con Beth, era igual de cobarde.

Y al margen de la mala propaganda que se le diese, la cobardía contaba con ciertas ventajas. Ofrecía la tranquilidad de saber que, si se le paraba el corazón, no sería por el miedo, el riesgo o el peligro, que a veces se fusionaban en una sola sensación.

Una sensación que ahora provocaba ella en exclusiva.

Aun así se dio la vuelta y la miró para asentir de nuevo. Se había cambiado de ropa; ahora llevaba un vestido de algodón blanco, con la manga corta abullonada unos dedos por debajo del hombro y ceñido a la cintura por una gruesa cinta verde. Los detalles del bajo de la falda y el

borde del escote eran del mismo tono. Había prescindido de las joyas.

Lo estaba mirando con reservada curiosidad, y también ese interés que solía ser el preferido de Calder, sobre todo tratándose de mujeres. Era la señal más obvia de que podía aprovecharse de ellas, contando con su aprobación. Ahora seguía significando lo mismo: disposición a un acercamiento más íntimo. Pero para Calder suponía una tortura.

Había dejado un rastro de jazmín y rosas al pasar por su lado, y ya no quería respirar.

—Veo que no va a sentarse. Bien. Iré al grano —acotó, con la garganta seca.

Tomó aire y se preparó para ejecutar el papel más difícil que le había tocado en sus veintisiete años de vida. No se identificaba con la solemnidad y entereza que tendría que mostrar para dar semejante noticia. Sentía que su deber era abrir los brazos y permitir que ella se acurrucase, ofrecer un hombro en el que pudiese llorar. Pero eso contradiría su objetivo primordial, que era el de alejarla... y cualquier mínima aproximación con esa criatura podría matarlo de pasiones.

—No me creyó cuando se lo mencioné la primera vez, y temo que mis... últimas desavenencias con la verdad la inspiren a desconfiar de nuevo, pero debo arriesgarme. El hombre que se carteó con tu padre por temas comerciales, antes de que estos derivasen a una propuesta matrimonial, no era yo. Era el señor Hawke.

Beth no se movió de donde se había quedado, quieta como una hermosa estatua griega. Esperó que lo diera por embustero, pero no ocurrió.

—El señor Hawke se ha estado encargando de mi correspondencia durante los pasados meses —prosiguió—. Yo... no estaba en condiciones de atender el negocio. Aprovechando mi convalecencia, se otorgó a sí mismo el derecho de emparejarnos. No le sorprenderá las razones por mi parte; recuerdo haberla oído mencionar que conoce mi urgente necesidad de un heredero.

Beth movió la cabeza afirmativamente.

—Denna me lo dijo mientras me ayudaba con el vestido. Me habló de la cláusula concreta en el testamento de su padre, y de los problemas para engendrar que ella tuvo con su marido.

Calder se cuidó de que no lo delatara la expresión. Debió haber imaginado que Denna sacaría de la manga alguna mentira piadosa para engordar su coartada. Le constaba que no tenía ningún «problema para engendrar», pero eso eran minucias que ya se encargaría de desmentir ella... si quería.

—El señor Hawke la eligió a usted debido a la prisa que corría cubrir la cuestión de la descendencia. No buscó otras candidatas...

—¿Qué quiere decirme con todo esto, señor Houston? ¿Que no me va a tocar porque nuestro matrimonio fue sellado por personas ajenas a nosotros? —interrumpió, con esa cálida calma que lo reconciliaba consigo mismo. Estaría escuchándola hablar para siempre—. Imagino que despertarse un día y descubrir que su mano derecha se la había jugado no fue plato de buen gusto. Entiendo ahora que abandonase la ceremonia. Y comprendo, también, que quisiera negarse a consumir una boda que no buscó. Pero ya no...

—No se moleste en seguir hablando. No es ahí a donde quería llegar.

Beth juntó los labios. Sin duda era obediente, pero solo cuando a ella le parecía justo o le convenía, lo que hablaba de inteligencia y sentido común. Su corazón palpó deprisa al seguirla con la mirada. Caminó hacia él para tomar asiento justo a su lado, tan cerca que lo envolvió su perfume femenino.

—Como le decía, usted conoce los motivos por los que, al final, acepté. Los motivos por los que requería una esposa. Pero... ¿Conoce los que movían a su padre? Le ruego que sea honesta.

Beth se humedeció los labios, pensativa. Calder perdió por un instante la noción de sí mismo. Se concentró en la punta de su lengua, en la forma perfecta de su boca. Una fantasía brutal lo revolucionó por dentro. Había estado muy cerca de besarla esa mañana. Lo deseó... Por Dios que lo deseó, y con tanta intensidad que creyó que no sobreviviría a la puesta de sol. Pero allí estaban ahora, él con el corazón en un puño, y ella demostrándole que podía hacerse desear aún más... Incluso en el condenado silencio y la distancia.

—Mi padre no me tiene en mucha estima, me temo —dijo en tono moderado. Se notaba que trataba de elegir las palabras adecuadas—. Creo que solo quería librarse de mí, y tampoco le importaba especialmente con quién. Puede que lo eligiese a usted por ser rico, o por el whisky. Le gusta el whisky.

Si hubiera detectado una mínima chispa de inocencia, Calder habría detenido su interrogatorio. Pero intuía que estaba preparada para cualquier relato. Su padre la había decepcionado tan profundamente que no le sorprendería la verdad: estaba escrito en su semblante.

—Soy conocido por el whisky —cabeceó Calder. Examinó su rostro a conciencia, esperando ver cualquier atisbo de horror; en cuanto este saltara, dejaría de hablar—, y también por otras razones menos honrosas. No me gustaría tener que ahondar en ellas, pero es justo que sepa que muchos aquí me temen. Se dice que soy violento.

Esperó su reacción con el Jesús en la boca. Ella elevó la barbilla.

—¿Y lo es?

Calder tragó saliva.

—No.

—Entonces... ¿Por qué lo dicen? Aunque la mayoría de los rumores no sean ciertos, todos parten de una base verídica.

—Lo dicen porque hace un tiempo ocurrió una desgracia y yo estaba en el medio. Ya he dicho que no me gustaría entrar en detalles, y no es el punto principal de la conversación.

Beth parecía tranquila, lo que a él templó los nervios... hasta que desvió la vista a su pierna enferma. Temió que hiciera la pregunta, esa que todo el mundo se moría por formular, pero que requería mucho más valor del que nadie tenía.

Gracias al cielo, ella volvió a mirarlo a la cara.

—¿Cuál es, pues?

—Que su padre estaba al tanto de ese aspecto de mi personalidad, además de otros igualmente lamentables, y fue el motivo por el que la trajo a Lochranza.

Beth pestañeó una sola vez. El silencio invadió el espacio que los separaba. Calder tuvo la impresión de que el aire se enfriaba. Confirmó sus suposiciones al ver sus pequeños puños crispados sobre la falda.

Abrió la boca para ofrecer torpemente algún consuelo.

—No me sorprende, señor Houston —intervino ella, con voz débil—. Ya le había mencionado que no tenemos una buena relación.

—¿Y sabe por qué? —Dudó antes de añadir—: ¿Le gustaría saberlo?

—Siempre he sospechado algo... Pero jamás lo confirmé. ¿Cómo sabe que mi padre lo buscó por su mala reputación?

Decidió no responder a esa pregunta. Estaba lívida y no quería mirarlo. Pero ella lo coaccionó a contestar, insistiendo en su pregunta.

—Porque puso unas condiciones específicas al señor Hawke después de entregarla para la ceremonia. Quería que prometiese que no la dejaría salir de la isla... Es un ejemplo.

—¿Y qué más?

—No creo necesario entrar en detalles.

—¿Qué más? —repitió, con dureza.

Calder respiró sin hacer ruido.

—Si conoce un poco a su padre, podrá imaginárselo.

—Lo cierto es que no.

—No me haga decir esas barbaridades en voz alta —rogó, en tono suave—. Solo sepa que no pienso aceptar sus sugerencias. Él creía que un hombre violento buscaría una mujer con la que desahogarse... Y prometió que en usted encontraría a la compañera perfecta, sumisa y obediente, capaz de aceptar cualquier trato.

En contra de todo lo que esperaba, Beth esbozó una sonrisa trémula al mirarlo a la cara. Su estómago se contrajo violentamente. Había lágrimas en sus ojos.

—Debió sentirse timado en cuanto descubrió que no soy tan sumisa. Explica su gran decepción.

—En absoluto. Me sentí complacido —repuso, rígido. Ella sacudió la cabeza como si no se lo creyera—. Escúchame... —No consiguió llamar su atención—. Escúchame, Beth. Me sentí mucho más dichoso de lo que debí.

—Tiene una curiosa forma de demostrarlo, señor Houston. ¿Sabe? He estado meditando y he llegado a la conclusión de que, simplemente, he nacido para que los hombres de los que dependo me odien.

Calder apretó la mandíbula.

—No me ilusiona la idea de que dependas de mí, Beth. Pero no porque seas detestable, ni nada parecido, sino porque mereces un hombre que pueda cumplir sus deberes de esposo. Por eso te he llamado. Quiero que sepas que, dado que no pretendo cumplir las imposiciones de su padre, nuestro matrimonio no tiene sentido. Pretendo anularlo.

Beth, que se secaba una lágrima rebelde, levantó la cabeza hacia él bruscamente.

—¿Cómo? —jadeó—. Eso es imposible.

—No lo es. Aún no ha sido consumado, y a no ser que usted no sea virgen, se puede aportar como razón.

Beth lo miró ofendida.

—Por supuesto que soy virgen. ¿Qué se cree?

—Fue usted la que mencionó que no sería el primer hombre que la besaba o tocaba.

—Porque me han besado y tocado, pero no he estado con nadie en ese sentido. Me estaba reservando para mi marido. Veo que ni siquiera sirvo para eso —comentó con amargura.

Calder cerró las manos en dos puños. ¿Que no servía ni para eso? Se veía dándole utilidad a su escasa experiencia y a su menudo cuerpo hasta sacarle esa idea de la cabeza; esa idea que él había implantado en ella en lugar de decirle la verdad. La estaba haciendo sufrir porque era demasiado cobarde para decir la verdad.

—No tiene que ver contigo —soltó—. Y la nulidad no te afectará en ningún sentido. La impotencia sexual masculina es una causa recurrente en estos casos.

Beth abrió la boca, asombrada.

—¿Esa es la razón por la que me desairó?

Habría sido fácil asentir. Ella nunca sabría si era verdad o mentira, y así evitaría resistencias y reproches por su parte. No le habría importado vender su orgullo ante sus socios, pero se trataba de Beth. La mujer más bella que había tenido el placer de desear con locura. La vanidad le impedía mentir en ese aspecto. Se moriría si lo recordaba como el hombre que nunca la habría complacido en la cama.

—No, pero soy un hombre defectuoso. No podría tocarte como me gustaría. Igual que no puedo defenderte, ni acompañarte si decidieras salir de paseo, ni en un viaje a la Gran Escocia o Inglaterra. Yo no sirvo, Beth —confesó—. Créeme que te hago un gran favor anulando esta farsa.

Beth recuperó su dignidad y templanza al ponerse de pie. Le sacaba por lo menos una cabeza, y sin embargo, se sintió intimidado por su olor, por la suavidad que no había probado. Que *nunca* probaría...

—Después de todo lo que sabe de mi padre, ¿cree que me hace un favor enviándome con él? Usted no se hace una idea de cómo me castigará por haberlo decepcionado. Pero puede que sí se imagine a qué otro hombre me entregará en cuanto le sea posible.

—Lo he tenido en mente al tomar esta decisión. No tendrías por qué volver con él. Conozco cientos de hombres ricos anexionados a mi negocio que se sentirían honrados de casarse contigo.

—Seguiría necesitando la bendición de mi padre, quien no la daría a no ser que estuviera seguro de que van a hacerme daño.

—Entonces no te vayas de Eilean Arainn. Encuentra un hombre aquí que pueda cuidarte. Carmichael sería un gran candidato. Es fuerte, está sano, es joven, apuesto, trabajador...

Dejó de hablar, cohibido por el ramalazo de decepción que surcó el rostro de Beth.

—De nuevo arrojándome a otros brazos. ¿Qué diablos está tan mal conmigo, para que quieras



deshacerte de mí?

—¿Es que no me oyes? —exclamó, alzando la voz. Dio un paso hacia delante—. ¡Es lo que está mal *conmigo*, no contigo! ¿Cómo puedes no verlo?

—¿Qué se supone que debo ver?

Calder la miró a la cara con desesperación. Se apoyó en el bastón para renquear hacia ella.

—Soy un baldado —empezó, en tono adusto—. No es simple cojera. Tengo una herida. Una infección que no tardará en extenderse y matarme de dolor: por ahora solo me hace rabiarse y desear estar muerto. Vivo drogado para soportarlo. Láudano y opio. A veces consumo ambos a la vez. No puedo bajar las escaleras sin llorar. No puedo levantarme y vestirme sin ayuda. No puedo concentrarme en mis tareas... ¿Cómo se supone que he de protegerte?

Beth lo observaba con los ojos muy abiertos, sin pestañear. Lo que él interpretó como una señal de pánico, demostró ser una muestra de atención y entrega, de compasión.

—Olvídate de protegerme. No hay nada aquí que pueda hacerme daño; ya me has salvado indirectamente de todo lo que podría destruirme, que era mi padre.

«No es cierto. Sí hay algo que podría hacerte daño. A todos».

—Yo te cuidaré —prometió ella.

Calder volvió a la realidad, horrorizado.

—No. No eres mi enfermera, ni mi cuidadora. Eres mi esposa. Y me juré que, si alguna vez tenía una mujer, sería para amarla y honrarla, no para hacer de su vida una cadena de obligaciones hacia un tullido patético.

—No hables así de ti —musitó ella—. No es justo...

—Lo que no es justo es que tenga ante mis ojos a una criatura como tú, y no pueda hacer ni la mitad de las cosas que me gustaría. No es justo que Dios haya puesto en mi camino a la personificación de lo perfecto para tentarme. No es justo que tenga que verte sabiendo que no puedo ni debo tenerte...

Su trémulo suspiro entorpeció el acelerado discurso.

—Tú eres una bendición —musitó, apasionado—. La cosa más bella que he visto en toda mi vida. La parte de mí que se empecina en sentir como si aún fuese un hombre entero se muere de amor por ti. Por eso no puedo retenerte, y menos cuando se espera que te haga infeliz. Mereces un hombre que pueda darte lo que yo te habría dado si te hubiera encontrado antes.

Beth le devolvía la mirada sin respirar.

—¿Qué me habrías dado?

Calder dejó caer el bastón al suelo; el sordo sonido creó un eco que rebotó entre las paredes. En ese silencio parcial la tomó de las mejillas y la acercó a él. Absorbió cada detalle de su rostro de una mirada ansiosa.

—Todo —jadeó, quebrado de emoción—. Todo mi amor. Toda mi pasión. Toda mi vida. Todo lo que me hubieras pedido.

—¿Y no sirve si te lo pido ahora? —murmuró ella.

—¿Para qué querrías la vida o el amor de alguien como yo? Ni siquiera puedo entregártelas; vida me queda poca y no tengo amor ni para mí. Crees que deseas quedarte conmigo porque soy mejor opción que tu padre, pero eso no me hace el mejor respecto a todos... y no puedo soportar pensar en ti languideciendo junto a mí solo porque te arrebaté la oportunidad de ir a parar a un lugar mejor. Por favor, Beth. Entiéndelo.

Nunca pensó que se alegraría tanto de que alguien mostrara piedad hacia él. Era algo que odiaba; le parecía una de las peores consecuencias de padecer esa maldición. Pero saber que Beth iba a ceder, que permitiría que le garantizase una vida mejor gracias a esa misericordia, calmó parte de su ansiedad.

—¿Qué puedo hacer para que sea más fácil?

Él la soltó, teniendo antes el descaro de acariciar sus mejillas con los dedos. Se llevaría su suavidad al fin del mundo.

—Mañana mandaré a alguien a por el párroco que se encargó del acta matrimonial. Haré todo lo que pueda para anularlo, aportando como causa mi impotencia. Tal vez deban examinarte para asegurarse de que eres pura... No sabes cuánto lo siento, pero te juro que eso quedará entre tú, yo y el doctor. Después serás libre.

»Me gustaría que conocieras a Carmichael —añadió, con humildad—. No lo tomes como si quisiera pasarte a otras manos, yo... Solo creo que él sería un marido excepcional.

Beth asintió.

—De acuerdo —musitó.

Calder esperó que le invadiera el alivio, pero este nunca llegó. Verla tan decidida a acatar su propuesta lo decepcionó más de lo humanamente posible, y le fue imposible ocultarlo. Tenía justo lo que quería, obediencia en ese aspecto; que le jurase que no iba a interponerse en su meta de encontrar un hogar decente y que la mereciese. Pero quizá se hubiera precipitado. Quizá se había dado aires de generoso y justo cuando, en realidad, no era sino una persona corriente y egoísta que quería a Beth a su lado para no estar solo.

Detestó ese pensamiento, y en consecuencia, lo rechazó. Dio por zanjada la charla e hizo el doloroso esfuerzo de recoger su bastón, apoyándose sobre la pierna enferma. Esperó a que ella se marchara para sentarse sobre el diván y cerrar los ojos.

Ni siquiera entonces, a solas con sus pensamientos, que eran mucho más intransigentes y juiciosos con él que quienes lo rodeaban, se permitió soñar con Beth. Porque había sueños prohibidos y sueños innmerecidos, y ella era ambos al mismo tiempo.

Después de toda la noche dándole vueltas a la conversación con Calder, Beth decidió que no pensaba obedecer.

Tenía tantas razones para hacerlo, que le parecía incluso cómico que la hubiera creído cuando afirmó estar de acuerdo con él. Se rebelaba contra la idea de que se la pasaran de unas manos a otras, como si fuese una simple muñeca descerebrada. Se rebelaba contra el bajo concepto en que su marido la tenía, como si ella fuese de cristal y fuera a asquearse con sus dificultades físicas. Se rebelaba contra todo porque, por fin, podía decidir sobre su destino. Su padre ya no estaba allí para imponerse, y tenía la ligera sospecha de que Calder no aprovecharía su influencia para obligarla a cumplir su voluntad.

Cuando bajó a desayunar al día siguiente, lo hizo con un discurso estructurado. No iba a permitir que anulase el matrimonio y la mandara a otra parte: quería estar con él. Y no quería estar con él solo porque la sintiera la mejor opción, sino porque una parte de ella seguía estremeciéndose al recordar la pasión con la que le habló.

No se sacaba de su cabeza el brillo animal de sus ojos al exclamar que la sentía perfecta, y que se lo entregaría todo si no estuviese vacío. A Beth no le parecía que un hombre que decía esas cosas, ni que brillaba de esa forma al decirlas, pudiera estar vacío. Todo lo contrario. Su mundo interior la había atrapado por completo y deseaba zambullirse en él. Sin conocerlo demasiado, era la persona más apasionada con la que había tratado nunca, y lo era *con ella*.

Aunque su comportamiento tenía muy poco que ver con el de un caballero, le había mentido, y pretendía arrojarla a otros brazos, algo dentro de Beth despertó en cuanto envolvió su rostro con las manos. No era solo la compasión. Estaba conmovida de veras. Jamás la habían tratado con semejante cuidado, jamás se habían preocupado tanto por ella. Era una preocupación mal enfocada e injusta, porque no la dejaba decidir, pero él solo quería hacerla feliz. Él, un hombre cuya existencia desconocía la semana anterior. Él, con el que ni había mantenido una conversación propiamente dicha. Él... Un perfecto desconocido que se moría por descubrir, empezando por los aspectos de su problema físico.

Estaba preparada para convencerlo de que quería saber más sobre su dolencia. Sin embargo, en el gran comedor no encontró a nadie, solo a Denna. La joven desayunaba con un batín de satén; el sol moderado de la mañana arrancaba destellos al beige, y a su piel aceitunada natural. Cada vez

estaba más convencida de que su exotismo bebía de un antepasado no europeo, pero no sabía cómo preguntarle sin que lo pudiera tomar como una ofensa.

Denna levantó la vista de la novela que ojeaba y le sonrió.

—Beth, querida. Buenos días. ¿Qué tal has dormido hoy? —Enseguida entrecerró los ojos—. No tienes muy buena cara.

—Estoy un poco preocupada —confesó. Rodeó la mesa para sentarse justo a su lado; se le hacía muy triste tener tanto espacio para comer, cuando en la escuela estaba rodeada de sus amigas—. ¿Hace cuánto que se ha marchado Calder... y a dónde?

Denna cerró el libro, en cuya gruesa cubierta estaba grabado el apellido de Shakespeare, y lo deslizó rápidamente a un lado. Se giró hacia ella con aire interrogativo.

—Cuando me he despertado, él ya no estaba, así que no lo sé. ¿Ha pasado algo más? Te dejé en la parte en que ibas a hablar con él sobre su broma de mal gusto.

Beth vaciló por costumbre. Necesitaría habituarse a esa tradición familiar de contarle todo a todos los que reinaba en Cranston Castle. Y le costaría, porque nunca había hablado de sus secretos, como para comentar sus apreciaciones respecto a los del resto. De todas formas, se suponía que Denna era gran amiga de Calder. Nadie allí se sorprendería al saber lo que pasaba por su cabeza.

—Me mintió para ocultar las verdaderas razones por las que no quiere que sea su esposa. Está preocupado porque piensa que no podrá hacerme feliz debido a sus limitaciones. Me ha confesado que su cojera se debe a una herida grave.

Denna levantó las cejas. Esperó una reacción exagerada y desprovista de empatía que le restara importancia a las decisiones de Calder, pero esta nunca se manifestó.

—Me lo imaginaba. Él tiene esa rigurosa concepción de lo que debe ser un marido para su mujer, ¿sabes? El héroe, el protector, el amor de su vida... —Usó una mano para abarcar un largo etcétera—. Una idea un poco fantasiosa, si quieres mi opinión. Pero es comprensible. Calder siempre ha querido ser la mejor versión de sí mismo, y contigo no puede.

—Pues a mí me parece muy condescendiente e insultante que me trate como si debiera protegerme de él. He tenido la mala suerte de conocerlo antes por sus defectos que por sus virtudes, y aun así, ninguno me parece maldito. Debe pensar que mi vida ha sido un camino de rosas y vivir aquí va a hacerme desgraciada.

—Bueno, cielo... —rio Denna—. No nos puedes culpar por pensar eso. Eres tan hermosa y distinguida, y estás tan bien educada, que nadie diría que te ha faltado algo alguna vez. Pero está claro que no hay que dejarse llevar por las apariencias. Dime, ¿en qué estás pensando?

—Me gustaría hablar con él sobre su salud.

—Si lo que te interesa es ahondar en términos más técnicos, creo que entonces deberías buscar al señor Haye. Él es quien lo provee de medicinas y revisa la lesión periódicamente.

—El señor Haye era... el moreno de luto.

Denna asintió con una mueca rara.

—El mismo. No es la mejor compañía, y debes estar preparada para que te incomode; es de esos hombres que disfrutan poniendo nerviosos a los demás. Pero resolverá tus dudas. O por lo menos las atenderá; de Calder no puedo decir lo mismo. Dudo que se pusiera a hablar contigo de sus debilidades. Es tan orgulloso y testarudo que, de no ser porque es visible y no le quedó otro remedio, nos habría ocultado a todos que está herido.

Beth se mordió el labio.

—¿Tú has visto la herida?

—No, nunca. No me lo permitió, y yo no insistí. La verdad es que soy muy sensible a ese tipo de visiones... ¿Tú no?

Beth sacudió la cabeza.

—Vi morir a mi madre cubierta por las picaduras de la viruela, y cómo le hacían sangrías creyendo que podrían curarla. No creo que haya nada más desagradable que eso, y si lo hay, no voy a escandalizarme. ¿Sabes dónde puedo encontrar al señor Hays?

—Ahora mismo estará en la destilería. Es donde pasan toda la mañana, y parte de la tarde. ¿Quieres que te acompañe? No está muy lejos, pero te hará bien tener con quien hablar por el camino.

Beth lo agradeció sinceramente, a lo que Denna se levantó con energía y le pidió que la esperase mientras se ponía el vestido apropiado. Ella esperó a que la doncella le trajese un chal de lana. Las temperaturas allí eran bajas la mayor parte del año; por lo que le comentó el señor Carmichael durante el baile nupcial, Lochranza era uno de los pueblos con mayor número de días nublados y oscuros de todo el Reino Unido.

*Carmichael*. El hombre que debía ocupar el lugar de su marido. Efectivamente se trataba de una persona sociable y honrada. Su atractivo físico era innegable. Se había divertido bailando con él. Pero por alguna extraña razón, se le hacía muy difícil imaginarlo en el puesto de Calder. Ella ya había dibujado al amo del castillo, con su cabello cobrizo y sus ojos melancólicos, como el único y justo dueño de su cuerpo y corazón. Y eso solo en cuestión de días. Cuanto más tiempo pasara, más le costaría verse con otro.

—¿Vamos? —llamó Denna, desde la puerta. Se había vestido de negro, como dictaba el luto en las mujeres. No era el color más favorecedor. La joven parecía mayor y más apagada al meterse en sus prendas de duelo.

Beth la acompañó a la salida, fijándose en la seguridad con la que su guía señalaba el camino. Denna fue una vez la nueva esposa del señor, la extranjera entre los isleños; le inspiraba cómo se había adaptado a la vida en Eilean Arainn. Significaba que ella no tardaría en hacer lo mismo.

Solo se percató de que vacilaba, e incluso se tensaba, al pasar por unas zonas concretas. La vio lanzar una mirada incómoda a una sala con la puerta cerrada, y revisar su espalda tras cruzar el portón principal. También tuvo la impresión de que no estaba del todo relajada yendo por el camino de barro que desembocaba en la destilería. Tal vez hubiera preferido tomar un atajo.

—¿Estás bien? —preguntó Beth.

Denna se giró hacia ella rápido y con los ojos abiertos, como si acabara de darse cuenta de que estaba acompañada. Enseguida sonrió.

—Sí. Es solo que no suelo salir de Cranston Castle. De hecho, hace meses que no lo hago. El luto es especialmente radical aquí, en zonas rurales. Tengo que volver a acostumbrarme a respirar aire fresco.

—No comprendo. Calder y el señor Hawke parecen muy permisivos en ese aspecto. Diría que desean lo mejor para ti, hasta el punto de dejarte vestir lo que quisieras, cuando lo quisieras.

—Y es cierto. Pero estuvieron de acuerdo conmigo en que lo mejor sería que lo llevase.

Beth la miraba con atención. Aprovechó la distracción de un pequeño riachuelo para pensar la mejor forma de abordarla con su curiosidad.

—¿Es por decisión personal? —inquirió con suavidad—. ¿Lo amabas, a pesar de su temperamento?

Denna dejó de sonreír. Incluso de perfil a ella, y con el viento a favor de cubrir sus rasgos con los mechones que escapaban del moño, se dio cuenta de que su expresión se endurecía.

—Lo odiaba —confesó—. Hizo de mi vida una desgracia. Y eso lo sabe todo el mundo, porque ninguno de los dos éramos muy sutiles a la hora de arremeter contra el otro. Sumando nuestra enemistad y las extrañas circunstancias en las que murió... Los locales no tardaron en hilar una historia que me hiciese culpable.

—¿Cómo podrías ser culpable de que se cayera del caballo?

Denna le dirigió una mirada sombría.

—No se cayó del caballo, exactamente... Hay muchas cosas que no sabes, Beth, y que te conviene desconocer. Pero digamos que la gente tiene motivos para verme como su asesina. Por eso debo vestir el negro y no volver a casarme. Para dar la impresión de que me dolió su muerte, porque alguna vez lo amé... —Dirigió una mirada al cielo encapotado. Beth sintió como si Denna lo estuviera viendo—. Algo que no sería del todo falso.

Suspiró en voz baja y ladeó la cabeza hacia ella, esta vez forzando una pequeña sonrisa.

—Antes de que llegue cualquier rumor a tu alcoba, quiero que sepas que yo no tuve que ver directamente con su muerte. Es posible que una discusión lo llevara a montar en cólera, y que lo hubiese provocado tanto que perdió la cabeza. Pero no puedo asumir la culpa de algo que hizo él. No voy a hacerlo. No se lo merece. No se merece que incluso estando muerto tenga que preocuparme por él.

Beth no podía hacer nada con esos retazos si no conocía la historia base, pero sentía una enorme curiosidad por lo que había detrás. Si fuera impresionable, se habría estremecido de miedo por lo que dejaba entrever al hablar de su esposo. Sin embargo, intuía que, más allá de eso, había una historia truculenta que nadie comprendería tan bien como los involucrados.

—El señor Hawke parece buen hombre —apuntó unos minutos después, cuando ya alcanzaban el acceso a la destilería—. Estoy convencida de que podría borrar cualquier mal recuerdo de tu matrimonio.

Denna esbozó una sonrisa amarga.

—No sabes cuántos malos recuerdos son, Beth. Ni lo rencorosa que puedo llegar a ser. Uno de los motivos por los que quiero alejarme del señor Hawke es mi marido. —Le lanzó una mirada explicativa antes de detenerse ante el portón—. Me invalidó para desarrollar sentimientos por otra persona. Nunca podría amar a un hombre como lo he odiado a él. Como *lo sigo odiando* a él. En mi corazón no cabe nada más que el desprecio, y es todo suyo.

»Lachlan merece algo mejor que mis cenizas. Algo mucho mejor que una mujer que acepta sus caricias por despecho.

—No es despecho si lo amas a él —replicó Beth.

Denna sonrió de nuevo, esta vez cansada.

—Se nota que nunca te has enamorado. Dicen que el amor es puro e incorruptible, pero esa es la visión de aquel que no lo ha visto. Yo he amado y odiado después, y ahora me obligo a amar porque quiero deshacerme de los vestigios de ese odio que me consume. Como ves, el amor puede ir de la mano del egoísmo, de la rabia, de la desesperación..

—Yo siempre he pensado que en el momento en que una emoción negativa entra en contacto con el amor, este deja de llamarse así.

—¿Y cómo se llama después? —preguntó, ladeando la cabeza—. En un mundo de hombres y mujeres, seres imperfectos que fueron creados para el bien y, sin embargo, pecaron, no tiene cabida el amor puro de los ángeles. El único amor que experimentaremos siempre será la versión desvirtuada. La humana. No podemos amar como algo que no somos.

Suspiró y cuadró los hombros. El portón se abrió gracias al mecanismo de una enorme trampilla, que descendió hasta ellas para que pudieran pasar. Denna la miró y le hizo un gesto para que cruzase primero.

—Recuerda esto que te digo, y nunca busques una pasión legítima y divina; el Reino de los Cielos nunca caerá sobre el de los hombres. Estarías perdiendo miserablemente el tiempo..., y la vida.

Estuvo a punto de responder que ella no esperaba ningún amor parecido al de su descripción, pero uno de los empleados intervino.

—Señora Houston —saludó. Era un muchacho joven y desgarbado, con una gorrilla graciosa. Desplazó la mirada hacia Beth y se ruborizó—. Milady. ¿Debería avisar al señor de que están aquí?

—No será necesario —contestó Denna—. ¿Se encuentra el señor Hays en las bodegas?

—Como siempre, mi señora.

Beth echó un vistazo alrededor. Por fuera, la destilería era un edificio de amplia anchura y longitud, pero con tan solo tres pisos de altura. Se había levantado a partir de sillares monumentales, y había sido techado con la forma de una casa habitual; del tejado a dos aguas había visto sobresalir varias chimeneas de todos los tamaños. Por dentro no era más distinguido de lo que se había intuido de lejos. Las piedras del suelo eran irregulares, y si ya estaba oscura la

planta de acceso, no quería imaginar cuántas lámparas necesitaría para no ahogarse en las sombras del sótano. Le gustó el olor, sin embargo. Era una mezcla interesante de cereales, alcohol y carbón. El ambiente se percibía denso, como se quedaba después de un baño de agua ardiendo. Debía llevarse a cabo algún mecanismo de evaporación.

No sabía cómo funcionaba una destilería ni qué se hacía allí, pero pronto descubrió que sentía curiosidad por averiguarlo.

Denna tiró de su mano para conducirla por el amplio pasillo. Durante el paseo le dio tiempo a ver la maquinaria. Le sorprendió que contaran con aparatos tan novedosos en una isla al margen de Escocia, y se preguntó cuánto le habría costado a Calder —o a sus antepasados— reunir semejante artificio. Con esa cantidad de mano de obra y capital, se debía producir una cantidad obscena de whisky al año.

—¿Has estado aquí antes? —preguntó Beth, siguiendo a Denna por unas escaleras angostas. Ella no apartó la vista de los peligrosos peldaños, y menos mal. Con la falda era muy viable una caída aparatosa.

—Sí. Las primeras veces no me llevé un buen recuerdo, si te soy sincera... Dios santo, ¿cómo lo hace Calder para moverse por aquí?

—¿Calder viene a la destilería a menudo?

—Muy a menudo. Más de lo que el doctor, sus amigos y el sentido común recomiendan. Pero ya sabes... Orgullo masculino, uno de los peores males que han podido caer sobre el hombre —entonó, poniendo los ojos en blanco. Frenó de golpe, a unos pocos escalones de llegar al suelo.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó un sonriente Lachlan, a los pies de la escalera. Extendió los brazos para que Denna volara cómodamente hasta la bodega; esta decidió posponer un rato más su objetivo de alejar al hombre y se abrazó a su cuello para que la bajara—. ¿Tan aburrido es Cranston Castle sin nosotros...? Oh, buenos días, milady. No la había visto. Coja mi mano.

Beth la aceptó con un asentimiento. A diferencia de lo que pensaba, la bodega estaba muy bien iluminada por sendas lámparas monumentales a ambos lados del pasillo. Era muy similar a la de su padre en Lairmore Manor, solo que aquella era de un colosalismo muy superior. Las pilas de barriles llegaban del suelo al techo. En ese momento, un trío de hombres paseaba cerca del montón del fondo. El espigado que se confundía con las sombras llevaba un cuaderno en la mano y hacía anotaciones con una estilográfica moderna. El más alto y pelirrojo se las apañaba para precintar los toneles con un sello que cargaba en una mano. El del bastón hablaba en voz alta.

—Sigue sin convencerme la idea de enviar el mejor lote a América —decía Calder, con su tono severo habitual—. Es muy posible que se pierda con las marejadas que se prevén en los próximos meses, y con el viento del norte a nadie le apetecerá embarcarse para hacer transacciones comerciales.

—Con la cantidad que les vamos a pagar, se atarían los barriles al tobillo y cruzarían el Atlántico a nado si fuera necesario —acotó el señor Haye—. Y no es el mejor lote. Ese me he encargado de embotellarlo para enviarlo directamente a Glasgow.



—¿A Glasgow? ¿Le has enviado el mejor lote al puñetero Glenn? —Calder usó el apoyo del bastón para describir media órbita. Así dio la vuelta para rehacer sus pasos hacia la escalera—. No me lo puedo creer.

—Discúlpame —dijo Haye, sin levantar la vista del cuaderno donde garabateaba—. ¿Lo querías para ti?

—Ya sé que nuestros clientes te dan ardor de estómago, pero hasta que no salga rentable destilar alcohol para luego vaciarlo en nuestras gargantas, me temo que vamos a tener que seguir comerciando —acotó Carmichael.

Calder no escuchaba, y Beth tampoco. Él acababa de darse cuenta de que ella estaba allí, sola; Lachlan se había llevado a Denna por el pasillo paralelo para que le hiciese compañía mientras etiquetaba las botellas. Supuso que ese fue el motivo por el que frunció el ceño y se apresuró a acercarse. Era un milagro que lograra encajar el extremo del bastón en las piedras y no en los huecos entre unas y otras, pudiendo partirlo de un movimiento enérgico.

—¿Qué haces aquí? —preguntó nada más llegar a su altura—. ¿Quién te ha traído?

Beth esbozó una sonrisa de circunstancia. El señor Haye estaba allí, y ella a un pasillo de distancia de resolver sus dudas. No había contado con que Calder también andaría en la destilería, y por supuesto, no pensaba decirle qué había ido a hacer.

—Denna. Le he comentado que sentía curiosidad por el gremio y se ha ofrecido a acompañarme.

—¿Curiosidad?

—Nunca he estado en una destilería —contestó con humildad. Encogió un hombro y se giró hacia uno de los montones de barriles. Acarició con los dedos la cubierta de madera del que estaba a la altura de sus ojos—. ¿Por qué a América envías toneles, y a Glasgow mandas botellas? ¿Cómo se hace whisky?

Pudo sentir su desorientación incluso sin mirarlo.

—¿Te ha dicho Denna que vengas?

Beth lo miró por encima del hombro.

—Veo que sigue pareciéndote muy difícil asimilar que, de vez en cuando, tomo mis propias decisiones. No me lo permiten a menudo, pero aun así insisto. ¿Te molesta mi presencia?

Calder tragó saliva. Habría dado cualquier cosa para estar en su cabeza en ese momento, cuando tenía que agarrar la empuñadura del bastón de otra manera, o de lo contrario sus dedos resbalarían por el sudor acumulado. Estaba nervioso.

—No —dijo al final—. Si quieres aprender sobre el whisky, Carmichael puede darte más detalles que yo. Sí, llamar a Carmichael será buena idea —repitió, más para sí mismo—. Así podéis... entrar en confianza. ¡Carmichael!

El susodicho se incorporó. Estaba de cuclillas, sellando uno de los barriles de la base. Miró a Calder con aire interrogativo y asintió en cuanto le hizo una señal para que se acercase. Beth intercaló una mirada de absoluta decepción a su marido, con otra de resignación hacia el

pelirrojo. Este se plantó delante de la pareja limpiándose las manos con un trapo, que luego se echó sobre el hombro. Llevaba unos sencillos pantalones anudados con una tela que no formaba parte del atuendo, y una camisa por fuera de la cinturilla. De no haber sido por el grueso cinturón de cuero que rodeaba su vientre, Beth habría tenido que ruborizarse por lo impropio de su vestimenta.

—Milady —saludó—. ¿Qué ocurre? Aún me queda un buen rato precintando.

—Beth se pregunta cómo funciona el proceso de destilación y embalaje. Creo que tú se lo explicarías mejor que yo —acotó sin entonación alguna—. Vuelvo con Haye. La próxima vez que quieras venir, si es que tienes la oportunidad, usa la calesa.

Sin más, se dio la vuelta y regresó junto a Haye, cuya muñeca espasmódica seguía garabateando en el papel. Beth esperó por si se girase para mirarla antes de regresar a sus tareas; la decepcionó de nuevo dándole totalmente la espalda. Cuando se hubo recuperado con un disimulado suspiro, devolvió la mirada a Carmichael, que la estaba observando como si conociera sus sentimientos.

Tenía esa clase de ojos cristalinos en los que uno podía ver reflejados sus miedos. Pronto descubrió que Dios no le había dado los espejos del alma a ese hombre por casualidad. Iban a juego con su sensibilidad y talento para la deducción.

Lo vio sonreír sin pretensiones.

—Entiendo que no soy la persona que esperaba, pero si de veras le interesa todo esto, no me importa dedicar unos minutos a una guía rápida.

Beth se mordió el labio. A saber de qué clase de mueca inconformista lo había hecho cómplice para que se diera cuenta tan rápido. Intentó suavizar su expresión y devolverle el gesto.

—Me encantaría.

Así comenzó una breve exposición sobre el funcionamiento de la destilería y todos sus procesos internos. Carmichael la llevó por uno de los pasillos paralelos, donde su voz resonó entre las paredes como la de un narrador de teatro, y le habló de la selección de los cereales más exquisitos del pueblo: trigo para el whisky de grano, cebada malteada para el producto estrella y, de últimas, maíz para el *bourbon*. La destilación se llevaba a cabo en alambiques de columna y con agua de la Bahía de Catacol Bay. Después, la bebida se dejaba madurar en los correspondientes barriles entre tres y cinco años, dependiendo del tipo final.

—¿Y de qué parte del proceso se encarga usted? —inquirió Beth, paseando a su lado.

—Yo siempre he trabajado la tierra. Hasta hace poco estaba arando los campos para plantar y luego conseguir los cereales. Ahora simplemente me encargo de que todo marche durante la producción, supervisando cada uno de los pasos.

—¿Y qué hace el señor Houston?

—Decide cuánto dinero se invierte y cuánto se gasta, que no es poco. Hay que tener la cabeza sobre los hombros y ser frío para calcular la cantidad exacta. Y bueno con los números, por supuesto. También es el que pone los nombres a los distintos whiskys y diseña las etiquetas... — Echó un rápido vistazo por encima de ella y torció la boca—. Calder no deja de mirarnos. Ha sido

un milagro que consiguiera contárselo todo sin acabar arrancándome el pelo. No soporto sentirme estudiado por terceros.

—¿De veras nos observa?

Carmichael dudó antes de asentir, y dirigirle una mirada de soslayo.

—Parece ser que no le gusta verme cerca de usted, milady.

Beth curvó los labios en una sonrisa sencilla.

—Al contrario. Según tengo entendido, su objetivo es que estemos aún más juntos. ¿No lo ha... puesto al corriente?

Al inspirar hondo, Carmichael suavizó una tensión que Beth no había percibido hasta entonces.

—Estaba tanteando el terreno, quería averiguar antes si solo me lo había dicho a mí —respondió, en voz baja—. En efecto, lo ha hecho. Durante el desayuno me ha abordado con su irreverente y estúpida propuesta... Quiero decir —se apresuró a añadir. Miró a Beth a los ojos—. Casarme con usted no me parecería ninguna irreverencia o estupidez en otras circunstancias, pero el hecho de que me lo sugiera... me pone el vello de punta, milady. No lo voy a negar.

—Entiendo a lo que se refiere. Opino lo mismo que usted.

Otra vez se dio cuenta de que Carmichael había estado nervioso durante toda la conversación porque, de un suspiro, eliminó una nueva carga sobre sus hombros.

—Gracias a Dios. Temía que se le hubiera ocurrido a raíz de una discusión con usted. No es que me sorprenda que Calder tenga ideas de este tipo; es mi amigo y sé cómo piensa, pero creí que habría sido usted la que le dijo que no pensaba vivir con alguien en su situación.

—¡Claro que no! —exclamó en voz baja—. ¿Por qué pensó eso de mí?

Carmichael esbozó una sonrisa culpable.

—Estoy acostumbrado a pensar mal de las mujeres, milady. No es nada personal; le ruego que no me lo tenga en cuenta.

—No se preocupe. Pero quiero dejar constancia de que he venido hasta aquí porque deseo clarificar al señor Houston que no pretendo dejar de ser su esposa. Lo que me estoy temiendo es que no voy a encontrar la manera de convencerlo.

—No voy a mentirle, milady —suspiró. Se llevó una mano al hombro y lo masajeó con la boca fruncida—. Calder es terriblemente obstinado. Cuando se le mete en la cabeza que debe hacer algo, y que ese algo es lo que está bien... Convencerlo parece competencia única del Supremo. Pero algo me dice que a usted la escuchará, si usa las palabras exactas.

—¿Y cuáles son las palabras exactas?

Carmichael se tomó un momento de meditación.

—Bueno —dijo un rato después—. No soy ningún especialista de estos menesteres, pero creo que todos desearíamos que nos prometiesen lealtad. Y a nadie le disgusta que le digan que lo aman.

Beth se mordió el labio.

—Pero yo... No lo amo. Aún no lo conozco.

Carmichael frunció el ceño.

—Entonces... ¿Por qué se molesta tanto en quedarse a su lado?

—Porque... —Lo miró a los ojos—. Porque creo que podría llegar a amarlo. Y es la mayor garantía que alguien me ha dado, desde que tengo uso de razón.

—No la entiendo, pero suena convencida. Y eso es lo importante. Él debe ver que lo hace movida por sus propios intereses, por sus deseos; que nadie ha influido en su decisión más que usted.

—¿Y si no consiguiera que me creyera?

Carmichael torció la boca.

—Imagino que tendríamos que casarnos.

—¿Usted no tiene voz ni voto? —inquirió, sorprendida—. ¿Ni siquiera se ha rebelado contra lo que le propuso mi marido? Si se niega usted, sería mucho más fácil.

—Buscaría a otro, no crea que no tiene dónde elegir. —Rio él, sin demasiadas ganas—. Por mi parte, no tengo en gran consideración al matrimonio. Casarme con usted sería como no casarme con nadie. Lamentablemente, trabajo tanto que la única diferencia entre la soltería y la vida de casado sería que dormiría con alguien a mi lado. Nada más. No tendría tiempo para usted, y se lo he dicho —añadió—, pero sigo pareciéndole mejor opción que él.

Beth suspiró.

—Qué hombre tan desesperante. ¿Tiene idea de dónde estará ahora?

—Imagino que en su despacho, en el segundo piso.

—¿No le molesta subir escaleras?

—Puede estar segura.

—¿Y por qué demonios lo hace? —bufó. Se agarró las faldas y le hizo un gesto—. ¿Podría llevarme hasta allí?

Carmichael hizo una reverencia no muy elegante.

—Será un placer.

El despacho de Calder en la destilería no tenía nada que ver con el que ocupaba en Cranston Castle. El del castillo estaba ordenado, limpio, casi nuevo en comparación con el resto de las dependencias del edificio; a ese segundo, en cambio, lo poblaban botellas llenas y vacías, vasos usados y sin usar. Había papeles por todas partes, desparramados a lo largo y ancho de la mesa de trabajo y el suelo.

No le extrañó que a Calder le molestara que Carmichael la hubiera llevado hasta allí.

—Así tienes un incentivo para organizar esta porquería —anotó el susodicho, antes de marcharse.

No le dio tiempo a escuchar la maldición en gaélico de Calder, y menos mal. Beth no tuvo que fingir que no sabía qué había dicho. Apenas conocía el idioma. Pero sí le sonó suficientemente contundente para tener que suprimir una sonrisa entretenida.

—¿Has resuelto tus dudas?

Beth asintió sin abrir la boca y, esquivando uno de los papeles empapados de alcohol, se dirigió a la estantería donde había predispuesto todas las botellas. Detectó en las diferencias de tonalidad que no eran el mismo whisky.

—Veo que tienes variedad.

—El whisky de malta está demasiado fuerte para algunos.

—¿Eres uno de ellos? —preguntó, mirándolo de soslayo. Él hizo una mueca que podría haber significado «¿Cómo te atreves?».

Se contuvo para no reír.

—Por supuesto que no. Mi paladar está hecho para disfrutar sus distintas capas de sabor. Ya ni siquiera me hace efecto; puedo beber cuanto quiera sin emborracharme.

—¿Y eso es una ventaja, o una maldición?

Lo oyó suspirar suavemente. Acababa de darse cuenta de que no iba a marcharse en el acto, y de que tendría que soportar y responder sus preguntas durante un buen rato.

—Depende de por dónde lo mires —respondió, acercándose a ella. No *demasiado*—. Los pobres diablos que beben para olvidar no disfrutarían en mi posición. Pero para mí es una maravilla, indudablemente. Todo en esta vida está hecho para tentarnos; por eso la virtud está en la moderación. Los que saben dónde trazar las líneas son los verdaderos poderosos.

—Pero en tu caso, dices que no te afecta; no tienes que moderarte, puesto que naciste con la línea ya trazada. ¿Significa eso que te señalaron en cuanto viniste al mundo para determinar que serías importante, darías lecciones a los demás sobre esto... y comandarías el negocio?

Ladeó la cabeza a tiempo para captar la sonrisa sin humor de Calder.

—Si me hubieran señalado por esos motivos, significaría que Dios tiene un sentido del humor un tanto peculiar. Yo no nací para nada de eso; soy el hermano menor.

Detectó amargura en su respuesta. Esta manaba especialmente de las últimas dos palabras. Se giró hacia él con seguridad.

—Lo siento —le dijo—. No he tenido la oportunidad de darte el pésame por el fallecimiento del señor Houston.

Calder desvió la mirada.

—No hay necesidad. Me parece artificial y de mal gusto dar el pésame cuando ni siquiera se conocía a la persona en cuestión. De todos modos, gracias.

Beth no se dejó amilanar por el tono seco que empleó. Todo el mundo guardaba recuerdos que no deseaba sacar a la luz; a veces, esos recuerdos eran personas que aún no se olvidaban, que todavía se sufrían.

Estiró el cuello y regresó a la estantería. Alargó la mano para acariciar las letras grabadas en la etiqueta.

—*Sitiche* —leyó en voz baja.

—*Sithiche* —corrigió él. Beth lo escuchó muy cerca de su oído. Se le puso el vello de punta.

—¿Qué significa?

—Hada —contestó—. Es uno de los primeros tipos de *blended whisky* que desarrollamos. Tiene la misma proporción de malta y grano, a diferencia del *bourbon*, que mezcla el maíz con otro tipo de cereal.

—¿Y cómo se llama el *bourbon* que hacéis?

—El genérico no tiene apellido. Solo le ponemos apellidos a las especialidades de la casa. A nuestro *straight bourbon*, de puro maíz y madurado durante cuatro años en barriles de roble blanco americano lo llamamos *Dùdach*.

Beth se giró hacia él, atraída por la manera que tenía de pronunciar aquel idioma tan antiguo y especial. Casi dio un bote al ver que estaba más cerca de lo que se había permitido con anterioridad. La miraba con sentimientos encontrados; por un lado, con posesividad, y por otro... odiando la obligación de tener que poner distancia.

Ella también la odiaba. Estaba perfecto con un chaleco gris marengo, a juego con sus ojos, y el cabello algo despeinado... Quería acariciar los mechones que cubrían sus sienes.

—¿Cómo se traduce al inglés?

—Sirena.

—Me gustaría probar ese. Suena bonito.

—Hay más —explicó él. Avanzó un paso más y cogió una botella al azar—. Este de aquí madura en barriles de *bourbon* y jerez. *Sàrachadh*. Hechicera. Este otro... —Dejó la que sostenía y tomó otra—. Madura en antiguos barriles de manzanilla. La maduración es lo más importante del proceso.

—¿Y cómo se llama ese?

—*Phrionnsa*. Princesa. Esas son las especialidades de Gillander's. Aunque estamos trabajando en un *single malt whisky*, el más puro, delicioso y de mayor graduación que se haya probado nunca, por encima del cuarenta por ciento habitual. Será una edición limitada.

—¿Sabes ya cómo se llamará? —preguntó con curiosidad.

Él la miró a los ojos, y de repente ella sintió que el suelo se abría bajo sus pies.

—*Beathadh*.

Beth se mordió la lengua y no se movió por un segundo. Había sonado casi exactamente igual que la pronunciación de su nombre.

—Sabes lo que tu nombre significa, ¿verdad? —inquirió él, en voz baja. Le había leído el pensamiento—. *Vida*. Y el whisky fue concebido, en su origen irlandés, como *visce beathadh*: agua de vida. Lo primero en lo que pensé cuando me dijeron tu nombre, fue en cómo se las gasta la casualidad para hacer que todo encaje a la perfección.

Le gustaba cómo se movían sus labios al pronunciar esa palabra. «Perfección». Y cómo la decía, bajando la voz una octava, como si fuera un sinónimo del nombre de Dios y fuese blasfemia entonarla a gritos. Sobre todo le fascinaba que la dijese mirándola a los ojos; de alguna forma, dedicándosela a ella.

—¿Y qué pensaste cuando me viste? —quiso saber. Dejó caer la mano que había estado

investigando entre las botellas y levantó la barbilla para mirarlo. Él cayó en la debilidad de posar los ojos sobre su boca entreabierta.

—Sabes muy bien lo que pensé —susurró.

Sí que lo sabía. Él se lo había dicho. Y desde entonces, una parte de su alma vivía iluminada por el entusiasmo. Jamás creyó que alguien pudiera dedicarle un trazo de aliento tan apasionado. Aunque las palabras encarnaran su belleza, y no lo que ella era en realidad, él las dijo de tal manera que se sintió amada. Valorada. Ella, que siempre había estado sola en el mundo, que se había rajado el corazón para que entrase quien quisiera y nadie hizo ademán de asomarse, como si fuera un pozo oscuro y no mereciera la pena.

—Me gustaría que me lo dijeras de nuevo —confesó pegándose a su pecho, aún sin rozarlo—. Nunca me habían dicho nada tan bonito.

La mezcla de sorpresa, orgullo y devastación que percibió en su semblante fue otra forma de halagarla. No se podía creer que él hubiera sido el primero.

—Eso es imposible. ¿Qué hay de esos otros que te besaron?

—Éramos jóvenes...

—Tú aún lo eres.

—*Más* jóvenes. Tenía solo dieciséis, y diecisiete... Jugaba con unos muchachos del pueblo. Ellos solo querían poder decir por ahí que me habían besado. No les interesaba realmente. También hubo un caballero durante una visita a Londres... Me dijo que tenía unos ojos preciosos. Pero no estremeció mi corazón.

«No lo estremeció como tú».

Observó que su nuez de Adán temblaba.

—Malditos pusilánimes —masculló—. No te imaginas cuánto me aterra la idea de que no te halaguen, besen y aprecien como mereces. Si yo pudiera...

—Puedes —interrumpió. Colocó una mano ansiosa en su mejilla—. Quiero tus halagos. Quiero tus besos, tus apreciaciones. Y quiero... ver tu herida y juzgar por mí misma. En definitiva, quiero ser tu esposa y todo lo que eso conlleva.

Las cejas de Calder formaron una expresión de calma que contradujo sus principios. Beth llegó a la conclusión de que su deseo era un bálsamo para él, pero quería seguir sangrando.

—No tienes ni idea de lo que estás perdiendo. Ni siquiera me conoces, Beth.

—Tú a mí tampoco, y sin embargo habrías estado dispuesto a tomarme en otras circunstancias. Y eres capaz de dedicarme las palabras más hermosas. No existe ninguna diferencia, salvo que crees que huiré cuando vea la lesión... ¿No es así? ¿Piensas que te repudiaría?

—No lo pienso. Pienso que podrías tolerarlo, y que llegarías a amarme, porque así sois las mujeres. Os pasáis la vida perdonando a los monstruos con los que dormís cada noche. Pero tienes que amar a alguien decente.

—No eres nadie para decirme a quién debo elegir. ¿Cómo reaccionarías tú en mi lugar? —le espetó—. ¿Qué harías si alguien te dijera qué hacer, o cómo sentirte?

—Reírme. Eso no se escoge. En este caso...

—Tampoco. En este caso *tampoco*. Voy a jurarte fidelidad y lealtad —declaró. Cubrió con la otra mano la mejilla abandonada—. Voy a jurarla delante de ti, porque parece que ante Dios no ha sido suficiente para que comprendas que, en la salud y en la enfermedad...

—Beth...

Interrumpió lo que fuera a decir cubriendo su boca entreabierta. Comprendió en ese momento por qué se había arrojado a brazos de muchachos y caballeros antes; para saber cómo besar ahora a un hombre que necesitaba que lo convenciesen. Y eso se dispuso a hacer, pero no contó con que él la convencería mucho antes, arropándola con un calor, sabor y suavidad que le derritió hasta la última fibra de la piel.

Él no necesitó insistencia. Había sido seducido mucho antes, y la pasión gutural que bullía dentro de sí estaba pujando para salir y envolverla. Salió a borbotones en la forma de una respuesta persuasiva e inclemente. Calder irrumpió en su boca sin avisar, con una primera caricia húmeda y atrevida. Beth buscó su pecho con el cuerpo y echó la cabeza hacia atrás para dejarse invadir, yendo también a su encuentro.

Los besos anteriores la habían dejado fría. Incluso consiguieron robarle el interés por la intimidad. Pero porque aquello no eran besos, y no supo lo que era la intimidad hasta que Calder la abrazó por la cintura y apretó contra su pecho.

Se estremeció hasta los huesos. Olvidó todo lo que había aprendido, todo lo que sabía, e hizo lo que quiso; cruzó los brazos detrás de su cuello y enredó los dedos en su cabello, que era mucho más suave de lo que podría haber imaginado. Lo desordenó y apresó en puños crispados por la sensual tensión que disparó en sus articulaciones, más flojas con cada beso. Calder la devoraba sin ningún aprecio. Nunca la habían mordido y descubrió que ansiaba que lo hiciese de nuevo; descubrió que solo los maestros hacían que, con un beso, una mujer quisiera ofrecer su desnudez sin reservas ni condiciones. Era la definición de masculinidad, tan apretado, recio y seguro... Y parecía invencible al desvalijar su boca.

Estuvo a punto de perder el dominio de sí misma cuando tiró de su labio inferior entre los dientes, y descendió pecaminosamente por su cuello y escote. Beth notó un foco de calor en el bajo vientre; algo que se fundía con cada roce de sus labios en ese espacio de piel.

Jadeó.

Lo deseaba. Quería que ese hombre hiciese con ella lo que quisiera, y no sabía hasta qué punto era positivo o conveniente... Pero no podía pensar en otra cosa. Sabía qué ocurría en una cama, qué debería haber pasado en su noche de bodas, y lo anhelaba cuando Calder deslizaba la lengua por su garganta seca; cuando regresaba a sus labios en busca de otro beso pausado y explícitamente sexual que la escandalizaba tanto como la ponía a suplicar.

—Más —pidió, con las manos engurrñadas en puños a su espalda—. Quiero más de ti.

—No... Detenme —articuló, sin voz. Jadeaba contra su boca, contra sus mejillas—. Dime que me detenga. Dios bendito, te deseo tanto...



—Calder —interrumpió una voz masculina, precedida del golpe en la puerta—. Ya está preparado el... *Vaya*.

Calder se separó con brusquedad de Beth. No la dejó descubrir quién había irrumpido; la empujó por el hombro para colocarla a su espalda, y así no la viera en severo estado de enajenación. Todavía buscaba el aliento cuando el recién llegado, cuyo acento inglés pronto asoció a Andrew Haye, hizo su broma subida de tono.

—Conocerás el uso más práctico de los pestillos, ¿no? —se burló.

—Y tú sabes de sobra que se debe tocar a la puerta antes de pasar —gruñó Calder, de mal humor—. No importa. Voy contigo. Tú solo... Ve a la cabeza.

Beth asomó la cabeza por encima del hombro de Calder, a tiempo para apreciar un amago de sonrisa sesgada en los labios del hombre en cuestión. No dijo nada más porque no lo necesitaba. Drew tenía la capacidad de expresarlo todo sin mover un solo músculo de la cara.

—¿Calder? —murmuró ella en cuanto salió del despacho. Él se dio la vuelta.

—Baja y pídele a Jim que te lleve de vuelta a Cranston Castle —dijo sin mirarla, mientras se acomodaba el cabello y la camisa. No había soltado el bastón, que usó para dirigirse a la salida—. No regreses sin escolta.

A raíz del accidente, todos en Cranston Castle daban por hecho que Calder se serviría de su lesión crónica para remolonear hasta entrada la tarde. Y justo por ese motivo, se levantaba antes que nadie. No por deseo propio, que también, sino porque el reloj biológico no lo dejaba dormir fuera de horario.

Pero ese día se había quedado en la cama. Solo unos minutos.

De vez en cuando, quizá una vez al mes, lo hacía. Lo necesitaba para convencerse de que merecía la pena salir del dormitorio. Para recordar, con los puños apretados, cómo solía ser su vida antes de todo. No obstante, esa mañana, los pensamientos no fueron agrios. Fueron tan dulces que ni se dio cuenta de que la herida le tiraba de la piel al intentar cambiar de postura.

Solo una cosa ocupaba su pensamiento desde la tarde anterior, a la que no sabía muy bien cómo había sobrevivido.

Los labios de Beth. Su suavidad, su perfume. Sus curvas.

Lo había besado. Y era la primera vez que una mujer se atrevía a lanzarse. Calder era conocido por su iniciativa, por perseguir incansablemente a las mujeres, por tomarse su tiempo para seducirlas. Esa vez lo habían seducido a él, y ahora entendía cuál era la sensación de la que hablaban los poetas cuando escribían sus apasionados versos. Quería volver al despacho de la destilería, y quería volver siendo un hombre entero y sano para alargar la fantasía. Para revivirla adueñándose de ella, haciendo lo que tanto ansiaba. Explorar su femenina desnudez, mimar cada exquisito rincón de su anatomía.

Durante el frenesí del encuentro, ansió tanto hacerla suya que por fin definió el significado del deseo. No había deseado a nadie, nunca, si desear era lo que sentía por ella. Las mujeres antes de Beth habían sido caprichos rápidamente satisfechos. Su esposa, en cambio, le hacía sufrir los síntomas de la verdadera pasión.

Nunca antes había sentido una tan firme y desesperada. Él siempre fue dueño de sus instintos. Lujurioso, pero controlado, y con ella sentía que se precipitaba hacia el abismo. Que perdía la cabeza. Su belleza era absolutamente criminal; su seguridad al hablar, cautivadora... y la vio tan convencida de su decisión, que por un instante quiso ponerse en sus manos.

Beth era fuerte y bondadosa, mucho más de lo que él lo fue o sería nunca. Pretendía sacrificarse por él. Entregar su vida a alguien que la desolaría. Pero no lo iba a permitir. Ella pensaba que con

cada paso que daba hacia él, estaba más cerca de persuadirlo. Se equivocaba. Con cada acercamiento reafirmaba su opinión; se preocupaba aún más por su bienestar. Debía quitarle esas ideas estúpidas de la cabeza como fuera. Lamentablemente, dudaba que lo fuera a conseguir. Era tan decidida como Denna, y eso significaba que estaba muy lejos de su alcance el milagro de disuadirla.

—¡Cómo has podido! —entró gritando la susodicha, como si la hubiera invocado. Calder ladeó la cabeza sobre la almohada húmeda para mirarla de reojo. La vio poner los brazos en jarras, y enfrentarlo con el ceño fruncido—. ¿Le dijiste a Beth que tenías una amante? ¿Y que estabas enamorado de ella? ¡En qué cabeza cabe! ¡No me puedo creer hasta dónde pueden llegar tu neuras!

—Haz el favor de bajar la voz. No me gustaría quedar también sordo.

—Oh, cierto. Bastante tienes con tu estupidez supina —recalcó. Se quedó donde estaba, en medio de la alfombra; justo a los pies de la monumental estructura de ébano de la cama—. No te imaginas la vergüenza que me has hecho pasar. He esperado para venir a reprochártelo porque quería estar más tranquila, pero cada vez que lo recuerdo... ¿Sabes que creyó que *yo* era tu querida?

Aquello intrigó a Calder. Desde luego, no había muchas mujeres en el castillo donde elegir a la misteriosa amante. Y, aunque creía evidente que sus sentimientos por Denna no cruzaban el límite de la amistad, no le sorprendió su elección por eso, sino que se hubiese tomado la molestia de indagar.

Se incorporó como buenamente pudo. Ahuecó los almohadones para colocarlos a su espalda. Había sudado esa noche, pero por una vez no olía a enfermedad. La única causante de su exaltación nocturna había sido ella.

—¿Por qué motivo? —inquirió—. Te juro que no le di a entender en ningún momento que pudieras ser tú.

—Una mujer no necesita afirmaciones claras para sacar sus conclusiones. Tenemos una mente retorcida que sabe ir más allá de lo que se dice, incluso de lo que se ve.

—Ya entiendo. Vio fantasmas donde no los había. ¿También tú tiendes a hacer eso?

Denna frunció los labios.

—Debe divertirte muchísimo todo esto, pero no creo que te figures lo doloroso que ha sido para ella. Es demasiado noble para recriminártelo; suerte que estoy aquí para reprochártelo en su nombre.

Calder le dirigió una mirada significativa. Apartó las sábanas y se agarró la pierna para dirigirla al borde de la cama.

—Créeme, Denna —exclamó con ironía—. Beth no tiene ningún reparo en reprochar nada. Nunca levanta la voz, pero desde luego sabe cómo defender su honor.

—¡Maravilloso! Eso te facilita las cosas. No tienes que ejercer de protector, puesto que sabe cuidarse solita. Resuelto ya este, ¿qué otros motivos hay para que no la tomes? —Él no se dignó a responder; fingió estar muy ocupado poniendo los pies en el suelo y eligiendo bastón—. ¡Calder!

—Me estremece tu poca vergüenza. Ni pestañeas al abordarme con cuestiones de cama que no te incumben. Antes eras más contenida.

—Qué se le va a hacer, señor Houston. Tuve un marido que nunca censuraba sus comentarios malintencionados, y ahora vivo rodeada de hombres. —Descruzó los brazos, frustrada, y rodeó la cama para ayudarlo a levantarse—. Y sí me incumben —añadió, en voz baja—. Necesitamos a ese niño para tener algo con lo que ahuyentar a Blake, si regresa.

—No necesito tu ayuda —le espetó, de mal humor. Se levantó sobre su peso, apoyado en el bastón, y le señaló un sillón para delimitar la distancia—. Y no ha regresado en seis meses. ¿Qué te hace pensar que va a hacerlo ahora? Lo más probable es que tomara un barco a Escocia y muriese en el trayecto.

Denna se sentó donde le había indicado, demostrando con una mueca torcida que no le divertía la situación.

—Los villanos son inmortales, Calder. De todas formas, ese no era el discurso. Al margen de que debas dejarla embarazada, tus formas de ahuyentarla no son las apropiadas. Culpabilizarla de tus problemas es una crueldad.

—Ella y yo ya lo hemos resuelto. Tuvimos una conversación. Solo teme no cumplir con su deber —explicó Calder. Se detuvo cuando su ayuda de cámara entró en el dormitorio, listo para prepararlo—. La han enviado para complacerme. Ve que no puede hacerlo y se frustra. Es natural.

—Cuando me echó una bronca por, supuestamente, dormir contigo, no me pareció que solo estuviese cumpliendo con su deber. En pocas palabras, me soltó que eras suyo y que me mantuviera alejada.

Calder dejó lo que estaba haciendo y se giró hacia ella, perplejo.

—¿Eso dijo?

—Cito textualmente: «De alguna forma, yo lo siento mío. Aunque no me quiera, no lo voy a compartir contigo».

Calder se estremeció de satisfacción. Imaginar a Beth pronunciando esas palabras, defendiendo sus derechos como una leona, le arrancó un gruñido animal de absoluto deleite.

—Mientes —espetó. Devolvió la vista al espejo de cuerpo entero y le hizo señas al ayudante para que procediera—. Te lo estás inventando para conmovirme y así me meta en su cama.

Denna le dirigió una mirada burlona.

—Mírate, Calder. No necesitas palabras conmovedoras para meterte en su cama. Te mueres por ella. A un lado las responsabilidades maritales y la amenaza de... —Se moderó delante del anciano—, lo que ya sabes, ¿por qué no te das el gusto? Beth está hechizada contigo. Me recuerda a mí cuando era joven... Y no voy a permitir que la trates de manera inmerecida. Una devoción como esa no debe morir aplastada por el egoísmo.

Calder no estaba escuchando. Se concentraba en su imagen en el espejo. Antaño, le devolvía la mirada un apuesto galán, un hombre que robaba corazones de un vistazo fugaz. Ahora... Era la misma cara, pero no lucía de manera ni remotamente similar. Por lo menos, el día anterior le había

costado suavizar su actitud sombría. Esa mañana, en cambio, sus ojos brillaban ilusionados.

«De alguna forma, yo lo siento mío. Aunque no me quiera, no lo voy a compartir contigo».

Ahogó un suspiro. Su aseveración no distaba mucho de cómo se sentía él respecto a ella. La había mandado a conocer a Carmichael, creyendo que sería lo mejor, pero no soportó que estuvieran tan cerca. Ni que charlaran. Ni que se sonrieran. Quería verla feliz y sabía que con su amigo sería posible, pero... Dios, también la quería para sí. Si se imaginaba a Carmichael haciéndola enfadar como él lo había hecho, lo consumía la rabia. Quería que lo retase y regañara, solo a él. Quería que lo intentara comprender solo a él, que le insistiera a él.

Y si la imaginaba besando a su socio como lo besó la tarde anterior...

—Señor, relaje los dedos o no podré sacárselos por la manga de la camisa —pidió el ayudante. Calder se dio cuenta de que había estado apretando los puños, tanto que las marcas de sus uñas abrían surcos sangrientos en sus palmas.

Tragó saliva.

—Será mejor que te marches, Denna, o acabaremos renovando las sospechas de Beth sobre nuestro supuesto romance. No deberías estar aquí mientras me cambio.

—Y tú no deberías enviar a tu mujer a los brazos de otro.

—Basta —cortó. Envió una mirada severa a la viuda—. No sé en qué momento os habéis creído en el derecho de decirme cómo gestionar mis relaciones, pero me estoy cansando de que se me aleccione continuamente. Nadie va a disuadirme, y menos la mujer que precisamente se negó a yacer con su marido. Se acabó. Fuera.

Denna se puso rígida. La referencia a su vida como esposa había sido un golpe bajo, pero Calder no pensaba disculparse. Cuando alguna de sus amistades diera ejemplo, entonces se tomaría sus consejos en serio. Mientras tanto, seguiría tomando las decisiones que le pareciesen oportunas.

La vio salir sin despedirse. Media hora después, Calder hacía lo mismo. Se le había hecho tarde para desayunar y lo esperaban unas cuantas obligaciones en la destilería. Lamentaba que su orgullo no le permitiera posponerlas, porque aunque Beth era una magnífica distracción frente al dolor, la herida llevaba un buen rato palpitándole. ¿Dónde habría dejado la pipa de opio esa vez? Acostumbraba a llevarla con él. Era un excelente paliativo cuando los pinchazos se volvían demasiado intensos.

Recordó haberla soltado en la biblioteca la noche anterior, cuando fumó para abrir la ventana de sus fantasías sin arrepentimientos. Solo embriagado se dejaba seducir por la idea de acostarse con Beth. Estando sobrio reprimía hasta sus pensamientos libidinosos, pero drogado... Drogado, había lamido, besado y mordido cada rincón de su piel. Varias veces.

Se dirigió hacia la sala en cuestión casi al borde del desvanecimiento. ¿Cómo diablos iba a afrontar sus responsabilidades en ese estado? Era la pregunta más recurrente. Con orgullo y tenacidad. Había alimentado de tal forma su obstinación desde el accidente, que ahora sus convicciones eran puro acero. Nadie podría convencerlo de nada que no quisiera ser convencido.

Frenó a las puertas de la biblioteca para tomar aire. Apoyó la otra mano en la pared y allí inspiró y espiró. Era un maldito anciano. Un hombre joven y desesperado por vivir aventuras, encerrado en el cuerpo de un viejo. Eso era. Así estaba. Encerrado...

—¿Y dice que no cree que pueda recuperarse? —oyó desde el interior. Calder abrió los ojos, como si así pudiera escuchar mejor, y confirmó que la voz de Beth venía de la biblioteca—. Tal vez exista algún tratamiento...

—Lo siento, milady, pero mucho me temo que un tiro en la pierna no se cura ni con la fuerza del amor, ni el valor de la amistad —respondía Andrew Haye, en su tono más irónico—. En su momento se le intervino y ahora no se le puede ofrecer otra cosa que cuidados paliativos.

Calder se acercó a las puertas entornadas con cuidado de no hacer ruido. Estaban hablando de su condición. Beth no se rendía; había ido a buscar a Drew para investigar.

No sabía si eso le hacía rabiar o, por el contrario, lo encontraba turbadoramente halagador. La preocupación de una mujer era la peor de las maldiciones. Un hombre nunca debería beber de la compasión de su esposa. Y sin embargo, una parte de él se había encogido de ilusión.

—¿Cómo puede estar tan seguro? Ha habido mejoras desde que ocurrió el incidente, ¿no es así?

—Afirmativo, milady. Pero la mejoría de un paciente con ese diagnóstico no es infinita. Llega un momento en el que no se puede avanzar más.

—*Usted* no puede avanzar más —corrigió. No abandonaba la cortesía, pero se las arreglaba para sonar acusadora de una forma sutil—. Entiendo que la medicina en la isla no está tan desarrollada como en la capital del reino, por poner un ejemplo, pero... ¿Lo ha visto algún especialista?

—No. Solo yo.

—Y usted no tiene el título de Doctor, si no me equivoco. Conoce la Química y la Anatomía humana, dos materias imprescindibles para comprender la Medicina... pero también escasas para desempeñarlas como debe ser. Creo que ha hecho un gran trabajo, señor Haye. Sin embargo, también me parece insuficiente. Proveer a un hombre de remedios como esos en lugar de buscar la cura...

—No parece haberme entendido, milady. No existe cura. ¿Qué se cree? ¿Que la medicina obra milagros? A los hombres en su situación se les corta la pierna a la altura de la ingle. Muy bien está para lo que debería.

—Por favor, señor Haye, no me malinterprete. No pongo en duda sus conocimientos, ni creo saber más que usted. Solo me gustaría contar con una segunda opinión. Tengo la impresión de que no se le ha prestado la debida atención...

—¿Y usted sí se la presta? —inquirió Drew. Le costó entender lo que decía; había bajado la voz. Calder empujó la puerta para asomarse discretamente—. He oído que aún no ha conseguido meterse en su cama.

Calder observó que Beth torcía la boca. Drew estaba de espaldas a él, y ella lo bastante distanciada para definir su estado de ánimo.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Todo, milady. Mi trabajo es cuidar de la salud de Houston, entre otras cosas, y el suyo es hacerle feliz. Y viene a decirme a mí que estoy fracasando. ¿Por qué no hablamos mejor de lo inútil que es usted, en lugar de mis métodos insuficientes?

—No pretendía ofenderlo, señor Hays. Solo estoy preocupada.

—Creo que le sobran razones para estar preocupada, y todas son bastante lejanas al problema del señor. —Avanzó hacia ella. Calder perdió de vista a Beth: Drew la cubrió con su cuerpo—. Ya que estamos en *petit comité*, y se cree en el derecho de cuestionar mi trabajo, deje que le devuelva la cortesía junto a un consejo. En vista de sus escasos éxitos en el lecho conyugal, cabe presumir que no tiene ni idea de lo que debe hacer. Me ofrezco a enseñarle cómo se complace a un hombre.

—¿Disculpe? —balbuceó, con la voz afónica.

—Es usted un bocadito delicioso, lady Beth. Al señor no le importará que le dé un mordisco antes que él, y la prepare para disfrutar en la cama.

Se le desencajó la mandíbula al oír semejante barbaridad en la boca de uno de sus socios. Sintiéndose traicionado, y furioso por su intención de cernirse sobre Beth, empujó la doble hoja con la mano libre e hizo acto de presencia.

Nada más verlo entrar, Beth retrocedió. Drew no mostró ni el más mínimo atisbo de arrepentimiento al apartarse muy despacio. Parecía casi aburrido. Nada nuevo bajo el sol, teniendo en cuenta que era su *status quo* por diferencia, pero esa vez le molestó tanto que enrojeció de rabia.

No hizo falta que dijera nada. Lanzó una mirada acerada a su socio, que encogió un hombro antes de pasar por su lado con la intención de irse.

Calder lo detuvo cogiéndolo del brazo.

—No te destrozo la cara porque estamos delante de una dama —siseó en voz baja. Drew sonrió sin mirarlo, con la vista clavada al frente.

—Pensaba que querías que otros le hicieran hijos. Solo estaba sirviendo a tu noble propósito. —Se quitó su mano de encima sin ninguna dificultad—. No te pongas así, Houston. Reconozco el sonido de tus pasos y tu bastón incluso a puerta cerrada. Todo lo que debía demostrarse... ha quedado demostrado.

Drew cerró la puerta tras de sí sin emitir una disculpa.

Solo estaba jugando con él, usándola a ella como forma de darle un escarmiento. Quería ponerlo celoso para que actuase... y lo había conseguido.

Calder se dirigió a Beth con el ceño fruncido. Ella estaba conmocionada, como era natural, por la insinuación del desconocido. La muchacha habría acudido a Drew en busca de información y nada más, topándose, en contra de sus deseos, con una petición descocada. Pobre criatura. Pero Calder solo pensaba en que ella no se había apartado enseguida. Solo pensó en que todo el mundo le insistía, le obligaba a hacer algo que deseaba pero que no podía ser; pensó en que se la estaban

jugando incluso sus más cercanos, y que a ese paso iba a ceder, a perderse a sí mismo...

Estaba tan harto de los complots que estalló de la peor manera, y lo pagó con quien tenía cerca.

—Conque ibas a jurarme fidelidad —bramó—. Curiosa forma de demostrarlo.

Beth pestañeó. Su incredulidad quedó manifiesta en una mueca.

—Yo no he sido la que ha hecho proposiciones indecorosas. Debería castigarlo a él con su furia, no a mí.

—No te he visto resistirte cuando la ha hecho.

—Jamás he tenido que vérmelas con algo así. No sabía cómo reaccionar, señor Houston. Al venir aquí solo pretendía charlar con el señor Haye sobre sus...

—¿Te gusta más él? —interrumpió, de mal humor.

Beth se quedó con la boca abierta.

—¿Cómo?

Calder avanzó hacia ella. Estaba junto a la mesa donde descansaba la pipa de opio. Alargó el brazo para agarrarla con firmeza, y la usó para apuntar la puerta por donde había salido Drew.

—Te pregunto si lo prefieres a Carmichael. El señor Haye no es ningún buen partido. No diré que sea peor que yo, pero tampoco es mucho mejor. Puede andar sobre sus dos piernas, y ha amasado una pequeña fortuna. Aun así, no es ni afectuoso, ni educado...

—Pareciera que se describe a sí mismo.

—No me interrumpas cuando estoy hablando.

—Usted lo hace —lo desafió—. ¿Por qué yo no puedo?

Calder apretó los puños. Aún no se explicaba que no fuera delito ser tan hermosa como esa mujer. Incluso replicándole sin vergüenza y llevándole la contraria, algo que personalmente detestaba, quería ponerse de rodillas. Llevaba un sencillo vestido de muselina con pequeñas flores verdes estampadas; una prenda muy decente, y que sin embargo le tentó destrozar.

—Soy el señor del castillo.

—Eres el perro del hortelano —le espetó. Calder se quedó inmóvil—. Ayer querías que tomara a Carmichael y hoy te ofende la idea de que me acerque a Haye. Escúdate en la excusa que más te guste, pero no soy ninguna estúpida. Solo quieres que haga lo que tú me ordenas porque eres demasiado débil para aceptar la libertad de una mujer. Reconócelo. En realidad, te aterran mis deseos.

Calder inhaló bruscamente. Estiró el cuello en un vano intento por quedar por encima de sus palabras.

—¿Qué es lo que se supone que deseas?

—A ti —le soltó. Se acercó a él sin vergüenza, hasta que sus pechos casi se rozaron—. Entiendo que nunca has tenido que afrontar las querencias de tu esposa y no estabas preparado para ellas, pero haz el favor de no usar pretextos que me dejen a mí como la villana, solo porque quieres alejarme.

»A mí no me interesa el señor Haye, ni el señor Carmichael. A mí me interesa mi marido. ¿No



soportas que anhele besarte, tocarte, y sentirte cerca de mí? Bien. No todos los hombres nacen con agallas. Pero no me culpes de tu cobardía abrazándote a mentiras que ni tú te crees, porque...

Calder la interrumpió cogiéndola de repente por las caderas. Su mano libre descendió por la curva de su trasero y se agarró a él, convirtiéndolo en su centro de equilibrio. Aprovechó que entreabría los labios, sorprendida, para besarla con ansia viva.

No se tomó ni la molestia de prepararla para la invasión. Quería que se tragara sus palabras tal y como él las había acogido, con violencia y desprecio hacia su significado. Oh... Iba a descubrir en ese preciso momento lo cobarde que era, y empezaría demostrárselo con un beso tan sucio como el rumbo que tomaban sus pensamientos.

Calder aprovechó el apoyo de la mesa para pegar las caderas y soltar el bastón. La alfombra amortiguó la caída; solo se oyó el frufrú de la falda al girar a Beth de un movimiento mareante, y ponerla de espaldas contra él. El vestido era fino, pero no lo suficiente para que sintiera sus caricias. La aprisionó entre sus brazos desde atrás y tiró hacia abajo del escueto escote hasta que sus pechos quedaron liberados.

La oyó ahogar un grito de sorpresa, que se convirtió en un gemido en cuanto pellizcó sus pezones con los dedos.

Pegó la boca a su oreja.

—¿Me siente lo suficientemente cerca, *señora Houston*? —inquirió, con un tono burlón al que atravesó el deseo impaciente.

La suavidad y respuesta de sus pechos, ahora con la piel de gallina, le hicieron perder la cabeza. Una de sus manos descendió a la cintura, que rodeó con el brazo entero para apretarla de forma agresiva contra él. Sabía que podía ser un trato excesivamente brutal para una mujer de clase, pero no le importó: tiró de la falda desde arriba para levantarla y enrollarla en su cintura, y luego de la enagua. Si no le sacó los pololos y las medias a tirones fue porque ella gimió suficientemente impresionada al notar su erección entre las piernas.

Aunque se moría por examinar de cerca lo que Dios había unido a él, no iba a separarla. Se conformó con palparla, por delante y por detrás, a través del fino algodón de la ropa interior.

—¿Y ahora? —insistió. Lamió el colorado cartílago de su oreja—. ¿Era así de cerca como me quería?

No era suficiente para cobrarse los insultos. ¿Eso era no tener agallas...? La obligó a sujetarse las faldas y coló la mano entre las medias y pololos. Sus dedos tocaron unos rizos suaves, ligeramente humedecidos. Calder gruñó una maldición en gaélico y pegó los labios a su nuca desnuda, a la que dio un mordisco.

Usó el índice y el corazón para separar los suaves pliegues de su entrepierna. Su cerebro sufrió un cortocircuito al primer contacto carnal. No comprendió cómo algo tan lejano a su placer personal, como lo era la masturbación femenina, podía producir semejante efecto en él. Calder hiperventilaba al tocarla íntimamente. Ese cuerpo sano y hermoso, dispuesto, hecho para el placer, le pertenecía. Estaba pletórico y también furioso. No se le ocurría ni un solo motivo por el que

estaría mal penetrarla, o mandarla de vuelta a su habitación temblando por el orgasmo. Se desahogó con ella introduciendo un dedo, y estimulándola mientras con besos húmedos en la nuca, en el cuello, en los hombros que el vestido dejaba a la vista.

Beth no hablaba, pero estaba excitada. Tenía las orejas coloradas y sacudía espasmódicamente las caderas, hacia delante y hacia atrás, como si no decidiera aún dónde las quería. Calder se había propuesto torturarla con sus caricias y pulsó con los dedos el pliegue superior. Hacerla estremecer y casi caer de bruces con el roce directo y criminal entre sus carnes le produjo una ilusión que casi lo impulsó al orgasmo. Disfrutaba de su entrega, de su desapego a la mojigatería, y estaba ansioso por descubrir cómo se desenvolvería en su cama.

—¿Y yo soy al que le faltan agallas? —siseó, deslizando la lengua por su mandíbula. Beth echó la cabeza hacia atrás—. ¿Dónde está tu supuesta valentía? ¿Dónde están tus gemidos y tus suspiros?

Beth gimió en voz alta, atravesada por el placer de la intromisión. Calder la imitó al sentir cómo sus paredes lo comprimían y descomprimían. Su textura interna, ardiente y húmeda, hizo que se preguntara a qué sabría. Ese calor que se fraguaba entre besos robados y lamidas atrevidas, voló hasta instalarse entre las sienes de Calder, que empezaba a sudar. Y ella también. Cada vez le costaba más mantenerla recta. Iba perdiendo fuerzas y se impulsaba hacia delante, y aunque la tentó ponerla sobre sus rodillas, la pegó más a su pecho para que se apoyara en él.

—Parece que alguien se va a desmayar —susurró, con una sonrisa canalla—. ¿No serás tú al final quien no está preparada para las querencias del otro?

Beth ladeó la cabeza hacia él, con las pestañas húmedas y la frente perlada por el sudor. No puso resistirse a la fragilidad que transmitía y lamió su labio inferior antes de morderlo y succionarlo. Ella soltó quejido lloroso. Golpeó las caderas contra las suyas, intentando huir de un orgasmo que estaba a punto de derribarla. Lo vio en sus ojos oscurecidos al dirigirse a él.

—¿Esto es lo que quieres de mí? —jadeó, sin voz—. ¿Levantarme la falda en la biblioteca?

Arrebatado por un impulso sincero, soltó:

—Quiero levantarte la falda en cada rincón de este castillo, y hacerte maldades de las que ni siquiera habrás oído hablar. Tú y yo no haríamos el amor. Si te pusiera la mano encima... nos haría ir al Infierno.

Beth descolgó la cabeza hacia atrás. Toda ella se tensó durante unos largos segundos, en los que boqueó con los ojos cerrados y una expresión de placer celestial que compensó todos los insultos. Calder la sostuvo por la cintura mientras hacía su viaje y regresaba, estremeciéndose un segundo antes de quedar laxa entre sus brazos.

Él sacó los dedos de su tierno hogar temporal. Sonrió sin poder evitarlo al sentir que ella juntaba las piernas, como si así pudiera evitar que la abandonara. Lo hizo de todos modos, y volvió a ponerle bien la enagua y la falda, tanto por delante como por detrás. Le subió el escote sin poder reprimir un suspiro nostálgico. Encerraba unos pechos que no había disfrutado

suficiente.

Beth tropezó al separarse, pero se recompuso. Estaba colorada, muy despeinada, y sus ojos azules lanzaban chispas; las mismas que cuando se enfadaba, solo que más intensas, capaces de hacer arder no solo a un hombre, sino todo un castillo.

La cogió de la mano para captar su atención. La retenía con firmeza cuando dijo:

—Mira cuánto me asusta tu deseo, *beathadh*.

Bajo su enardecida mirada, se metió los dedos húmedos en la boca y los succionó. En cuanto su sabor lo inundó, le flaquearon las piernas. Tuvo que resistir la tentación de saborearla a conciencia con los ojos cerrados, solo por no perderse cómo sus mejillas se iban tiñendo de un rojo encantador.

Calder se pasó la lengua por los labios mientras esperaba una respuesta que, por supuesto, no llegaría. Estaba conmocionada, excitada, quizás mareada. Era un milagro que se tuviera en pie tras el interludio sexual, y no era ni siquiera una mínima parte de lo que le gustaría hacer con su menudo y proporcionado cuerpecito.

En lugar de agarrarla de nuevo, se aferró a la pipa de opio y le señaló la puerta.

—La próxima vez piénsate mejor en qué términos te refieres a tu marido.

Beth se mordió el labio inferior para contener una sonrisa que, sin embargo, la acabó desbordando. Le dio un aire de diablesa que aún no había tenido el gusto de conocer, y que despertó un nuevo y creciente anhelo.

—Oh, desde luego, ya sé exactamente cómo me tengo que referir a mi marido.

Le lanzó una mirada muy significativa, que él sostuvo con la misma pasión imposible de sofocar. Si no alargó el brazo para pegarla de nuevo a su cuerpo y devorarla entera, fue porque antes recobró el juicio.

—Lárgate, descocada.

Ella obedeció. Hizo una reverencia que pareció irónica, y salió con las faldas agarradas, diseñando una caminata en forma de zigzag que le robó una sonrisa estúpida. Los vestigios de su delicioso perfume flotaron en el aire; él los rescató inhalando como un adicto.

No pudo ocultar la sonrisa de bendito.

«A mí me interesa mi marido», había dicho. Su propiedad al hablar le recordó la afirmación de Denna. «De alguna forma, lo siento mío», y se dio cuenta de que más que gustarle la fiereza con la que reivindicaba su importancia, estaba absurdamente cautivado. Se había metido entre las cejas seducirlo, conquistarlo, y lo estaba consiguiendo. Maldita fuera... Le faltaba poco para cruzar la meta.

Cerró los ojos y negó con la cabeza. Le parecía un sacrilegio llenarse la boca del sabor picante del opio, cuando quería paladear la esencia de su mujer... Pero el dolor no tardaría en acechar. Encendió la pipa y dio una honda calada, esperando que lo distrajera de sus pesares.

Porque le sobran. De pesares en concreto no andaba corto. Pero si ella quería hacerlo suyo... Tendría que rogar al cielo para decidiera apiadarse de él, porque por Dios que no existiría fuerza

terrenal o divina que lo impidiese.

Habían pasado horas desde que se cruzó con Calder en la biblioteca, y no conseguía tranquilizarse.

Estaba hablando con Denna sobre cualquier banalidad y, en cuanto se distraía, su mente volaba a la mirada lujuriosa de su marido. Lo tenía grabado en el pensamiento. Y no dudaba que recurriría a él en sus horas más duras.

No esperaba provocar ese estallido en él al desahogarse sobre su falta de iniciativa, pero no se arrepentía. En sus brazos había vivido un placer indescriptible, que no se parecía a ninguno otro. Le gustaría pensar que aquello era lo normal, y que tarde o temprano se le acabaría pasando, pero sus ansias por verlo de nuevo y que la besara no iban más que en aumento. La había enloquecido y ya no había vuelta atrás.

Aunque no solo pensaba en sus labios. También le preocupaba la misteriosa herida. Cuando se reunió con Drew en la biblioteca, no guardaba ninguna esperanza de hallar una cura, pero después de que este admitiera ser el único ocupado de su salud, a Beth se le ocurrieron varias ideas. Lo que no sabía era cómo desarrollarlas sin ofender al químico o a Calder, que tantas veces clarificó que no quería que se inmiscuyera en sus asuntos.

—Suéltalo ya —dijo Denna de repente.

Estaban sentadas en el salón principal, donde se celebró la boda hacía ya una semana. Denna tejía junto al fuego, en un sillón orejero con unos cuantos desperfectos, y ella pasaba las páginas de un libro mientras conspiraba en secreto.

—¿Has dicho algo?

—Sí. Que lo sueltes. Sé que algo ronda tu cabecita. Eres buena protegiendo tus expresiones, pero todos parecemos en otro mundo cuando un pensamiento nos perturba. ¿De qué se trata?

Beth se mordió el labio, indecisa. Cerró el manual que había estado ojeando en busca de una solución particular; se trataba de un recopilatorio de técnicas médicas de los últimos tiempos. Por lo que le habían explicado, un socio fuera de la isla se lo regaló al padre del señor Houston. Este ni se tomó la molestia de pasar la primera página, a juzgar por el perfecto estado de la cubierta.

—Quiero hacer algo por Calder. Por su herida. He estado hablando con Haye... Y he descubierto, por cierto, que es tan desagradable como decías —apostilló, lanzándole una mirada ofendida. Denna se rio.

—Te lo avisé. Le encanta molestar a los demás. Pero esto no va de Drew; cuéntame. ¿Te ha dicho algo interesante?

—Me ha dicho que solo él ha revisado a Calder, y creo que sería inteligente buscar una segunda opinión. A fin de cuentas, el señor Haye solo posee conocimientos químicos. Y me da la sensación de que sabe más de placebos que de verdaderos remedios.

—Tu pregunta es... —la espoleó Denna, con un gesto de mano.

—¿Hay algún doctor en la zona? —inquirió—. Aunque sea un pueblo pequeño, debe haber un especialista. Alguien que ostente el oficio con toda potestad.

Denna arrugó la frente en señal de disculpa. Abrió la boca, seguramente para responder lo que Beth se temía, pero fue otra voz la que resolvió sus dudas.

—En Lochranza, no. Aquí, de suministrar medicinas a los enfermos, se encarga Haye... y solo a cambio de una buena suma de dinero. Son buenos remedios, pero es verdad que los ofrece sin hacer un reconocimiento previo a la persona en cuestión, lo que algunas veces suele dar problemas... Eso sí; nadie lo ha criticado nunca porque suele tener éxito. Salvo usted.

Lachlan se presentó en el salón con una manzana en la mano y el cabello bien recogido. Acostumbraba a llevarlo medio suelto sobre los hombros, pero ahora no más de dos mechones entorpecían la visión de su fisonomía perfecta. Tenía un rostro tocado por lo divino... y una seguridad en sí mismo que hacía imposible ofenderse por sus modales directos. Resultaba encantador a todas luces.

Se dejó caer sobre uno de los sillones con toda naturalidad.

—Aparte, se conocen jóvenes sanadoras que hacen más o menos la función de enfermera en los pueblos de alrededor —continuó—; Catacol, Corrie, Pirnmill... Pero no tienen mucho más conocimiento que Drew, me temo. En mi opinión, hacerlas venir sería una pérdida de tiempo.

»Si lo que busca es un médico como Dios manda, de los que visitan las casas en Londres con maletín y ayudante, tendría que viajar a Escocia. Lo más parecido que encontrará a eso, y dista mucho de ser lo que quiere, es una especie de chamán. En Brodick, la ciudad más poblada. Se encuentra a unas cuatro o cinco horas caminando; tres en carruaje. Podría escoltarla si tanto interés tiene, pero debería esperar unas semanas a que regrese de viaje. En unos días me marcho a Escocia a hacer mi labor comercial.

—¿No podría conseguir un médico allí? —preguntó Beth, interesada—. Si necesita dinero para traerlo hasta Lochranza, puedo entregarle parte de mi dote. No creo que a Calder le importe.

Los ojos castaños de Lachlan emitieron un destello. Se incorporó de su postura despatarrada, y apoyó los codos en los muslos. La miraba fijamente, con una sonrisa entre incrédula y conmovida, al decir:

—Es usted un auténtico encanto, milady. Claro que podría traer un médico, pero no se preocupe, correrá de nuestro bolsillo. Eso sí... Le repito que tardaría un tiempo.

»Aunque si tiene prisa y de lo que duda es de las técnicas científicas... —Sonrió de lado, como si acabara de recordar un chiste privado—. Mejor olvidémoslo. Lo que estaba a punto de decir

podría considerarse un insulto.

—¿Por qué? —quiso saber Denna. Dejó de tejer y se giró hacia Lachlan con curiosidad—. ¿Qué ibas a decir?

Lachlan levantó las cejas hacia Beth. Esta le hizo un gesto con la mano para que procediera, muerta de curiosidad.

—Partiendo de que Drew es la definición del método científico a la hora de ejercer como doctor, o como quiera llamarlo, se me ocurre que, si no está satisfecha con él... podrían interesarle otra clase de alternativas. Algunas más *naturales*, por así decirlo.

—¿A qué se refiere exactamente?

Lachlan se rascó la barbilla.

—Bueno... Resulta que conozco a una muchacha que lleva toda la vida dedicándose a sanar. Todo lo que sabe lo aprendió de su madre, una eminencia no ya en Lochranza, sino en la isla. Venían desde Kingscross y Kildonan para conocerla y pedir alguno de sus remedios, y si ya las artes de la buena mujer parecían insuperables, su hija se ha convertido en una leyenda. Dicen que con nueve años curó a un ciego, con doce ayudó a traer al mundo a tres criaturas sin que la madre muriese en el parto, y con diecisiete devolvió a un niño a la vida.

—Pamplinas —bufó Denna—. ¿Cómo va a ser eso posible? Te crees todo lo que oyes, Lachlan.

El tono duro y receloso de la viuda no consiguió disuadir a Lachlan, que siguió hablando con toda seguridad. Incluso parecía emocionado.

—Es posible que la mayoría de lo que se dice sea un mito, pero todo el mundo aquí la alaba como si fuera una deidad, porque es capaz de curarlo todo. Incluso el mal de amores y el dolor de la pérdida. Además de remedios para padecimientos puntuales, sabe elaborar venenos, pócimas de amor y drogas más adictivas y peligrosas que el opio. Incluso hay quien la llama... —Sonrió, ladino. Se dirigió solo a Beth al continuar, en voz baja—: La partera de los trillizos aseguró que había visto en ella a la Diosa Pagana y Reina de las Hadas: Elphame.

—Elphame —repitió Beth—. He oído hablar de ella. Es una criatura mítica del folclore escocés. ¿No se la menciona en juicios por brujería?

Lachlan se encogió de hombros y le dio un bocado a la manzana.

—Los hombres tienden a llamar brujas a las mujeres que no pueden comprender, o que son demasiado inteligentes para ellos —dijo, después de tragar. Examinó el agujero del mordisco con los ojos entornados—. Es innegable que Bonnibelle posee un don. Si quisieras ir a verla, puedes encontrar su casa subiendo por el pueblo, como para llegar a las montañas. Vive en una pequeña choza al final del camino.

—No digas tonterías. Claro que no vamos a ir a ver a una hechicera de pacotilla —se quejó Denna—. Y menos cuando vas a traer al médico de Escocia. Deberías dejar de leer cuentos infantiles, Hawke. Hablas como un crío.

Lachlan le dirigió una mirada brillante. Se puso en pie, aparentemente satisfecho por el consejo dado.

—No se me ocurriría soltarle la mano al niño que llevo dentro. Vivir sin inocencia e ilusión es vivir sin luz. O lo que es lo mismo... No vivir en absoluto. —Viró sobre los talones para hacer una genuflexión hacia Beth—. Si me disculpa, milady, voy a retirarme.

—Por supuesto. Gracias por la información, señor Hawke.

—Es un placer servirla.

En lugar de darse la vuelta, hizo el recorrido más largo rodeando la butaca en la que Denna estaba sentada. Tomó la mano que descansaba en el mullido reposabrazos y la acarició con los dedos de forma totalmente disimulada. Beth no se habría percatado si no hubiese estado esperando un gesto parecido. Lachlan nunca abandonaba la habitación sin ponerle la mano encima de alguna forma.

Ninguna de las dos dijo nada hasta que el eco de sus pasos seguros se extinguió en el pasillo. Beth pretendía retomar la lectura, sin hacer mucho caso a la historia de Bonnibelle, los trillizos y la Reina de las Hadas, pero Denna se puso de pie de un salto y fue corriendo hasta la mesa.

La miró con todo convencimiento antes de sentarse.

—Tenemos que ir a ver a esa sanadora —declaró—. He oído hablar de ella, dentro y fuera del castillo... Y no sé si sabrá suficiente para curar la pierna de Calder, pero desde luego sabe cómo salvar a un hombre de la inapetencia.

—¿No acabas de decir que...?

—No iba a decir delante de Lachlan que iremos para conseguir una pócima; podría comentárselo a Calder y estaríamos perdidas. Nadie puede saber que vamos a verla, pero debemos hacerlo. No hace mucho tiempo oí que no solo corrigió la impotencia del marido de una de las doncellas, sino que desde entonces es todo un semental.

—No entiendo... ¿Sucede algún problema de ese tipo con el señor Hawke? ¿Quieres esa pócima para él?

—¡Claro que no! Nuestra relación se mantiene en lo platónico. Me refiero a Calder —explicó, en voz baja—. En vista de que no piensa tocarte, habrá que incentivarlo de alguna forma. Las pócimas de Bonnibelle son afrodisíacas, por lo que he oído. Lo único que hacen en la persona que las toma es excitarla. No pierde el dominio de sí mismo ni nada parecido, solo muestra algo más de entusiasmo por... ya sabes.

Beth pestañeó sin comprender.

—Denna, el problema de Calder no tiene nada que ver con... la excitación. Está en su cabeza. Necesitaríamos una pócima que le convenciese de que lo acepto tal cual es, no un afrodisíaco.

—Eso por supuesto, pero no creo que la Reina de las Hadas tenga un remedio tan específico. No me mires así, la llaman de ese modo. El nombre no se lo he puesto yo —se quejó. Al ver que no conseguía convencerla, la tomó de las manos—. Beth, yo sé que él te desea suficiente para estar contigo. Pero sabe controlarse. Una pizca de algún mejunje delicioso haría saltar por los aires sus reticencias.

Frunció el ceño.



—No entiendo, Denna —admitió—. Supongo que lo dices porque hemos de consumir el matrimonio para que me quede embarazada, y así pronto haya un heredero, pero... Siento que es algo que va más allá. ¿Por qué tanto interés por parte de todos en que duerma con Calder? ¿Se me escapa algún fragmento de información?

Denna retiró las manos muy lentamente y las dejó sobre el regazo. Su entusiasmo se desvaneció junto con la sonrisa que había lucido en los labios. Beth percibió su vacilación y quiso instarla a desembuchar, pero tenía la sospecha de que era un asunto delicado y necesitaba un momento.

—Supongo que es una historia que todos te debemos, ahora que eres una pieza esencial —suspiró—. Verás, Beth... Te mentí cuando dije que no podía tener hijos. Lo cierto es que no lo sé, pues aún soy doncella. No yací con mi marido porque nos odiábamos a muerte.

Beth abrió la boca. Denna la detuvo alzando una mano.

—Ya sabes que nuestra relación era... turbulenta. No quiero entrar en detalles, pero él no me trataba bien. Yo a él tampoco, por supuesto. Los dos nos hicimos mucho daño. Solo que yo... le di el golpe de gracia —musitó. Le dedicó una mirada oscurecida por la escasa lumbre. El fuego crepitaba a su espalda. Su rostro quedaba en la penumbra salvo por un lado que las llamas alcanzaban a iluminar—. Yo ya me veía con el señor Hawke cuando mi marido estaba vivo.

Beth tragó saliva.

—Discutisteis sobre eso cuando se cayó del caballo —dedujo.

—No exactamente. Sí que descubrió nuestro romance. Nos vio besándonos y... perdió la cabeza. No te imaginarías de qué forma —murmuró en tono lúgubre—. Después de cazarme, su objetivo no era subirse a su semental y cabalgar lejos. Fue en busca de una pistola.

Beth abrió los ojos como platos.

—¿Quería matarte?

—No. A mí no. No habría sido capaz... Me odiaba tanto que, si por casualidad me perdía, se mataría para estar conmigo en el infierno. —Beth se estremeció sin saber por qué—. Ni tampoco quería matar al señor Hawke. Quería...

—Dios santo.

Denna asintió en silencio.

—Calder intervino justo a tiempo —prosiguió, afónica—. Me acuerdo como si hubiera sucedido ayer. Él se había vuelto loco. Amenazaba con volarse la cabeza... Nadie entendía por qué. Solo yo. Pero Calder no iba a permitirlo y lo agarró de la mano para evitarlo. Estuvieron forcejeando un buen rato, hasta que Blake disparó la pistola. Disparó adrede a la pierna de Calder. Vi cómo la bala lo atravesaba.

Beth cerró los ojos, impresionada por la dolorosa imagen mental.

—No iba a quedarse ahí. No sé en qué demonios estaba pensando Blake. Podía ser un hombre despreciable, pero no un asesino, y todos vimos cómo se dirigía a Calder con el brazo en alto. La única forma que tuvo de defenderse fue golpeándolo en el estómago y mandándolo hacia atrás. No me acuerdo muy bien de qué pasó después... —Se frotó las sienes con las yemas de los dedos—.

Forcejeos, gritos. Yo estaba mareada. Me desvanecí cuando oí el segundo disparo y vi que Blake se derrumbaba. No sé si la pistola se disparó o Calder lo hizo para defenderse, pero todos vimos cómo perdía el conocimiento, y su pecho...

Denna parpadeó rápido para contener las lágrimas.

—Nuestra prioridad fue Calder. Entre todos, lo cogieron en volandas para llevarlo rápido a Cranston Castle y atenderlo lo más rápido posible. No estuvimos más de un par de horas allí, pero Blake había sido herido en una zona delicada y contaban con que al ir a buscarlo... estaría muerto. A nadie le importaba. Era un miserable egoísta, era perverso, déspota, cruel, y acababa de demostrar que también podía matar si se le presentaba la oportunidad. Pero cuando llegaron a la zona en cuestión, no había nadie. Nadie. Y en los establos faltaba un caballo. Mi yegua.

Beth tardó en asimilar lo que estaba insinuando.

—¿Blake Houston está vivo?

—No lo sé. Intentaron seguirle la pista, pero se perdió rápido. Si ha muerto, no lo ha hecho en la isla, o ahora lo sabríamos. Calder cree que tomó un barco a Escocia, pero que no llegó muy lejos. Yo tengo el presentimiento de que sigue vivo.

—¿Por qué?

Los ojos de Denna se cubrieron una melancolía dolorosa. La miró con tristeza y resignación, como si supiera de antemano que no iba a entenderla.

—Yo... Simplemente lo sé. Siempre he tenido la extraña certeza de que él y yo moriríamos juntos. Y de que si él lo hacía antes, me daría cuenta. Incluso estando en la punta opuesta del mundo. Lo sentiría porque una parte de mi alma me abandonaría.

Aun en shock, Beth logró recordar el protocolo para esos casos. Colocó una mano sobre la suya, en el regazo.

—Lo siento. Pensaba que lo odiabas.

—Y lo hago. Lo odio. Llegué a pensar en matarlo... —confesó, avergonzada—. Qué importa. Te estaba contando todo esto para que entiendas por qué no solo Calder necesita al bebé, sino también yo. Si Blake siguiera vivo y regresara, podría reclamar Gillander's Whisky y hacernos la vida imposible. A mí podría hacerme miserable de nuevo, y de Calder se vengaría sin pensarlo dos veces. Por no mencionar que arruinaría a Carmichael, Lachlan y Haye. Blake nunca ha tenido ni idea de números. El negocio habría ido a la quiebra si Calder no se hubiera encargado, y con ello el resto de los trabajadores.

»Si te quedas embarazada, no podrá exigir nada. Ni un solo penique. El testamento lo especifica claramente. La empresa pertenecerá al Houston que antes asegure la tercera generación de herederos.

Beth le sostuvo la mirada con el corazón encogido.

—¿Me estás diciendo que, si Blake vuelve, vuestra vida corre peligro?

—Ya disparó una vez a su hermano —acotó, tensa—. ¿De qué no sería capaz?

—Si esto lo sabe Calder, ¿por qué no me aceptó desde el primer momento? La situación bien

vale un sacrificio, por su parte y por la mía.

«Aunque nunca sería un sacrificio para ninguno de los dos».

—Porque no siente ningún aprecio por su vida. La culpabilidad y la incertidumbre se lo han quitado todo. Aceptó casarse por nosotros, porque teme por nuestro bienestar, pero siento que, si de él dependiera... Lo recibiría con los brazos abiertos incluso si regresara armado.

Beth no había caído en eso. No tenía hermanos, pero sí cosechó un par de amistades en la escuela, y podía imaginar lo terrible de verse en una situación como la que acababa de describir. Disparar a su propia sangre debía haberle causado una grave impresión. Y si ya era duro vivir con una dolencia crónica que le impedía desarrollar su día a día como solía, no quería ni imaginar cómo sería cargar con el peso de la culpa también.

—Lo entiendo —dijo Beth—. Pero no creo que un afrodisíaco sea la solución. Antes de eso podría probar de otras formas. Esta tarde... Y ayer... Él y yo ya hemos compartido cierta intimidad. Estoy segura de que con un vestido bonito y un comportamiento algo más provocador, conseguiré que dé su brazo a torcer. Pero podemos ir a ver a Bonnibelle de todas formas, y guardar su... pócima del amor, por si no surtieran efecto las otras posibilidades.

Denna asintió frenéticamente.

—Sobre eso que has dicho sobre un vestido bonito, aún conservo una pieza de lencería maravillosa. Nunca llegué a estrenarla; te la regalo. Debemos tener más o menos la misma talla, si acaso a ti te estará algo más larga y ajustada, pero el efecto será igualmente rompedor. Estoy segura.

»Siento no poder darte consejos de seducción. Mi experiencia es muy limitada. Pero hay unas cuantas doncellas con las que podrías hablar. Una está casada con este semental del que te he hablado, y la otra fue prostituta en el puerto de Androssan. Ambas son muy discretas, así que no te preocupes porque tus secretos salgan a la luz.

Beth asintió distraídamente. Después de asistir a semejante confesión, no podía pensar en nada que no fuesen dos hermanos disparándose a quemarropa. La mataban las dudas: ¿Calder quería a Blake? ¿Era Blake tan detestable, o la pistola se disparó en un momento de enajenación mental? No sabía qué pensar. Denna aseguraba que lo odiaba con todo su corazón, pero percibía una extraña vulnerabilidad en su tono y su postura al decir su nombre que lo desmentía y, de alguna manera... también lo reivindicaba. Tal vez Blake fuera perverso, mas no lo suficiente para que sus allegados no sufrieran con lo ocurrido. No lo suficiente para que lo odieran más de lo que lo querían.

En lugar de preguntar directamente por los nombres de las doncellas, Beth se excusó para retirarse. Tenía mucho en lo que pensar y muy poco tiempo antes del amanecer. Cuadró con Denna una salida al pueblo de Lochranza para el día siguiente, y le dio las buenas noches incapaz de sonreír. La viuda —si es que podía seguir refiriéndose a ella de esa forma— se quedó sentada en la mesa del salón con la mirada perdida, también muy afectada por las verdades reveladas. Antes de desaparecer por el pasillo, Beth le lanzó una mirada discreta de la que ella no se percató. Se

preguntó, verdaderamente intrigada, qué pasaría por su cabeza con exactitud cuando oía el nombre de Blake Houston.

Decidió que no era de su incumbencia y subió las escaleras, directa a su habitación. Ahora veía el lamentable estado del castillo con otros ojos. ¿Y si no se molestaban en restaurarlo o redecorarlo porque sería una pérdida de tiempo, en el caso de que Blake volviera? Todos allí debían vivir con un miedo paralizante, lo que hacía que Beth dudara del verdadero motivo por el que Calder la rechazó. Todo dependía de ella. ¿Acaso valía más su orgullo masculino que el bienestar de los que allí vivían? ¿O estaba de veras seguro de que Blake había muerto?

Beth se detuvo justo delante de la puerta que daba al dormitorio de Calder. Inspiró hondo y dirigió una mirada dudosa al interior. Su corazón se aceleró.

¿La había rechazado porque consideraba su bienestar más importante que el de todos los que vivían en Cranston Castle?

En un impulso, Beth se internó en la habitación sin tocar antes. Se preparó para que Calder la riñera por invadir su intimidad, pero eso habría sido imposible. Estaba dormido en el centro de la impresionante cama de matrimonio de cuatro postes. No se había tapado. Hacía un frío terrible, incluso a pesar de estar la chimenea encendida, y aun así, él no llevaba camisa.

Beth se acercó a la cama con el corazón en un puño. No comprendía sus sentimientos. Suponía que, como Calder era la primera persona en el mundo que intentaba —de la manera equivocada— protegerla, sentía que debía devolvérselo. Pero nada más lejos de la realidad. Beth se preocupaba por él de manera genuina. No había más razón que Calder en sí mismo. El simple hecho de conocer sus limitaciones, despertó en ella un instinto de protección que crecía con el paso de los días. Esos prontos autoritarios y arrogantes que a veces le daban, la tenían totalmente seducida. Y no le avergonzaba admitir que repetía para sus adentros cada una de sus hermosas palabras. Era tosco, pero también tierno y entregado. Era preocupado y salvaje. Ingobernable, como dijo Denna, pero a su debido tiempo, uno se ganaba su confianza.

Ella quería su confianza.

Se sentó al lado de la cama y lo observó. No era justo aprovechar su inconsciencia para examinarlo de esa forma tan perversa, cuando se encontraba en paños menores, pero no dejaba de ser su marido. Aquel pecho que parecía de bronce, salpicado por una mata de vello cobrizo, suplicaba una caricia suave. La sombreada mandíbula cuadrada rogaba que la besaran, tanto como el enhiesto cuello y los labios entreabiertos. ¿Qué era lo peor que podía pasar si rozaba su boca? Soñó con despertarlo sentándose sobre su regazo; soñó con que él sonriera al verla allí, y no se le ocurriese apartarla.

Beth había conocido en Londres auténticos príncipes. Todos bien vestidos e incluso perfumados, peinados mejor que las damas, y sin embargo, se quedaba con la visión de su marido dormido. Su cabello desordenado era del color de la línea del horizonte durante un atardecer. Y, ahora que se fijaba, tenía una serie de pecas repartidas por la nariz. Aquel detalle le arrancó una sonrisa de ternura.

Estiró los dedos con el objetivo de seguir la línea que el vello trazaba desde su esternón hasta el ombligo. Lo hizo sin tocar su piel: cuidando la respiración de Calder para no rozarlo siquiera. Se le aceleró el corazón al llegar a su bajo vientre.

Sus ojos se detuvieron en el bulto del pantalón medio desabrochado.

Una idea cruzó su pensamiento. *¿Y si...?* Ya sabía cuál era la pierna enferma. Tal vez pudiera aprovechar que estaba dormido para revisar la herida, y averiguar de una vez si era tan desagradable. Pensó, con preocupación, que debía serlo. La hermosa piel aceitunada de Calder estaba perlada de sudor, y él se revolvía en sueños. El dolor ni siquiera le dejaba dormir.

Entonces se dio cuenta de por qué estaba desvestido. Para asegurarse, colocó el dorso de la mano contra su frente. Estaba ardiendo. Asustada, la guió a la pierna derecha, y comprobó que esta estaba aún más caliente. Sabía, gracias a una caída que tuvo una compañera de la escuela, que cuando una herida no estaba bien curada o se había infectado, el cuerpo reaccionaba aumentando la temperatura.

Calder emitió un gruñido con la garganta.

—*Sh...* Tranquilo —musitó, sin apenas usar la voz—. Voy a buscar un paño y agua fría.

Se incorporó deprisa y escudriñó la habitación en busca de alguna jarra. Debía haber alguna...

Ni bien había ubicado una palangana bajo el alféizar de la ventana, Calder cambió de postura con un movimiento violento.

—Yo no lo sabía —balbuceó en sueños. Beth frenó de golpe y miró por encima del hombro. El gesto de Calder estaba contraído en una mueca de sufrimiento—. Tienes que creerme, Blake. Por favor. Nunca te haría eso.

Beth corrió hasta la ventana para tomar la palangana. Volvió a arrodillarse en el extremo de la cama. Usó un pañuelo que guardaba para empaparlo y colocarlo sobre su frente. Esperó, aguantando la respiración, a que volviera a hablar.

—Tú nunca harías eso. Suéltala. No estás pensando... —Su ceño dolido se acentuó—. Blake, te lo ruego. Baja el arma.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. No sabía qué hacer. *¿Y si lo despertaba?* Dios sabía cuánto le habría costado conciliar el sueño, pero no soportaba la idea de verlo sufrir de esa manera. No paraba de moverse, como si tuviera a alguien encima inmovilizándolo.

Beth volvió a mojar el pañuelo. Se lo pasó por las mejillas, las sienes, el cuello... El pecho. Le oyó suspirar de alivio y se animó a volver a hacerlo. *¿Sufría así todas las noches?*

—Blake... No seas como él. Eres mucho mejor. Te quiero, hermano, te...

Se estremeció brutalmente, como si el demonio lo hubiera poseído, y lanzó un alarido. Se llevó las manos a la pierna enferma y la agarró con tanta fuerza que Beth se asustó. Estaba clavándose las uñas cuando decidió intervenir, tirándole de las muñecas para que la apartara.

No lo consiguió. Él era más fuerte.

Desesperada, Beth se encaramó a la cama y se sentó sobre su regazo a horcajadas. Plantó un beso en sus labios entreabiertos, que supo a sudor, a lágrimas que había derramado

inconscientemente, y a Calder. Con ayuda del beso y unas caricias tranquilizadoras en el torso, consiguió que aflojara y se soltase la pierna. Así, Beth pudo retirar las manos y colocarlas donde pudiera verlas, a cada lado de su cabeza.

Se quedó un segundo de más pegada a su boca. No podía evitarlo; era superior a sus fuerzas. Tocarle, estar junto a Calder, aplacaba unas turbulencias en su corazón que no sabía que sufriera. No pensaba en nada más que en él. Pero tuvo que poner distancia, y nada más separarse, observó que estaba despierto.

Su corazón se saltó un latido al ser objeto de una intensa y oscura mirada grisácea. Era tan transparente que presintió que, si se quedaba el tiempo suficiente observándolo, accedería a la dimensión en la que refugiaba su alma.

—Estabas teniendo una pesadilla —explicó, en voz baja—. No podía dejarte a...

Calder cubrió sus labios con dos dedos, obligándola a callar. Tenía los ojos cuajados, velados aún por el desagradable sueño, pero no tardaron en adquirir un nuevo matiz. Aquello no era la lujuria obscena que aquejaba a los hombres corrientes, sino un erotismo de locura divina, la que llevaba a los héroes al error fatal de sus tragedias; uno que, poco a poco, fue calando entre los dos. En el silencio, la mirada de Calder resbaló por el escote de su vestido de tarde, de seda azul marino. Se concentraron en el ribete que lo mantenía en su sitio y allí dirigió sus manos.

Tiró del lazo que coronaba el escote y la trajo hacia sí. Beth tuvo que apoyar el peso sobre las manos, a cada lado de sus hombros; así volvió a tener la vista las adorables pecas sobre su nariz, que deseó ponerse a contar en voz alta. Nada más había adorable allí. Sus dedos diestros la libraron de la sujeción del corsé, y pronto, sus pechos estuvieron desnudos y a la vista de un hombre excitado.

Beth jadeó al primer lametazo. De sus labios finos, vio emerger una lengua convencida, que se enroscó en torno al pezón hasta endurecerlo. Beth se agarró a las sábanas arrugadas para contener una deliciosa tensión muscular. Él no permitió que ese fuera su punto de equilibrio, y la cogió de las muñecas para colgarla del cabecero de la cama. Así ofreció sus pechos de una forma totalmente atrevida, pero no sintió que nada estuviera mal cuando una leve sonrisa de diablo asomó a su boca hambrienta.

Calder cerró los dientes en torno a la areola. Envío un espasmo de excitación al centro de su cuerpo, que incluso bajo capas de ropa se moría por participar. Pronto notó las enormes manos masculinas sobre su trasero. Con ese vestido no podía ponerse más de una sencilla enagua o se vería demasiado pomposo para no salir de casa; sintió sus dedos casi sobre la piel. Y eso, unido a la ansiosa succión que dio a su pecho y a la mirada teñida de deseo que le dirigía, desató en ella el profano deseo de tocarlo también a su gusto.

—¿Esto también es porque te llamé cobarde? —jadeó.

Calder empujó sus caderas hacia abajo. Soltó su pezón y le dio un lametón con la punta de la lengua antes de decir, con voz gutural:

—Esto es porque me estoy muriendo por ti, *mo beathadh*.<sup>[1]</sup>

Beth se derritió en sus manos. Cerró los ojos cuando volvió a tomar sus pechos, esta vez con una serie de pequeños mordiscos en torno a los duros guijarros. Ella retorció las caderas sobre su regazo con impaciencia.

Impaciencia, ¿por qué? ¿Qué le esperaba después?

—Adoro cuando me dices esas cosas —jadeó—. ¿Las piensas de verdad? ¿En serio piensas que soy hermosa...? ¿Tanto me deseas?

Calder agarró sus muñecas para apartarla del cabezal, y se incorporó de golpe. Entonces estuvieron a la misma altura. Ella con las rodillas clavadas a cada lado de sus muslos, con cuidado de no aplastarle la herida, y él... Pegado a su nariz, recorriendo su rostro con necesidad.

—Si creo que eres hermosa... Creo que sigo viviendo porque solo tu cuerpo y tu cara podrían ser mi verdugo. Solo ellos habrían de matarme. No tengo palabras para ti —confesó, mirándola intensamente—. Ni siquiera el hombre que solía ser está a tu altura.

—¿Y qué hombre solías ser? —balbuceó, con la garganta atascada.

—Uno capaz de hacerte llorar de placer —ronroneó en voz baja—. No te imaginas la cantidad de virguerías que estaría haciendo ahora contigo. Habría empezado en la noche de bodas... y hoy me estarías odiando. Te dolería hasta el aliento. Y yo disfrutaría tanto con tu dolor que me llamarías sádico, pero no serías capaz de separarte de mí. Te trataría mal y te sentirías bien. Te trataría bien y te sentirías invencible... ¿Es eso lo que quieres oír?

Metió los dedos en su moño y lo deshizo sin dificultad. Todo en su cuerpo cedía a sus órdenes como si siempre lo hubiera estado esperando, incluso su melena. Beth cerró los ojos, entregada al placer del masaje en su coronilla. Lo necesitaba después del horrible trato de las horquillas en el cuero cabelludo.

—No quiero oír cómo desprecias al hombre que eres ahora, como si no fueras capaz de hacer lo mismo —susurró. Cubrió su rostro con las manos—. Bésame.

Calder clavó la vista en sus labios. Aprovechando que tenía su atención, se humedeció el inferior. Él solo hizo el amago de obedecer, atrapándolo con los dientes.

—No deberías haber entrado, Beth. No quiero que me veas así.

—Eres humano. ¿Cómo no quieres que te vea sufrir? Todos sudamos, lloramos y gritamos. Todos... —Perdió el hilo. Calder acariciaba su melena desde la raíz hasta las puntas. La enrolló en el puño y tiró con suavidad para que lo mirase.

—No voy a hacerte el amor.

—¿Por qué? Lo necesitas —murmuró—. Ya lo sé todo.

Calder paró sus caricias de golpe. La miró a la cara casi asustado, o eso creyó ella: la sensación de pánico no duró más que el paso de una estrella fugaz. Enseguida fue reemplazada por un ceño fruncido.

Lo había dejado frío. Helado.

—¿Por eso estás aquí? ¿Por compasión? ¿Porque tienes miedo?

—Calder... —empezó, con un mal presentimiento.

Él la sostuvo con fuerza por los hombros.

—Óyeme bien. No necesitas sangrar en mis sábanas para protegerte. Aunque Blake volviera, no va a pasarte nada por no llevar un niño en las entrañas. Mi hermano no es una bestia. Hace daño a quien le hace daño, nunca a inocentes.

Beth abrió la boca para replicar que estaba equivocado, pero él ya la había apartado de su regazo para cuando pudo replicar.

—Calder, escúchame...

—Márchate. No me hace falta tener descendencia para cuidar de mis seres queridos —espetó con sequedad—. Si Blake hace daño a alguien, será solo a mí. Así que no vuelvas a colarte en mi habitación para seducirme. No necesito follarte para seguir viviendo.

El tono que usó la hizo retroceder.

Sabía que era fruto de un malentendido, pero la hirió que pensara de esa forma de ella. Creía haber sido suficientemente expresiva al gemir su nombre. Se cubrió de espaldas a él y bajó enseguida de la cama, pensando en una manera de defenderse.

No se le ocurrió nada, y lo lamentó durante toda la noche.



La vivienda de la Reina de las Hadas era tal y como Beth había imaginado el rincón de una bruja. Habitaba en una cabaña levantada a partir de gruesos troncos de madera. El techado daba la impresión de venirse abajo en cualquier momento, lo que hizo que se preguntara cómo se las apañaba para sobrevivir a las ventiscas y tormentas que azotaban la isla con frecuencia.

La puerta estaba entornada cuando llegaron. Denna lo interpretó como el tentador desafío de pasar. Beth hubiera esperado cuanto hubiese sido necesario en la entrada, pero a la mujer le ganó la impaciencia y la animó a cruzar el umbral aun sin permiso de la propietaria.

Por dentro era un lugar de leyenda. Salvo por un camastro ubicado al fondo de la vivienda circular, habría parecido un almacén de hierbas. La Reina de las Hadas había dispuesto una serie de gruesas estanterías colmadas de frascos con contenido incierto. Beth no quería moverse de la puerta, por si acaso la pillaba en flagrante delito y acusaba de curiosa, pero casi la mató el impulso de ponerse a merodear. Ese que Denna no resistió.

No la había acompañado porque Beth lo necesitara. Era capaz de cruzar el pueblo sin carabina y tocar a la puerta de una experta curandera; tal era su desesperación por colaborar de alguna forma, que nada la hubiera asustado, y eso que contaba con encontrar cadáveres de sapos y culebras, entre otras monstruosidades, en su acogedora cabaña —allí dentro hacía la temperatura perfecta—. Denna la escoltaba porque ansiaba una excusa para salir de Cranston Castle, y por el momento, la aventura no parecía decepcionarla. Para haberse mostrado tan incrédula ante el relato de Lachlan, se la veía impresionada por la cantidad de aromas entremezclados en el denso aire de la choza.

—¿Qué será esto? —se preguntó Denna, observando de cerca el contenido de un tarro de cristal.

—Es cáscara sagrada —exclamó una voz aguda—. Sirve para envenenar a alguien, solo que sin matarlo. Para matarlo basta con verter la cantidad adecuada de la sustancia que se extrae de la planta que tiene justo a la derecha. Se llama belladona y es mortal.

—Mujer hermosa —tradujo Beth en un murmullo. La joven que acababa de entrar arqueó una de sus finas cejas rubias, tan claras que se confundían con su piel de porcelana—. Significa «mujer hermosa» en italiano. ¿Por qué la llamarían así?

Beth dedujo que sería inteligente entretenerla con una explicación a disculparse por haber

invadido su hogar. No tenía ninguna excusa que ofrecer para protegerse de un rapapolvos por la intromisión, y sí mucha curiosidad respecto al diminuto personaje que caminó hacia ellas como si tuviera hormigas en las medias.

—Los italianos la consideraban una planta muy relacionada con el arte de la seducción. En mi opinión no tiene ningún sentido. Se sabe que el espíritu de la belladona solo aparece para celebrar el Sabbath con las brujas, y también que se hacían infusiones para invocar a la diosa de la guerra, Bellona; igual que se tenía a la belladona como una hechicera que no debía mirarse directamente... Pero nadie dice que sirva para seducir. Sí es cierto que un hechicero curó a una mujer del sueño con una tisana de belladona y esta lo condenó por despertarla, cuando había estado gozando de los muchos placeres sexuales que solo el demonio podía ofrecer. Eso es lo que mejor podría explicar que los italianos la asociaran con el sexo, pero sigue pareciéndome una exageración.

»Yo sostengo que la llamaron así porque es una planta indudablemente hermosa con un veneno letal, lo que guarda cierto parecido con la definición que la Iglesia tiene sobre las mujeres bonitas.

»En cualquier caso, ¿puedo saber quiénes demonios son ustedes? No sabría decir si son pueblerinas o salteadoras, porque la cara tela de sus vestidos no casa con su mala educación al invadir una vivienda ajena. La pregunta en realidad va dirigida a usted —concretó, mirando a Beth—. A esa mujer de ahí ya la conozco.

Denna dejó de mirar el frasco que había captado su atención y frunció el ceño. Seguramente tenía algo que objetar acerca de la forma en que se había referido a ella, pero Beth no se lo permitió disculpándose de antemano. Hizo su presentación como la señora de Cranston Castle y esposa de Calder Houston. No esperaba que causara ninguna conmoción en la Reina de las Hadas, pero aun así le chocó que esta ni siquiera pestañeara en señal de sorpresa. Deberían haber ido a visitarla unos cuantos nobles si los títulos ya no la impresionaban.

Pero a Beth sí que la impresionaba el individuo que tenía delante. La joven que se presentó como Bonnibelle no debía tener más de veinte años, y era tan pequeña que hizo que Beth se sintiera como una gigante en Liliput. Llevaba el larguísimo cabello dorado en ondas hasta la mitad de sus muslos, tan limpio y lustroso que era como mirar al sol de frente en un día caluroso. Unas cuantas pecas salpicaban su cara redonda y aniñada, en la que además brillaban unos ojos de adulta del color del cielo estival. Eran de una claridad y transparencia que Beth se encogió sin darse cuenta.

No era ninguna presencia voluminosa, a pesar de no ser en absoluto delgada, y sin embargo tuvo la sensación de que todo el mundo detendría sus quehaceres al verla pasar. Estaba envuelta en un arco luminoso perceptible incluso para los escépticos. No le extrañó que la llamaran la Reina de las Hadas.

—¿Está segura de que no quiere hacer una reverencia? —propuso Denna, a la que no le había sentado bien ni su comentario, ni su altivez. A pesar de tratarse de una simple pueblerina, Bonnibelle tenía una barbilla obstinada y el porte orgulloso de una mujer de clase.

—Le devuelvo la pregunta educadamente: ¿está segura de que no quiere hacer una reverencia? A mí han venido a verme hasta ministros de la Corona, y hasta donde entiendo, usted es una simple plebeya con un vestido muy bonito. Además, aún no he decidido si estoy a su servicio. —Se giró hacia Beth, con la pequeña boca torcida en una mueca insolente—. ¿Qué quiere?

Su vocecita estridente habría sido la mortificación de cualquier otra joven, pero a ella no conseguía darle personalidad: era Bonnibelle quien otorgaba un tinte distinto a ese rasgo tan característico, y ninguno que pudiera resultar ofensivo.

—Verá, Bonnibelle... ¿Puedo llamarla por su nombre?

—Nombre es lo único que tengo. A no ser que quiera llamarme Majestad, pero en ese caso sí que tendrían que hacerme una reverencia. —Y dirigió una mirada elocuente a Denna.

—Acabemos con esto lo antes posible —masculló ella—. Buscamos un afrodisíaco.

Bonnibelle la miró de arriba a abajo.

—¿Para quién pretende usarlo?

—Eso no es de su incumbencia.

—Por supuesto que es de mi incumbencia, igual que para qué se pretenda usar un veneno. No entrego mis infusiones a cualquiera, a riesgo de que ocurra alguna desgracia. Y usted en concreto tiene fama de provocadora de estas.

Beth atendió al intercambio de pullas con las manos entrelazadas en el regazo. A raíz de lo que Denna había confesado la noche anterior, imaginó que en el pueblo recibiría miradas desagradables y algún que otro comentario malintencionado. Así había sido, y no pudo hacer nada para evitarlo. Las gentes de Lochranza eran muy supersticiosas, se creían cualquier leyenda que circulase y estaban ansiosas por escupir veneno. Denna les había dado la excusa perfecta para desatar su desprecio.

Pero decidió actuar en ese momento dando una vuelta por la sala. Apuntó un frasco con el dedo índice y preguntó con verdadero interés de qué se trataba.

—Crisantemo —pronunció, con ese acento tan característico de los escoceses de zonas montañosas—. Sirve para prevenir el embarazo. Eso que tiene a la derecha, *psilocybe hispanica*. No la mire como si fuera una seta adorable, es un alucinógeno muy eficaz. Igual que el *psilocybe mairei* y *gallaeciae* que se encuentra en su mismo tarro.

—Oh —murmuró, sorprendida. Alucinógeno. Se acordó irremediamente de aquel caballero con el que había coincidido durante su primera y única temporada londinense; fumaba opio en el jardín en compañía de otro joven, y reían como colegiales. Su amiga Molly le había hablado entonces de las drogadicciones—. Interesante... ¿Y qué hay de esto?

—Es un compuesto realizado por mí. Lo pone en la etiqueta.

—No las etiqueta todas. ¿Cómo se acuerda de lo que contiene cada frasco...? *Acqua toffana* —leyó en voz alta—. ¿Qué significa?

—No tiene ningún significado concreto. Es el veneno más mortífero del siglo diecisiete. La dama siciliana que lo ideó para asesinar a su marido fue encarcelada por la facilidad con la que

consiguió su objetivo; ella y sus amistades. Los hombres caen como moscas.

Impresionada por la explicación y el tono desenfadado con el que se refirió a algo tan terrible, se alejó y desvió la mirada hacia otra de las estanterías.

—Esto es laurel, ¿verdad? —exclamó Beth, entusiasmada por reconocer uno de los brotes—. Sirve para darle sabor a la comida.

Bonnibelle la miró como si hubiera dicho una tremenda estupidez.

—Si encuentra laurel en una cocina, esa es su indudable utilización, pero aquí tiene otros usos. Aplaca úlceras estomacales, alivia flatulencias y suaviza dolores cólicos. También estimula el apetito y tiene un olor muy agradable, por eso aromatiza y da sabor a determinados guisos... ¡Cuidado con eso! —exclamó, justo antes de que Beth recuperase el equilibrio del tarro que casi tiró. Se lo arrebató de las manos y volvió a colocarlo con delicadeza en su estante—. ¿Se cree que puedo encontrar *ginkgo biloba* en cualquier parte?

—*Gink*... —intentó pronunciar. Carraspeó—. ¿Qué es?

—Una planta china. Suaviza problemas de visión, problemas de mala circulación, vértigos y mareos y trastornos del deseo sexual, entre otros muchos males. Es uno de mis bienes más preciados... —murmuró para sí, acariciando la fría superficie de cristal antes de soltarlo—. Antes de que se le ocurra, no voy a proporcionarles lo que me queda. Hasta que no consiga más se queda para uso de emergencias, y no cuenta como afrodisíaco.

—¿De dónde ha sacado una planta china? —quiso saber Denna, estudiándola con desconfianza.

—Le sorprendería —acotó secamente.

Beth decidió intervenir.

—No solo buscamos el afrodisíaco. —Se giró hacia ella y trató de sonar humilde a la hora de solicitar su ayuda; sospechaba que con Bonnibelle no servían las órdenes ni cualquier tipo de peticiones. No solo la llamarían Reina de las Hadas por su mano mágica, sino porque había que referirse a ella con la cabeza gacha—. Mi marido está enfermo y le estaría muy agradecida si me acompañara a Cranston Castle para observar su dolencia. Ponga cualquier precio. Si consiguiera aliviarlo, pagaría gustosamente cualquier suma.

Bonnibelle entornó sus grandes ojos claros.

—No me parece correcto tratar de enfermedad la inapetencia sexual, señora Houston. He observado a unas cuantas personas desde que me dedico a la curación, y si algo he aprendido es que existen individuos a los que este aspecto no les interesa en absoluto. Y no por eso padecen ninguna condición física o mental.

—Oh, no, no hablo de eso.

—Entonces, ¿no quiere el afrodisíaco?

—Solicito ambos servicios y los dos serán saneados económicamente. Pero ahora hablo de una dolencia física. Mi marido tiene una herida de bala en la pierna desde hace un tiempo y su sufrimiento no conoce límites... según comenta el caballero que le proporciona la medicación —apostilló—. Sospecho que su diagnóstico podría ser distinto, y que usted podría ponerle fin.

Bonnibelle frunció el ceño con interés.

—¿Herida de bala, dice? Descríbame su aspecto.

—Lo desconozco. No ha querido mostrármela. Venga con nosotras ahora. Hemos viajado en el carruaje, no tendría que caminar. Le serviremos la cena, y el desayuno si encartara. Tendrá una cama en la que dormir si necesitara tiempo para tratarlo... Y si no puede tratarlo, me conformaré con que le haya echado un vistazo. Solo quiero una segunda opinión, por si acaso pudiera ofrecerme un diagnóstico más optimista... y el afrodisíaco, claro —musitó.

La joven mantuvo los ojos entrecerrados. Sus labios se movieron, como si estuviese pensando en voz alta; no lo suficiente para que Beth y Denna alcanzaran a entender lo que decía. Por la expresión que ocupaba el rostro de su compañera, dedujo qué opinión se había formado sobre la sanadora, pero por si le hubiera cabido alguna duda, se lo confesó moviendo los labios: «Está como un cencerro».

—Puedo preparar una infusión —meditó, moviéndose por toda la cabaña—. Semillas de jaramago, *Orchis morio* o *Fritillaria graeca*, mandrágora y flores de loto o de jacinto de penacho... Con aroma de menta para que no resulte del todo incomedible.

El corazón de Beth se aceleró.

—¿Se daría cuenta de que lo estoy... envenenando?

Bonnibelle la miró sin pestañear.

—No dispongo del instrumental necesario para concentrar la esencia de cada sustancia en unas pocas gotas que verter en su bebida, milady. Los pequeños frascos que se venden en herbolarios y perfumerías vienen de laboratorios, y como ve, mis medios son escasos. Aunque igualmente eficaces —apostilló, petulante—. Puedo hacer un brebaje; o lo toma, o lo deja. Si lo que le preocupa es que la descubra, puede mentirle aduciendo que se trata de una nueva medicina para suavizar el dolor de la herida.

Beth intercambió una mirada rápida y preocupada con Denna. No le simpatizaba la idea de mentirle a Calder, y eso ambas lo sabían; incluso la Reina de las Hadas quedó puesta al tanto al interceptar su complicidad.

—¿Es realmente necesario? —inquirió ella.

—Sí lo es —apuntó Denna—. Beth debe tener un hijo para asegurar la herencia tan pronto como sea posible. De lo contrario, la destilería podría perderse. Cabe la posibilidad de que el señor Houston quede incapacitado por su dificultad física, y entonces deberemos estar preparados.

—¿Deberemos? ¿Acaso son una pareja de tres? —cuestionó Bonnibelle, arqueando las cejas—. No crea que me escandalizaría, pero si es el caso, siempre puede encargarse usted de ese detalle.

Denna abrió los ojos, escandalizada.

—¿Cómo se atreve? ¡Claro que no somos una pareja de tres!

—Lástima —masculló, sin mirarlas—. No me parece razón suficiente para envenenar a un hombre. Ninguna de las plantas es perjudicial según su dosis, pero si el susodicho no viene a pedírmelo, no pienso hacerlo sufrir. Haré la infusión, pero será mucho menos agresiva —decidió.

Si bien Denna frunció el ceño, molesta por la rebaja, Beth celebró que se hubiera puesto a favor del hombre no presente. A ella tampoco le parecía correcto fomentar su deseo. Menos cuando era totalmente innecesario para lo que se proponían, y cuando él estaría en contra. Pero comprendía que había mucho en juego y debía actuar. Haría lo que Bonnibelle ordenase.

—Respecto al instrumental... —empezó Denna, a la que se notaba tensa y molesta por la actitud de la joven—. El señor Haye dispone de un laboratorio químico en los sótanos de la destilería. Apuesto a que allí podría encontrar todo el material que necesite para sus mejunjes. Así podrá llevarse lo que necesite ahora y acompañarnos directamente a Cranston Castle.

Bonnibelle puso las manos en jarras. Echó un calculador vistazo alrededor.

—Si se está preguntando por el pago... —habló Beth.

—No dude que le voy a cobrar; de algo tengo que vivir, cuando atiendo gratuitamente a la mayor parte de los isleños. Pero no me gusta hablar de dinero antes de terminar mi trabajo, y ni siquiera lo he empezado. Esperen a que tome lo que necesito. Me reuniré con ustedes en un rato, pero necesitaré el carruaje para esta misma noche. El hijo menor de Edwin está enfermo y debo revisar que no empeora. Vive cerca de aquí.

—Podemos pasar a verlo —se ofreció Beth—. No hay prisa.

Bonnibelle asintió. Con una rapidez eficiente, preparó lo que necesitaba para atender al bebé y al marido de Beth. Lo guardó con cuidado en el interior de un macuto y se lo echó al hombro. Ni siquiera vestida como una granjera y armada como las forasteras, perdió ese aire místico y paradójicamente elegante de las mujeres de fisonomía fina.

—Gracias —susurró Beth en cuanto se acomodaron en la calesa. Bonnibelle la miró un segundo—. De veras. Se lo agradezco muchísimo.

—No me agradezca antes de tiempo. Atiendo a cualquiera, pero no salvo a todo el mundo. Cuando esté segura de que su marido es de los afortunados, ya me encargará de que se deshaga en halagos.

Calder apartó la vista de su lectura y se frotó los ojos con cansancio antes de clavarlos en el segundero. Las manecillas del reloj habían dado un total de cinco vueltas desde que se afincara en su despacho con una intención muy clara: ponerse al tanto de las atroces promesas que Lachlan hizo a MacDuff.

Hasta el momento había intentado ignorarlo por todos los medios. Sabía que esa sordidez de detalles le tendría el corazón en un puño... igual que era consciente de que no podría posponerlo eternamente. No tan en el fondo como le gustaría, la historia de su esposa le generaba una curiosidad recalcitrante. A pesar de la irritación que oscurecía sus pensamientos cada vez que recordaba el episodio nocturno, cuando Beth hizo desaparecer las pesadillas con su calculador cuidado, no podía parar de fantasear con ella. Con quién sería. Con qué habría hecho.

Era una mujer desconcertante. Tenía valor. Su fortaleza empequeñecía a Calder, que sufría especialmente por sus defectos cuando andaba cerca. Parecía que se bastaba a sí misma, pero a la vez era tan frágil como la tela de la araña. Estaría ciego si no viera que se moría por encontrar su lugar allí, y luchaba por conseguirlo de la misma desesperada manera con la que él se esforzaba por alejarla.

Procuraba mantenerse al margen con ella en todos los aspectos, pero al mismo tiempo necesitaba saber más. Le obsesionaba lo que hiciera cuando estaba sola; si prefería la poesía o se decantaba por obras narrativas, si era religiosa o tenía sus propias creencias, cuál era su punto débil... y si sentía una ínfima parte de los sentimientos que a él lo sobrepasaban cada vez que la miraba a la cara.

Pero en las cartas no ponía nada de sus aficiones o íntimos secretos. Su padre no la había descrito como un bello ser humano con aspiraciones. Para él era un simple estorbo.

Y aun así, había subrayado algunos fragmentos que le parecían reveladores.

—¿Me llamabas? —interrumpió Lachlan, asomado a la puerta—. Recuerda que este humilde servidor tiene deberes que atender en las Highlands y su barco parte en unas horas.

Calder ni siquiera lo miró.

—Parece que las correrías del «conde de bragueta suelta» que me mencionaste son de dominio público... hasta el punto de que sus bastardos se titulan a sí mismos «los conocidos pero no reconocidos *casi* hijos de Clarence».

Lachlan suspiró.

—Y yo que pensaba que querías decirme adiós... —Se acercó al imponente escritorio, el único mueble pulido y barnizado que había sobrevivido al abandono de Cranston Castle—. ¿Sigues dándole vueltas a las cartas? No vas a encontrar nada ahí que yo no te haya dicho.

Calder no contestó. Se quedó mirando el fragmento en cuestión con interés, mientras se frotaba la barbilla.

—¿Podrías averiguar quiénes son esos bastardos?

—¿En mi viaje a Escocia? Lo dudo. A los *highlanders* no les importan un carajo los cotilleos de la alta sociedad, y los que remiten a cuatro muertos de hambre tampoco tienen tanto alcance.

—Te daría la razón de no ser porque MacDuff parece tener muy claro quiénes son los muchachos, y es dueño de un cuarto de Escocia. —Reprimió una sonrisa irónica—. Quién me lo iba a decir. Está claro que son unos bastardos muy reputados.

Lachlan soltó una carcajada.

—Pero no es su reputación ni su historia lo que te pica la curiosidad, ¿no es cierto?

Calder le dirigió una mirada hostil con un significado claro.

«No voy a darte explicaciones».

—Veré lo que puedo hacer —suspiró al final.

—Si averiguas sus nombres, haz lo que sea para que te den también sus direcciones. No —se contradijo—, con que consigas la de uno solo bastará. Procura que sea el más decente.

—¿Y qué quieres que haga cuando lo sepa? ¿Les hago una visita y les comento que tienen una hermana y descuentos en whisky?

—No. Nadie tiene descuentos en whisky. Solo quiero que anotes esa dirección y me la traigas. —Hizo una pausa pensativa—. Si descubres que son unos delincuentes o unos bastardos en el otro sentido de la palabra...

—¿Hago borrón y como si nada?

—No. Pero querré que me cuentes qué los hace ser unos parias.

—Para eso no necesito ir preguntando a la gente. Sabes que su padre no los reconoció, motivo sobrado para ser un desgraciado.

Calder soltó la estilográfica de forma brusca.

—Haz lo que te digo, ¿quieres? Si resultan ser unos miserables, ya veré qué hago. No es de tu incumbencia.

—No lo es, no, pero si aceptas una sugerencia... Creo que milady no soportaría otra decepción por parte de nuestro sexo —meditó. Lachlan lanzó una mirada curiosa a la postura tensa y a la vez exhausta de Calder—. Qué curioso.

Más por complacer la necesidad de Lachlan de seguir hablando que porque quisiera escucharlo, Calder preguntó cansinamente.

—¿El qué, Hawke?

—Que te tomes tantas molestias con ella. Me parece un poco contradictorio, incluso injusto,



que te permitas socavar información sobre milady cuando a ella ni siquiera le has contado lo más básico sobre ti.

Calder sonrió con sarcasmo.

—Cuando lo más básico es tan evidente, hablar de ello es una vulgaridad.

—Me parece muy simple por tu parte que reduzcas toda tu personalidad a una pierna enferma, pero de todos modos me refería a Blake, no al origen de tus males. Aunque... ¿No es Blake el origen de nuestros males?

—¿Para qué hacer confesiones sobre mi hermano cuando ya lo habéis hecho todos por mí? Beth no sufre ninguna desinformación en ese aspecto. En todo caso, diría que el problema es que sabe demasiado.

«Incluso cómo volverme loco».

Había pasado toda la noche preguntándose quién demonios se lo habría contado. No se planteó con qué objetivo. Ya sabía que todos en Cranston Castle estaban desesperados por vivir la maternidad de lady Beth y harían cualquier cosa para animarla a ignorar los deseos de Calder. Y ella, la muy ingenua, se había prestado encantada a seducirlo para salvarlos.

La boca se le torció en una mueca de aversión.

—Un erudito diría que nunca se sabe demasiado —replicó Lachlan.

—Eso será porque no tenía que ocultar ningún secreto al resto del mundo. Ahí el conocimiento se puede volver en tu contra —apostilló, sombrío.

Con la mayor brevedad posible, discutió con Lachlan unos asuntos concernientes a la distribución y los pactos comerciales con la clientela de las Highlands. Después, ansioso por regresar a su menester y más aún porque Drew apareciese con la medicina, lo despachó con una escueta despedida.

Justo cuando cerraba la puerta del despacho para darle intimidad, la figura femenina de Beth se adelantó con cierta vacilación. No necesitó levantar la barbilla del montón de papeles para saber que acababa de entrar. La composición del aire parecía sufrir una alteración cuando entraba en contacto con ella.

No quería verla. Estaba furioso. Con Beth y consigo mismo. Con él, por actuar como el maldito perro del hortelano; por no poder enarbolar una actitud firme y por mandar al infierno sus convicciones cada vez que la tocaba. Lo sacaba de quicio esa estúpida debilidad por ella. Y en cuanto a su esposa, le costaba reprimir las arcadas al recordar la cruel manera en que había despedazado sus esperanzas.

Por un instante creyó que lo deseaba de veras. Al despertar, no se le ocurrió que pudiera acudir a sus aposentos con el único objetivo de solventar el problema de Blake. Sabía que era práctica, pero no una lianta. Le constaba que tenía experiencia con los hombres, pero no imaginaría que calcularía su actuación al dedillo sin sentir nada por él. Le habría gustado creer, aunque eso lo llenara de anhelos imposibles de llevar a término, que Beth lo quiso también. Pero lo más probable era que su reacción corporal hubiera sido un ejemplo de lo que sus experimentadas

atenciones aún podían obrar en las mujeres; nada que ver con que se sintiera atraída o le importara un carajo.

—Señor Houston —dijo con voz suave—. Espero no interrumpir.

Su serenidad era una contradicción que lo desarmaba. ¿Cómo podía una cualidad generarle esa frustración, y a la vez, ser a lo que se aferraba cuando se lo llevaban los demonios? Verla tan tranquila lo desesperaba tanto como le recordaba que existía un lugar paradisíaco donde el dolor no alcanzaba. Y estaba en ella. En una mujer incapaz de mostrar culpabilidad o arrepentimiento. Una mujer tan bella que Calder no encontró la voz para pedirle que lo dejara en paz.

Paz. Como si eso fuera posible.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó sin mirarla.

Al acercarse, Calder intuyó el roce de la falda con unas piernas que ya había acariciado.

Agarró con fuerza la estilográfica para protegerse de pensamiento lascivo.

—Tengo entendido que en unos minutos subirá el señor Haye con su remedio.

Calder alzó la barbilla.

—Ah, ¿sí? ¿Quién se lo ha comentado? Porque yo no recuerdo habérselo dicho.

—Sería curioso que recordara haberse comunicado conmigo con cualquier propósito, dado que parece tarea imposible para usted —comentó sin pestañear—. Pero quizá recuerde mi preocupación por su estado y la promesa de cumplir con mis deberes de esposa, incluso si usted se dedica a poner trabas sistemáticamente. Esas dos cosas bastan para deducir que haré cualquier cosa para enterarme de sus rutinas.

—Teniendo en cuenta que son bien escasos los deberes de esposa que le pido que atienda, no pasa nada si descuida la parte de fingir interés por mí. De hecho, lo preferiría.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Fingir? —Al no obtener respuesta, continuó—: Me sorprende lo mucho que idealiza la vida individualista. Yo habría dado todo lo que tengo a cambio de alguien que se preocupara por mí.

Calder sintió una punzada en el pecho. Él debería preocuparse por ella. No; si se preocupara más, podría morir de la impresión. Lo que debía hacer era expresarlo de otra forma, de una que le llegara.

—Supongo que ya se las habrá visto con la magia de la vida en sociedad —dijo en su lugar, sarcástico—: un montón de gente con visiones distintas y variadas personalidades conviviendo en un entorno común. Usted es como es, y yo vivo a mi manera.

—¿Insinúa que debo adaptarme a su decisión de mantenerme al margen? Si va de hacerse a la idea, ¿por qué no se adapta usted a mi manera de proceder en una relación? —Arrugó levemente el ceño.

—Insinúo —recalcó— que no debería volcar sobre mí las frustraciones que arrastra desde la tierna infancia. Ofreciéndome la compasión que usted no recibió no va a hacer justicia ni tampoco se sentirá mejor.

Se dio cuenta de lo ruin que había sonado su comentario y se arrepintió de inmediato. No era su

intención atacarla por el lado en que flaqueaba, y se apresuró a expresarlo abandonando la pose distante.

Beth tenía los ojos vidriosos clavados en él.

—Me abrumba la facilidad que tiene para herir a los demás —pronunció sin entonar. Su voz reverberó en los oídos de Calder con especial crueldad—. Me pregunto cuándo dejará de darme razones para que me rinda y pare de buscar justificación a su actitud.

—Y yo me pregunto cuántas más veces intentará acercarse a mí.

Beth dejó que corriera el silencio.

—Solo una más —admitió al fin.

—¿Cómo?

—Me he tomado la libertad de visitar a un personaje relevante en el mundo de la medicina alternativa. Tras consultar con ella los únicos y más básicos aspectos que me ha mencionado sobre su herida, ambas hemos convenido en que debía verlo con sus propios ojos para ofrecer un diagnóstico.

Le tomó unos segundos comprender lo que quería decir. En cuanto lo asimiló, un rubor de vergüenza subió por su garganta. La imaginó hablando con desconocidos sobre sus pésimas circunstancias y la indignación fue tal que, al ponerse en pie de golpe, ni se percató del doloroso tirón de la herida.

—¿Has traído a un galeno a Cranston Castle sin consultarme previamente? ¿Te has atrevido a hablar con alguien de mis dificultades, sin pena ni gloria?

—Es posible que lo hiciera con algo de pena, pero no se lo he dicho porque usted no me permite sentirla, igual que me prohíbe desarrollar sentimientos algo más complejos —rebatía con sequedad.

Calder desenchajó la mandíbula.

—Te dejé muy claro que no quería que fueras mi enfermera —siseó.

—Y no lo soy; la que le va a revisar la herida es otra, no yo. Si tanto le preocupaba, podría haber sido más específico al decirme que no quería que *nadie* se preocupara por su salud, y no solo yo.

Estuvo a punto de dar un golpe sobre la mesa. Aquella mujer no iba a detenerse hasta aniquilar el último rastro de orgullo que sentía de ser quien era. Lo iba a aplastar bajo una fría compasión que resultaba ser lo único que no deseaba de ella.

—Está al otro lado de la puerta.

—Dile que se vaya.

—Solo sería un momento. Va a observarlo y después...

—He dicho que no. Échala.

Ella cogió aire. Aunque trataba de parecer paciente, estaba al límite.

—Señor Houston, no estoy haciendo esto por mí, sino por usted. Quiero que...

—Si quieres hacer algo por mí, sal de aquí ahora mismo y dile a esa matasanos que vuelva por

donde ha venido.

La máscara de impasibilidad de Beth se deshizo de golpe. Con ella se fue el tratamiento cortés, el autocontrol que la hacía una digna reina y su desquiciante medida.

Separó los dedos entrelazados y los cerró en dos puños llenos de impotencia.

—¿Por qué eres así? —espetó—. ¿Por qué no puedes aceptar nada de lo que te ofrezco?

Su voz se quebró al final.

Calder sabía lo que eso significaba. Tal vez no rompiera a llorar, pero no necesitaría derramar lágrimas para hacerle saber que la había llevado al límite.

La ansiedad y un fuerte sentimiento de culpa le atenazaron los músculos. No pudo moverse. La mirada herida de Beth lo había atrapado en una habitación sin ventanas ni aire. Al principio reaccionó confundido; no entendía cómo había podido colmar su paciencia durante un intercambio que no había sido ni de lejos el más encarnizado entre los dos. Pero comprendió, al verla temblar, que llevaba guardándose sus sentimientos desde el primer desplante.

—Tal vez si dejaras de ofrecerme algo que no te he pedido y te metieras en tus asuntos, no me vería obligado a zanjar las cosas de esta manera.

Ella negó con la cabeza, incrédula.

—Te odio.

Calder levantó la mirada de golpe y se encontró con la suya.

—Te odio, ¿me oyes? —repitió—. Estás tan obcecado en ser infeliz que quieres hacer infelices a todos los que te rodean, y eso te convierte en un ser mezquino y diabólico. Enhorabuena: has conseguido lo que querías. No quiero ni voy a intentar volver a estar cerca de ti.

Beth se dio la vuelta y Calder se vio a sí mismo, horrorizado, en su terrible definición. No pudo permitir que se marchara. Esa no podía ser su última palabra. Rodeó la mesa tan rápido como se lo permitió el dolor y la cogió por la cintura. Ella se detuvo, tensa y a la defensiva, pero no lo encaró ni suavizó su preocupación añadiendo algo.

Calder cerró los ojos un segundo. Pensó en lo más apropiado para decir y no se le ocurrió nada. Solo una incoherencia: contrarrestar su odio con una declaración igual de desgarradora, como lo sería exclamar que la amaba. Ni siquiera estaba seguro de que eso fuera cierto, pero no podía negar que poseía un alma demasiado bella para no venerarla como un esclavo. Respirar se le hacía insoportable al pensar que pudiera detestarlo de veras.

Musitó algo en gaélico que ella no llegó a oír. Cuando quiso alzar la voz para darle la razón y disculparse, la puerta se abrió y un Andrew Haye de ceño ominoso entró en la estancia.

El permiso nunca lo pedía, pero fue extraño que no hiciese ningún comentario jocoso sobre la dramática escena.

—¿Qué diablos hace Bonnibelle Lowrie en el pasillo?

Lo miró sin ver ni entender nada. Tenía los cinco sentidos embotados, pendientes de Beth. La interrupción le dio a la muchacha la excusa perfecta para escabullirse; sin dar explicaciones ni enunciar una despedida, se soltó del abrazo de Calder y salió precipitadamente.

Hizo ademán de seguirla, pero Haye le puso una mano en el pecho.

—¿Has traído a la charlatana del populacho a que te mire la herida? ¿Acaso has perdido el juicio?

Calder pensó en apartar a Haye de un empujón, pero se le ocurrió que aquello llevaría a un forcejeo inútil y trató de poner sus ideas en orden para dar una respuesta.

—No sé quién demonios es esa Bonnibelle. La ha traído Beth. Parece que quería una segunda opinión.

El desprecio relampagueó en los ojos negros de su socio.

—No necesitas ninguna segunda opinión, y menos de una hechicera con ínfulas de reina que no tiene la menor idea de lo que dice.

Calder no podía quitarse de la cabeza el tono de Beth al increparle.

«¿Por qué no puedes aceptar nada de lo que te ofrezco?».

De pronto le pareció inapropiado e incluso desagradable que Haye criticara con esa dureza algo que ella se había tomado la molestia de buscar. ¿Por qué? Porque tenía un corazón de oro, porque se sentía responsable de él... o por la razón que fuera. La vergüenza le había nublado el juicio y no se detuvo a pensar en lo halagador que podía ser el cuidado de una mujer.

—No pienses que no estoy de acuerdo contigo —masculló Calder, a su pesar—, pero creo que a estas alturas estoy tan maldito que congraciarme con una hechicera solo podría hacerme bien.

Una sombra peligrosa oscureció el semblante de Haye.

—¿Qué insinúas? ¿No piensas echarla?

—A mí nadie me echa. Me voy cuando se me canta.

El tonillo mandón y casi infantil venía de una muchacha minúscula con una barbilla soberbia que casi apuntaba al sol. Sin duda tenía que alzarla hasta ese punto para mirar a la cara al químico, que se estremeció igual que si hubiera entrado una bestia de tres cabezas.

El curioso personaje se abrió paso como si el suelo fuera suyo y cerró la puerta. No le dedicó ni un mísero vistazo a Haye; concentró en Calder una mirada tan calculadora que, si bien había guardado reticencias hacia ella al verla tan menuda y angelical, se le ocurrió que podría tener algo interesante que decir.

—Disculpe, no he podido evitar escuchar la conversación que estaban teniendo. Tengo el oído muy fino. Por lo que he podido apreciar, a milady le preocupa más su futuro que a usted mismo.

—Eso es muy probable —respondió con cautela—. Señorita... Lowrie, ¿verdad? No pretendo herir sus sentimientos, pero lo cierto es que no necesito ayuda.

Bonnibelle arqueó sus cejas casi transparentes.

—La señora me ha descrito sus dolores y me extraña que no esté desesperado por una cura. O bien tiene una fortaleza abrumadora, o simplemente encuentra el dolor muy agradable.

Calder se rio entre dientes.

—Le aseguro que nunca me llevaré bien con algo que me priva de noches de descanso. Aun así, no requiero una segunda opinión. Ya cuento con un especialista de primera, y...

Bonnibelle lo interrumpió preguntando por los síntomas más duraderos desde el momento del disparo y él respondió por tres razones: respeto por la mujer que había traído Beth, curiosidad por la aparente eminencia que tenía delante, y diversión por el rechazo que generaba en Haye. Había pocos personajes, por no decir ninguno, capaces de alterar al inalterable con algo tan sencillo como respirar cerca de él.

—Desde luego, señor Houston, no sé si a un paciente con tan poca disposición se le puede aplicar un tratamiento —dijo después de escucharlo con atención.

Haye le dirigió una mirada indiferente en la que sin embargo subyacía una animosidad efervescente.

—Poca disposición... —repitió entre dientes—. ¿Por qué no admite simplemente que esto le viene grande y vuelve por donde ha venido?

Bonnibelle se giró hacia él con tanta seguridad que, si Haye hubiera sido solo un poco más precavido, habría retrocedido unos pasos. Aquella mujer no miraba: sondeaba. Juraría que Haye torció la boca porque ella vio a través de él todos los errores que había cometido, y no para enumerarlos, sino para condenar cada uno de estos.

—Usted es el médico frustrado, imagino.

Haye abrió la boca para refutarlo.

—Considero que a un especialista de la medicina solo le viene grande algo cuando lo único que puede proporcionar a su paciente son cuidados paliativos. Justo lo que ha hecho usted por el señor Houston, ¿no es cierto? —Alzó una ceja. Después se giró hacia Calder—. Opio y láudano, dos fuertes sedantes que en grandes dosis pueden generar adicción... entre otros múltiples efectos adversos. ¿Me equivoco?

Calder asintió repentinamente tenso. Dirigió una mirada interrogativa a Haye en busca de respuestas. Él no parecía sorprendido porque supiera de lo que hablaba, pero era evidente que sentía el mismo deseo porque cerrase el pico.

—Me sorprende que sepa sobre tratamientos tan recurridos y mundanos cuando usted mastica hierbas y las escupe para hacer sus cataplasmas.

—Hasta donde sé, las cataplasmas de mostaza o vinagre caliente aún no han matado a nadie. No podemos decir lo mismo de los opiáceos. Pero si su objetivo era matar lentamente a su patrón, lo felicito por la elección de la receta.

—Incluso si esa fuera mi intención, usted no tendría ningún derecho a intervenir. Tampoco podría. A fin de cuentas, no es como si hubiera hecho el juramento hipocrático. Ninguna moral la obliga, ¿no es verdad?

—Por supuesto que sí; la moral de poner en su lugar a los arrogantes que no se pueden permitir su soberbia. Está usted muy a la defensiva, Haye. —Entrecerró los ojos—. ¿Por qué no quiere que eche un vistazo? ¿Teme que encuentre algo fuera de lo normal? ¿No será que le conviene que el señor Houston esté enfermo e inactivo y por eso lo ha mantenido drogado todo este tiempo?

La directa acusación tensó a Haye como la cuerda de un violín. Lo que parecía simple

desprecio a primera vista echó raíces en él y se convirtió, en un abrir y cerrar de ojos, en un odio tan profundo que incluso se estremeció. Haye se estiró para ponerse por encima de ella, pero, de alguna forma, Bonnbelle se las arreglaba para superarlo en altura y grandeza.

Una sonrisa despectiva torció sus labios de forma cruel.

—Quizá sea usted a la que le convenga denostar a su médico para ganar unas míseras monedas. —La recorrió con una mirada asqueada—. Salta a la vista que las necesita con urgencia.

Bonnbelle ni siquiera pestañeó. Calder tuvo que intervenir, seguro de que le lanzaría un conjuro o usaría directamente las uñas contra él si no ponía fin a la discusión.

—Ya que está aquí, señorita Lowrie...

—Bonnbelle o Reina de las Hadas.

Haye soltó una carcajada seca.

—Reina de las Hadas... —se burló.

—Haye —lo advirtió Calder—. Parece que no me has escuchado la primera vez; Bonnbelle es una invitada de la señora. Trátala con el respeto que merece.

Drew ladeó la cabeza con un aire perturbador.

—¿Y ese respeto sería...?

—Lo que quería decirle, Bonnbelle —continuó, ignorándolo—, es que ya que ha venido hasta aquí, supongo que... —Apretó la mandíbula—. Podría echar un vistazo.

Ni siquiera se creyó lo que acababa de decir. La culpabilidad que podía prender una mujer dentro de un hombre era mucho más poderosa de lo que parecía a simple vista. No sentía ningún aprecio por su vida y, si bien no le importaba herir las susceptibilidades de un canalla sin corazón, prefería no provocar a Haye. Cuando se sentía insultado podía encontrar formas de lo más originales y contundentes para vengarse del ofensor.

Pero Beth...

Maldita fuera Beth por trastocar su mente de esa manera. Fue la única razón por la que guio a la muchacha a su habitación, a riesgo de que Haye le sacara los ojos mientras languidecía tras su dosis de láudano. El químico los persiguió como un espectro preparado para atormentar a los vivos solo por diversión, aunque algo le decía que él lo estaba sufriendo mucho más que él... y mucho más que la Reina. Esta no actuó con la fría distancia de la que se armaba Haye para tratarlo, sino que le dio órdenes y le robó la intimidad al hacer el amago de meter las manos en su pantalón.

Al final tuvo que dejarse para descubrir la herida supurante. Calder dio un respingo y siseó cuando ella, usando unos guantes oscuros muy parecidos a los de Haye, hizo además de introducir los dedos en la carne abierta y examinó su profundidad. El dolor le nubló los sentidos.

Ella masculló algo en gaélico antes de dirigir una mirada por encima del hombro a Haye.

—Es usted tan estúpido que me extraña que no lleve pañales.

—¿Disculpe?

—Las disculpas pídaselas a su señor; se las merece con este destrozo que le hizo.

—¿Qué destrozo? —preguntó Calder, intentando guardar la calma.

—Tal y como me temía, le dejó la bala dentro. —Siguió hablando en gaélico. A pesar de la tensa situación, Calder estuvo tentado de reírse al oír que lo llamaba «burro imbécil»—. Usted que sabe tanto sobre medicina, se imaginará que no es lo natural dejar incrustado un proyectil en una zona como esta.

—No sería el primer hombre de la historia de la humanidad al que no le queda otro remedio que convivir con ella —repuso Haye con ironía—. Se nota que no ha atendido a muchos soldados. Algunas balas no pueden extraerse sin arriesgar la vida del paciente.

—Extraer esta bala no arriesgaría la vida de nadie, solo arriesgaría su lugar como médico de cabecera porque muy probablemente haría el ridículo y acabarían despidiéndolo —le espetó. Calder la atendía con los ojos abiertos como platos. Apostaba el alma a que nadie le había hablado así a Andrew Haye en toda su vida—. Señor Houston, reconozco que está en una zona peligrosa. Demasiados vasos sanguíneos, tendones, y un músculo perforado... Retirarla será toda una odisea, he de reconocerlo, pero no es imposible.

—No es imposible; imposible sería sobrevivir a ello —apuntó Haye. Con su tono calmado intentaba disimular el hondo desprecio—. Si es tu deseo morir desangrado, no me opondré a que la bruja de las montañas te seccione una arteria. Pero mientras quieras vivir, me veo en el deber de recomendarte que no la escuches.

—Deberíamos escuchar mejor a la reencarnación de Hipócrates —ironizó ella—. Está claro que he venido hasta aquí porque milady anda en busca de nuevas amistades y no porque usted no sabe hacer su trabajo.

—Me extraña que sepa quién es Hipócrates, teniendo en cuenta que habrá aprendido todas sus artes escuchando los desvaríos del chamán de Brodick, de quien se comenta que demuestra cierta pasión por los opiáceos.

—¿De veras quedan opiáceos en Lochranza? Juraría que le ha suministrado al señor Houston todas las reservas de Escocia, y hasta de Europa si me apura.

Calder carraspeó.

La situación no podía ser más irreal. Tenía a un duendecillo de metro cuarenta y cinco con la mano metida en su herida, lo que había desencadenado un intenso dolor que le había nublado a la vista, y a Haye, un hombre que le sacaba dos cabezas, haciéndose pequeño con su tono acusador.

—Fue el último modelo de revólver —dedujo Bonnibelle, centrada en la carne abierta—. Y debieron dispararle muy de cerca; para dañar el músculo tan profundamente no basta con fallar durante una exhibición de «tiro al plato». Me sorprende que la bala se quedara alojada en la pierna si eso fue así. Por el impulso del gatillo debería haberlo atravesado por completo. No me cabe duda de que ha estado padeciendo el dolor de una casi fragmentación ósea.

—¿Ósea? ¿Tiene el músculo rajado y la piel en carne viva y se le ocurre que le duele el hueso? Bonnibelle se giró, con seguridad, para fulminarlo con la mirada.

—Una bala de este calibre puede astillar un hueso perfectamente. Si hace seis meses del



fatídico día, el propio cuerpo lo habrá regenerado. De hecho, si toca por aquí, comprobará que hay una ligera protuberancia... Parte de la bala está tapando el hueso, y... ¿Qué hace? —Apartó a Haye de un manotazo—. No le he dicho que tenga permiso para fijarse. Ha demostrado que usted solo sabe dañar más al paciente. De ahora en adelante lo quiero lejos de él.

Calder no dio crédito a lo que acababa de escuchar, y por lo que pudo apreciar, Haye tampoco. No recordaba haber visto a su socio tan ofendido.

Estaba a punto de perder los papeles.

—¿Quién demonios se ha creído que es?

—Alguien lo bastante listo para no curar una herida reabriéndola más. La herida tiene pus por dentro, pero está limpia por fuera, y eso solo lo puede explicar una cosa. Confiese: ha estado manteniéndola húmeda desde entonces. ¿Cómo quiere que cicatrice si no deja de empaparla? Es usted un completo inútil.

Calder no pudo reprimirse ni un segundo más y, aunque tenía los vellos como escarpas por el roce en la zona en carne viva, soltó una carcajada en voz alta.

Lo cierto era que dudaba bastante que Bonbelle estuviese lo bastante versada en la materia para rescatarlo del agujero donde se había sumido. Ya se había hecho a la idea de que ni siquiera un milagro serviría para devolverle la vida que perdió, e incluso si recuperase su movilidad física de un día para otro, seguiría habiendo cuestiones por resolver que le tendrían en vilo cada noche. No obstante, solo por la forma en que estaba encarando a un hombre al que ni él mismo se atrevía a provocar deliberadamente, decidió hacerla digna de su confianza.

—Supongo que no puedo estar peor —comentó antes de que Haye se lanzara sobre ella y la estrangulase—. Tiene mi permiso para proceder como vea conveniente...

—¿Cómo? ¿Estás loco? ¿Vas a sustituirme por la Reina de las Taradas?

—... aunque con la condición de que el señor Haye esté presente y tenga en cuenta su consejo.

Bonbelle esbozó una bonita y condescendiente sonrisa. Los pequeños y brillantes dientes blancos asomaron entre unos labios rosados.

—Por supuesto que sí, señor Houston. Uno siempre necesita las sugerencias de la gente como Haye a modo de ejemplo de lo que *no* se debe hacer.

«Insinúo que no debería volcar sobre mí las frustraciones que arrastra desde la tierna infancia. Ofreciéndome la compasión que usted no recibió no va a hacer justicia ni tampoco se sentirá mejor».

Beth contuvo en un puño la tela de su chal de lana. Había visto a su padre hundir los nudillos en la pared en más de una ocasión a modo de desahogo, y debía decir que, aunque en esos tensos momentos la intimidaba con su violencia, ahora sentía la necesidad de hacer algo parecido. De alguna forma tenía que descargar el temblor que se había adueñado de sus manos, dejándola inhabilitada por el resto del día.

Había discutido más veces en esas últimas semanas que en toda su vida. Beth no poseía un espíritu sumiso, pero evitar enfrentamientos le parecía lo más práctico. Siempre que pudiera sortear una comezón como esa, lo haría; sería lo mejor para su salud mental, que llevaba en riesgo desde que había mirado a Calder Houston a la cara. Gracias al cielo, él en persona había aniquilado la estúpida fascinación que había estado alimentando desde entonces con una sencilla frase.

Beth se arrebujo más en el sillón Luis XVI del salón principal. Evitó deliberadamente la mirada interrogante que le dirigió el criado que la acompañaba, un buen hombre con un acento escocés imposible y la cara picada por la viruela.

No era normal en ella aislarse del mundo, sobre todo en momentos en los que el ánimo flaqueaba. Cuando estaba de un humor extraño, se esforzaba por relacionarse y darle especial énfasis a sus sonrisas de cortesía. Pero después de haber dado tantas vueltas a la hostilidad en las respuestas de Calder, necesitaba un descanso.

Al principio lo había detestado. Su indignación había alcanzado tal punto que lo vomitó sin pararse a pensarlo: le dijo que lo odiaba, y si bien se horrorizó por la falta de mesura que eso demostraba, una pequeña parte de ella se regocijó, sabiendo que era cierto. Odiaba muchas partes de él, y haberse dado cuenta la había ayudado a admitir para sí que ninguno de los dos mintió. Ni ella cuando lo acorraló con su arrebató pasional, confesando sus sentimientos, ni él cuando afirmó que buscaba en sus brazos un amor negado. Ahora, la imagen que tenía de su esposo estaba fragmentada.

Apenas se había detenido a pensar de dónde surgía esa maravillosa y casi idílica visión de su

persona; por qué la deslumbró igual que si hubiera visto el mar por primera vez. Pero era evidente que Calder sí estuvo reflexionando al respecto y había llegado a una conclusión legítima que no podía obviar, aunque le aterrara que pudiera ser cierta.

«Las frustraciones que arrastra desde la tierna infancia».

«La compasión que usted no recibió».

—Vuelves a tener esa cara —comentó con suavidad Denna. Acababa de entrar en el salón envuelta en un chal semejante al suyo—. Como ya conozco la causa, o más bien quién es el culpable, he estado pensando en ponerle título a tu expresión. ¿Qué tal suena «*Calbreada*»?

Beth sonrió sin enseñar los dientes y le hizo un gesto para que la acompañara.

Debía reconocer que todo había sido muy precipitado desde que llegó. Estaba tan ansiosa por encontrar su lugar en el mundo, por formar una familia y dedicarse enteramente a ella, que se había aferrado a todos y cada uno de los particulares que vivían en Cranston Castle. En cuestión de días había desarrollado una amistad muy cercana con una mujer que era un misterio para ella, y que siempre la sorprendía desmintiendo con todo descaro los embustes que le había contado la tarde anterior. En ese mismo periodo de tiempo, había florecido un sentimiento intenso por un hombre que a veces volcaba en ella una pasión desmedida y, otras, la castigaba con su forzada indiferencia. Aún no sabía si era una buena noticia que la facilidad para encajar en un nuevo contexto tenía su origen en la retorcida relación que mantuvo con su padre.

¿Un sentimiento tenía mayor o menor validez dependiendo de las circunstancias en las que hubiera surgido?

—Hace solo un par de horas estaba *caldeada*, que se parece más —siguió la broma—. Siempre me he considerado una persona tranquila y sensata, pero he explotado de una forma que habría despertado mi burla si la hubiese visto en otra persona.

—Dudo que seas capaz de burlarte de nadie. Eres una santa.

—Creo que soy capaz de muchas cosas —confesó en voz baja—, solo que hasta ahora no se me había presentado la oportunidad de acometerlas sin sentirme culpable. De todas formas, tienes razón. No habría despertado mi burla, sino mi condescendencia. Toda la vida he pensado que la gente que se deja llevar por sus impulsos e instintos más bajos debe permanecer al margen de la sociedad.

Denna le dirigió una mirada divertida.

—¿Quieres que nos mantengamos *más* al margen de la sociedad? En Lochranza viven menos de trescientas criaturas, y la mayoría aún no habla inglés.

Beth le dio la razón con un cabeceo sutil.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Puedes, pero yo podría no contestarla.

—Me arriesgaré. —Sonrió con suavidad—. ¿Alguna vez has idealizado a alguien?

Denna bufó.

—Fue la peor decisión que *no* he tomado desde que recuerdo. Es terrible que las cosas que más

dolor nos provocan sean las que escapen a nuestro control. Uno no elige de qué forma ve a la persona amada.

Beth la observó con atención.

—Entonces estás segura de que amaste a la persona idealizada. No crees que fuera un espejismo solo porque amaras su versión mejorada.

—Las pruebas de que lo amé están en todas las lágrimas que derramé, todas las noches que pasé en vela, todas las veces que rogué o grité hasta quedarme afónica. Que amara a alguien que al final no existió no elimina un sufrimiento que fue real.

Denna se había puesto a jugar con las cutículas de sus uñas pulcramente cortadas. Tenía unas manos delicadas y femeninas, aunque no como las que podían verse en los salones de Londres. Ella no era una refinada y paliducha debutante con facilidad para ruborizarse por un halago. Beth apostaba porque nada la haría sonrojar salvo una prolongada exposición al sol, y ni siquiera, porque tenía la piel de un suave tono canela que llamaba la atención en toda la isla. Era una mujer especial y no sabría decir por qué, al igual que no entendía por qué mirar a Calder disparaba toda una serie de sentimientos contradictorios que ni siquiera le había dado tiempo a cultivar.

—De todos modos —prosiguió Denna—, no puedes comparar a Blake con Calder. Ni tú puedes compararte conmigo. En mi caso fue fácil idealizar a un monstruo, pero en el tuyo... estás viendo a Cal tal y como es, Beth, y tiene mérito porque vive escondido detrás del retrato de su pérdida.

—Lo que tú ves como una virtud, a mí me parece un defecto. Ojalá pudiera arrancarme esta intuición que me dice quién es y me empuja a salvarlo de sí mismo. Así dejaría de sufrir cada vez que me topo con una pared.

—Calder tiene la cabeza más dura que una pared —bromeó—. Entiendo cómo te sientes, créeme. Pero no te rindas.

—Tú lo hiciste —dedujo.

Denna se quedó en silencio un instante.

—Era diferente.

Beth fue a preguntar en qué aspecto; no solo estaba ansiosa por continuar la conversación, alejándose así de los demonios que daban vueltas por su cabeza, sino porque quería desentrañar los misterios de la mujer que tenía al lado. Tuvo que dejarlo para otro momento porque Bonnibelle, con su rápido caminar, hizo acto de presencia.

Beth se puso en pie enseguida. Estaba preparada para disculparse porque el señor del castillo no se hubiera molestado en recibirla, cuando la muchacha la sorprendió con una buena noticia.

—Con permiso del señor Houston, usaré la calesa para traer algunos útiles que necesito para la extracción. También prendas y otros enseres para pasar todo el tiempo que ocupe su recuperación. No puedo trabajar sin la luz natural de la mañana así que esperaré a que amanezca para proceder.

Beth pestañeó, asombrada.

—¿El señor la ha recibido?

—¿Por qué no iba a recibirme? —rezongó.

—Quizá porque no le gusta que se dirijan a él con insolencia —sugirió Denna, retirándose una pelusilla invisible de la falda. Bonnbelle no perdió el tiempo con ella, y Beth no le dio mayor importancia a la pulla.

—Yo... Pensaba que... —Se sintió ridícula cuando un rubor de placer se extendió por sus mejillas. Las cubrió con dedos temblorosos, como si así pudiera ocultarlo. Una sonrisa de alivio y esperanza curvó sus labios—. Oh, Bonnie, ha dicho que se va a recuperar. ¿Es verdad? ¿Se pondrá bien?

La Reina pareció confundida al escuchar la versión reducida de su nombre. No reaccionó tan rápido como Beth asimiló el significado de una de las palabras que había usado: «extracción».

La sonrisa se desvaneció tan rápido como había aparecido.

—¿Va a amputarle la pierna? —musitó, turbada.

Pensó en cómo habría recibido Calder la noticia y se estremeció hasta los huesos. Había metido en su casa, y casi a traición, a una curandera que había resuelto que el dolor solo podría desaparecer mutilándolo. Si su tristeza e impotencia tenían semejante alcance a causa de sus dificultades al andar, no quiso ni imaginarse en qué se convertiría cuando se viera incompleto.

La luminosa voz de Bonnbelle se abrió paso en sus pensamientos derrotistas antes de que la angustia la absorbiera.

—Por supuesto que no. Su pierna tiene una herida abierta, un músculo perforado y, hasta hace poco, un hueso astillado por el impacto de la bala. Es un milagro que el señor Houston se mantenga en pie y haga el mismo ejercicio que cualquier hombre sano. Debería vivir desmayado por el dolor.

—Se desmaya con frecuencia por ese motivo —intervino Denna.

Beth le dirigió una mirada preocupada. Sintió unos irracionales celos hacia la relación que unía a su marido con la viuda. Ya no dudaba que compartieran una sencilla amistad, pero descubrió que ansiaba conocerlo tan bien como ella. La desazón de saber que estaba muy lejos de tener esa suerte no tardó en oscurecerle el ánimo. Él nunca permitiría que lo acompañara en los momentos más duros de su convalecencia. Ni tampoco le contaría cómo vivió los meses anteriores a su llegada.

El aguijón de la culpabilidad la apuñaló por la espalda.

«Te odio», le había dicho. Y se lo había dicho cuando no tenía ni una remota idea del sufrimiento al que llevaba expuesto desde hacía medio año. No solo el físico; también el desgaste emocional de haber perdido a un hermano al que sospechaba que no solo había perdonado, sino que aún amaba con locura.

—Mientras mantengáis apartado a ese trastornado y narcisista que ha estado haciendo de médico hasta ahora, la salud del señor Houston no correrá ningún peligro.

—Supongo que ese es Drew. No se me ocurren mejores adjetivos con los que describirlo.

El comentario de Denna se perdió cuando Beth avanzó hacia Bonnbelle y la tomó de las manos. Nunca había sido dada a las muestras de afecto, y aquello no era más que un gesto de

agradecimiento, pero de todos modos fue extraño que el corazón la hubiera impulsado a generar un acercamiento con una desconocida.

—Gracias —susurró—. Le debo mucho a usted... y a Lachlan. Fue el que la recomendó. De no haber sido por él, dudo que hubiera sabido de su existencia. ¿Qué puedo hacer para compensarla? ¿El señor Houston y usted han hablado del pago?

Bonnibelle le sostuvo la mirada con la determinación de un soldado.

—Aún no. Por el momento me doy por satisfecha con pasar una temporada en Cranston Castle. Lo único que deseo está justo aquí —anunció con vehemencia.

Beth alzó las cejas, sorprendida.

—¿Y de qué se trata?

—Tratando al señor Houston podré estar más cerca del señor Hawke.

—¿El señor...? —Beth se giró hacia Denna, que también parecía asombrada.

—Más adelante —decía Bonnibelle—, quizá, pida un sacrificio mayor.

—¿Qué clase de sacrificio

La Reina se dirigió a Denna y dijo, sin pestañear:

—Quiero que se aleje del señor Hawke.

La viuda pestañeó.

—¿Disculpe?

—Pretendo casarme con él algún día y usted supone un obstáculo en mis propósitos.

Sobrevino un silencio que, más que violento, estuvo lleno de confusión e incredulidad por las dos partes oyentes. Denna y Beth intercambiaron una mirada solo para asegurarse de que ambas habían oído lo mismo. Y si bien la muchacha sintió el impulso de echarse a reír para rebajar la tensión del ambiente, la única que sonrió sin mostrar los dientes fue la viuda.

—¿Y está el señor Hawke al tanto de su objetivo? —inquirió Denna con suavidad.

—No, pero eso ya correrá de mi cuenta. Lo único que tiene que hacer es dejarlo en paz.

Beth creyó que no podrían sorprenderla más, pero entonces Denna asintió.

—No seré ninguna molestia.

—¿Qué? —jadeó Beth.

—Jamás he tenido la menor intención de formar una familia con el objeto de su obsesión. De todos modos... —añadió, distante—, no sé cómo podrá evitar que el señor Hawke intente un acercamiento conmigo. Ha sido muy vehemente al expresar sus sentimientos hacia mí.

—Los sentimientos vienen y van, son tan variables como el tiempo. De los del señor Hawke me encargaré yo en su debido momento —zanjó Bonnibelle.

Denna sonrió sin rastro de ilusión.

—No irá a hechizarlo, ¿no?

—No es su asunto.

Beth no daba crédito. Miró a una y a la otra buscando en sus rostros algún indicio de broma; de que ya se conocían y la habían engañado con una enemistad fingida para dejarla de piedra con su

acuerdo. No obstante, solo encontró resignación y coraje respectivamente. Acababan de negociar delante de sus narices por el corazón de un hombre.

Uno que, por lo que sabía, ya tenía dueña.

Bien entrada la noche, Beth bajaba las escaleras esperando invocar el sueño que había interrumpido una extraña pesadilla. No soñaba con mucha frecuencia, pero cuando lo hacía terminaba desvelada.

Teniendo todo un castillo a su disposición, y sin poder volver a pegar ojo, se le había ocurrido dar un paseo por los fantasmagóricos pasillos. No supo que lo que en realidad estaba esperando era producir un choque fortuito con Calder hasta que se produjo.

Al pasar por delante de la puerta de una de las salitas más pequeñas y acogedoras, anexionada al salón principal, observó que las luces de un par de candelabros antiguos perfilaban el rostro severo de un hombre demasiado preocupado para dormir. Beth se detuvo justo en la franja entreabierta, lo bastante ancha para que su presencia fuera perceptible. Él parecía sumido en un pensamiento con el que no terminaba de congeniar. A pesar de lucir un ceño fruncido y una línea severa en los labios, y de tener muy presente cómo se habían despedido esa mañana, Beth se estremeció de placer.

Había algo en su silenciosa meditación con lo que se sentía identificada. A fin de cuentas, eran dos personas que no podían pegar ojo, obligadas a languidecer en la inmensidad de una isla porque no los querían en ninguna otra parte. Quizá ni siquiera los querrían allí, donde estaban.

La pregunta era... ¿Podrían quererse entre ellos?

Beth debió desearlo con fuerza, o por lo menos preguntárselo con verdadera intensidad, porque pareció captar la atención de Calder.

Ella no trató de ocultarse. Se mostró tal y como era, curiosa y a veces insistente, y también vulnerable a esas miradas que él le dirigía. Nadie podría negar que ese hombre podría abrigoarla con su pasión hasta borrar el invierno de su memoria.

—¿Qué hace deambulando por los pasillos a estas horas?

No sonaba ni inquisitivo ni demandante, sino como una excusa para iniciar una conversación que llevaba todo el día esperando.

Beth se decidió a entrar y cerró la puerta tras ella.

—Me gusta deambular cuando me desvelo. En casa lo hacía a menudo.

Una sonrisa amarga se le escapó al decir esa palabra.

«Casa».



—¿Y esa sonrisa? —quiso saber él.

—¿Cuál?

—La que ha esbozado ahora.

—Oh... Tonterías en las que pensaba.

Él se la quedó mirando con una petición implícita.

Beth suspiró.

—Una casa es algo más que un montón de ladrillos apilados —dijo—. Siempre lo he sabido y justamente por eso he sido infeliz, porque sabía que en mi habitación siempre haría frío.

En sus ojos melancólicos chisporroteó el entendimiento. No tuvo que decir que conocía la sensación. Tal vez él tuviera un hogar, pero se sentía un extraño dentro de sí mismo y eso también dejaba amplios vacíos en el alma. Más en su caso, porque había perdido algo que ya tuvo: seguridad y amor propio. Ella solo podía añorar lo desconocido.

—En esta también lo hace —anotó Calder. Con cuidado, se impulsó desde el respaldo y se quitó la chaqueta. Fue ahí cuando se dio cuenta de que aún estaba vestido. Le hizo un gesto a Beth para que se acercara y le cubrió los hombros. Pensó que nunca había sentido nada tan agradable como el resguardado calor masculino en un ofrecimiento cariñoso—. No conozco Lairmore Manor, pero creo que los castillos desvencijados y a oscuras pueden resultar terroríficos.

—Lo peor que podría encontrarme sería un fantasma, y siempre he pensado que deberíamos tener mayor aversión a los vivos que a los muertos. Este ambiente tan... misterioso me ayuda a pensar.

—¿En qué necesita ayuda para pensar?

Beth era consciente de que ambos actuaban como si la discusión no hubiera existido, como también sabía que no lo dejaría correr. Tarde o temprano, ese «te odio» seguido de crueles recriminaciones sería rebatido, pero no se atrevió a romper el breve momento de complicidad con un recuerdo amargo. Era obvio que él había reflexionado por su lado y no le guardaba rencor. Aunque no era su rencor lo que temía, sino que se lo hubiera creído.

Como si no quisiera espantarlo, tomó asiento en el sillón tapizado en terciopelo rojo de enfrente. Lo miró conteniendo el aliento.

Coloreado por los matices de las llamas del hogar, adquiría un aire de diablo y el encantador misterio de los que narraban historias a los pies del fuego. Y resultaba que uno de los pocos recuerdos hermosos que Beth conservaba, era precisamente el de un narrador contando sus andanzas durante una noche de hogueras. Calder generaba la misma impresión que los bailes de las vestales durante una fiesta pagana.

Era hipnotizador. Algo sacado de otro mundo.

—No suelo soñar, pero esta noche he visto imágenes muy vívidas mientras dormía y me gusta perder el tiempo preguntándome qué significa.

Calder levantó las cejas.

—¿Por qué? ¿Cree que le revelarán algún misterio?

Ella cabeceó.

—Durante un viaje a Londres con mis amigas de la academia, tuve la suerte de escaparme a los barrios menos recomendables y conseguir el buen augurio de una gitana —contó—. La mujer me contó que el mundo de los sueños es incluso más poderoso que la realidad, puesto que ahí se ocultan los profundos deseos del alma.

Los ojos de Calder despidieron un brillo intenso. No prestó atención al leño que se partía para seguir ardiendo en la chimenea.

—En ese caso me alegro de no dormir —murmuró.

—¿Por qué?

Él cruzó el tobillo sobre la rodilla.

—Nunca he tenido reparo satisfaciendo mis deseos inmediatos. Eran caprichos que surgían en un momento y remitían a mi hedonismo; nada comprometedor. En cambio, ocuparme de un deseo del alma me parece gran menester. El alma es una criatura insatisfecha que siempre ambiciona más de lo que puede abarcar.

—¿Lo dice por experiencia? ¿Ha tenido que lidiar con sus ambiciones?

Su mirada se intensificó sobre la de ella. Beth se abrazó a sí misma.

Era aterrador entender lo que él aún no había dicho, y también tremendamente emocionante.

—Ajá. Sabe Dios que estoy intentando domesticarla para que no sueñe con imposibles, pero me temo que es insubordinada por naturaleza.

Beth tragó saliva. Era consciente de cómo lo estaba mirando.

¿Estaba idealizando quién era Calder Houston? No albergaba esa sensación. A fin de cuentas, sabía que tenía delante a un hombre herido y no disfrutaba de su dolor. No veía romanticismo ni ninguna heroicidad en que se hubiera habituado a un sufrimiento inimaginable. Sabía que era tozudo, orgulloso y a veces cruel. Pero también que lo encontraba fascinante por la ternura que se intuía incluso en su anhelo más salvaje. La desenfundada lujuria que protagonizaba para él no era vana ni fruto de una experiencia corporal, sino de un alma cautiva por otra, lo que lo hacía demasiado pura para renegar de ella.

Sus sentimientos la conmovían de una forma que no era de ese mundo.

—¿Es eso lo que le tiene despierto? —inquirió con voz queda—. ¿Un deseo del alma que no está en su mano satisfacer?

Calder permitió que una sonrisa vulnerable asomara a sus labios.

No apartó la vista de Beth.

—Difícilmente podría pegar ojo cuando estoy conversando con ella —dijo con suavidad. La sonrisa se fue deshaciendo hasta que la suplantó una expresión seria—. Beth, sobre lo de esta mañana...

—No lo digas. No te interpongas entre nosotros. No ahora.

Calder negó.

—No iba a distanciarme. Solo... No pretendo que esto sea un consuelo, pero sufro mi tozudez

tanto como tú. Sabes cuál es mi límite y es aterrador verte tensándolo y destensándolo a tu antojo. Cada vez que te lo permito siento que me pierdo a mí mismo.

—¿Tu límite es que me preocupe por ti? ¿De veras pensabas que podrías tener una esposa que no quisiera cuidarte?

—La cuestión es que desearía que no tuvieras que cuidarme. Desearía que pudieras mirarme y verme como un hombre que te protegerá de todo, no alguien a quien tú debes consolar.

—Puedes protegerme de lo que más temo: la soledad. El vacío en el corazón. Pero parece que eso no es suficiente. Tienes que ser el gran hombre, el héroe capaz de intimidar con su cuerpo.

»Calder —dijo con suavidad—. Yo también desearía cientos de cosas, pero no puedo tenerlas y no por ello me amargaré cada día de mi vida. A veces hay que resignarse y ser feliz con lo que uno tiene.

Una emoción oscura centelleó en los ojos de Calder. Su rostro era inescrutable.

—Me niego a pensar que pueda faltarte algo. Quiero que tengas todo lo que desees. Lo que desees —repitió—, no lo que crees que quieres.

Beth lo comprendió.

—¿Crees que lo que siento por ti no es real?

Calder esperó un segundo antes de contestar.

—No soporto que me busques para cumplir un deber —admitió muy despacio, con la mirada fija en ella. Cerró los puños sobre los reposabrazos—. Haré lo que sea para garantizar tu felicidad, pero mi orgullo no me permite acercarme a ti sabiendo que me aceptarás por obligación.

Beth se levantó, acuciada por la repentina necesidad de reivindicarse.

—Por supuesto que no te acepto por obligación. —Se acercó a él con toda seguridad, esperando sonar lo bastante convincente—. ¿Quiero una familia, y quizá sea porque nunca la he tenido? Sí. ¿Quiero que alguien me ame? Sí, Dios mío. Son sueños que me han acompañado toda la vida y que he acallado alguna que otra vez por vergüenza. Pero ahora, cuando fantaseo, el hombre que me lleva en brazos tiene rostro.

Calder exhaló muy despacio.

—No podría llevarte en brazos.

—No me importa.

Para dejarlo más claro aún, Beth se sentó a horcajadas sobre su regazo. La chaqueta se escurrió por sus hombros y cayó al suelo emitiendo un quejido sutil.

Nunca había sentido tanta desesperación. Nunca pensó que sería tan extenuante tratar de convencer a alguien de algo que era evidente. Pero lo haría. Lo intentaría otra vez.

Tomó su rostro entre las manos y lo obligó a mirarla. Los indicios de barba le hicieron cosquillas en las palmas con las que acarició su cara.

—Puedo entender que sientas que amas al hombre que eras antes. Lo conociste y sabes mejor que nadie cuáles eran sus virtudes —susurró—. Y puede que fueras un ángel una vez... Pero yo

solo he tratado al hombre que tengo delante, y para mí, es suficiente. No echo de menos al otro, no anhelo nada distinto... Por mí es más que suficiente.

Calder desplazó la mirada a sus labios entreabiertos. Beth jadeaba sin saber por qué, quizá porque un sollozo quebrado acechaba detrás de una confesión que necesitaba que atravesara su armadura. Él también estaba alterado. Respiraba profusamente y parecía hacer un gran esfuerzo por no besarla.

—Créme —rogó con un hilo de voz, un segundo antes de tomar sus labios.

Un torrente de emociones la desbordó al volver a encontrarse con ese sabor tan especial. Era un hombre lo que había entre sus brazos; uno con un talento encomiable para convencerla de abandonarse completamente. Se bebió las duras respuestas de sus besos con un ansia salvaje. Él la necesitaba y no había conocido a nadie que pudiera hacérselo saber solo estrechándola contra su cuerpo.

No importaba lo que había sufrido. A pesar del dolor, sus pasiones habían permanecido intactas, como si hubiesen sabido que ella estaba por llegar para disfrutarlas todas.

—Bésame... —atinó a murmurar entre su tortura.

Calder hundió los dedos en su pelo y ladeó la cabeza para dominar una boca que ya era suya. Se había rendido antes de empezar a luchar: a sus caricias, a esos tirones que eran señal de lujuria desesperada. Beth perdió todo juicio y contención y contorsionó las caderas sobre él. Una explosión de fuego y pasión se adueñó de ella, y empezó a moverse como si fuera a perderlo después. Sus manos lo exploraron ansiosamente; recorrieron el cuello enhiesto, el pecho armado en bronce, los tensos brazos con los que la sostenía posesivamente. Beth descendió a su garganta y allí llovieron besos que se convirtieron, al final, en un mordisco. No quería marcar solo una posesión, sino donde pretendía levantar su hogar.

—Acéptame...

Calder gruñó algo en gaélico y metió las manos debajo de su camisa. Recorrió sus muslos desnudos con los dedos. Toda la piel se le puso de gallina, y a través de la fina tela del escote se transparentaron las cimas de sus pechos. Calder hundió la cabeza entre ellos y atrapó un pezón entre los dientes sobre el delicado satén.

Beth echó la cabeza hacia atrás y jadeó.

—Quiéreme —suplicó entre suspiros.

Calder no contestó, pero clavó las uñas en la carne firme de sus muslos, confirmando que había entendido el mensaje y le emocionaba tanto como a ella. La cabeza de Beth daba vueltas con la vorágine de besos, apretones y mordiscos; de lamidas delicadas y succiones profundas que tonteaban con el umbral del dolor. Y entre todo eso, la pulsión urgente de su duro miembro consiguió cobrar protagonismo.

Beth se encontró con la mirada salvaje de Calder, que la tenía agarrada como si no quisiera que se escapara. Su pecho, ahora descubierto por el afán explorador de Beth, subía y bajaba igual que si hubiera corrido una maratón.

—Déjame —murmuró.

Él no dijo que sí, pero sus ojos emitieron un destello peligroso fácil de interpretar como una afirmativa.

El instinto guio su mano segura bajo el sencillo pantalón masculino. Algo dentro de ella se estremeció de puro placer al sentir bajo la palma una ardiente solidez. De inmediato quiso sentirla piel con piel; desanudó el cordón y rodeó su envergadura, su labio atrapado entre los dientes. Beth suspiró al tocarlo, y su cuerpo onduló como si lo estuviera reconociendo y ya pudiera imaginarlo dentro de ella.

El mismo impulso ancestral que hacía arder su piel le enseñó a acariciarlo de arriba a abajo. No podía creer la inmensa satisfacción que estaba experimentando con algo que no remitía sobre su propio cuerpo: el ronroneo de Calder era mejor que el suyo, y sus jadeos en la oreja despertaron un lado vanidoso y descocado que no sabía que tuviera.

—Me gusta cómo se siente —susurró—. ¿Te gusta a ti cómo se siente...?

Calder la miraba como si quisiera lanzarse sobre ella y comérsela de un bocado. Enrolló su melena oscura en la muñeca y la acercó a sus labios para darle un beso que la ruborizó hasta los dedos de los pies, compuesto de saliva e impotencia. Beth estaba decidida a descontrolarlo. Curvó los dedos sobre la erección y lo agarró con más fuerza. Aumentó el ritmo hasta que la respuesta de Calder se le hizo irresistible y decidió llevar más lejos su provocación.

Le costó que la soltara, y cuando lo hizo, tuvo que volver a cogerla de la mano para que no se tropezara al ponerse en pie. No había contado con que sus piernas débiles no aguantarían el peso que las caricias habían dejado sobre ella, pero no necesitaba equilibrio. Se arrodilló ante él, sin despegar los ojos de los suyos, y le acarició la pierna desde la rodilla hasta la ingle. Sus dedos tontearon sobre su bajo vientre hasta que volvieron a agarrar el miembro por la base.

—Beth... —masculló entre dientes.

No esperó a que terminara. Beth empujó la erección hasta el fondo de la garganta y no se separó hasta que no hubo asegurado que la larga succión al retirarse dejaba un rastro de humedad. Cualquier duda que pudiera haber tenido se disipó al oír la maldición temblorosa de Calder, que enseguida la cogió por el pelo y la animó a repetirlo. Beth se forzó a abrirle más espacio en la garganta, y cuando no pudo más, se apartó; llenó la punta salada de besos y suaves lamidas antes de volver a encajarlo en la campanilla. Aunque una arcada la sobrevino, no se detuvo. Se guiaba por la reacción de Calder para darse brío, y esta no podía ser más deliciosa. Al elevar la mirada hacia él y verlo sofocado, se dio cuenta de que todo cuanto ansiaba era que fuese suyo. Esa ansia creció y se llenó de matices. Quería que su cuerpo le perteneciera, que su corazón latiera por ella; quería que la poseyera con la misma desesperación que iba a hacerla estallar tarde o temprano.

Calder la apartó cuando supo que iba a hacerlo. Tomó a Beth por debajo de las axilas y la retiró antes de llegar a un clímax que sobrepasó todas las expectativas. Observó, maravillada, cómo echaba la cabeza hacia atrás y se abandonaba a un placer que ella le había proporcionado. *Solo ella.*

Aun visiblemente exhausto, y en cuanto volvió en sí, Calder ayudó a Beth a levantarse y la sentó sobre su regazo con las piernas separadas. La miró a los ojos un segundo, abrumado por una emoción demasiado grande para caber en esa habitación.

—Tú eres... —jadeó.

Beth esbozó una sonrisa temblorosa.

—He oído por ahí que nunca se debe hacer caso a un hombre cuando hace cumplidos o promesas después de un momento como este.

—¿Y has oído también cómo hacer lo que has hecho?

Beth se mordió el labio.

Quiso decirle la verdad, pero la vergüenza la frenó. Él tuvo que darse cuenta de que algo la coartaba, porque la acomodó sobre su pierna funcional y la rodeó con los brazos.

—Dímelo —pidió.

Ella esbozó una sonrisa temblorosa y se pasó la mano por la frente sudorosa.

—No quiero que cambie la idea que tienes de mí.

—Jamás. —Beth se quedó en silencio, esperanzado que lo olvidara. No tuvo esa suerte—. Beth, habla conmigo.

La petición, pronunciada en tono paciente, la desarmó.

Tragó saliva.

—No es la primera vez que lo hago.

Esperó de todo corazón que no hubiera oído su confesión, pero supo que lo había hecho cuando lo notó tenso. A modo de respuesta, ella se tensó también.

—¿Alguien te forzó?

Aunque supuso todo un esfuerzo, Beth le dirigió una mirada de arrepentimiento.

Negó con la cabeza.

Él seguía tenso.

—¿Lo amabas?

Ella agachó la barbilla.

—No amaba a ninguno de ellos. Pero quería que ellos me amaran a mí.

Siguió un profundo y violento silencio que le chirrió en los oídos.

Beth se forzó a quedarse donde estaba. No estaba orgullosa de su libertinaje y merecería cualquier reproche relacionado con su mojigatería inicial, cuando tuvo el valor de ofenderse cuando él insinuó que pudiera no ser pura. Sin embargo, llegó un momento en el que ese mutismo pudo con su entereza.

Fue al intentar levantarse cuando él la afincó donde estaba.

—¿Qué edad tenías?

Ella estuvo a punto de gritar que no le hiciera más preguntas.

—Dieciséis... diecisiete... No sabía lo que estaba haciendo, solo sabía que ellos disfrutaban y me ganaba su aprobación. Luego descubrí lo que significaba por una conversación que escuché

entre dos doncellas, y... era tarde para cambiarlo.

»Yo solo quería... —Se mordió el labio inferior. El frenesí había sido sustituido por un nudo en la garganta y una profunda sensación de vergüenza—. Supongo que buscaba atención. Siempre me he sentido una extraña de la que todos recelaban. Estaba desesperada por darles motivos para quererme.

Calder apoyó la barbilla en su hombro y apartó el borde del camión para posar sus labios contra la piel cálida.

—¿Te he decepcionado? —musitó.

Beth se quedó helada al darse cuenta de que la aterraba una respuesta afirmativa. Él la acunó contra su pecho antes de emitir un débil suspiro.

—Al contrario. Cuanto más sé de ti, más me decepciona el mundo. —Hizo una pausa pensativa. Sonó particularmente agradable, como haciendo un esfuerzo por no meter la pata—. ¿Has hecho algo más?

Beth apoyó la mejilla sobre su hombro.

—Si lo que te preguntas es si aún soy doncella... sí. Incluso cuando estaba siendo irracional intentaba mantener la cabeza fría. No iba a permitir que nadie arruinase mi oportunidad de formar una familia.

Él vaciló antes de continuar su interrogatorio.

—¿Nadie te ha tocado?

—No.

—¿Y quiénes eran ellos?

—Muchachos de la zona. A ninguno le convenía difundir lo que había pasado entre nosotros por mi condición de dama... y por las represalias que mi padre pudiera tomar.

—No deberían haberte permitido que lo hicieras.

—Quizá no. Pero entonces habría insistido. Era libre de hacer cuanto quisiera sin tener que responder ante nadie. El problema era que no estaba segura de quererlo. Solo... necesitaba sentir a alguien cerca.

Calder la estrechó contra su cuerpo. La calidez familiar que desprendía apaciguó todos los males de su conciencia. Beth envolvió su cuello con los brazos.

—¿Me sientes tan cerca como necesitas? —preguntó él en voz baja. Ella tembló de satisfacción y le rozó el lateral de la garganta con la nariz.

—No. Quiero estar más... más cerca.

»Quiero estar aquí. —Y apoyó la palma sobre su pecho.

Calder inhaló profundamente.

—Mi corazón es como este lugar. Un castillo en ruinas que una vez, no hace mucho, fue glorioso. Ahora solo mantiene una cualidad de su pasado: es inexpugnable.

—Eso solo significa que quienes quieran asaltarlo lo tendrán difícil, pero yo no quiero asaltarlo. No quiero colarme como una bandida, ni robarlo. Solo quiero entrar.

Al exhalar, Calder hizo bailar algunos mechones de su pelo.

—Es un lugar muy oscuro para ti, *mo beathadh*.

—Pues correré las cortinas y abriré las ventanas.



Bonnibelle corrió las cortinas y abrió la ventana de un enérgico movimiento. La luz gris de una mañana lluviosa inundó la habitación.

Calder se removió con incomodidad en la cama al fijarse en el instrumental que Haye había facilitado, muy a regañadientes, para la extracción de la bala. La Reina había explicado el procedimiento unos minutos antes de dejar junto al estuche unos cuantos tarros con sustancias por definir. Lo único que había salvado a Calder de estremecerse de pavor y enterrar en preguntas dudosas a la cirujana fue la mirada de asco que Haye dirigió a los frascos de cristal.

—Este lugar huele a humedad —se quejó Bonnibelle, con la naricita arrugada.

—Debe ser por el clima templado de Escocia —comentó Haye, casi en la otra punta de la estancia. Estaba entretenido haciendo un recorrido por la colección de la Reina—. Lluve unos doscientos días al año.

—O a lo mejor tiene algo que ver la estremecedora frialdad de la gente con la que el señor Houston se codea —replicó—. Señor, si me permite una sugerencia, le recomiendo abrir las ventanas para que corra el aire. Incluso que salga con más frecuencia a respirar. El encierro no beneficia a ningún enfermo, independientemente de cuál sea su dolencia.

—¿Sostiene que la naturaleza ayuda a curar enfermedades? —inquirió Haye con un fingido tono curioso. Cogió un tarro y lo sopesó con la boca torcida.

—Por supuesto que sí.

—¿Incluida la demencia? Recientemente he tropezado con una mujer que manifiesta un severo problema mental.

Ella lo miró con interés.

—¿Qué síntomas presenta?

Haye le dirigió una mirada aburrida.

—Va por ahí autoproclamándose «reina».

—Drew —masculló Calder—. Haz el favor de reservarte los comentarios para un momento en el que no supongan una molestia. Como ves, me encuentro en una situación delicada.

—Si quiere que se marche, estoy de acuerdo. No lo necesito para hacer mi trabajo. Operaremos con rapidez y luego lo dejaremos descansando.

—Creo que por la cuenta que me trae, más me vale tener aquí a Haye —murmuró.

—Por supuesto. —Bonnibelle terminó de frotarse las cutículas de las uñas—. Después de atenderlo tengo que ir al pueblo a ver a otro paciente, y no tendría tiempo para curar un orgullo masculino herido.

—Es un mal del que gustosamente moriría si usted fuera la única hechicera del condado.

—Oh, créame, moriría. Esa dolencia solo puede curarse con una dosis de halagos diaria, y no estaría dispuesta a proporcionárselos.

Calder suspiró y dejó caer la cabeza sobre la almohada. Cualquier detalle fuera del orden habitual de su alcoba alentaba el horror de lo que estaba a punto de suceder; cerrar los ojos y fingir que no había un par de chalados preparándose para salvarle una pierna que ya estaba más que perdida parecía la mejor opción. Se esforzó por desoír el intercambio de pullas, el tintineo del material, los frascos acristalados y el frufú de la falda de Bonnibelle al ir y venir de un lado para otro. En su lugar trajo a su pensamiento un recuerdo más grato y se recreó en su placentero resultado.

No había podido saborear el dulce abandono y la sensación de plenitud con los que Beth había sacudido su mundo, pero mientras la tuvo en sus brazos se pudo hacer una idea de lo que sería vivir sin preocupaciones. Estaba a punto de encarar una intervención médica que podría resultar en un hombre desangrado en su propia cama... o que quizá tuviera un final feliz. Y, por si acaso las cosas se torcían y los dos orgullosos se olvidaban de él para discutir a viva voz, solo se le ocurría reproducir la intimidad de la noche anterior para marcharse del mundo con una hermosa imagen. Beth había descansado en sus brazos para hacer de la vida algo excitante en su simplicidad.

Antes de que apareciera en la biblioteca estuvo ponderando los inconvenientes de ponerse en manos de una curandera. Haye no era la palabra más fiable entre sus socios y amigos, pero lo había tenido muy en cuenta a pesar de ser el único en contra de la alternativa a la eterna convalecencia. Denna y Carmichael reaccionaron con gran optimismo a la propuesta, y si bien Lachlan no estaba allí para avalar la operación, lo conocía lo suficiente para saber que lo habría apoyado con los ojos cerrados. Pero aunque sabía que gran parte de la oposición de Haye estaba íntimamente relacionada con su desprecio a los métodos menos ortodoxos de una mujer —o a la mujer en sí misma—, no podía evitar dudar.

¿Por qué había accedido? Quizá unos meses antes lo hubiera permitido sin pensarlo dos veces, pero ahora el pesimismo tomaba las decisiones por él. Habría jurado que no existía cura, e incluso en ese momento en que todo estaba dispuesto para comenzar, veía en los ojos de Haye que casi seguramente fracasarían. Y no hacía mucho tiempo habría celebrado una muerte prematura a manos de otros. Así le hubieran evitado hacerlo por su cuenta, y que luego lo recordaran como un cobarde sin sentido de la responsabilidad. Pero ahora pensaba en la muerte y, si bien la idea de refugiarse en sus brazos seducía a una recóndita parte de sí, casi todo él reaccionaba con alarma. Ahora sabía que se podía hallar cierta tranquilidad incluso en un estado tan indeseable. Tenía a Beth. Y aunque supiera que no sería para siempre, porque no había dejado atrás sus propósitos de enviarla a un lugar mejor, el simple conocimiento de que alguien como ella dejaba su estela en el

mundo suponía un consuelo esperanzador.

Unos toques a la puerta le hicieron abrir los ojos.

Como si la hubiera invocado, Beth apareció con un vestido al bies ribeteado en dorado y con mangas abullonadas hasta las muñecas. El escote a la barca lucía con orgullo las finas formas de sus clavículas.

Una vez más, su belleza celeste lo hizo sentir desamparado e insuficiente.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con voz ronca.

Ella se acercó al borde de la cama y se sentó a su lado.

—Sé que no necesitas compañía y que pasarás la mayor parte del tiempo durmiendo, pero me gustaría estar a tu lado mientras dure... —Miró dudosa a Bonnibelle—. El procedimiento.

Se le aceleró el pulso.

—No —gruñó—. No quiero que estés presente.

La decepción asomó a sus ojos como si hubiera accionado un mecanismo, porque eso era justo lo que hacía: meter el dedo en una herida que no solo era reciente, sino que ella llevaba sufriendo desde que tenía uso de razón.

—No tiene que ver contigo —explicó en voz baja. Buscó su mano y le acarició el dorso con el pulgar—. Es solo que no deseo que veas todo esto. Apuesto porque será desagradable y nada apropiado para una mujer.

—Si la razón por la que me apartas es que pretendes proteger mi susceptibilidad, he lidiado con cosas mucho peores que una herida de bala.

—¿Como qué?

—Un marido obtuso.

A su pesar, Calder esbozó una sonrisa.

—Por favor, Beth —pidió—. No estaré tranquilo si sé que te encuentras en la habitación. Busca alguna forma de entretenerte mientras tanto.

—Cuando despiertes, me dirás que no estarás tranquilo si sabes que estoy cerca de ti en un momento vulnerable. No sé si sabrás que no hay entretenimiento suficiente en este mundo para abarcar todo el tiempo que querrás mantenerme al margen.

Su respuesta no le sorprendió; sonó tan moderada y a la vez mordaz como siempre. Pero sí le dejó asombrado que lo hubiera calado tan rápido. No se había parado a pensar en cómo actuaría si alcanzaba a recuperarse. Era obvio que ella sí, y debía reconocer que acertaba de lleno. La echaría de sus aposentos mientras no estuviera visible.

—Ya negociaremos si deseo tus cuidados de enfermera en un futuro. Ahora, por favor... Márchate.

Beth le dirigió una mirada tranquila antes de inclinarse sobre él para depositar un beso sobre su mejilla. El gesto fue una sencilla excusa para acercarse y susurrar:

—Si me quedo, no lo sabrás porque estarás dormido.

Él respondió en el mismo tono, con la boca pegada a su oído.

—Claro que lo sabré, *mo beathadh*. Te huelo, te siento y te veo incluso estando dormido.

Ella se estremeció sutilmente y se retiró con un ligero rubor en las mejillas.

—Supongo que mientras te proteja la Beth de tus sueños no hay de lo que preocuparse.

—Sí que deberías preocuparte; puede que me quede con ella y nunca más regrese.

—¿Te quedarías con una copia mía existiendo yo?

—En mis sueños no me quedo con una copia tuya; tú te quedas con el Calder original. Son dos cosas diferentes.

—Entonces serías capaz de dejarme en manos de otro hombre.

—Mientras fuera uno entero y divertido...

Su enhiesto cuello se tensó al tiempo que sus hombros se rizaban, indignados por la puntualización. Normalmente controlaba sus reacciones con la maestría de una actriz, pero parecía que desde el día anterior ya no quería comportarse con la mesura esperada en una dama.

—No se puede negar que el Calder que tengo delante no intente bromear —respondió, sosteniéndole la mirada—. Aunque haya hecho un comentario de pésimo gusto, no dudo que a algunos les hará gracia su humor autodespectivo.

—Cuando encuentres a esos «algunos», tráelos ante mí. Quizá si me explican el chiste acabo riéndome con ellos.

—Me alegro de que coincidas conmigo en que solo dices bobadas. —Se levantó y alisó las arrugas de las mangas—. Espero que la Beth onírica te proteja de ti mismo. Lo necesitas.

Calder echó un vistazo rápido a los dos especialistas. Tanto la Reina como Haye ultimaban los detalles por su cuenta, tan lejos el uno del otro como se lo permitía la habitación y en completo silencio. Ninguno de los dos mostraba signos de estar pegando la oreja a la conversación. Conociéndolos un poco, imaginaba que no les importaría un carajo.

Miró a Beth, que no se había movido del sitio.

—Lo bueno de esa Beth es que no tiene que protegerme de nada porque soy invencible.

—Pues me alegro de no ser ella —añadió, dándose la vuelta—. Me aburriría sobremanera estar casada con un héroe. Todas las victorias las celebraría él, y a algunas nos gusta ser protagonistas de vez en cuando.

—Eres la protagonista de mis pensamientos. ¿No es suficiente para ti?

Ella le dirigió una mirada enigmática.

—No, señor Houston... A menos que pretenda hacer sus pensamientos realidad.

Se marchó dejando esa frase en el aire. Calder siguió la estela de su vestido y se quedó pensativo, repitiendo para sus adentros el eco de la puerta al cerrarse. Incluso el chirrido de las bisagras sonaba diferente cuando era Beth la que se iba; le parecía que gritaban, que se quejaban. Que no querían que se marchara, igual que él. Pero era demasiado orgulloso para pedirle que sostuviera su mano, y maldita fuera, porque ella lo sabía y lo había abandonado por ser incapaz de pedirlo. Justo lo que merecía.

—Bueno —carraspeó Bonnibelle—. Si no hay ningún inconveniente, empezamos.

Un escalofrío de anticipación le recorrió la espina dorsal.

—Hay un inconveniente de metro cuarenta y cinco, pero mientras no se vuelva un problema crónico no usaré la suela de mi zapato —comentó Haye, que se acercó con uno de los frasquitos que eran la razón de ser de Calder—. Esta es la dosis para relajarte.

Bonnibelle ni siquiera lo miró al comentar:

—Esa cantidad bastaría para tumbar a un hombre de su tamaño, pero después del envenenamiento al que Haye lo ha sometido durante meses, no me extrañaría que fuese inmune a sus efectos.

Haye fue a responder, pero Calder se aseguró de que se callara. No iba a aguantar el menor antagonismo mientras su vida dependiera de la compenetración que demostrasen, y se encargó de dejarlo patente con una mirada hostil. Bonnibelle también debió comprenderlo, porque no insistió en sacarlo de quicio y lo instó a beberse el líquido. Lo hizo de un trago, ansioso por acabar lo antes posible. Como siempre, el láudano lo meció en su agradable somnolencia hasta que fue incapaz de discernir lo que sucedía a su alrededor. Sus pensamientos se diluyeron junto con cualquier voluntad y quedó a merced de la competencia de alguien en quien confiaba por desesperación.

Solo Dios sabía lo que saldría de allí durante el tiempo que estuviera entre la consciencia y el delirio.

Rogaba porque fuera solamente una bala.

Lo primero que notó al abrir los ojos lentamente, ya bien entrada la noche, fue un dolor agudo que estuvo a punto de hacerlo chillar. Suponía que eso significaba que estaba vivo y que el procedimiento había concluido con éxito, pues tanto Bonnibelle como Hays coincidieron en que la recuperación no sería agradable de experimentar. Pero aún afectado por el láudano, no pudo recordar enseguida aquello de lo que habían hablado. El pánico lo invadió y se quedó paralizado durante unos minutos que parecieron eternos. Miles de preguntas lo acribillaron sin compasión. Sentir la pierna significaba que no la había perdido, pero ¿a qué coste? ¿Habría salido bien? ¿Por qué no había nadie a su lado, alguien que pudiera responder sus dudas...? Abrió y cerró la boca varias veces, impotente, porque no llegó a articular palabra.

En el fondo sabía que no habría servido para nada. Que las cosas no cambiarían.

Al final, más por supervivencia que porque se hubiera hecho a la idea de que todo marchaba correctamente, se relajó bajo las sábanas. Inhaló hasta que el aire le picó en los pulmones y exhaló con lentitud, paladeando cada aliento que le recordaba que estaba vivo.

Dios, por un momento había pensado que moriría. De hecho, lo pensó en muchos momentos. Y ahora se alegraba de que no hubiera sido así, aunque el dolor le hubiera nublado la vista y amenazara con volverlo loco.

No se volvió loco. Conforme pasaron los minutos, se fue haciendo la luz. Su visión se aclaró y pudo moverse sin que un mareo lo inmovilizara.

Lo primero que hizo fue dirigir una mirada a la ventana abierta, por la que corría una brisa nocturna no tan refrescante como simplemente gélida, pero no se habría levantado a cerrarla ni aunque hubiera podido. Gracias a eso, la habitación estaba impregnada del característico olor a tierra mojada, ligera humedad y brezo que se respiraba en las laderas de su patria. Si cerraba los ojos, podía imaginarse tendido en la hierba de la llanura por la que antes cabalgaba como alma que lleva el diablo. En la que se revolcaba, siendo adolescente, con la que sería por unos días «el amor de su vida». En la que había dormido, reído, peleado y soñado con su hermano Blake antes de que el mundo se pusiera en su contra. Antes de que se convirtiera en un ser oscuro por un motivo que desconocía.

A pesar del amargo recuerdo, el ánimo de Calder no se oscureció. Siguió pensando en las virtudes de Blake y los buenos momentos juntos, en las intrépidas aventuras y los cientos de

apuestas de «quién bebía más». A fin de cuentas, ese Blake Houston divertido, con un sentido del humor irreverente y una expectativa de futuro que se extendía más allá de la isla, pertenecía a ese pasado que añoraba. Ese en el que Calder se quedó atrapado durante unos felices minutos, con los brazos laxos a cada lado del cuerpo y una sonrisa de bendito.

Los vestigios del láudano impedirían que recordara la culpabilidad y la obligación de mortificarse por Blake, al menos por un buen rato. Mientras, se veía a sí mismo redescubriendo la vida desde la memoria, viviéndola a través de ese sinfín de buenos recuerdos que hasta entonces no se atrevió a recuperar.

Lamentablemente no le duró mucho. Se abrazó a la fantasía, y cuando la fantasía se marchó junto a los restos finales del sedante, se quedó a solas con el dolor. Era un dolor nuevo, más punzante, y que significaba esperanza... pero dolor, a fin de cuentas.

—Señor Houston.

La vocecilla exigente de la Reina lo trajo a la realidad con la mirada borrosa. Pestañeó varias veces antes de enfocar la mirada en su rostro. Las suaves ondas del cabello dorado caían suavemente sobre sus hombros.

—Es un ángel —balbuceó.

Alguien bufó.

—El ángel de la muerte —se burló una voz que le sonaba conocida.

—¿Cómo se siente? —preguntó el querubín.

Calder notó la boca pastosa al hablar.

—Necesito... láudano.

—De ninguna manera. Y a usted ni se le ocurra replicar —añadió, dirigiendo una mirada hostil a alguien que se mantenía unos pasos detrás de ella—. Bastante daño le ha causado ya ese tratamiento tan agresivo. De ahora en adelante prescindirá totalmente de los derivados del opio.

—¿Cómo pretende que sobreviva al dolor? —masculló Haye.

Sí, era Haye. Andrew Haye.

Calder no consiguió ubicarlo.

—Con fuerza de voluntad y el aceite de una planta que le suministraré durante la próxima semana y media. No le he salvado la pierna para que ahora eche su vida a perder con una peligrosa adicción.

—¿Qué planta?

—¿Por qué...? —Calder se aclaró la garganta—. Duele incluso más que antes.

—Por supuesto que le duele. Tiene el músculo desgarrado y la herida dañada por las curaciones del señor Haye. He tenido que dejarle una parte inflamada sin coser para que drene en el caso de infectarse. El dolor es a causa tanto de la intervención como de la incompetencia de su médico.

»Seguirá con la pierna en alto para evitar que esta inflamación vaya a peor. Le he aplicado una cataplasma con un poco de miel y té de hierbas en un lado. Habrá que quitársela para bajar la

temperatura de la herida y evitar la inflamación, y por supuesto para reducir la humedad y así pueda secarse y posteriormente cicatrizar. Vendré a hacerle un masaje con aceite de árnica para suavizar el dolor del desgarro muscular.

—¿Y Haye? —balbuceó—. ¿Qué hará?

—Con suerte, quitarse del medio —respondió, desdeñosa—. Ahora tengo que visitar a otro paciente. Estaré de vuelta a tiempo para suministrarle la primera dosis de cáñamo.

—¿Cáñamo? —repitió Haye—. Menos mal que no quería usted convertir al señor Houston en un adicto. Y ¿de dónde ha sacado la planta? Por lo que sé, crece en Asia.

—Eso no es de su incumbencia.

Con tanta dignidad que la desbordaba, Bonnbelle se apartó de la cama. Avisó que iría a buscar a la señora, comentario que Calder no escuchó por andar pendiente de dónde se había escondido Haye para que no lo viera. Observó que se marchaba detrás de ella, con la promesa de que volvería cuando estuviera preparado para una conversación.

Ya se imaginaba qué tipo de charla los esperaba. Entre ese compendio de defectos que definían a Andrew Haye, destacaba una arrogancia que Calder siempre había pensado que podía permitirse. Era brillante, o eso creyó. A la vista estaba que no era tan competente como creía, algo que aparentemente había sorprendido tanto a Calder como al propio Drew. Pensó vagamente en lo que Bonnbelle había insinuado la tarde anterior. ¿Tendría algún sentido que le conviniese tenerlo drogado? Desde luego, muchos de sus comportamientos corroboraban la teoría, empezando porque no apoyara la idea inicial de prometerlo en matrimonio con una mujer. Según Lachlan, había sido el único en no ver del todo claro que se casara con Beth, y el que la trataba con cierta displicencia. Claro que ese era el trato que cualquiera recibía por parte de él, fuera quien fuese, pero...

Calder sacudió la cabeza para no pensar en ello. No estaba en condiciones de dismantelar una conspiración.

Ladeó la cabeza hacia las pocas velas prendidas. Bonnbelle había optado por crear un ambiente cálido; había conseguido dotar a la habitación de ese aire de intimidad que ayudaría a Calder a reconciliarse consigo mismo. Gracias a la llama de los estrechos cirios, ubicó sobre la mesilla algo que captó su atención.

Calder estiró el brazo y cogió la bala limpia entre el dedo índice y el pulgar.

La observó con una mezcla de desconcierto y burla hacia sí mismo. Bonnbelle había dejado claro más de una vez que lo que generaba ese intenso dolor no había sido el proyectil en sí, sino el daño que había causado. Pero Calder no pudo evitar reírse de pura incredulidad. Una bala insignificante, más pequeña que la yema de su pulgar, había arruinado su vida.

Él la engulló en el puño cerrado. La desazón de una nueva y desagradable conclusión le dejó un regusto amargo en la boca.

En realidad, nunca se había tratado del disparo, sino de quién apretó el gatillo.

—Ya estás despierto —suspiró Beth, aliviada.



Calder se sobresaltó.

El mismo miedo que le había sobrevenido al pensar en la muerte lo azotó de nuevo, solo que entremezclado con la vergüenza. Se giró a tiempo para ver cómo ella se acercaba a la cama. Llevaba un sencillísimo vestido de algodón gris, que parecía más de doncella que de señora del castillo, y un libro bajo el brazo. En sus ojos azules se desbordaba una emoción que consiguió hacerle un nudo en la garganta.

—Beth...

—¿Qué? ¿Vas a pedirme que me vaya?

Sonó incluso agresiva. Territorial.

Calder suspiró. Todo cuanto quería era que se acostara a su lado, pero ella no tenía por qué padecer lo mismo, ni verse privada de su ocio o futuro perfecto por él.

Dios santo... ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que pudiera levantarse? ¿Tendría que pasar en cama otros tres meses, acompañado de esa asquerosa sensación de suciedad y putrefacción?

Tragó saliva y la miró, turbado.

—No quiero que me veas así... Débil y enfermo.

—Eres débil y estás enfermo —respondió con seguridad—. Y lo eres y lo estás porque recibiste un balazo en una pierna y no te han extraído el proyectil hasta hoy. Tienes un músculo rasgado y hasta hace poco un hueso astillado. Nadie, Calder... Nadie en tu lugar podría ser un héroe.

Eso no era lo que un hombre quería escuchar de los labios de su mujer cuando estaba al límite. Si pudiera poner palabras en la boca de Beth, serían todas una gran mentira, y no la imaginaba fingiendo para hacerle feliz. Tampoco quería que expresara la opinión de otro. Quería que dijera su verdad, y gracias a eso, gracias a esa independencia que iba ganando, Calder empezaba a darse cuenta de lo ridículo que estaba siendo al intentar luchar contra lo evidente. No podía actuar como si fuera un hombre sano, ni podía pedirle a Beth que lo respetara como habría respetado al antiguo Calder.

Tal y como ella dijo... Nunca lo conoció.

—He venido a leerte y a estar contigo —anunció—. Si no te gusta la novela que he elegido, puedo bajar a por otra. Si se te ocurre otra faena con la que entretenernos hasta que vuelvas a coger el sueño, la haremos; estoy abierta a sugerencias siempre y cuando no conlleven que nos separe una pared.

Calder ladeó la cabeza hacia ella. Se había acomodado en la silla colindante como si estuviera enfadada con el asiento. Abrió el libro con un movimiento airado y le echó un vistazo rápido a la primera página antes de intercambiar una mirada retadora con él.

«Atrévete a echarme. Solo inténtalo».

El corazón se le llenó de esa calidez familiar que a veces sentía que podía asfixiarlo.

—¿Qué has traído? —preguntó, atragantado con su propia emoción.

—*Pamela o la virtud recompensada* —respondió, aún a la defensiva—. Es uno de los pocos

libros que he traído conmigo de Minstrel Valley. En la escuela recomendaban su lectura.

—¿*Pamela o la virtud recom...*? —Frunció el ceño—. ¿Te refieres a esa novela epistolar que promovía el buen comportamiento de las mujeres?

—Sí. De hecho, el título completo de la obra es *Pamela o la virtud recompensada, colección de cartas familiares, escritas por una bella joven a sus padres y publicadas para cultivar los principios de la virtud y de la religión en el espíritu de los jóvenes de ambos sexos; obra verdaderamente fundamental y que, al propio tiempo que entretiene agradablemente con su variedad de incidentes curiosos y emocionantes, está enteramente expurgada de todas esas imágenes que, en muchos libros escritos para mera diversión, tienden a inflamar el corazón en vez de educarlo*.

Para su propio asombro, Calder estuvo a punto de soltar una carcajada.

—¿Es esa tu novela preferida?

—No, pero pensé que me vendría bien releer algunos pasajes para mi nueva vida. Lo he estado ojeando estos días en busca de un consejo. En la segunda parte de la novela, Pamela intenta acomodarse a la alta sociedad y edificar una relación exitosa con su esposo.

—Entiendo. —Sus ojos brillaron—. «La alta sociedad de Lochranza» nunca te perdonaría una falta.

—Casi como yo no debería perdonar tu alta ironía —replicó—. Es un libro muy útil. Lo que se describe nunca ha sido el problema, sino que contigo no es aplicable.

—Porque soy escocés. A nosotros no se nos entiende con manuales, ni tampoco estudiándonos en nuestro hábitat natural. Hay que tratarnos directamente.

Beth suspiró.

—Debería haberme leído entonces *Shamela*, la parodia de Henry Fielding. En la novela se muestra a la mujer como una «intrigante trepadora». Quizá comportándome más en su estilo hubiera logrado antes un acercamiento, y a plena luz del día —comentó, pendiente del ondular de una de las pocas velas de la estancia—. Solo nos llevamos bien por la noche, como los amantes clandestinos, los delitos de sangre y los cuentos de terror.

—¿Qué dirías que se parece más a nuestra relación de todo lo que has mencionado? ¿Soy un cuento de terror para ti?

—No, aunque alguna que otra vez he pensado en matarte —confesó. Sonó entre divertida y exasperada.

—Me alegra que no lo hicieras al final. Un hombre tiene derecho a decidir cómo quiere morir —bromeó. Se sentía extrañamente cómodo con la charla—. Eso solo nos deja una opción. La de amantes clandestinos.

—No eres mi amante, sino mi marido. Y dado que lo sabe todo el pueblo, no nos mantenemos en la clandestinidad que se diga.

Calder cabeceó en señal de acuerdo y se quedó un momento en silencio. Ella, en lugar de pasar la página y empezar a leer como esperaba, se remangó las faldas para arrodillarse a un extremo de

la cama.

De pronto, una de sus manos era protegida por las dos de Beth, y su mirada brillante lo apuntaba directamente.

—¿Ves como no ha sido tan malo? —susurró—. Solo tenías que darme una oportunidad. Bonnie dice que te vas a recuperar. Tomará meses porque debes habituar al músculo a lo que solías hacer, pero lo conseguirás... siempre y cuando seas tan tozudo con esto como con lo demás y no te des por vencido.

Calder rehuyó esos ojos que le ponían el mundo del revés y se fijó en el techo.

—Nunca he tenido nada en tu contra. Tú lo sabes. Si reaccioné así cuando me ofreciste tu ayuda fue solo porque me aterraba oír de otros labios lo que Haye llevaba repitiéndome tanto tiempo.

—¿Qué te decía?

—Lo mismo que te dijo a ti. Que ningún milagro me devolvería al punto de vitalidad en el que estaba antes del disparo. No me lo creí solo porque supiera de lo que hablaba, sino porque sentía que mi cuerpo no respondía.

—Ha quedado demostrado que no sabía de lo que hablaba.

—Pero nada me aseguraba que otra persona fuera a darme otra opinión. Quizá confirmaban el diagnóstico, y entonces mi vida se habría convertido en un infierno peor. Habría tenido que arrancarme de cuajo la última esperanza.

»Como ves, no me enfadé contigo. Me asustó que el doctor que trajeras pudiera arrebatarme esa ínfima ilusión de recuperarme por arte de magia.

—Pero no ha sido así. No te han arrebatado nada. Y la Reina está convencida de que dejarás de sentirte de esta manera.

Un nudo de congoja se le formó en la garganta.

—Eso ya lo dudo, *beathadh*. Siempre me sentiré así porque no solo me dolía la pierna. También tenía el corazón roto. —Hizo una pausa—. *Lo sigo teniendo roto*. Y eso no lo puede salvar la Reina de las Hadas.

Ella lo observaba con atención.

—Tal vez pueda salvarlo yo —se le ocurrió, con una diminuta sonrisa.

»Hablas de tu hermano, ¿verdad?

—Sí.

—Pero él te quiso hacer daño. Intentó...

Calder ni siquiera se molestó en preguntarle quién la puso al corriente. Era lo menos importante en ese momento, y tuvo claro desde el principio que no podría alejarla de la historia para siempre.

—Es mi hermano y lo amo. Lo haré hasta que me entierren. Ese instante en el que lo poseyó la locura no puede borrar toda una vida de cariño.

Beth se mordió el labio inferior.

—No sé qué pensar sobre él —reconoció—. Denna sostiene que era detestable, pero me cuesta obviar el resentimiento hacia sí misma con el que habla, como si supiera que se está reservando

información que podría redimirlo. Y tú, aunque ahora digas esto, no dejas de ser víctima de su maldad.

—Él no era así. Él no era nada de eso en lo que se convirtió después de casarse —lo defendió, acongojado—. No sé qué demonios desencadenaría que cambiara hasta ese punto, pero nunca me perdonaré no haber intentado entenderlo. No haber estado ahí para apoyarlo. Estoy seguro de que estaba sufriendo.

—¿Sufriendo?

—Blake nunca fue un hombre paciente, pero porque estaba ansioso por conocer nuevas tierras y vivir experiencias, no porque alzara la voz a la primera de cambio. Era tan apasionado que lograba contagiar su interés por las tareas más insignificantes. Tenía un sentido del humor excepcional, y tan buen corazón que todas las noches me acuesto pensando qué clase de sombra fue la que alcanzó a oscurecerlo entero. Blake era todo lo que tenía hasta que llegaron los demás, y nunca eché nada de menos mientras estuvo a mi lado.

—Pensaba que le tenías miedo —murmuró ella.

—No tengo miedo más que a que esta situación se prolongue en el tiempo. Cargo la culpa de haberlo conducido a la muerte, o peor aún: un sufrimiento parecido al mío. A veces los remordimientos y la incertidumbre son más contundentes a la hora de tenerte en vela toda la noche. Mucho más que el temor. No sé dónde está y daría todo lo que tengo para descubrirlo.

Hubo una pequeña pausa.

—¿Qué pasaría si volviera, Calder?

—No lo sé.

—¿Y qué crees que pensaría si supiera que te recuperarás de lo que te hizo?

—Si insinúas que podría regocijarse en mi dolor... No lo haría.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Lo conozco. Crecimos juntos. Sufrimos lo mismo.

Ella no hizo más preguntas. Para ocupar el silencio, se incorporó, y con cuidado de no desnivelar el colchón de golpe, se tendió en el lado vacío de la cama. La cautela que guiaba sus movimientos se fue deshaciendo cuando observó que Calder no iba a negarle el gusto.

—Suena bonito... Crecer acompañado de un hermano. Siempre quise tener uno. Incluso a riesgo de que me tirase de las trenzas y me gastara bromas pesadas.

—Yo era el de las bromas pesadas, pero es verdad que Blake sabía devolverlas. Solo nos llevamos tres años. Maduramos a la vez... y nos echamos a perder al mismo tiempo. En el mismo instante. Tras el mismo gatillo. —Ladeó la cabeza hacia ella—. Pero no es un tema de conversación agradable. Quizá la historia de esa joven, Pamela, sea más interesante.

Beth asintió con una ligera sonrisa y estiró el brazo hacia el libro. Se incorporó, apoyando la espalda contra el enorme cabecero de roble de la cama, y lo abrió por la primera página. Bajo la mirada de adoración de Calder, comenzó a leer.

Por lo que consiguió entender, Pamela Andrews era una joven criada en una casa adinerada. El

hijo del señor de esa casa, el señor B., desarrolla un fuerte interés en la muchacha, y con ayuda del resto de miembros del servicio, se dedica a conspirar para que acabe en sus brazos. La novela no era más que una especie de manual en el que la señorita Andrews demostraba proteger su virtud, algo que sin duda la hacía una lectura apropiada para las muchachas de la clase media ascendente. Aunque tenía unos tintes de humor que Beth describía con tanto gusto que Calder se sorprendía riendo a carcajadas.

—«¡Si hubierais visto con qué llaneza se acercó a mí la tal Jewkes y me besó, conoceríais al instante la ruindad de su carácter!» —exclamaba Beth, exagerando las muecas—. «Es gorda, panzuda, rechoncha, asmática y tan fea que asusta. Tiene un modo de mirar maligno, rayano en lo traidor; su cara es larga y aplastada, y por el color se diría que ha estado un mes en salmuera...».

Fue un milagro que Calder no solo consiguiera concentrarse en lo que Beth narraba, sino que se metiera tanto en el papel que previera que el señor B. terminaría proponiéndole matrimonio a Pamela. A pesar de que la trama no podía importarle menos, Beth lo hacía interesante y terriblemente dinámico poniendo distintas voces al leer. Calder disfrutaba de lo lindo con las caras que hacía cuando llegaba a las partes de adoctrinamiento. Luego hacía sus inteligentes apreciaciones respecto a lo leído, y Calder solo podía darle la razón. Le complació más de lo imaginable descubrir esa faceta suya.

Durante toda la exposición, estuvo acariciando con los dedos su antebrazo desnudo y jugando distraídamente con su cabello suelto.

—Si soy sincera, nunca he terminado de entender la finalidad de esta novela. Parece que Samuel Richardson quería convencer a las mujeres de que aguantar con paciente resignación el acoso masculino es la clave para ser aplaudida por virtuosa... lo que no deja de sonar inquietante cuando la educación viene de un caballero. ¿Y si lo escribió por experiencia propia? ¿Y si él fuera ese señor B. que encontró las cartas y diarios de Pamela después de asediarla sin tregua, y al amarla por su mojigatería decidió divulgar su palabra?

Calder la miró con una ligera sonrisa.

—A mí me parece un manifiesto que se preocupa exageradamente por recordar a las mujeres que abandonarse al placer es una vergüenza.

Beth parecía pensativa.

—¿Es el continuo rechazo lo que atrae a los hombres? ¿Acaso solo se los puede convencer de abandonar su lujuria y desarrollar un sentimiento duradero a través de la negativa? Es la duda que me ha perseguido durante la lectura.

—Imagino que atrae a los caprichosos como el señor B., pero no lo veo tanto como un deseo por la mujer, sino una obsesión por la victoria. No veo mucha diferencia entre los que persiguen a una mujer que los desprecia y los atletas que quieren romper un récord.

—¿Y cuándo se siente entonces verdadero deseo por una mujer?

—Siempre he pensado que es verdadero cuando no esperas nada de ella —meditó Calder—. Cuando te desborda de tal manera que ni siquiera puedes respirar; ni mucho menos abrir espacio

en tu corazón para guardar un recuerdo compartido a su lado. Cuando estás tan lleno de anhelos y sueños que no hay sitio para lo realizable.

Beth dejó el libro abierto sobre el pecho y acarició las suaves ondas de su cabello cobrizo.

—Creo que el amor y la pasión deberían ser más exigentes de como lo ves. Sostengo que uno no ama de verdad hasta que es lo bastante egoísta para hacer todo lo posible por conseguir a la mujer que desea. Puede que lo que has descrito encaje con el hombre que anhela platónicamente, pero al que ama a una mujer como ama a la tierra, tarde o temprano los sueños dejan de serle suficientes.

Calder la atendió con un nudo de congoja en el pecho. Parecía mentira que una mujer a la que habían educado para ser el paradigma de la dama de clase y buena esposa tuviera opiniones tan firmes sobre asuntos que se salían de lo común. Era evidente que había pasado mucho tiempo reflexionando sobre el amor.

Deslizó la mano desde el codo hasta el dorso de su mano, que atrapó y acarició antes de depositar un beso en los nudillos. Olía a jabón, a esencia de rosas y a esa fragancia corporal única de cada mujer. La respiración de ella se alteró al sentir sus labios en la cara interna de la muñeca y la palma; entre los dedos y el canto de la mano.

—¿Qué harás cuando te recuperes del todo? —preguntó de repente.

Calder levantó la mirada hacia ella y pensó en la respuesta.

—Montar a caballo como alma que lleva el diablo. Recorrería toda la isla dos veces, por la costa y las montañas.

Ella sonrió al imaginarlo.

—¿Te gusta montar?

Calder le devolvió el gesto con un matiz juguetón lo bastante elocuente para levantar un rubor en sus delicadas mejillas.

—¿Y qué más? —carraspeó.

Suavizó la expresión.

—Quizá empezara a perseguirte. No solo necesitaba una pierna nueva para correr; también una buena razón.

—Das por hecho que huiría de ti.

—Oh... —Entornó los ojos brillantes—. Créeme; huirías si supieras lo que te conviene. No tendría compasión contigo.

Ella le sostuvo la mirada.

—Me gusta la compasión lo mismo que a ti.

La atmósfera se impregnó de erotismo. Calder la miraba con plena conciencia de cómo la avasallaría si el dolor no actuara como inhibidor. Esa pregunta que ella había hecho había sido la peor manera de despertar la única pasión que podría hacer que se comportara como un salvaje, una que estaba dormida por el bien de ambos.

Ella carraspeó y rescató el libro.

—Seguiré leyendo —anunció.

Él asintió, abrumado.

—Sí... Eso será lo mejor.

Beth se sentía en una nube.

Iban a cumplirse dos semanas desde que Bonnibelle visitó Craston Castle y todo había cambiado de manera radical. Sabía que no solo se debía a la visible mejora en la salud de Calder, quien de todos modos aún sufría por la lenta recuperación y se desesperaba con demasiada frecuencia, sino a que por fin él había decidido bajar la guardia. Desde que ella le dijera que lo odiaba, su actitud había dado un giro brusco. Ahora se comportaba como lo que era: un marido. Y lo que resultaba aún más sorprendente... Ella estaba ansiosa por ser su mujer.

Siempre había tenido claro que se casaría y formaría una familia. Era el deber ineludible de toda dama de clase y Beth era práctica de sobra para no oponerse. Revisaba con frialdad las obligaciones de la esposa y concluía que no eran tan desagradables como emprender una vida sola y al margen de la sociedad. No obstante, igual que asumió bien pronto su futura responsabilidad, también tuvo claro desde el principio que no disfrutaría las mieles del amor, y que podría darse con un canto en los dientes si alguna vez llegaba a preocuparse de verdad por su compañero. Ahora, y en vista de lo que Calder podía ser después de recuperar la esperanza, quedaba claro que Beth había sido bendecida con un golpe de suerte después de años ominosos.

Aunque lo acompañaba durante las tres comidas principales, las conversaciones entonces eran insustanciales; Beth le contaba lo que había hecho durante el día —ir al pueblo, observar a la Reina mientras elaboraba sus mejunjes; incluso visitar la destilería en su nombre, haciendo recados que él había tenido que relegar ahora que Lachlan faltaba—, y él la escuchaba con verdadera atención, como si fuera lo más interesante que hubiera oído nunca. Por la noche, en cambio, Beth tenía su tácito permiso para meterse bajo las sábanas, a su lado, y leer algún fragmento de una de sus novelas o manuales sobre decoro, instaurando así una bonita costumbre de reírse de todo lo que proclamaban las matronas. A veces, Calder se rendía al sueño con la cabeza sobre su pecho y ella se quedaba mirándolo con la sensación de que el corazón se le desbocaba. Otras, se cansaba de leer y se tendía sobre el costado para charlar con él sobre cuestiones algo más complejas. Calder había resultado estar versado en múltiples materias, conocimientos en los que basaba sus respuestas cuando Beth preguntaba esas dudas que llevaban toda la vida atormentándola: desde qué había después de la muerte, hasta qué significaba para él la felicidad. También hubo noches en las que estaba tan exhausto por el dolor que Bonnibelle



había tenido que proporcionarle el famoso aceite de cannabis. Adormecido, solo balbuceaba incoherencias que variaban entre disculpas a su hermano y palabras en gaélico dedicadas a Beth. Ella no las comprendía, aunque trataba de memorizarlas para luego pedir a Carmichael que se las tradujera. Después de que el socio, que hablaba más en gaélico escocés que en inglés, hiciera una mueca avergonzada, dedujo que eran comentarios tan íntimos que sería mejor esperar a que Calder decidiera hacerlos en su idioma.

—¿Tú sabes hablar gaélico? —le preguntó a Denna de pronto.

La viuda fruncía el ceño a su intento de bordado cuando alzó la vista. Gracias a su guerra abierta y declarada al arte de los encajes, Beth había descubierto un aspecto de la personalidad de Denna bastante revelador: aunque una cosa le generase más frustración que entretenimiento, seguía intentándolo. Beth pensaba que o bien era incapaz de aceptar que no se le daba bien una tarea, lo que hablaría de arrogancia, o una parte de ella era masoquista.

—No, no sé hacer nada —gruñó—. Ni hablar en gaélico, ni coser, ni tocar el clavicordio, ni recitar un Padrenuestro, ni los salmos de la Biblia... Soy y siempre he sido una dama de pacotilla, y la vergüenza de las esposas escocesas. Menos mal que ahora tú eres la señora de la casa. Me avergüenzo de mi incompetencia.

Arrojó el bordado al otro extremo del diván con un movimiento airado.

Beth la miraba divertida.

—¿No te sabes el Padrenuestro?

—No. Quizá por eso todos los ruegos que he hecho al Señor han sido desoídos. Pero no soy tan estúpida como para creer que rezando conseguiré algo, así que para qué molestarme en aprenderlo —bufó—. La única persona a la que puedo hacer peticiones con la esperanza de que mi situación cambie... eres tú. Tú y el terco de tu esposo, pero a él no puedo recordarle que lo necesitamos sin que me gruñe.

Beth apartó el libro que había estado leyendo por recomendación de Calder.

—¿Te refieres a...?

Denna la miró con desesperación.

—Beth —sonó suplicante—. No quepo en mí de gozo por la emoción de que Calder se encuentre mucho mejor. Ninguno de nosotros pensó en ningún momento que tendría una segunda oportunidad. Pero creo que nos hemos concentrado tanto en su evolución que hemos olvidado el motivo por el que estás aquí. Por el que llegaste en primer lugar, claro; es evidente que ahora eres la razón de su alegría.

Beth se tensó.

Era cierto. Se le había olvidado por completo de que Blake no solo era el hermano que Calder añoraba y no podía apartar de su pensamiento; era y sería una amenaza que permanecería muy viva mientras ella no engendrara un heredero.

—Me he fijado en que vuestra relación ha mejorado —continuó Denna—. Sumado a que su salud progresa adecuadamente cada día, creo que sería un buen momento para intentarlo. Sé que

aún tiene dolores, y créeme; ojalá pudierais tomaros todo el tiempo habido, pero... Estoy segura de que me entiendes.

—Lo entiendo —asintió Beth—, pero aún está postrado, y ya sabes lo orgulloso que es. Deja que me tumbe a su lado porque sabe que no voy a tomarme ninguna libertad. Si lo intento...

—Tienes que intentarlo —interrumpió—. Y sí, está postrado, pero ¿no salió ayer de la cama? Está harto de pasar las horas enterrado bajo las sábanas y eso es muy buena señal.

Beth vaciló.

—¿Estás segura de que si Blake volviera...? —empezó, con cuidado. Sabía que a Denna no le gustaba hablar del tema a no ser que fuera ella quien lo sacaba—. ¿...algo terrible pasaría?

—Son muchos los motivos por los que el regreso de Blake nos afectaría negativamente. Te he recitado en innumerables ocasiones. No solo peligra la herencia de Calder, sino la propia empresa y con ello los puestos de trabajo de dos tercios de los habitantes de la isla. Blake nunca ha tenido ni una remota idea de números y apartaría a su hermano sin miramientos para apropiarse de los beneficios. Llevaría Gillander's a la quiebra como estuvo a punto de hacerlo hace año y medio. Tuve que escribir una carta de urgencia a Calder para que volviera de Edimburgo y le echara una mano, una mano que por supuesto rechazó por orgullo.

—¿Calder vivía en Edimburgo? —preguntó, sorprendida.

—Sí. Tenía su vida allí antes de que rogara auxilio. Cuando regresó, se vio obligado a trabajar a espaldas de Blake, con ayuda de Lachlan, Carmichael y Haye.

»Por no mencionar qué pasaría conmigo si volviera —añadió en tono adusto.

La miró con preocupación.

—¿Crees que Blake te haría daño? ¿Sería capaz de ponerte una mano encima?

Denna esbozó una sonrisa desdeñosa. Se entretuvo acariciando el borde de la sobrefalda.

—Lo dudo. Era lo bastante inteligente para hacérmelo sin necesidad de tocarme, y pudiendo destruirme así nunca habría llegado a tal extremo. Le repugnaba cada parte de mí. Pensaba que ni siquiera valía lo suficiente para tomarse la molestia de maltratarme.

Beth se vio reflejada en el crudo testimonio, y no pudo evitar sonreír con amargura. Parecía que hubiera hablado de su padre. La odiaba tanto que no soportaba estar en su presencia durante el tiempo suficiente para causarle un daño mortal con sus frías palabras; ni mucho menos para emplear la violencia. Para Beth, eso siempre fue un consuelo. Un alivio. Pero por lo que percibió en la oscura expresión de Denna, no parecía que opinase lo mismo. De hecho, tuvo la impresión de que a ella no le habría importado que llevara sus desprecios al siguiente nivel.

No solo eso, sino que llegó a desearlo fervientemente y aún se odiaba por ello.

—He hablado con Calder sobre él —dijo con suavidad—. Tiene un recuerdo muy distinto de quién era su hermano.

—Parece ser que Blake era una bellísima persona antes de que yo llegara a Lochranza —comentó con sarcasmo—. Todo el mundo lo dice y lo cierto es que siempre he sentido curiosidad. ¿Qué lo haría bueno? ¿Hizo labor social con los miserables del pueblo y los pobres de las

montañas?

—¿No crees que tuviera alguna virtud que mereciera reconocimiento? —dudó Beth—. La verdad es que no sé qué pensar sobre él. Cada uno de vosotros se refiere a su actitud de una forma distinta.

Denna seguía muy pendiente de los volantes de la falda. Los toqueteaba con nerviosismo.

—No sabría cuál decirte. Nunca tuve la suerte de disfrutar de ninguna de las que fueran sus virtudes. —Por algún motivo, Beth presintió que estaba mintiendo—. Imagino que las tendría. Los peores monstruos son los que tienen más máscaras; solo así disimulan su verdadera esencia.

»Pero volviendo a lo que nos ocupa —añadió. Levantó la mirada al fin y miró a Beth—. ¿Tienes noticias del afrodisíaco que preparó la Reina?

Le dio curiosidad que se refiriese a Bonnibelle con esa educación cuando esta no solo la trataba con la punta del zapato, sino que la había obligado a renunciar a Lachlan por el bien de Calder. Ese asunto había intrigado a Beth, que nunca encontraba el momento oportuno para preguntarle qué significaba todo aquello.

—Está preparado —dijo—. Lo tengo en mi habitación.

—Excelente. —Vaciló antes de preguntar—: ¿Lo harás?

—No tengo otro remedio. También estaría protegiendo a Calder si me quedara embarazada. Aunque... —Se miró las manos—. No sé si me sentiría bien engañándolo. Bonnibelle me ha asegurado que surtirá efecto y no se dará cuenta. Pero ¿y si lo hiciera? No quiero arruinar lo que hemos construido estas últimas semanas.

—¿Estás enamorada de él? —preguntó sin miramientos.

Beth abrió la boca para contestar. Acabó volviéndola a cerrar y cogiendo aire.

—Le aprecio —dijo cuidadosamente—, lo respeto como hombre y, sobre todo, lo entiendo. No es una cuestión de que deba velar por su derecho a elegir cómo y cuándo me quiere, ni tampoco superponerlo al mío, sino que no deseo engañarlo.

—Pues si lo aprecias y te importa lo que vaya a ser de él... no te va a quedar otro remedio. Blake siempre ha sido muy agresivo. Puede que no la tome conmigo, pero nada nos asegura que si regresa no se asegure de vengarse del daño que le hizo.

Beth vaciló.

Debía tener razón. Denna no era la única que hablaba mal de Blake. Carmichael y Haye la habían avalado en los sutiles sondeos que había llevado a cabo para conocer sus opiniones. Ahí donde el grandullón, parco en palabras, puso cara de consternación y admitió no haber conocido a hombre tan atormentado, el químico fue muy elocuente en su breve descripción: «Un hijo de perra que no cuida ni a los que quiere cuidar». No había podido interrogar a Lachlan, cuya llegada de Escocia estaba prevista para esos días, pero apostaba porque opinaba lo mismo. Eso dejaba a Calder solo con su desesperada defensa. Era evidente que lo protegía porque era su hermano, y que el amor le impedía ver la realidad.

Blake Houston era un problema y ella debía actuar.

Inspiró hondo y anunció su claudicación.

—Me encargaré de ello esta noche.

\*\*\*

«No surtirá efecto si no te desea. Los afrodisíacos potencian anhelos que ya existen, pero no obran milagros. Es medicina, no magia».

Beth tuvo en mente las palabras de Bonnibelle al dirigirse a la habitación de Calder, ya bien entrada la noche. Vestía un camión fino y un batín encima. Se estaba muriendo de frío, pero confiaba en la disposición de Calder para templarla. Y también en las capacidades del afrodisíaco.

A pesar de tener presente la justificada insistencia de Denna y reconocer que había tomado la decisión correcta, tenía dudas cuando cruzaba el pasillo. No estaría engañándolo porque, en realidad, ella lo deseaba. Y sabía que él también lo hacía. Podía darle una interpretación que sería igual de justa: el afrodisíaco sería el empujoncito que ambos necesitaban para tocarse como querían. Beth se sentía más tranquila cuando se convencía de que eso era cierto. Sin embargo, no se sacaba de la cabeza que, al final, no dejaba de ser un método rastroso para obtener un fin.

Si se enteraba, Calder podría sentirse usado con todo el derecho.

Se preparó para entrar y encontrarlo tendido en la cama, igual que los quince días anteriores. Lo que encontró no pudo sorprenderla más. Calder estaba repantigado en un sillón orejero, con la bata puesta y el pecho al descubierto; le pasaba la pipa a Lachlan, sentado justo frente a él. Ambos se reían a mandíbula batiente, tan alto que era sorprendente que no los hubiera escuchado desde la otra punta del castillo.

Calder la localizó antes de que ella pudiera decir algo. Tenía los ojos levemente colorados, igual que las mejillas. Beth se estremeció al contemplar su sonrisa sincera.

—Aquí estás... Ya pensaba que no vendrías.

—Había pasado por la habitación de Bonnibelle. Quería que te entregase... un concentrado especial. Para el dolor y para ayudarte a dormir —contestó con facilidad. Siempre se le dio bien mentir, aunque a diferencia de otras veces, en esa se sintió culpable—. ¿Qué estabais haciendo?

Lachlan se giró hacia ella, también con el cerco de los ojos coloreado de rojo. Una sonrisa del mismo tipo curvaba sus labios.

—Nos contábamos batallitas de la infancia —dijo, en tono bobalicón. Miró muy divertido a Calder, y ambos se rieron entre dientes como si acabara de hacer un chiste privado—. Me alegro de verla, milady. Está usted radiante.

—Espectacular.

—Fabulosa, diría yo.

—Magnánima. ¡Qué digo! ¡Esplendorosa!

Beth pestañeó sin comprender.

—No tenía ni idea de que había llegado ya, señor Hawke. —Carraspeó—. Espero que haya tenido un buen viaje.

—Oh... Sin duda lo he tenido. —Se puso en pie con dificultad. Estuvo a punto de tropezarse con la propia pata de la silla; se apoyó en el muslo bueno de Calder y lo miró a los ojos al decir—: Un viaje de lo más agradable... y divertido.

Calder echó la cabeza hacia atrás. Sus ojos contenían un brillo burlón.

Beth no tenía la menor idea de qué estaba sucediendo.

—¿Han bebido?

—¿Bebido? No... Ambos estamos casi insensibilizados al alcohol. Si lo dice por esto, ha debido causar lo la Reina de las Hadas —pronunció en tono místico.

—Elphame —susurró Calder, como si fuera un secreto—. El poema decía...

—«No soy la Reina de los Cielos, Tomás» —canturreó Lachlan, con voz de mujer. Hizo un gesto amanerado—. «Ese nombre no es el mío».

—«No soy otra que la Reina del bello Elfame» —exclamó Calder, abriendo los brazos—. «Ven y caza en mis dominios»[2].

Lachlan hizo una torpísima reverencia que estuvo a punto de mandarlo al suelo; Calder, a su vez, asintió con la cabeza y agitó una varita imaginaria en el aire.

—Como le decía... —reía Lachlan—, Calder se estaba quejando por el dolor esta tarde, y parece ser que a Su Majestad no le gusta el láudano, así que lo ha sustituido por un tal «aceite de cannabis» que viene de Oriente y que... Dios santo, es como la droga de la felicidad. Cuando entré y lo vi riendo tuve que dar una calada para saber a qué venía todo eso.

—El aceite no tiene este efecto, pero se necesita una hora para que el dolor empiece a remitir y me hacía falta un paliativo en el momento —explicó Calder, con la mejilla ahora apoyada en la mano. Tenía los ojos cerrados y una sonrisa satisfecha en los labios—. Me dio la pipa con la misma solución en distinto formato y me dijo que no me acostumbrara, que era un remedio momentáneo para un dolor demasiado agudo.

—Pues uno podría acostumbrarse a esto, ¿no es cierto?

—Sobre todo tú. Sin esto, no me reiría con tus pésimos chistes...

Ambos volvieron a soltar una de esas risitas abandonadas.

Lachlan enderezó la espalda y suavizó las arrugas de la chaqueta. Siempre llevaba una con los puños ribeteados, el cuello alto hasta los lóbulos de las orejas y el bajo trasero del gabán más largo de lo normal. Tenía un estilo muy particular. Oscilaba entre el de un pirata, por sus graciosas camisas con volantes, y el de un embajador oriental, por los anchos cinturones de tela que le ceñían el vientre.

—Será mejor que me marche... De repente me muero de hambre —comentó Lachlan. Hizo una reverencia torpe—. Milady...

Beth asintió, sin dejar de mirarlo con incredulidad. Lo siguió con la mirada hasta que salió de la habitación, e incluso cuando estuvo fuera no pudo evitar asomarse para prevenir cualquier

tropiezo fatal. Vio que se tambaleaba y se reía, haciendo pausas para apoyarse en las paredes.

No daba crédito a lo que estaba viendo. Y cuando se dio la vuelta para buscar un poco de normalidad en la extraña situación, entendió aún menos al toparse con el duro pecho de Calder. Fue a decir algo, pero él la empujó por el torso. La inercia del movimiento hizo que Beth cerrase la puerta tras ella y quedara a merced de un hombre para el que su cuerpo femenino significaba equilibrio. Calder se aferró a la estrecha cintura con un brazo firme y con el otro la cogió por la nuca para besarla.

Beth acertó a dejar el afrodisíaco líquido sobre la cómoda antes de dejarse avasallar por una boca demandante con unos objetivos muy claros.

Entusiasmada por el recibimiento, le rodeó el cuello con los brazos y se entregó con la misma urgencia desesperada. Él ladeó la cabeza para encontrar un mejor acceso e introdujo la lengua sin previa seducción. Aunque todos sus besos eran ansiosos y hablaban a gritos de una contención que lo había sobrepasado, aquel tuvo un tinte nuevo. Por la forma en que la sujetaba, igual que si quisiera romperla por la mitad, parecía dispuesto devorarla entera.

—Cal... Calder... —balbuceó, pegada a su boca.

Él se separó lo suficiente para mirarla a través de un extraño velo borroso. No sabía qué demonios había tomado, pero le había sentado de maravilla. Con los párpados entornados, sus ojos parecían más plateados que nunca; un destello de la luna atrapado en la rendija del cristal de una ventana.

El corazón de Beth aleteó al verlo sonreír muy despacio. Atrapó el mechón de pelo negro que el moño había soltado y lo enrolló en el dedo. Tiró de él con cuidado para traerla hacia sí y lamer lentamente su labio inferior.

Beth se deshizo en sus brazos con un estremecimiento que le encogió hasta los dedos de los pies.

—¿Qué vas a leerme hoy? —ronroneó.

—No pareces de ánimo para lecturas.

Al ver que Calder se separaba y regresaba con dificultades para caminar al borde de la cama, un fuerte sentimiento de rabia viva la atravesó. No quería que se alejara. No quería que se arrepintiese. Quería que la recibiera todos los días de esa manera, y que al verla temblar por él no se atreviera a retroceder.

—Preferiría que me contaras qué has hecho hoy —dijo con ánimo risueño. Se dejó caer en la cama sobre el costado. Al estirarse perezosamente, se le abrió más la bata por el pecho. Beth se quedó de una pieza. ¿Estaba desnudo?—. Me queda poco para dormir. Esto que me ha dado me ha hecho pasar por todos los estados, y ahora me muero de sueño.

Beth se humedeció los labios, nerviosa.

—Bueno, sobre eso... Yo... he traído esto... —Carraspeó y le acercó el vaso lleno hasta la mitad—. Bonnibelle quería que lo tomases.

—¿Para qué? No me duele tanto la pierna. Ahora mismo estoy en las nubes.

—Aun así, insiste en que te sentará bien.

Calder pestañeó muy despacio.

—¿Y por qué no ha venido ella a traérmelo? No confía en nadie salvo en sí misma. Jamás delegaría su tarea a otra persona.

—Yo no soy cualquier persona, soy la esposa que viene a verte todas las noches.

Con esa aseveración pareció pensárselo mejor.

Aún dudoso, Calder le hizo un gesto con los dedos para que se acercara con el recipiente. Ella obedeció en silencio y con las piernas aún temblorosas.

A veces lo odiaba de veras; odiaba que no sintiera más que perverso placer al turbarla de esa manera, y se desentendiera de la obligación de llegar hasta el final.

—¿Qué es? —preguntó él, curioso, en cuanto lo tuvo en la mano.

—No lo sé.

Le dirigió una mirada indescifrable.

—Bonnibelle siempre explica qué es, de qué está compuesto e incluso de dónde ha salido.

Beth vaciló. ¿Sospechaba de ella?

—A mí no me ha dado más indicaciones. Tal vez sea el remedio habitual.

Calder desvió la mirada al líquido y lo olisqueó antes de llevárselo a los labios. Su corazón se detuvo cuando apoyó el borde contra los dientes y lo inclinó para beber.

Pero el contenido no llegó a rozarle los labios. De pronto, lo apartó a un lado y le dirigió una mirada oscura.

No había rastro de su hilaridad anterior salvo por el brillo vidrioso de las pupilas y sus movimientos ralentizados.

—¿Qué es esto?

De no haber sido porque la reacción de Beth fue exageradamente reveladora, habría encontrado a tiempo una excusa perfecta para hacer creíble su mentira. Pero él la había paralizado de un vistazo hostil.

No supo qué decir.

—Beth —la llamó de nuevo, en fingido tono paciente—. ¿Qué diablos me has dado?

—Nada. Ya te lo he dicho. Bonnie...

—Bonnie ha pasado por mi habitación hace un par de horas y me ha dado el secreto de la risa para tranquilizarme; no me habría mandado un mejunje al poco rato. —Hizo una pausa en la que el mundo pareció detenerse—. ¿Me has intentado envenenar?

—¡No! —exclamó de golpe—. ¡Por supuesto que no! ¿Cómo puedes pensar eso?

—Esto no es lo que Bonnibelle me da normalmente, ni tiene uno solo de los ingredientes que añade a las concentraciones. Lo habría olido. —Se puso en pie para amedrentarla con su altura y alzó el vaso—. Dime ahora mismo qué intentabas hacerme tragar.

Beth dejó de respirar.

—Solo algo con lo que pensé que... te sentirías mejor.

—Ajá. —Ladeó la cabeza—. ¿Y cómo se conoce coloquialmente?

Nunca antes había estado asustada con Calder. Y aun en esa situación, no temía por cómo él decidiera castigarla, sino por cuántos pasos daría en la dirección contraria cuando supiera que habría intentado manipularlo.

—Beth —repitió, varios tonos más bajo.

Ella cerró los ojos con todo el cuerpo en tensión.

—Es... un afrodisíaco.

Él cogió aire bruscamente.

Ella lo enfrentó temiendo su respuesta... y fue aún peor de lo que imaginaba.

Una sombra de indignación y rabia desfiguraba su semblante.

—¿Y qué pretendías hacer después? ¿Meterte en mi cama?

Beth no encontró una razón de peso para seguir mintiendo. Se limitó a asentir con la cabeza, sin apartar la mirada de la suya.

Un músculo palpitaba en la tensa mandíbula.

—¿Crees que necesito eso para desearte? ¿Crees que me hace falta para darte placer?

Ella no se movió.

—La verdad es que sí —admitió, en voz baja—, creo que a veces necesitas un pequeño incentivo.

No lo había dicho con la intención de sacarlo de quicio, pero la ira relampagueó en su expresión. Lo vio acercarse con un brillo belicoso en la mirada y solo se le ocurrió retroceder hasta dar con la espalda contra uno de los postes de la cama.

Su siguiente movimiento la pilló desprevenida. En un abrir y cerrar de ojos, Calder la giró y ella se tuvo que abrazar a la fina columna para recuperar el equilibrio. Enseguida sintió el calor del pecho masculino y la presión vital de su miembro apretado entre las nalgas.

Beth no llegó a terminar de formular el ruego con su nombre; él la cogió del cuello y le echó la cabeza hacia atrás para susurrar pegado a la mejilla femenina, que se teñía de un suave tono rojizo.

—¿De verdad crees que es posible desearte más? —siseó. Estaba furioso, pero la combinación del tono cruel, la rabia pasional de su agarre y el calor de su erección la excitó hasta nublarle la vista—. ¿Crees que es natural reaccionar de esta manera por un estúpido beso?

Ella cerró los ojos.

—No es ningún secreto que la pasión no te dura demasiado —logró articular.

Él inhaló de golpe.

—Solo me dura desde que te miré a la cara.

Beth ahogó un suspiro de alivio y se esforzó por esconder una sonrisa impertinente. Esta acabó asomando a sus labios de todas formas.

—Óyeme bien. —Lo escuchó tan dentro que parecía que hubiera hablado dentro de su cuerpo—. Ningún hombre en esta tierra va a derretirse por ninguna mujer como yo lo hago contigo. Y no



necesito otro incentivo que esto...

Calder rodeó su cintura con la mano; esta descendió, segura y posesiva, hasta meterse entre sus piernas. Beth volvió a jadear, ahora en voz alta. Sin retirar la finísima tela del camisón, separó los labios femeninos y rozó perversamente los pliegues internos.

Ella empujó las caderas hacia atrás involuntariamente, buscándolo.

—Que esto... —Él la embistió con las suyas en respuesta—, y que esto.

Beth se dejó llevar por la deliciosa sensación de su boca ardiente en el cuello. Calder la lamió muy despacio antes de darle un mordisco que le puso todo el vello de punta.

—¿Qué más quieres? —la provocó. Frotó su rigidez contra ella con un criminal movimiento de caderas. Ella se abrazó más al poste, rendida—. Porque si crees que existe algo más, estás muy equivocada.

Beth se armó de valor para desquiciarlo.

—Sí existe y lo quiero. Lo que me das no es suficiente.

De alguna forma inexplicable, lo sintió tensarse a su espalda. La venganza no tardó en materializarse: la cogió del brazo con firmeza y, sin contemplaciones, la echó sobre la cama.

Beth cayó boca abajo. Al intentar incorporarse echando el peso sobre manos y rodillas, él la inmovilizó con una orden clara.

Beth no pudo mantener los ojos abiertos cuando sintió sus dedos trepando desde los tobillos hasta los muslos. Arrastraron consigo el borde del camisón, que se le había enredado en las rodillas, hasta descubrir su desnudez de cintura para abajo. Beth se ruborizó furiosamente por la expuesta postura y quiso retirarse, pero sus demoledoras caricias eran demasiado persuasivas para rodar hasta el otro extremo de la cama. Se oía jadear sin control conforme Calder recorría las pantorrillas y las nalgas, zonas que si ya con el roce de sus uñas le produjeron unas dolorosas cosquillas en el estómago, cuando recibieron el calor de su aliento estuvieron a punto de derribarla.

Aunque intentó mirar por encima de su hombro, no vio a Calder, pero lo sentía. Notó cuando posó la boca entre sus muslos, ahí donde una humedad denunciaba a voz en grito su injusta mentira. Claro que era suficiente; era mucho más que eso, y por este motivo estuvo a punto de desvanecerse cuando él lamió y besó su hendidura.

Beth ahogó un grito de placer empujando la almohada con la frente. Calder no se apiadó de ella. Continuó explorando y llevándola al límite con un lento y tortuoso examen que la ruborizó hasta los huesos. Pero no daba lugar a la vergüenza ni a la desconfianza: solo a esa extraña contradicción entre rogar que se detuviera y alejarse, y suplicar que no parase nunca. La mera idea de que estuviera besándola en un lugar tan sensible ya la excitaba: saber que estaba sucediendo directamente la elevó al cielo. Los suaves gimoteos se convirtieron en jadeos entrecortados, y estos en gemidos y siseos, en ruegos y llamamientos, hasta que justo cuando le quedaba un solo segundo para agarrar la deliciosa explosión del clímax, él se retiró.

La agarró por la cintura y le dio la vuelta de golpe.

Beth tardó en enfocar la vista, aturdida por el repentino cambio de rumbo. Cuando lo hizo, se topó con la mirada oscura de Calder y un ofrecimiento que la dejó desconcertada.

Le estaba tendiendo el afrodisíaco.

—Bébetelo —ordenó.

Ella no reaccionó enseguida. Tuvo que sufrir en sus carnes cómo un orgasmo perfecto se iba diluyendo, dejando una fuerte insatisfacción en el estómago.

—¿Qué? —jadeó, con voz estrangulada.

—He dicho que te lo bebas.

Más esperanzada que desconfiando, Beth aceptó el vaso y lo vació en su garganta seca. Durante esos escasos segundos estuvo segura de que Calder la quería doblemente excitada para poseerla al fin. Sin embargo, él demostró que sus intenciones no podían estar más lejos de sus fantasías.

Rescató con la lengua una gota que se había derramado por la comisura de su boca. Se quedó muy cerca de sus labios ansiosos para susurrar:

—Y ahora... Espero que pases una buena noche.

Beth se quedó helada al ver que se retiraba.

—No... —logró articular. Aclaró la garganta y las difusas ideas antes de incorporarse, mareada —. ¡No! ¿A dónde crees que vas? No puedes abandonarme. No puedes...

Calder le dirigió una mirada perdonavidas.

—¿No puedo? ¿Y tú si puedes engañarme para que no me resista a algo que sabes que nunca he pretendido hacer? —replicó, furioso—. A lo mejor es al revés de como lo has planteado. Lo que *tú* me das *a mí* no es suficiente.

—¡Yo te lo doy todo!

Él desencajó la mandíbula.

—Aún no he visto que me hayas respetado. Ni a mí ni a mi decisión de no meterme en tu cama. Así que sea lo que sea en lo que estuvieras pensando —agarró su bastón con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos—, no lo pierdas de vista cuando me odies durante el resto de la noche.

Calder había imaginado su primer desayuno tras la intervención como una agradable celebración de optimismo, pero él fue el primero que apareció en el comedor con el ceño fruncido. Ninguno de los que lo recibieron con una sonrisa —Denna—, palmaditas en la espalda —Haye— e incluso un abrazo —Lachlan— tenían culpa de que hubiera pasado una noche retorcido de dolor y deseo insatisfecho. Su intención era esforzarse por mostrar una faceta amable, pero en cuanto coincidió con la mirada de Beth al otro lado de la mesa, perdió incluso el hambre.

Palabras que nunca pensó que le dedicaría inundaron su mente.

Manipuladora. Mentirosa. Descarada. Perversa.

*...y perfecta.*

Su cuerpo se trenzó de pasión al mirarla a la cara al mismo tiempo que se le torcía la boca de puro desprecio. Aún no podía creer que su dulce Beth, a la que había entregado distintas partes de él durante esos meses, se hubiera atrevido a traicionarlo.

Siempre supo que no respetaba sus decisiones, pero nunca habría imaginado que obraría libre de una forma tan rastrera. Y no solo eso, sino que había considerado que era incapaz de complacerla y necesitaba la ayuda de un afrodisíaco para llevarlo a término.

No quería entender lo que estaba pasando. No quería comprenderlo. Tal y como sospechó la noche que lo despertó de su pesadilla, actuaba movida por el deber. Le importaban un carajo sus sentimientos. Ella iba a salvar Cranston Castle a cualquier precio, y todo... ¿para qué? ¿Por reconocimiento? ¿Para ser objeto de la adoración de los que vivían asustados? Esa mujer no tenía la menor idea de lo que significaría tener un hijo suyo. Y no podía ni imaginarse cómo lo había hecho sentir.

Beth también estaba furiosa. No le dirigió más que una mirada cuando entró, y con esta le bastó para dejar patente que no quería verlo ni en pintura. Calder se sintió culpable durante unos escasos segundos. Ciertamente, mandarla a su habitación después de haberla provocado de forma deliberada había sido una crueldad... pero a Calder lo habían educado para dar el mismo trato que recibía. ¿Quién sabía si Beth no se había estado ganando su confianza durante esas dos bonitas semanas para llevarlo a su terreno sin que se diera cuenta? Era evidente que pretendió engañarlo hasta el final, y que él hubiera descubierto el pastel le había arruinado los planes.

—¿A qué se debe esa cara? —preguntó Denna en cuanto lo tuvo sentado al lado—. ¿Ha sido

una noche dura?

Beth dejó escapar un jadeo ahogado de indignación. Todos en la mesa se giraron hacia ella, pero los ignoró sin contemplaciones; seguía con la mirada clavada en su lectura actual mientras mordisqueaba un panecillo con mermelada.

Calder entornó los ojos sobre su rostro en apariencia sereno, como si así pudiera leer sus pensamientos. Unos pensamientos que, de todos modos, estaban escritos en su cara.

—He tenido una pesadilla.

Se reacomodó en el asiento y fingió entretenerse eligiendo una manzana entre las muchas muestras del frutero. Con su comentario consiguió que todos los comensales, a excepción de la joven morena que presidía la mesa desde el otro extremo, le prestaran atención.

—¿Y por qué es eso nuevo? —preguntó Beth, pasando las páginas de la novela—. Según usted mismo, su vida en general es una pesadilla. Ya debería estar acostumbrado a los monstruos.

—Depende de los monstruos. La mayoría no llevan falda y se les puede ver venir.

—Tiene usted razón, señor Houston. La mayoría lleva bastón.

—¿De qué trataba? —inquirió Denna, muerta de curiosidad.

—Es una tontería. No te lo creerás.

—No, seguro que no —ironizó Beth.

Calder estuvo a punto de espetarle que abandonara esa pose desenfadada y lo enfrentase como debía ser. Empezaba a sentirse impotente al no poder transmitirle toda la rabia radiactiva que llevaba acumulando desde la noche anterior.

—He soñado que una embaucadora se colaba en mi habitación y me engañaba para conseguir sus propósitos.

—¿Y por qué es eso terrible? ¿Era fea? —inquirió Haye, con una ceja arqueada.

—Eso mismo me pregunto yo. ¿Desde cuándo es escalofriante que una mujer se cuele en tu habitación? —bromeó Lachlan. Sonreía de oreja a oreja al untar mantequilla en el pan tostado.

—Desde que no se es lo bastante hombre para hacer algo al respecto.

A Calder no le sorprendió su comentario, pero el resto detuvo su desayuno. La mano con la que Lachlan sostenía el cuchillo quedó suspendida en el aire, igual que la taza que Haye se llevaba a los labios y el brazo que Denna había estirado hacia las pastas. La viuda se mostró horrorizada, Lachlan parecía conmocionado, y Haye levantó las cejas antes de ocultar una sonrisilla tras el té.

Beth ni siquiera levantó la cabeza para admirar lo que había generado su provocación. Cerró el libro con una tranquilidad desesperante y se puso en pie.

—Se me ha cerrado el estómago. Con vuestro permiso, me retiro a mis aposentos.

Lachlan y Calder se pusieron de pie; uno en señal de respeto y el otro con la intención de zarandearla por su atrevimiento. Los ojos rapaces de Haye, que no se había molestado en moverse, siguieron con perversa diversión el paseo que Beth hizo hacia la salida. Justo cuando Calder rodeaba la silla para seguirla, una corpulenta figura masculina apareció en el umbral.

Un Carmichael sudoroso y jadeante se abrió paso. Su mueca de preocupación los alertó a todos

menos a Beth, que se retiró después de dar los buenos días.

—¿Qué pasa? —preguntó Calder.

Carmichael levantó una mano, pidiendo un segundo. Y fue ese segundo el que Lachlan tardó en darse cuenta de que su socio iba a desmayarse; de que el levísimo olor a quemado venía de él, de los rastros de ceniza que manchaban su ropa y la herida abierta en su hombro malamente cubierto por una camisa achicharrada por secciones.

Lachlan se apresuró a agarrarlo antes de que tropezara con sus propios pies. Enseguida, Denna lo rodeó y Calder se acercó para socorrerlo.

—¿Qué ha ocurrido? —repitió, esta vez alarmado. Torció la boca al retirar, por intuición, la tela que habían aplicado contra la piel chamuscada; la herida era muy profunda—. Dios santo. ¿Dónde está la Reina? Haye, ve a buscarla y dile que es una urgencia.

—Y un cuerno.

Calder dirigió una mirada a Denna, que intentaba despertar a Carmichael dándole unos toquitos en las mejillas y hablándole con suavidad.

—Denna —llamó—. Busca a Bonnibelle. Y vosotros dos, ayudadme a llevarlo al diván.

Haye obedeció esa orden y colaboró con Lachlan. Carmichael era alto y robusto con diferencia, y su cuerpo pesaba el doble al ser incapaz de dominarlo. Balbuceaba incoherencias y convulsionaba cuando lograron tenderlo sobre el costado contrario.

—La... —logró articular—. Estaba ardiendo.

—¿El qué?

Carmichael tragó saliva. Habló entre dientes, presa del dolor.

—He llegado... a las cinco de la madrugada. A las seis... empezó el fuego. —Se detuvo un momento para cerrar los ojos con fuerza y emitir un gruñido gutural. Hizo ademán de llevarse la mano a la herida, pero Haye lo inmovilizó con un gesto—. No he podido averiguar... Podría... p-podría haber ardido hasta los cimientos. Aun así...

Lachlan intercambió una mirada atemorizada con Calder.

—¿Está hablando de la destilería?

—¿A ti qué te parece? —dijo Haye con suavidad.

—¿Sabes en qué sector comenzó el fuego?

Dio una sacudida antes de sisear:

—Sótano.

Calder apretó la mandíbula e ignoró la mirada desesperada que Lachlan le dirigió. No era difícil deducir qué podría haber pasado: era casi imposible que un fuego se originara en el sector mejor protegido de la destilería, y más todavía que lo hubiera provocado alguien ajeno al proceso de producción. Quienquiera que fuese el que se había presentado allí con un propósito abominable, conocía la disposición de la destilería. O bien era un trabajador, lo que era poco probable porque solo Carmichael acudía antes de las seis de la mañana para hacer una revisión, o...

—Era evidente que haría una entrada a la altura de su despedida —comentó Haye, tan relajado que nadie diría que habían arruinado su desayuno—. Además... Blake siempre ha sido muy dramático. Yo estaba seguro de que no se reservaría los fuegos artificiales.

—No tiene por qué haber sido él —negó Lachlan, conmocionado—. ¿No es posible que alguien hubiera fichado antes de tiempo? ¿Estás seguro de que estabas tú solo, de que no había nadie trabajando por su cuenta y... tuvo un desliz?

—Yo diría que un desliz está más vinculado a joder con la persona equivocada; una destilería ardiendo es otro asunto —apuntó Haye—. La pregunta es: ¿sigue ardiendo, Rowen?

Carmichael negó con la cabeza.

—¿Has apagado el fuego tú solo, con tus dos manos desnudas? Qué heroico.

—Apenas había em... empezado cuando lo descubrí, p-pero se propaga fácil... fácilmente gracias a los b-barriles de... —Lo interrumpió un desgarrado gemido de dolor—. Se han perdido por lo m-menos diez lotes... lotes de...

—No importa lo que se haya perdido —interrumpió Calder—. Se repondrá. Lo que necesito que me digas ahora mismo es si estás completamente seguro de que el incendio fue provocado.

Le tomó un esfuerzo sobrehumano abrir los ojos lo suficiente para mirarlo.

—No puedo jurar que fuera... que fuera Blake, pero todos los fuegos y fuentes de calor del sótano estaban apagados, y se originó en un depósito para el que se necesita tener llave. La puerta estaba abierta, y era el almacén que antes... que antes...

—Que Blake usaba antes como despacho —resumió Lachlan, sombrío. Se pasó las manos por el pelo—. Maldita sea.

A diferencia de sus socios, cuyas reacciones no podían ser más variadas, Calder entró en trance. Una parte de sí no se podía creer que su hermano hubiera sido capaz de prenderle fuego a algo que les pertenecía a ambos; a una reliquia familiar que era su deber hacer prosperar y dejar en herencia a sus descendientes.

Lo cierto era que Blake nunca había sentido especial aprecio por la destilería, ni por nada relacionado con su padre, con el que mantuvo siempre una relación que iba desde el odio más visceral a una admiración que él mismo había detestado. Pero no lo imaginaba haciendo una cosa así. No quería creer que fuera capaz.

—Sacad vuestras llaves —ordenó.

Se le encogió el corazón cuando obedecieron. Solo alguien que estuviera en posesión del juego podría haber originado el incendio, y los únicos que la llevaban encima eran sus socios. Haye y Lachlan habían estado desayunando con él, y ambos las portaban en el interior del chaleco y la chaqueta respectivamente. Carmichael era el único que había estado allí, y por tanto, el único sospechoso. Pero eso era imposible. Amaba tanto la destilería que no podía ni pensar en señalarlo, y había arriesgado su vida para apagar ese fuego.

Calder cerró los puños para contener un escalofrío. Todas las sospechas apuntaban al mismo lugar. Tal vez Blake no hubiera llevado a cabo un acto semejante hacía seis meses, pero después

de haber sido traicionado por su hermano, su esposa y los que eran sus amigos... ¿Qué no habría hecho para vengarse?

—¿No viste a nadie?

—No —jadeó Carmichael—. Pero no debió ir muy lejos mientras sofocaba las llamas. Tuvo que escabullirse por alguna de las puertas secretas... Estoy seguro de que usó un pasadizo.

Calder retiró la mirada, sobrepasado. Nadie salvo ellos, incluido Blake, conocía la existencia de esos pasadizos que llevaban directamente al exterior.

—¿Qué ha pasado? —exclamó la Reina. Los hombres se abrieron para que pudiera llegar hasta el quejumbroso Carmichael, que estaba a punto de desvanecerse. Se arrodilló ante él y revisó la herida entre juramentos que dejaron pasmados a los otros tres—. Por San Ninian; ¿a nadie se le ha ocurrido darle algo para el dolor a este hombre? —Miró de soslayo a Haye—. Ahora es cuando se suministran unas gotitas de láudano.

El susodicho se encogió de hombros sin mirarla a la cara.

—Tráigalo —le ordenó. Empezó a hablar sola en voz alta—. Necesito... Vinagre caliente, jugo de cebolla, agua fría, miel, aceite esencial de lavanda para más adelante... ¡Manzanilla! Voy a buscarlo...

—No hace falta —intervino Lachlan suavemente—. Yo voy a por ello. Has dicho vinagre caliente, jugo de cebolla, agua fría, aceite de lavanda y... manzanilla, ¿verdad?

Bonnibelle lo miró con los ojos muy abiertos. Un rubor repentino se extendió por sus mejillas.

—Así es —tartamudeó—. Y la miel. La miel es importante. Extraerá los fluidos del tejido y limpiará la piel quemada. También necesito paños de hilo para aplicarlo todo. El aceite esencial de lavanda está en un tarro alargado sin marcar junto a mi mesita de noche. No corre prisa, pero querré tenerlo a mano. Lo demás lo puede conseguir en la cocina.

Lachlan asintió y le dedicó una sonrisa circunstancial que aumentó su sofoco.

—Curioso. Pensaba que nos mandarías a buscar leche materna de caucho y cabello de cabra —rezongó Haye—. Sus métodos tampoco difieren mucho de los que usaban los egipcios.

Ella no le prestó la menor atención; se quedó un instante prendada del apresurado caminar de Lachlan hasta la salida. Volvió en sí cuando lo perdió de vista, y entonces usó un tono razonablemente agradable al pedir de nuevo un remedio para paliar el dolor.

Calder no había terminado de meditar cuando golpeó el suelo con el bastón.

—Vamos, Drew —ordenó—. Está en buenas manos y tenemos que ir a revisar los daños.

—¿Estás seguro de eso?

—Me siento con fuerzas —mintió.

Su socio lo miró de arriba abajo, inexpresivo.

—Venga —lo apremió—. No tengo todo el día.

Haye hizo una mueca de resignación. Se enderezó y ofreció el brazo.

—Puedes agarrarte a mí.

Calder le bufó en la cara y abandonó el salón a toda prisa.

\*\*\*

El viaje a la destilería y la exhaustiva revisión le costó una discusión con la Reina de las Hadas, y lo que era peor: tener que darle la razón. Cuando terminó de hacer inventario de todas las piezas dañadas que deberían reponer y anotó cuánto dinero habían perdido por cada lote, estaba de un humor especialmente oscuro, y quejumbroso igual que si lo hubieran intervenido esa misma mañana. Si no hubiera tenido la cabeza llena de preocupaciones, habría pensado que era natural; aún necesitaba reposo y no podía permitirse esos trotes, pero enajenado por el pesimismo llegó a la única conclusión de que no había servido de nada. De que su estúpido afán por mejorar y agradecer el gesto de Beth de buscar una segunda opinión le había salido por el alto precio de un socio —y amigo— maltrecho y varios miles de libras esterlinas.

Él debería haber estado allí el primero para ayudar a sofocar el fuego; debería haber sido él quien lo detectara, no andar acostado y aguantando los comentarios de Beth.

*Beth.* Dios mío, ella también estaba en peligro. Calder conocía a su hermano lo suficiente para saber que no haría daño a particulares que no tenían que ver con lo que sucedió, pero si su venganza iba a basarse en prender fuego a edificios, Beth podría correr la peor de las suertes. Denna también. Incluso la Reina, que se había afincado en una de las humildes habitaciones de invitados para no tener que viajar todos los días desde las montañas del sur. Eso por no mencionar la cantidad de gente que podría haber perecido bajo los tablones que se habrían desprendido del techo si hubiera ardido unas horas después.

¿En qué demonios estaba pensando Blake?

Calder se pasó una mano por la mandíbula desencajada. La herida le palpitaba; apostaba porque el cosido se había resentido con sus subidas y bajadas de escaleras. Descolgó la cabeza hacia atrás y gimoteó en voz alta antes de aferrarse al bastón como si quisiera partirlo por la mitad.

Bonnibelle le había prohibido que volviera a consumir láudano u otros compuestos con opio, y él lo había acatado hasta el momento por obligación. Porque no podía levantarse de la cama para ir en persona a conseguirlo.

Pero ya no lo aguantaba más. Su cuerpo llevaba días rogando por un alivio verdadero, no esos placebos y esa medicina de la risa que le había proporcionado hasta el momento.

Se levantó del borde de la cama, donde Bonnibelle lo había mandado para reponer fuerzas, y se dirigió al otro extremo del pasillo. El laboratorio de Haye le quedaba algo lejos; era uno de los sectores del sótano de la destilería a los que no había llegado el fuego. Aun así, sabía que guardaba algunas de sus soluciones en uno de los cajones. Lo empleaba las noches en las que el dolor del disparo se le hacía insoportable, para emergencias de otro tipo —como las quemaduras de Carmichael— y para sí mismo, pues por lo visto Haye sufría algún tipo de migraña desde que era muy joven.

Se dirigió a su habitación, sabiendo que no estaría allí.



—Calder —lo llamó alguien a la espalda. Él escuchó la voz distorsionada. Estaba tan desesperado por la medicina que sudaba y no era del todo consciente de su entorno—. ¡Calder! ¿A dónde vas?

Ignoró a la que le pareció reconocer como Beth y empujó la puerta de la habitación de Haye. Estaba cerrada con llave y solo él la tenía; tuvo que emplear la fuerza bruta y abrirla de un empujón que le destrozó el hombro.

El grito ahogado de la muchacha le pasó desapercibido.

Al barrer la habitación pulcramente recogida y tan limpia que su cuidado parecía incluso enfermizo, sintió que se mareaba. El pulso se le aceleró de golpe y tuvo que parar un segundo antes de abalanzarse sobre la mesilla de noche, donde no encontró nada.

Debía haberlo trasladado a otro cajón.

Calder gruñó, rabioso.

—¿Qué haces en la habitación de Haye? —preguntó Beth, dudosa. Notó su mano en la espalda—. ¿Por qué no te das la vuelta y me miras? ¿Vamos a volver a eso, y justo en este momento? Me he enterado de lo que ha pasado, y...

—Vete de aquí.

—Este lugar no es más tuyo que mío. ¡Es la habitación de Drew, Calder! ¿Qué estás buscando aquí?

La mente de Calder era un hervidero de dudas; dudas que iban distribuyendo un pánico paralizante a distintas zonas de su cuerpo. El dolor físico se fusionó con la preocupación por lo que acababa de suceder, por el temor agorero ante lo que podría pasar en otro descuido, y el fiero desprecio a su incapacidad. ¿Qué podría hacer él si no sabía dónde estaba Blake?

Blake. Blake Houston.

Era su héroe. Él lo llamaba Blay, y su hermano lo trataba de enano, enclenque y renacuajo con un cariño que hacía que le resultara imposible enfadarse. Ese Blake... ¿Era ahora un asesino?

Empezó a abrir cajones desesperadamente. Necesitaba salir de ahí. Necesitaba abandonar su propia cabeza. No quería llegar a la misma conclusión que todos; era su deber creer para siempre en la bondad e inocencia del mayor de los Houston. Pero incluso él se daba cuenta de que el amor no era suficiente para absolver los pecados de un humano infame, justo lo que era Blake para los demás.

Los ojos vidriosos le impidieron ver lo que estaba tocando. Prendas de ropa de todo tipo, cajas llenas de recuerdos de una vida anterior, algunas botellas de whisky que Drew se regalaba a sí mismo por su excepcional trabajo... Por fin llegó al cajón que contenía los frascos de todos los tamaños, etiquetados con una caligrafía impecable para no dar lugar a equivocaciones.

La exaltación le impidió leerlos, y las manos, que le temblaban violentamente, casi no le dejaron sostenerlos. Tuvo que llevarse el puño cerrado al pecho, ahí donde sentía el corazón al borde del colapso.

Beth pareció darse cuenta entonces de sus intenciones.

—Bonnibelle te dijo que no puedes tomar nada que ella no te dé. Calder, eso que tienes en la mano ni siquiera es... Suéltalo. —Rodeó su gruesa muñeca con los dedos y trató de convencerlo, pegada a su espalda, de que lo devolviera a su sitio—. No te va a beneficiar en nada. Vamos...

Él la miró por encima del hombro, fuera de sí.

—Déjame en paz, Beth.

—Eso ya me lo has dicho otras veces. —Aprovechó que se distraía para arrebatarse el frasco y cerrar el cajón con un golpe de cadera. Calder retrocedió torpemente cuando ella se posicionó, igual que los guardias de una reina, delante de la cómoda. Su actitud defensiva lo desquició—. No vas a tomar esto. Solo te hace daño.

La fulminó con la mirada. La necesidad de ingerir algo que lo sacara de la miseria fue tan intensa que por un instante sintió que la odiaba más de lo humanamente posible.

—*Tú* me haces daño.

Ella contuvo el aliento.

—Eso no es verdad. Y si lo piensas en serio, ahora entiendo que lo que hay entre nosotros es un serio problema de comunicación. ¿Cómo puedes interpretar todo lo que hago como una manera de herirte?

Calder se pegó a su cuerpo de forma amenazadora. Cerró la mano sobre uno de los tiradores del cajón que la amplia falda del vestido no había conseguido cubrir.

—Quítate del medio. No me gustaría tener que pasarte por encima.

—No harías tal cosa.

—Voy a hacerte daño si no obedeces, Beth.

—Nunca me pondrías una mano encima.

—¿Por qué no? —espetó él, exasperado—. ¿Cómo estás tan segura? La sangre de Blake corre por mis venas, y quizá la maldad sea algo hereditario, igual que los ojos claros o la piel pálida. Si él es un miserable y ha demostrado ser cruel cientos de veces, ¿por qué no iba a serlo yo también?

En lugar de tensarse por lo que parecía una promesa de violencia, Beth bajó la guardia y lo miró a los ojos, como si hubiera asimilado antes que él el trasfondo de su amargura. Antes de que pudiera ofrecerle consuelo con una respuesta inteligente, y para su horror, Calder se dio cuenta de que tenía las mejillas empapadas.

Se quedó inmóvil delante de Beth, único testigo de su pérdida de control.

Cuando ella alzó la mano para secar sus lágrimas, Calder retiró la cara con una mueca de desprecio.

—Basta ya. Quítate de mi vista —espetó, lleno de impotencia. Temblaba de la cabeza a los pies—. Desde que apareciste no he hecho más que ridiculizarme a mí mismo. Te odio.

—Eso no es cierto —susurró.

—Claro que es cierto. Te odio —repitió—. Te odio más que a nada en este mundo.

—No me odias. *Tú me quieres.*

Calder le dirigió una mirada oscura y atormentada. Ella lo miraba a su vez, con unos ojos

cristalinos, exentos de los horrores y sombras que a él no lo dejaban tranquilo. Y eso no era del todo cierto, porque Beth también había sufrido... Solo que era mil veces más fuerte. Más valiente. Estaba entera, y usaba todo el virtuosismo del que era dueña para oponerse a la depravación de él.

Pero a pesar de ser indigno y mezquino, no pudo negarlo.

Tampoco pudo moverse cuando ella volvió a alargar el brazo y secó la humedad de sus mejillas.

—Siempre es duro aceptar que alguien a quien amamos no merece nuestro amor —susurró—, ni nuestra compasión, ni todos los pensamientos que le hemos dedicado desde que recordamos. Es difícil asumir, por fin, que nos hemos estado aferrando a alguien que no existe.

De pronto se sintió especialmente débil. Casi se derrumbó sobre ella al apoyar las manos en el borde de la cómoda.

—Cállate —rogó.

—Tienes que dejarlo ir, Calder. Si fue capaz de herirte... si ha sido capaz de atentar contra la vida de Carmichael... No es el hombre que conociste. Seguir creyendo en él te destruirá.

Calder cerró los ojos. Lloraba en silencio.

—Él nunca habría hecho algo así.

—Pero lo ha hecho. Deja de intentar comprenderlo y justificarlo. No te va a llevar a ninguna parte; al contrario. Te va a tener cautivo en el lugar oscuro donde estás ahora.

—Nosotros se lo hicimos. Denna se lo hizo. Lachlan se lo hizo. Yo, su propio hermano, le hice eso —sollozó—. Se ha convertido en una bestia porque no estuvimos a la altura.

—A un gran corazón, ninguna ingratitud lo cierra —dijo ella con suavidad. Ahuecó su mejilla con una mano amable—, ni ninguna indiferencia lo cansa. Si fue verdaderamente bueno alguna vez, Calder... no lo sería lo bastante si no pudo tolerar los errores de la gente que lo ama.

Calder odió encontrar sentido a sus palabras. Odió que tuviera razón. No porque debiera admitir que estaba equivocado, sino porque deseaba, con toda la fuerza de sus sentimientos, seguir creyendo ciegamente en el buen corazón de Blake. Él lo había visto; lo había vivido. Había compartido a su lado algunos de los momentos más felices. Nadie excepto Calder conocía de verdad la naturaleza de su hermano... ¿O sí? ¿A dónde lo iba a llevar su obstinación, cuando ya no podía ser más evidente que estaba equivocado?

Apoyó la frente en la de Beth, tenso como la cuerda de un violín. Ella ladeó la cabeza para rozar cariñosamente la nariz con la suya.

—Siento ser yo la que dice siempre lo que no quieres oír —susurró—. Y lo siento en el alma, porque regalándote los oídos haría tu vida más llevadera; porque me querías más si lo hiciera y no hay nada que desee más que eso. Pero no puedo mentirte.

Calder torció la boca.

—No dejas de tratarme como a un desgraciado —masculló—. Nunca he querido tu conmiseración. Así solo me estás humillando.

—¿Mi cariño te hace sentir humillado? —preguntó ella, con voz queda—. ¿Tan poco te han cuidado que así es como ves mis atenciones?

»No te estoy humillando; *te estoy cuidando*. ¿Quieres que deje de hacerlo?

Entre la neblina de dolor, el sentimiento de traición y la ansiedad que paralizaba y embotaba sus sentidos, imaginó una vida sin Beth. Imaginó *un solo día* sin Beth; una noche sin su compañía.

Su corazón se encogió agónicamente.

«No», gritó una voz dentro de él. Pero no fue eso lo que contestó. En su lugar, expresó al fin lo que le carcomía desde que retiró el velo de su cara.

—Si te pone en peligro —murmuró—, nunca se lo perdonaré.

»Y menos aún me perdono a mí mismo saber que no podría protegerte si eso sucediera.

La vio abrir la boca para replicar, pero no se quedó para escucharla.

En vista de que los opiáceos con alto contenido dañino que fabricaba Haye no eran una opción, Bonnibelle había mandado a una doncella a conseguir unos cuantos ingredientes en el pueblo. Así fabricaría un compuesto menos agresivo para paliar el intenso dolor de Carmichael.

Ella no podía separarse ni un minuto del hombre, que incluso deliraba por la profundidad de las quemaduras. Como Beth veía yendo y viniendo a todo el mundo con caras largas y los músculos tensos, había decidido ir en nombre de Bonnie a buscar esos remedios. Y como Denna tampoco soportaba la tensión que se respiraba en Cranston Castle, había decidido acompañarla para despejarse. Haye y Lachlan llevaban un par de días sin asomar la cabeza por el castillo; pasaban las veinticuatro horas del día en la destilería, ayudando con las reparaciones y encargándose de que las pérdidas fueran pronto amortizadas acelerando la producción. Calder se pasaba para supervisar y regresaba para velar a Carmichael y descansar las horas que Bonnibelle le había impuesto. No le había dirigido la palabra a Beth desde que se encontraran en la habitación de Haye, aunque tenía el consuelo de que se debía a su preocupación y a que no habían hallado la oportunidad de reunirse. Beth por lo menos se alegraba de estar posponiendo el momento de la discusión; aún tenía que encontrar la forma de defenderse y de defenderlo a él. Aunque Blake hubiera hecho su aparición —y su amenaza—, sabía que Calder no había olvidado el episodio del afrodisíaco, y francamente, ella tampoco. Estuvo furiosa las primeras horas de ese amanecer, pero con el paso de las noches, y viéndolo tan angustiado por lo sucedido, ese enfado había mermado.

Lamentablemente, no lo suficiente para olvidar que había sido demasiado cruel. Y peor: la había malinterpretado.

—¿Lleva la lista? —le preguntó Bonnibelle, antes de que saliera de la habitación de Carmichael con la cesta colgando del brazo. Beth levantó sus anotaciones en papel y la Reina asintió conforme—. Muy bien. Dígale a Patty que va de mi parte. Solo a Patty: a Oliver mejor preséntese como lady Beth. Ese hombre me detesta y le hará un descuento si no sabe que la he mandado.

Acto seguido, volvió a concentrarse en las quemaduras de la espalda de Carmichael. A simple vista pareció que solo se había quemado el hombro, pero en cuanto lo desnudaron, los horrores saltaron ante sus ojos. Tenía los omóplatos y parte de los brazos en carne viva. A Beth no le importaban las heridas, pero Denna, que era algo más impresionable, no podía mirarlas

directamente.

Cualquiera diría que sería difícil que se recuperase, y no solo cualquiera, sino también Haye, que había hecho una valoración personal y un diagnóstico fiable. La Reina de las Hadas no opinaba igual, y con su ya característica arrogancia juraba que Carmichael saldría adelante sin una sola secuela física siempre y cuando ella lo atendiera.

Era imposible saber cómo contemplaba el propio enfermo su futuro; desde la noche anterior no le bajaba la fiebre y solo separaba los labios para invocar un nombre de mujer.

—Lillias —balbuceó. No decía nada más, pero Lachlan había asegurado que no era el de su madre ni el de ninguna de sus hermanas casadas, a las que conocía personalmente.

Bonnibelle apartó el paño húmedo de su frente y le dirigió una mirada seria a Beth. Sus ojos celestes no duraron ni un segundo sobre ella; enseguida se clavaron en un punto por encima del hombro.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Lachlan.

Beth se apartó para que pudiera acercarse a la cama del postrado.

Nunca habría imaginado que un hombre grande y fiero como Carmichael podría transmitir ese aire de vulnerabilidad tan conmovedor; como tampoco creyó que vería ruborizarse a la altiva Reina de las Hadas en presencia de un hombre. Ella, que parecía estar por encima de todos los demás —caballeros y damas, aldeanos y tenderas—, pareció particularmente desesperada por captar su interés.

Lachlan se arrodilló ante Carmichael e intentó hablarle de las mejoras que habían impulsado desde su fatídico accidente. Le confesó, asimismo, que esperaba que poco a poco fuera recuperándose. Hablaba con una dulzura que hizo sonreír a Beth. Lachlan no era nada que no pareciese a simple vista: de un vistazo se le calaba como un hombre divertido, leal y entregado, y eso era exactamente lo que demostraba ser bajo cualquier circunstancia.

—Vendré en un rato —le dijo a Bonnibelle—. Tengo que hacer una gestión en la oficina de correos; Calder quiere que mande una carta a Londres. Cuando vuelva podré quedarme cuidándolo hasta la hora de la cena.

—No será necesario. Carmichael requiere unos cuidados especiales que solo yo puedo proporcionarle.

Lachlan sonrió.

—No lo dudo. Pero es lo mínimo que puedo hacer con él. Este hombre me ha salvado la vida más veces de las que puedo recordar. Es un hermano para mí.

Le dirigió una mirada llena de aprecio y estrechó su mano antes de volver a levantarse. No pareció molestarle que Carmichael balbuceara de nuevo ese nombre, «Lillias», ni que lo hubiera confundido con ella. A continuación, hizo las preguntas de rigor a Beth —«¿Va todo bien? ¿Puedo hacer algo por usted?»— y tras darse por satisfecho con las respuestas, se marchó.

En cuanto hubo desaparecido en el pasillo, Bonnibelle cogió aire como si hubiera contenido la respiración durante toda la conversación.

Beth la miró con curiosidad.

—Entonces te interesa de verdad —murmuró, más para sí misma—. No pensé que el señor Hawke te... No importa.

Con toda dignidad —pero aún colorada—, Bonnibelle estiró la espalda.

—El señor Hawke es perfecto.

—Perfecto para Denna —corrigió, sin poder controlarse—. Me gustaría que reconsiderases lo que le pediste. Haber cedido a tu exigencia ha sido una gran muestra de amor, pero ambas coincidiremos en que es un sacrificio que no debería...

—Ceder a mi exigencia ha sido una gran muestra de indiferencia —retrucó sin mirarla.

—¿Cómo?

—Una persona no renuncia a quien quiere sabiendo que es correspondido. Y si lo hace, no es porque la ame demasiado, sino porque no la ama lo suficiente —concluyó, con ese tono tajante del que se armaría un rey para sentenciar a muerte.

Beth reconoció su comentario en uno que ella misma había hecho no hacía demasiado tiempo. Fue durante una de esas discusiones en las que trataba de convencer a Calder de lo que el amor debería exigir.

—No todo el mundo ve el amor de la misma manera.

—Pero la señora Houston en concreto, sí. Es el claro ejemplo que resume mi teoría.

Confusa, preguntó:

—¿Por qué?

—Cullodenna Houston es capaz de dejar ir al señor Hawke sin pestañear, pero no puede ni podrá soltar jamás el recuerdo de su marido. Revelador, ¿no le parece? —Le dirigió una mirada de ojos entornados—. Y ahora, ¿podría ir al pueblo antes de que este pobre hombre muera entre mis brazos?

Beth no hizo más preguntas y salió apresuradamente. Se había entretenido para esperar a que Denna terminara de acicalarse, un proceso que le demoraba horas y horas.

La encontró antes de lo previsto en el imponente recibidor de Cranston Castle, uno de los pocos lugares que conservaban el aire de gloria que debió transmitir en el pasado. Iba vestida de negro riguroso, como cada vez que planeaba salir, y parecía más pálida y melancólica que de costumbre... aunque también nerviosa.

Beth la conocía lo bastante para saber que no era extraño verla toqueteándose los puños del vestido o revisándose con preocupación en todos los espejos que encontraba, como si le aterrara no estar a la altura de su posición. Pero desde que Blake llevó a cabo su travesura, parecía especialmente fuera de sí. Beth sabía que estaba preocupada, aunque no podría jurar que tuviese miedo, ni tampoco apostar por que una parte de ella no pareciera ansiosa por enfrentarlo.

Denna la localizó en medio de su profundo examen. Le hizo un gesto para que se acercara deprisa y la cogió del brazo antes de salir.

—¿Qué te ha mandado esa Reina de las Taradas? —Al ver que Beth no respondía y se la

quedaba mirando con extrañeza, Denna sonrió—. El otro día escuché a Haye llamándola así.

—No me parece una forma justa de referirse a ella después de todo lo que ha hecho por nosotros... después de todo lo que *sigue haciendo* —corrigió—. Carmichael está muy enfermo, pero la herida progresa adecuadamente.

—A Haye sí le gusta burlarse de Bonnbelle por su forma de ejercer la... medicina, o lo que sea que haga, pero yo solo lo hago por la manera en que se dirige a mí. Esa mujer me odia y no entiendo por qué; me parece que está bastante por encima del aldeano supersticioso promedio, que es el que cree que soy bruja y me acusan de hechizar y luego matar a Blake.

Beth encogió un hombro grácilmente.

—Quizá tenga que ver con que está enamorada de un hombre que te ama a ti.

Denna arrugó el ceño.

—Yo no tengo la culpa de eso.

—No, pero a veces no podemos evitar ser irracionales.

—Supongo que no —admitió, unos segundos después.

Durante la primera parte del trayecto, pasaron en silencio.

Denna era una de esas compañías con las que no le importaba pasar el rato sin hablar, aunque lo prefería porque todo lo relacionado con ella le despertaba una curiosidad tremenda. Quería hacerle cientos de preguntas, confirmar o desmentir las historias que había oído sobre su matrimonio y desentrañar esos confusos sentimientos que parecía tener no solo por Lachlan, sino por Blake. Quizá ese interés por descubrirlo todo fuera simplemente una manera de distanciarse de su propia vida y sus preocupaciones; Beth tenía cientos de cosas en las que pensar y se encontraba en el límite con Calder. Pero fuera cual fuese el motivo de fondo, su curiosidad era real.

—No tuve oportunidad de preguntarte lo que sucedió la noche del afrodisíaco —dejó caer Denna—. Con todo lo que pasó después se me olvidó completamente. Aunque a juzgar por tu mordaz comentario en la mesa, parece que no hubo suerte.

—No, no la hubo —contestó sin profundizar.

Sintió la mirada castaña de Denna sobre ella.

—Quizá cometí un error creyendo que tú... lo deseabas —dijo un rato después—. Sé que Calder te aprecia a su manera, y que lo haría más si se lo permitiese a sí mismo, igual que soy consciente de que tú te preocupas por él. Pero tal vez el problema sea que no te imaginas siendo su esposa en ciertos aspectos.

Beth parpadeó varias veces.

—¿Crees que no me... gusta?

—Eso creo —cabeceó.

Ella soltó una carcajada que captó la atención de un par de granjeros que se cruzaron. Uno de ellos se quitó el sombrero y le hizo una reverencia que fue enseguida respondida con otra divertida genuflexión. Lo más seguro era que no supiese que acababa de cruzarse con la señora



Houston. Con las dos señoras Houston, de hecho.

—Pues te equivocas —dijo con suavidad. Solo de imaginarse con él, su corazón se aceleró estúpidamente—. Oh, Denna... Por supuesto que sí. Si por mí fuera...

Se mordió el labio para no soltarlo todo de sopetón. No era el lugar más adecuado ni tampoco una conversación propia de una señorita. Pero necesitaba desahogarse; y necesitaba hacerlo con Calder, el único que comprendería lo que sentía y podría ponerle solución.

Por desgracia, él no parecía por la labor, y Denna, en cambio, se mostraba muy receptiva.

La miró con un brillo especial en los ojos.

—¿Alguna vez has sentido ese inflamable deseo que te hechiza hasta hacerte creer que necesitas besarlo para seguir respirando?

Denna envió una mirada irónica a la cesta vacía que cargaba en la mano.

—Desgraciadamente.

—¿Por qué desgraciadamente? ¿No eras correspondida?

—No era plausible.

—Lachlan —dedujo Beth.

Denna encogió un hombro, distraída, y cambió de tema conforme se adentraban en el pueblo. Ninguna de las dos se dio cuenta de que comenzaron a llamar la atención de algunos de los aldeanos, y de que varios de estos, al reconocer a Denna, detuvieron lo que hacían y la persiguieron con la mirada.

—¿Eso es lo que sientes por Calder?

—Eso y mucho más. Me despierta todas las emociones del mundo y me transmite miles de sensaciones, incluidas algunas que no conocía: pasión, simpatía, dulzura, compasión... Pero para él la mayoría son humillantes. Creo que le gustaría que lo admirase por ser fuerte, valiente y masculino... y que fuera más sumisa.

Denna rio, ajena al intenso y casi violento escrutinio de los hombres.

—Dentro de que los Houston no se caracterizan por su sensatez, Calder nunca ha tenido problema asumiendo que hay cosas que no puede cambiar. No es que desee que seas de otra forma y no pueda modificarte a su antojo... Más bien te adora tal y como eres y aún no puede creérselo. Le está costando digerir que le gusta cómo le sienta tu compasión.

Fue a añadir algo más, pero entonces se dio cuenta de que las gentes de la calle habían dejado de regatear para observarla. La sonrisa de Denna se fue desvaneciendo lentamente hasta convertirse en una tensa curva de cortesía. Debía estar muy acostumbrada a esa clase de atención, porque no paró de andar y mantuvo la compostura en todo momento.

Beth no podía decir lo mismo. Conforme más hombres se unían al crítico examen de la viuda, más incómoda se sentía.

—¿Esto es así a menudo? —susurró.

—A menudo no. Siempre.

—¿De verdad creen que lo mataste? Santo Dios... —Echó un vistazo alrededor y se estremeció

al reconocer un tinte agresivo en los ojos de los mirones—. ¿Tan querido era Blake?

—Lo cierto es que sí. Creen que yo fui la que causó que abandonara la beneficencia y se convirtiera en un tirano en el trabajo. Despidió a muchos de Lochranza y contrató a gentes de Brodick y otras aldeas. Eso fue muy mal acogido entre los aldeanos, y...

Denna dio un respingo cuando una figura masculina le bloqueó el paso. Tanto ella como Beth tuvieron que retroceder para no chocar con él.

El hombre la miraba con hondo desprecio.

—Bruja asesina —siseó. Escupió a sus pies y se quedó mirándola como si estuviera esperando una señal para lanzarse sobre ella—. Lárgate de aquí.

Beth reaccionó antes que Denna, que se había quedado paralizada. La cogió con fuerza del brazo y tiró de ella para apartarla del matón.

—¿Cómo se atreve a hablarle así? —le espetó, indignada—. ¿Es que no le han enseñado lo que es la educación? Debería darle vergüenza.

No esperó a que le diera una respuesta y apretó el paso. El cuerpo de Denna parecía pesar más de lo habitual. Se había puesto pálida.

—¿Estás bien? —Ella asintió, vacilante—. Vamos a sentarnos un momento por allí. No parece que nadie vaya a molestar.

Beth señaló el acceso al bosque comunal de las cercanías del pueblo, lo bastante lejos del conjunto urbano para suavizar la violencia latente. La zona era tan pobre que no sorprendía que la mayoría de las casas recordaran a los *crannags* de la Edad del Bronce, como tampoco que fuesen tan crédulos cuando les llegaban historias morbosas.

Allí no debían vivir más de doscientas personas, lo que los obligaba a moverse con frecuencia para comerciar con los pueblos vecinos. Beth aún no conocía la isla, pero Lochranza parecía la aldea menos productiva. Las casas habían sido construidas por grupos de amigos y familiares; eran muy toscas y apenas debían tener habitaciones individuales. Muy pocas estaban revestidas con yeso y ninguna tenía las ventanas acristaladas.

Beth se preguntaba cómo un techo de paja aguantaría los aguaceros de la isla en invierno.

—¿Calder sabe esto? —preguntó, enfadada—. No sé si él tiene algún derecho judicial sobre el pueblo, pero supongo que en vista de que no hay ni gobernador provincial ni nadie administra la comarca, es el hombre con mayor poder adquisitivo el que puede poner un poco de orden. Me parece injusto que te traten de esa manera.

—Es la primera vez que me lo dicen a la cara —dijo, afligida—, aunque será porque nunca me he atrevido a pasearme por la vía principal. Raras veces vengo al pueblo, y cuando lo hago evito que me vean.

Denna tomó asiento con un suspiro. No le importó mancharse la falda con la tierra húmeda.

—En parte tienen razón —murmuró—. No dudo que Blake habría encontrado otra forma de matarse o de hacerse la vida imposible si yo no hubiera estado ahí, pero... Fui quien lo empujó a pelearse con Calder.

»Quizá sí sea la culpable de todo. Quizá fuera yo la que separó a los hermanos, enloqueció a uno e hizo que otro estuviera a punto de perder la pierna.

Beth se agachó para consolarla.

—No digas eso. No es cierto.

—Y ahora parece que ha vuelto —continuó, con voz temblorosa—. Si me odia solo un tercio de lo que me odia la gente de Lochranza...

—No va a pasarte nada, Denna. Lachlan no lo permitirá.

Denna le dirigió una mirada atribulada que, en cuestión de segundos, se transformó en una mueca de horror. Beth la vio ponerse de pie enseguida y hacer ademán de acercarse a ella. No supo por qué hasta que notó que una mano se cerraba en torno a su cuello.

El desconocido la envolvió con el brazo para arrastrarla entre los arbustos del límite del bosque. Debió hacerle una señal a Denna para que no se le ocurriese gritar, porque se quedó inmóvil con las palmas alzadas.

—No le hagas daño —suplicó—. Seas quien seas, si lo que quieres es dinero, soy yo la que lo tiene. Te lo daré todo, pero antes...

—No quiero tu dinero —dijo una voz rasgada. Beth se estremeció de miedo al sentirlo muy cerca de su oído; Denna, en cambio, frunció el ceño como si estuviera intentando recordar dónde lo había oído antes—. Quiero transmitirte un mensaje.

Otro hombre emergió entre las ramas de un abeto y agarró a Denna por la espalda. Entonces sí abrió la boca para pedir auxilio, pero él se la cubrió con firmeza. Aunque Beth intentó memorizar sus rasgos, no pudo; iba cubierto, e imaginaba que el malhechor que la sujetaba, también.

Beth intentó sacudirse su brazo de encima, pero el hombre afianzó el agarre. Le clavó las uñas en el escote hasta que ella gimió de dolor. No consiguió que dejara de pelear; Beth solo se abandonó a la desesperanza cuando el hombre le dio la vuelta violentamente y usó la mano para estrangularla. Ejerció suficiente presión para que se le hiciera difícil respirar, se le saltaron las lágrimas y tuviera que suplicar.

—Si no fueras tan peleona, te habríamos dejado en paz —le dijo—. Esto no va contigo, sino con la esposa de Blake.

Denna abrió los ojos de golpe.

—¿Te pilla por sorpresa? No entiendo por qué —ronroneó el que la tenía agarrada. Deslizó un dedo por el lateral de su garganta—. Una mujer muy bonita... ¿Por qué querría Houston arriesgar algo así?

Un fuerte sentimiento de traición asomó al semblante de Denna, que por primera vez intentó quitarse al agresor de encima. Este no tuvo reparo en soltarla, aunque no sin abofetearla antes. Denna perdió el equilibrio al meter el pie en un charco de barro y cayó de costado.

El desconocido se arrodilló ante ella y le retiró un mechón de la cara antes de hablar.

—Este es el mensaje que tienes que pasarle a tu gente, preciosa: dile a Houston que me dé lo que me pertenece. Si no lo tengo de vuelta en los próximos tres meses, te mataré con mis propias

manos sin el menor remordimiento. Sé que eres valiosa en Cranston Castle y eso bastará para que tus amigos espabilen.

Tanto Denna como Beth se quedaron inmóviles al oír la amenaza. Los malhechores aprovecharon esa ventaja para retirarse tal y como habían aparecido.

En cuanto dejó de sentir la mano férrea en su garganta, Beth prorrumpió en toses con arcadas. Se acercó a Denna, dolorida y temblando, y la ayudó a levantarse con el corazón en un puño. Ambas tenían los ojos vidriosos. Ella por la agresión. A la viuda, en cambio, parecía que se le acabara de partir el alma.

—¿Estás bien? —preguntó Beth, con voz estrangulada.

Denna se arrojó a sus brazos y rompió a llorar desconsoladamente.

Calder siseó una maldición entre dientes que fue rápidamente acallada con un vistazo amenazante. Esa había sido la dinámica de una de las horas más largas de su vida: la Reina reprendiéndolo por sus quejidos y su determinación a no seguir órdenes de otro, y él recordándole quién estaba al mando antes de obedecer.

No le quedaba otro remedio.

Bonnibelle tenía muy claro que, si estaba en sus metas a largo plazo volver a caminar como solía, debería esforzarse él primero para hacerlo posible. El tiempo de descanso había concluido. El siguiente paso era recordarle a la pierna cuáles eran sus funciones. Y si bien Calder se hubo mostrado decidido e incluso emocionado por el avance, ahora se daba cuenta de que el sufrimiento no había hecho más que empezar. Casi diría que la curación de la herida fue una preparación para lo que estaba por llegar.

—Doble la rodilla —exigió la Reina.

—La estoy doblando.

—No, señor Houston. Está haciendo el amago de doblarla. Si no lo estoy tocando es porque me ha dicho que es usted capaz de hacerlo solo, pero no lo parece. Voy a...

—Usted no tiene que hacer nada —interrumpió, al ver que se acercaba para ayudarlo a flexionar la pierna dolorida. Le temblaba tanto que intentaba no mirarla para esconderse de la humillación—. De hecho, debería estar con Carmichael. Él la necesita más que yo.

—El señor Carmichael no necesita que se le cuide las veinticuatro horas del día, y menos ahora que ha salido de peligro. Usted es harina de otro costal.

—¿Qué está insinuando? ¿Que necesito una niñera?

—No se me había ocurrido, pero teniendo en cuenta que berrea como un bebé, no le vendría mal. ¿Por qué no prueba a dejar de victimizarse y actúa como un hombre?

Calder se reservó la maldición para sus adentros y permitió que le manipulase el muslo sin emitir queja. Buscando cualquier cosa en la que concentrarse antes que en la tirantez del músculo, se topó con la sonrisilla maliciosa de Bonnibelle.

—¿Qué es lo que le parece tan gracioso?

Ella encogió un hombro.

—Me resulta curioso que ese coloquio haya servido para cerrarle el pico. «Sé un hombre»

debe ser la frase más poderosa del mundo. Todos se dan por aludidos, desde los campesinos hasta los grandes señores.

En otras circunstancias, y de haber estado de mejor humor, Calder habría sonreído. Empezaba a darse cuenta de lo ridículo que se veía cuando defendía su masculinidad a capa y espada, en parte gracias a la visión que Beth tenía sobre su obsesión con parecer indestructible.

Aun así, se vio en el deber de replicar.

—Para una mujer es fácil decirlo. No tiene que ser valiente, ni fuerte, ni tomar decisiones cruciales.

Bonnibelle arqueó una ceja. Como si quisiera vengarse, le dobló aún más la pierna. Esta envió un escalofrío paralizante al resto de su cuerpo, inmovilizándolo durante un segundo. Tensó la mandíbula para no chillar de agonía.

—Cualquiera diría que no conoce a ninguna de las mujeres que viven bajo su techo, señor Houston. Si nos ceñimos a la virtuosa definición de hombre que todos usamos, yo diría que son más masculinos que usted.

Calder pensó en el reclamo de Beth.

«No te estoy humillando, te estoy cuidando».

—Eso es porque las mujeres tienen otro concepto de fortaleza y valor —meditó. Las palabras se le atascaron en la garganta cuando Bonnibelle masajeó el alrededor del cosido—. Creen que uno es valiente cuando es capaz de aceptar sus debilidades y vivir con ellas.

—Ese es el único concepto correcto que existe para esas dos palabras. Los hombres estáis muy equivocados. Pensáis que el valor reside en arrojarse de cabeza a una guerra y acabar con las vidas de vuestros enemigos.

—¿No le parece que los soldados sean valientes?

Sacudió la cabeza y se retiró un mechón de pelo rubio de la cara. Siempre lo llevaba suelto. Era como un mantón hecho de hebras de oro.

—Inconscientes, más bien.

Calder desencajó la mandíbula cuando Bonnibelle presionó los dedos contra el músculo malherido. Ella lo retó a gritar levantando una ceja impertinente.

Aunque quería seguir hablando para no pensar en el doloroso tratamiento, detestó tanto su expresión superior que se sintió identificado con la animosidad que Hays demostraba hacia ella.

—Relájese.

—Se nota que a usted no le han disparado nunca —masculló entre dientes.

—¿Y estaría interesada en estrenarse en la experiencia? Conozco a alguien a quien le gustaría practicar su puntería —comentó Hays con malicia. Apareció bajo el umbral de la puerta como las criaturas oscuras de los cuentos de terror; una figura alta y delgada vestida de negro de la cabeza a los pies.

Bonnibelle le dirigió una mirada impasible.

—Si se le dan tan bien las pistolas como la medicina, entendería que quisiera ejercitarse. Y si

ese es el caso, no le temo a vernos a tres pasos al amanecer; con su maña seguramente se disparase a sí mismo.

Calder se rio entre dientes por no romper a llorar.

—Tú te lo has buscado —le dijo a Hays.

Él ni se inmutó. Parecía que le importara un bledo discutir o no hacerlo; su expresión era la misma ganara o perdiese una discusión.

—Vengo de parte de Lachlan. Hemos coincidido en la habitación de Carmichael y me ha pedido que te entregue esto mientras él lo vigila.

—Por San Ninian —bufó ella—. No es necesario que nadie le vigile excepto yo. No se está recuperando por la fuerza de vuestras miradas amorosas.

Hays clavó en Bonnbelle sus extraños ojos negros.

—No me diga que Carmichael también le gusta. Los quiere a todos para usted, ¿eh?

—A todos menos a usted.

Pareció que iba a comentar algo, pero se lo reservó en el último momento. Con su habitual parsimonia, se acercó a la cama y le entregó una carta.

—Viene de Londres.

Calder frunció el ceño. Se le olvidó negar con la cabeza categóricamente al leer el nombre del remitente: Cassidy Davenport, el caballero al que había escrito tan solo unas semanas atrás.

—¿Cómo es posible que haya contestado tan rápido?

—Por el sello personal y la caligrafía casi aristocrática, diría que tiene un mensajero particular —comentó Hays—. No se tarda más que tres días en ir de Londres a Androssan, y el trayecto de Androssan a Lochranza se hace en menos de veinticuatro horas.

Calder se quedó mirando el sobre con una extraña sensación en el cuerpo. La rapidez y eficacia del señor Davenport solo podía significar que le había interesado el asunto expuesto en su carta.

—Tus asuntos me son indiferentes, pero si contactas a un experto contable debe ser porque la economía te está dando problemas —comentó Hays—. Si ese fuera el caso, agradecería que lo comunicaras a todos antes de trapichear a nuestras espaldas.

—Es un asunto de índole privada. Y el señor Davenport no es el experto contable, sino el hombre que lo está formando —corrigió, al examinar con detenimiento el sello. Dirigió una mirada a Bonnbelle—. Tengo que atender la correspondencia.

La Reina se retiró sin insistir en su salud.

—La excusa le ha venido de maravilla.

Ignoró la pulla y se incorporó muy despacio. Le costó menos de lo habitual apoyar la planta en el suelo, y si bien cuando se levantó sintió el músculo resentido, no tenía nada que ver ese dolor que lo tenía acostumbrado. Se hizo con el bastón y observó que el entumecimiento del masaje era mucho más agradable que el ardor habitual.

Hizo una reverencia a Bonnbelle y pasó por el lado de Hays.

La impaciencia lo obligó a detenerse al final del pasillo y rasgar el sobre antes de llegar al

despacho.

La caligrafía del interior era la misma que la del reverso, y había sido firmada por el hombre en persona. Por la información que Lachlan le había proporcionado, Cassidy Davenport era el segundo mayor de los bastardos y el único que tenía una vida privilegiada. El abogado que estaba casado con su madre le había dado su apellido aun cuando era de dominio público que no fue engendrado en el lecho conyugal; había ido a una universidad de prestigio hasta ese mismo invierno y ahora trabajaba junto a un renombrado contable con la esperanza —o eso se decía— de ocupar su lugar tarde o temprano. Según Lachlan, encontrar a los otros tres medio hermanos de Beth no había sido difícil, pero no serían tutores adecuados para ella: ni el marinero conocido por atracar burdeles en lugar de puertos, ni al que se le reprochaba su irreverente sentido del humor y nomadismo. Ni, por supuesto, el menor de edad.

Por lo que leyó en la carta, el señor Davenport era perfecto para encargarse de Beth. Aunque solo tenía veinte años, disponía de vivienda propia en una zona acomodada y sus ingresos le permitirían mantener una boca más. El caballero no había tenido reparo en hacer especificaciones sobre su tranquila forma de vida, ni tampoco se anduvo con rodeos al asegurar que Beth sería bien recibida si quisiera contactar con sus hermanos. Se había referido al cuarteto como «una unidad» y «una familia peculiar» que la querría sin condiciones. El que la acogería en el caso de que quisiera regresar a Inglaterra.

Calder no esperaba una respuesta tan positiva. Por supuesto que le dio la impresión de que un grupo de bastardos famoso por llevarse de maravilla no renegaría de la existencia de otra como ellos; sin embargo, la disposición de Davenport se le antojaba excesiva. Tal vez incluso sospechosa. Aunque quizá eso tuviera algo que ver con que, de pronto, a Calder no le parecía tan buena idea subir a Beth en un barco y devolverla a Londres. Dudaba que algún día se viera a sí mismo como la mejor opción; en ese aspecto sus sentimientos no habían cambiado, pero el egoísmo empezaba a aferrarse a Beth con desesperación. Al releer las propuestas de Davenport y cómo insinuaba que podría encontrarle un buen marido, una parte de él se retorció de rabia y volcaba sobre el muchacho un odio innmerecido.

Coqueteó con la idea de romper la carta y echarla al fuego, pero venció el sentido común. No había contactado con Davenport para fingir que no existía y arrebatarse a Beth el derecho a decidir. Ella había confesado que ansiaba una familia que la amara y no dudaba que en su misma sangre encontraría el aprecio del que fue privada.

Guardó cuidadosamente la carta en el sobre y pidió a la primera doncella que se cruzó que enviara a Beth a su despacho. Allí se dirigió y aguardó durante unos minutos, pensando en cómo plantearía que se había inmiscuido en sus asuntos. Rogaba porque su reacción no fuera tan extrema como solía serlo la suya propia.

Se sumió en sus meditaciones y, para cuando miró el reloj por casualidad, se dio cuenta de que habían pasado cuarenta y cinco minutos. Frunció el ceño y se frotó el muslo.

Los cuarenta y cinco minutos se convirtieron en una hora, y cuando la manecilla estuvo a punto



de dar otra vuelta completa, se levantó y, de mal humor, decidió ir a buscarla por sí mismo.

Revisó la biblioteca, el salón principal y varias de las salitas en las que le gustaba descansar. Justo cuando iba a empujar la puerta de su alcoba, la vio en el pasillo.

Calder no ocultó su confusión cuando observó que ella fingía no haberlo visto y seguía su camino.

—Beth —la llamó. Ella pareció no haberlo oído—. ¡Beth!

La joven se detuvo muy despacio, como si no quisiera, y se dio la vuelta para enfrentarlo con esa inexpresividad de la que solía armarse al principio. Calder la revisó de arriba a abajo. Se había cambiado de ropa; ahora llevaba un vestido de invierno con el cuello alto.

Al encontrarse con sus ojos, tuvo la sensación de que la embargaba la preocupación.

—¿Caitriona no te ha dicho que te buscaba?

—Sí.

—¿Y por qué no has venido? —Hizo una pausa y la miró de forma especulativa—. Has tratado de esquivarme. ¿Estabas intentando huir de mí?

—¿Tan raro sería? Me sorprende que no estés familiarizado con el término cuando tú lo haces todo el tiempo.

Ella se dio la vuelta con el propósito de poner fin a la charla, pero él la retuvo cogiéndola del brazo.

—¿Y qué significa eso? ¿Has decidido que vas a vengarte de mí?

—¿También te suena mal? Recuerdo que no hace mucho me enseñaste el significado de una verdadera venganza.

Calder le sostuvo la mirada igualmente tenso. Habían pasado las últimas semanas sumidos en sus propias preocupaciones; Carmichael, la amenaza de Blake, y en su caso, el lento trabajo de recuperación móvil. Había pensado que con el paso de los días ambos olvidarían lo sucedido con el afrodisíaco, pero era evidente que ella seguía a la defensiva y, siendo honesto consigo mismo, él tampoco había olvidado la traición.

—Un hombre no necesitaría vengarse si sus seres queridos no actuaran con malicia.

—Esa es la conclusión a la que siempre llegas, ¿no es cierto? Mi motor vital es la maldad y no la preocupación, o el aprecio, o el interés —ironizó—. Preferiría dejar aquí la conversación.

—No vamos a dejar nada. Ven conmigo.

—No.

Calder le dirigió una mirada de aviso que enseguida se transformó en confusión.

Más que molesta, Beth parecía asustada.

—¿Qué ocurre? —preguntó sin rodeos.

Ella suavizó su expresión con el único objetivo de tranquilizarlo. Ya conocía todos y cada uno de sus registros faciales.

—Me duele la garganta. Estaba en la cama cuando Caitriona ha venido a avisarme.

Calder se fijó en el cierre mojigato del vestido. No comentó que eso no era lo que se ponía una

mujer para descansar.

—¿Has hablado con Bonnibelle? Tiene remedios para todo.

—Sí —respondió, evasiva—. Quiero volver a acostarme. Si no te importa posponer la charla...

—Soy el único que hablará. Puedes ponerte cómoda mientras expongo la situación. Es importante —recalcó.

Se sintió culpable por insistir cuando era evidente que no se encontraba del todo bien. El impulso casi mortal de protegerla con sus brazos lo atacó con más fuerza que nunca. Beth nunca parecía desvalida, pero en ese momento no le habría extrañado que se desvaneciera. Estaba pálida y le temblaban ligeramente las manos.

Sin otro remedio, Beth asintió con la cabeza y se dirigió a su habitación. Se fijó en que tampoco caminaba con la seguridad habitual. Se movía con cautela, calculando cada paso para esconder una emoción que estaba a punto de superarla.

Cuando estuvieron a solas en el dormitorio, Calder cerró la puerta de un golpe seco y entrecerró los ojos sobre su figura apagada.

—Quiero que me digas ahora mismo qué demonios pasa.

Beth lo miró a unos metros de distancia antes de desviar la vista al pesado cortinaje del ventanal. Estaba anocheciendo y la penumbra se hacía eco en los bajos de su vestido.

—Si te lo tengo que explicar, es que no estuviste tan lúcido como yo la última noche que pasamos juntos. O que estuvimos a punto de pasar juntos, más bien.

Calder cerró las manos en dos puños. Se apoyó en la empuñadura del bastón para reducir el espacio que los separaba.

—Te he dejado claro cientos de veces —deletreó— que no quiero que asumas determinados aspectos de nuestro matrimonio. Presentarte con un afrodisíaco fue la forma más cruel de hacerme entender que no te importan mis preferencias.

—Me importan tus preferencias, pero no podrás decidir cómo llevar tu vida si la pierdes, y por lo que sé, eso podría suceder si Blake volviera.

Calder la miró horrorizado.

—Dios santo, ¿crees que mi hermano sería capaz de matarme?

—¿No lo intentó una vez? —replicó—. ¿Será posible que seas incapaz de comprender el fondo de las acciones del resto? Tú solo ves que traicioné tu confianza, pero no te molestas en analizar los motivos. Blake está en Lochranza. Podría entrar en Cranston Castle en cualquier momento y reclamar todo lo que tienes.

—Exacto. Podría reclamar todo lo que tengo: por eso, mientras no te tenga a ti, estarás a salvo.

»Si fuera el monstruo que todos decís que es, no tendría reparo en hacerte daño al saber que eres mi mujer y podrías esperar un niño. Eres la que más corre peligro, por el amor de Dios, Beth —se desesperó—. El que no parece entenderlo no soy yo.

Ella intentó agachar la cabeza, pero él la tomó por la barbilla y la obligó a mirarlo.

—Forzarme a tomarlo fue una crueldad —espetó ella—. Nunca pensé que serías capaz de algo

así.

—¿Crees que yo no pasé la noche retorciéndome?

—Tú no estabas drogado.

—Si hubieras conseguido que me lo tragara, lo habría estado, y habría sufrido hasta el amanecer igual que tú... porque no me habrías convencido —declaró con seguridad.

—¿Te has parado a pensar que tal vez la excusa de que debes protegerme solo encubra que no me quieres lo suficiente?

Calder apretó los labios en una fina línea.

—Parece que no nos entenderemos jamás.

—Parece que no.

Cubrió sus mejillas con las manos. Ella lo miró con esa firmeza que no había visto en ninguna mujer antes; en ningún hombre. Solo en sí mismo y para mantener una decisión que flaqueaba cada vez que la veía.

—Deja que lo intente de la siguiente forma: tu vida es mil veces más valiosa para mí que un instante de placer. Tu felicidad, Beth, es lo único que podría compensar que yo lo perdiera todo.

Beth no movió ni una pestaña al decir:

—Mi felicidad está en ser tu mujer. ¿Qué excusa tienes para no darme lo que quiero?

Calder no hizo ni siquiera el intento de encontrar una. Había una luz distinta en sus ojos azules, una ligera vulnerabilidad en la forma en que tembló y se arqueó a la desesperada cuando la abrazó por la cintura. No sabría decir qué era esa nueva emoción que parecía iluminarla por dentro y que había rescatado de su alma impenetrable un atisbo de debilidad... pero lo enterneció como nada lo había hecho antes, y no se pudo resistir. Calder se rindió apoyando su frente en la femenina, y después, la anhelante boca entreabierto en la de ella. Rozó el borde interno de sus labios antes de entregarse a un beso que lo significaba todo.

Soltó el bastón. No sentía que le doliera nada ya, pero la estrechó contra su cuerpo como si quisiera invocar ese dolor. Uno que merecería la pena.

Calder no detuvo sus besos hasta que la sintió totalmente relajada entre sus brazos. Con cada suspiro que escapaba de su boca encontraba una razón más para seguir adelante. Deslizó las manos por el recatado escote y tiró de las corchetes para desnudarla de cintura para arriba. Se tomó su tiempo para quitar cada una, descubriendo cada milímetro de una piel que ya le era familiar... pero no por eso menos excitante.

Calder infiltró una mano en la cálida curva de su hombro y mordisqueó el lateral de la garganta.

Ella dio un respingo.

—¿Te he hecho daño? —musitó. Al ver que no respondía y respiraba con dificultad, se separó para mirarla a la cara. Se encontró con sus ojos cerrados y el encantador rubor de sus mejillas.

No mucho más debajo, se percató de unos detalles que no le emocionaron tanto.

Calder se quedó helado. Las marcas rojizas de unos dedos que habían ejercido presión salpicaban su piel pálida.

Habría retrocedido si el miedo no hubiera echado raíces en el suelo.

—¿Por qué te detie...?

—¿Quién ha sido? —atinó a murmurar con voz ronca.

Beth abrió los ojos muy despacio, como en un sueño. Ese sueño se convirtió en la peor pesadilla al toparse con la dura expresión de Calder. La impresionó hasta tal punto que no encontró las palabras adecuadas, y su silencio lo desesperó.

—Beth, dime ahora mismo qué ha pasado.

Ella tragó saliva.

—Es... —balbuceó.

—Ni se te ocurra mentirme.

Aunque solía responder ante las exigencias de ese tipo, siempre a su manera, debió ver algo más que un impulso dominante en Calder; masticó su misma desesperación.

Cogió aire.

—Unos hombres nos asaltaron a Denna y a mí en el pueblo. Querían... darte un mensaje en nombre de tu hermano.

Calder cerró los ojos un instante. No necesitaba oír las palabras textuales para saber lo que se le venía encima. Blake había perdido la cabeza, y aunque hubiera querido defenderlo, en ese momento solo tenía ojos para sus magulladuras. El instinto asesino se fue apoderado de él lentamente hasta que dejó de reconocerse; hasta que el alma se le salió del cuerpo y pudo verse respondiendo como un espectador aéreo.

—¿Y no me lo pensabas decir? ¿Te pones un cuello alto en lugar de venir a contármelo para que pueda tomar medidas...?

—Por supuesto que te iba a poner al corriente, pero no hoy. Necesitaba encontrar la forma de explicarlo, y...

—¿La forma de explicarlo? —repitió, incrédulo—. ¿Qué forma querías encontrar?

—Una que no te afectara tanto. Sé que quieres a tu hermano y estás sufriendo por lo que ha ocurrido. No quería poner más peso sobre tus hombros; no quería que...

Calder se quedó paralizado cuando una nueva certeza le sobrevino.

—Tú también eres consciente de que no podría hacer nada —interrumpió, en tono sombrío—. Sabes tan bien como yo que soy incapaz. No puedo protegerte.

Retrocedió unos pasos. De pronto notaba la cabeza muy pesada; se sentía lejos de allí. Beth no era una persona de carne y hueso, sino una imagen borrosa, y él... Él era inútil.

Podrían haberla matado si hubiesen querido.

Y entonces... ¿Qué habría pasado?

Nada. Habría dejado de sentir. Todo habría perdido sentido.

—Claro que no puedes protegerme de una emboscada —decía ella—, ni de un ajuste de cuentas, ni de la casualidad... Nadie puede anteponerse a eso; ni el hombre más poderoso del mundo. Calder —lo llamó, llorosa—. Por favor, no te alejes.

Él se quedó inmóvil a dos pasos de ella. Observó que temblaba de la cabeza a los pies. El brillo de las lágrimas estaba a punto de hacerse líquido.

—Estás asustada por mi culpa —murmuró, herido—. Debería haber estado ahí. Debería...

»Tienes que marcharte. Tienes que irte de aquí.

—¡No estoy asustada por mí! —exclamó, fuera de sí—. ¡Tengo miedo por ti! Y te estoy pidiendo... rogando... que te quedes conmigo. Porque lo único en lo que pude pensar cuando me agarraron fue que iban a arrebatarme la oportunidad de pasar mi vida contigo.

—No puedes pasar tu vida conmigo. No me necesitas, Beth; al contrario. Has cambiado un problema por otro. Has...

Ella le dirigió una mirada intensa que estuvo a punto de derrumbarlo.

—Claro que te necesito. —Le cogió la mano y se la plantó sobre el corazón, que latía desaforado—. ¿Ves como te necesito? Y te necesito porque te quiero.

La sencilla declaración lo golpeó igual que el viento sacudía una ventana. Beth consiguió abrir la que quería en su corazón solo mirándolo a los ojos con una ligera esperanza; con la misma desgarradora necesidad de estrecharlo que él intentaba reprimir.

Lo quería... Beth lo quería.

—¿Es que tú no me necesitas a mí?

Le estaba preguntando si no era recíproco.

Tantas emociones pugnaron por salir de él que por un momento pensó que explotaría e inundaría el dormitorio con sus deseos. Con el amor que le había estallado en las narices nada más mirarla, que había llenado su vida de turbulencias hasta que, con sus cuidados, sus lecturas y caricias, había conseguido domarlo lo suficiente para que fuera ligeramente soportable. Lo suficiente para no sentirse morir cada noche que pasaba lejos de ella.

No encontró las palabras adecuadas para expresar su verdad, pero no hicieron falta. Supo que, con mirarla de vuelta con la respiración entrecortada, ella ya se había dado por satisfecha. Y supo también que ese brillo especial que había detectado no era otra cosa que amor.

Lo amaba y su cuerpo y su alma lo sabían, igual que sabrían que era recíproco cuando Calder los cubriera con los suyos.

\*\*\*

Calder anticipó el exuberante placer de sus cuerpos con un beso que le fundió hasta la férula de los huesos. Beth se estremecía como si la hubieran abandonado desnuda a la intemperie. No hubo más que unas caricias preliminares antes de que él la expusiera como el sensual retrato de una amante sobre las sábanas. La persuadió de tenderse lentamente con suaves y delicados besos. Parecían pequeños tragos a un elixir demasiado adictivo para beberlo de golpe. Cualquier rastro de miedo o incertidumbre sobre lo que sucedería fue borrado por sus atenciones, recibidas de unas manos que ya no podían controlar su pasión. Ella la sentía en cada fibra de su ser. Y saber

que él vibraba por su cercanía, por el amor que por fin aceptaba, hizo que la lujuria se transformara en algo más puro: en una dicha inconmensurable.

Beth se retiró a un lado de la cama y le lanzó una mirada cargada de intenciones. El brillo salvaje en sus ojos grises le aceleró el corazón más de lo que podía soportar, pero se obligó a mostrar serenidad cuando él se tendió en el costado.

Iba a suceder, y estaba tan pletórica que ni siquiera se sentía ella misma... o quizá era más Beth que nunca.

Con dedos temblorosos, le quitó la corbata, desabrochó el chaleco y sacó la camisa por la cabeza. Su mirada perseguía cada movimiento con un hambre animal pésimamente disimulada.

Calder la cogió de la muñeca un momento y se la llevó a los labios.

—¿Tienes miedo? —susurró—. Tiemblas, *mo beathadh*.

Ella sacudió la cabeza y se acercó para besar la barbilla masculina. No olía como ningún hombre que hubiera tratado antes. Nada de jabón de afeitar francés o esas esencias artificiales de *dandys*: el aire en Escocia tenía vida propia y el aroma de Calder estaba compuesto de esa naturaleza salvaje, de los helechos y madre selvas, de la humedad que se metía en la piel y calaba los huesos. Beth saboreó ese paisaje que ahora era su hogar besando, lamiendo y mordiendo su cuello áspero, su mandíbula cortante. Solo se separó para suspirar cuando él, de un par de movimientos ágiles, deshizo el nudo del corsé. Notando el vestido holgado por el pecho, se retiró lo suficiente para mirar a Calder a la espera de una orden.

Sus ojos emulaban a esa luna coqueta que se quedaba hipnotizada con su reflejo en el agua.

—Desnúdate para mí —ordenó, ronco.

Beth inhaló y obedeció sin preámbulos. No imaginó que la mirada de un hombre excitado sería mejor incentivo de lo que servía la ayuda de una doncella; no recordaba haberse desvestido sola jamás, y sin embargo lo hizo crecida y segura, sabiendo que nada de lo que él viera lo decepcionaría jamás. Una certeza tan sencilla bastó para extender un calor emocionante por todo su cuerpo. Así, apenas notó el frío al retirar la media enganchada en el tobillo.

—El moño —logró articular él—. Quiero ver tu pelo al natural.

Calder respiraba como si le quedara medio pulmón. Ni siquiera pestañeaba al recorrerla con avidez. Sintiéndose más poderosa que nunca, Beth se encaramó a la cama y gateó seductoramente hasta él. Los dedos masculinos desaparecieron bajo la melena oscura. Tiró con suavidad de ella para inclinar su cabeza hacia abajo.

—*Is tu as brèagha a chunnaic mi*[3] —murmuró, con la voz rasgada. Ladeó la cabeza; sus ojos eran una fina línea plateada—. *Tha mi airson gaol a dhèanamh dhut*. [4]

Beth se humedeció los labios. Inspeccionó su pecho desnudo, primero con las puntas de los dedos y después con las palmas. A pesar de la delgadez en la que la enfermedad lo había sumido, sus músculos seguían llenando los brazos que la aferraban con firmeza y el torso cálido en el que sentía la necesidad de posar los labios. Pero él se adelantó siguiendo la línea entre sus pechos con la nariz. Trazó delicados círculos sobre la piel más oscura del pezón hasta que se endurecieron, y

entonces cerró la boca en torno a uno. La pilló por sorpresa la succión inicial y el primer mordisco, pero su cuerpo se adaptó con rapidez a la agradable sensación de calor. Cerró los ojos y gimoteó su nombre, abrazada a su cuello. Dio un respingo al sentir el descarado roce de los dedos de su mano libre en la curva de la cadera.

Beth jadeó compulsivamente al ver que se deslizaba con sinuosidad hasta el vértice entre las piernas.

La boca masculina emitió un sonido erótico al soltar el pecho enrojecido. La miró con una orden implícita, y Beth se tendió sobre su espalda. De costado a un lado de ella, y con los ojos nublados por una pasión irrefrenable, parecía tan invencible como siempre había querido ser: un hombre dueño de todo y todos, incluso de ella y de sus sensaciones.

—No me toques ahí... —susurró—. Te quiero a ti.

Calder apoyó la frente en la de ella mientras le separaba las piernas con delicadeza. Beth enrojeció al notar sus dedos indagando entre los pliegues, rozándolos en círculos; creando una fricción irresistible que le hizo sacudir las caderas.

—Quiero tenerte encima de mí —dijo él en el mismo tono, sobre sus labios entreabiertos. Beth jadeaba—, y esa no es la postura cómoda ni adecuada para una virgen. Tienes que volverte loca... deshacerte... antes de acogerme.

Beth arqueó la espalda y exhaló como un gato tras una siesta bajo el sol, solo que ella temblaba al compás de la mano de Calder. La escandalizaba que conociera tan bien su cuerpo; que supiera dónde estaba ese punto que la hacía convulsionar. Comprendió a qué se refería con «deshacerse» cuando empezó a tocarla a fondo. No hundió los dedos en la hendidura hasta que Beth no estuvo tan avergonzada por su propia humedad que no quería abrir los ojos.

—Mírame —ordenó él.

Ella lo hizo, pero le costaba enfocar la vista. Su cuerpo se movía poseído por la familiar locura anterior al orgasmo. Comprobó que él también sudaba apoyando una mano sobre su corazón.

—Tómame —rogó sin voz. Observó su mandíbula tensa y decidió empujarlo algo más cerrando la mano libre en torno a su erección. Un escalofrío de inusitado placer la sacudió entera al sentirlo tan excitado por ella.

—No tan rápido...

Beth negó con la cabeza antes de incorporarse, aturdida, y aprisionarlo entre sus piernas. En un abrir y cerrar de ojos estuvo en su regazo. Calder seguía torturándola y ella meneaba las caderas de forma espasmódica.

—Así quiero que te muevas cuando esté dentro de ti —susurró en su oído. Trazó una delicada caricia con la lengua sobre el cartílago de la oreja.

Beth gimió en voz alta.

—Quiero que estés dentro de mí...

—Haz que suceda, entonces. Sírvete tú misma.

Beth se ruborizó hasta la raíz del pelo, pero no dudó ni un instante al separar los cordoncillos

del pantalón y liberar el grueso miembro. Si hubiera podido pensar, le habría sorprendido que el cuerpo actuara tan instintivamente y supiera reconocer el éxtasis sin saber, en realidad, cómo era.

Lo agarró de la empuñadura y elevó el trasero. Calder retiró los dedos, pero la electrizante sensación permaneció haciendo bullir sus células. Con los muslos temblorosos, quiso emular el movimiento de la mano de Calder con la punta de su erección. Beth se frotó de manera superficial con el húmedo glande, sin perder de vista sus ojos oscurecidos.

—Si te hace daño... —empezó, entre dientes.

Ella aprovechó ese intento de advertencia para ensartarse poco a poco. Aunque estaba dispuesta a cruzar el umbral del dolor a cambio de complacer a ambos, no consiguió albergarlo hasta el final; algo la bloqueó y un punzante dolor que no sabría describir estuvo a punto de enfriar el ardor de la situación. Pero Calder lo impidió llenándola de caricias, excitándola con su respiración entrecortada, murmurándole palabras de amor que le hicieron olvidar por un instante su limitación.

—Tú tienes el poder sobre mí —le dijo en voz baja—. Tómame hasta donde quieras... como tú quieras.

Beth se retiró con cuidado y volvió a deslizarse sobre él. La segunda no fue más agradable, pero la tercera y la cuarta enviaron un escalofrío delirante hasta la nuca; se llenó de una extraña y sensual energía y comenzó a marcar una cadencia pausada y segura. Calder jadeaba contra su cuello y la sostenía por las nalgas. Beth sentía la humedad discurriendo entre sus piernas.

Al principio la sensación fue extraña, pero conforme lo cabalgaba se iba desesperando. Tenía fuego en las venas y un animal rugiendo «más» en el estómago. Beth se abandonó completamente y lo estrechó entre sus piernas como si quisiera absorberlo por completo. Calder afianzó las uñas en su carne trémula y gruñó en voz alta; como si ya supiera que estaba preparada, la empujó hacia él y la animó a aumentar el ritmo. Beth gimoteaba, perdida en algún punto entre el placer más intenso y una quemazón que en cierto modo encontró de lo más agradable.

Se abrazó a su cuello y agachó la mirada un instante para ver lo que estaba sucediendo. Se quedó prendada de lo que veía: su cuerpo lo engullía y escupía entre fluidos, y de alguna forma era una de las cosas más eróticas que había visto nunca. La estaba poseyendo de veras. Lo sentía infinito dentro de ella. Dueño de todo. La haría explotar y romperse en miles de pedazos cuando la llenara... y la llenó después de gritar su nombre, con la agresividad con la que los animales defendían sus hogares, y la besó con un matiz parecido. Se abrió paso en su boca con una violencia que ella recibió consciente de su vulnerabilidad, hasta que se arqueó de golpe y tuvo que abrazarse a él para que el clímax no se la llevara muy lejos. Se sacudió durante largos y apoteósicos segundos, sin parar de decir su nombre; repitiendo una y otra vez que lo amaba como nunca había amado a nadie.

Y por asombroso que pudiera parecer, después de volver a poner los pies en la tierra no le pareció que la sensación con la que se había ido fuera comparable a la que la embargó cuando se tendió junto a él. Esa que drenó su corazón de desesperanza al haberse convertido en la cosa



preciosa que protegía su abrazo seguro.

Eso era una casa. Una casa hecha de carne, sangre y sudor.

Su casa. Aquella a la que regresaría siempre.

Calder deslizó un dedo travieso por la espalda desnuda de Beth. Al verla estremecerse, una maliciosa sonrisa de satisfacción curvó sus labios. Si se los humedecía, notaría el sabor dulce de la boca de su mujer.

Su mujer... Ahora lo era en todos los sentidos, y por el momento, estaba tan pletórico por lo sucedido que no había espacio para la culpabilidad. Ni siquiera tenía tiempo para pensar en que la preocupación, que lo estaba acechando en la esquina del pensamiento, no tardaría en adueñarse de la situación. Por lo pronto, nada le parecía de tan crucial importancia como besar la suave piel de la mujer que dormitaba por cabezadas a su vera. Los dos estaban exhaustos, pero una emoción arrebatadora les impedía rendirse al dulce sueño.

Habían pasado horas entregándose el uno al otro. No sabía si Beth era complaciente o no. De lo que estaba seguro era de que a él lo complacía con cada estúpido gesto que hiciese, y que su ardiente disposición lo encendía de manera criminal.

No era tan idiota como para haber pensado por un solo segundo que su obsesión por ella menguaría una vez la poseyera; sin embargo, no imaginaba que estaría sediento de más. No necesariamente del roce de sus dedos o la suave presión de sus labios, sino de su inteligente conversación; de su simple y limpia mirada sobre él.

Después de haberla tomado una tercera vez, y maravillado por un aguante que no había visto en ninguna otra mujer, Beth se había tendido sobre el costado para abrazarlo con fuerza. Habían entrelazado las piernas, unas pálidas y largas y otras salpicadas de vello caoba. Entonces, ella lo había mirado a través de las tupidas pestañas negras.

—¿Esto que siento es normal? —preguntó con un hilo de voz, demasiado cansada, y tal vez enamorada, para pestañear. Calder había acariciado su barbilla con el pulgar.

—No.

Ella vaciló antes de volver a la carga, rendida a la tierna atención que recibía su fino rostro.

—¿Crees que una pasión como esta puede durar toda una vida?

Él la miró intensamente.

—Claro que sí. Durará toda la mía, *mo beathadh*.

Un rato después, Calder seguía perdido en el terciopelo de su piel; en los suspiros que emitía, en cómo la caprichosa luz de los candelabros teñía de naranja un cabello de sombras. Se había

compenetrado con ella hasta tal punto que ya no le parecía que Beth oliera a flores y a esencia de rosas, sino que la esencia de las rosas era una copia de Beth.

Entre delirios, recordó de repente el motivo por el que la había metido allí: la carta de Davenport. La había dejado sobre la mesilla.

Se estiró para alcanzarla y la llamó suavemente. Ella se giró con la pereza de los elegantes felinos. No pudo resistirse a abrazarla al verla soñolienta y frágil.

Al pensar en que pudiera haberla perdido, parte de su ánimo cayó en picado.

—No volverás a salir a ninguna parte sin escolta —murmuró contra su pelo. Apoyó la barbilla sobre el hombro femenino, que contenía toda la tensión del abrazo devuelto—. Y si puedes evitar ir al pueblo, lo evitarás.

—Soy la primera que está asustada por lo que ha sucedido, pero no quiero morir de aburrimiento. Aceptaré una escolta siempre y cuando se trate de alguien divertido.

—¿Lachlan es lo bastante divertido para ti?

—Podría funcionar —tonteó ella, apretando la mejilla contra la de él. Calder cerró los ojos y respiró el aire de intimidad que se había concentrado entre los dos—. ¿Y qué haré para entretenerme?

—Lo mismo que toda esposa fiel y devota. Pensar en mí mientras bordas y recibirme cuando vuelva de mis excursiones —bromeó. Dirigió una mirada evaluadora al techo del dormitorio—. O podrías, quizá... Ayudarme a restaurar este inmenso montón de ruinas.

—¿Quieres restaurar Cranston Castle?

—¿No crees que lo necesite?

—Desde luego. Pero requerirá una gran inversión.

—Ese es otro de tus deberes de esposa: dilapidar mi fortuna en cosas que no sean en absoluto necesarias. Como no hay grandes tiendas de cintas ni sombrererías, tendrás que conformarte con mandar a Lachlan a por alfombras y anaqueles.

—Yo no echo de menos el derroche de la ciudad. ¿Y tú? Sé que vivías en Edimburgo antes de venir.

—Me enamoré de ella en cuanto la pisé.

—Qué afortunada. —El corazón de Calder se aceleró con el inocente comentario—. ¿Qué hacías allí?

—Viajaba a menudo. No venía mal tener a un representante de Gillander's Whisky en la gran Escocia, y por aquel entonces, Lachlan no era el comerciante paradigmático ni genio de los negocios que es ahora. Me gustaba vivir en Edimburgo porque significaba trabajar poco, ganar buen dinero y pasar prácticamente todo el día disfrutando del ocio.

—Has descrito la vida de un libertino.

Calder sonrió con nostalgia.

—Lo era. No recuerdo haber roto ningún corazón, ni haber desbaratado un matrimonio; era bastante prudente. Pero mi vida era la envidia del casado promedio. De cama en cama, de juerga

en juerga, y de vez en cuando, trabajando un poco para equilibrar la balanza.

—No suena a nada de lo que eres ahora.

—Ya sabes por qué.

—Porque todo el mundo cambia con el tiempo —resolvió con sabiduría—. Las experiencias que vivimos no son en vano. Nos cambian. Modifican nuestra forma de pensar y nuestros modos de vida. No eres mejor ni peor que el Calder que eras, sino distinto.

—Si me hubieras conocido cuando no era un cascarrabias...

—Probablemente no te habría mirado dos veces. No diré que odie a los calaveras, pero nunca me han caído simpáticos.

Lo más seguro era que Beth no hubiera pretendido girar uno de sus mecanismos mentales, pero algo cambió en su manera de ver la situación con su comentario.

Él estaba convencido de que la habría deseado como un loco nada más verla: lo hizo al retirar el velo, y también lo hubiera hecho hacía años, pero dudaba que se hubiese enamorado de ella. La habría encontrado demasiado serena y sencilla, porque él andaba buscando mujeres directas, traviesas y hasta un tanto escandalosas. En esa época no hubiera necesitado su tranquilidad ni su paciencia, ni habría visto como la mayor de las virtudes que fuera insistente y decidida. Parecía que en el caso contrario ocurría lo mismo. Ella nunca lo habría querido por lo que era entonces.

Sabía Dios que agradecer todo por lo que había pasado estaba muy lejos de suceder. Pero por primera vez en toda su vida, logró rascar un ligero optimismo en la amargura de haberse perdido a sí mismo. Beth no habría iluminado su vida si no hubiera llegado hasta ese punto. Y era probable que, de no haber vivido una experiencia tan terrible, no hubiese necesitado que lo iluminasen de esa manera, hasta el punto de cegarlos con amor. Pero la verdad era que, si bien no fue infeliz en ese tiempo, tampoco se sentía completo. No como al estrecharla entre sus brazos.

Un privilegio que podría no haber existido, ni siquiera figurado en sus fantasías... y que podría haber perdido antes de saborear si le hubiera pasado algo.

—Beth... Cuando salgamos de aquí, quiero que me digas cómo era el maleante —dijo en tono severo.

—¿Saldremos de aquí? ¿Cuándo? No quiero.

—Beth... —la regañó de nuevo. Se separó lo suficiente para besarle la punta de la nariz.

Ella suspiró.

—Iban cubiertos. No sabría describirlos. Creo que el que agarró a Denna era más alto.

—Dios santo —masculló. La abrazó más fuerte—. Tendré que ir a hablar con ella. ¿Por qué diablos no me dijo nada?

—Supongo que... le afectó más. La amenaza estaba dirigida a ella y creo que no imaginaba tal crueldad por parte de Blake. Tú tampoco, ¿verdad? —dedujo en voz baja.

La mirada de Calder se cubrió de sombras.

—Solo sé que mataré a cualquiera que te haga daño —anunció con vehemencia—. Independientemente de quien sea.

—Eso no es cierto. —Se entretuvo acariciando los mechones ondulados de la nuca—. Estás decepcionado y te sientes traicionado por alguien que amas, pero no volverías a hacerle daño. Ni por mí, ni por nadie.

Calder lo dudaba. No sabía qué clase de magia femenina había conjurado para que estuviese tan seguro de que merecería la pena morir por ella, pero no podía negar sus sentimientos, por muy turbadores que fuesen. Tener plena conciencia de que lo daría todo por alguien nunca era plato de buen gusto: un hombre tenía su orgullo, sus principios y una serie de responsabilidades que no podría abandonar en pro del beneficio de alguien ajeno. Y sin embargo, no se le ocurría nada más importante que Beth. Tal vez ni siquiera su hermano. O quizá...

Quizá solo él fuera la excepción.

—Podría reconocer sus voces si los oyera de nuevo —añadió—, pero nada más.

Calder acarició distraídamente el cuello marcado. Una fuerte oleada de violencia le sobrevino: el conocido brote colérico de los Houston, ese que los llevaba a la ruina en un abrir y cerrar de ojos. Tembló de desprecio y preocupación. Sentía el cuerpo de Beth tan cálido y pequeño, tan femenino y vital... tan frágil a su manera. Habría sido carne de cañón para un hombre de estatura media.

Si alguna vez llegara a coincidir con aquel miserable, lo estrangularía con sus manos desnudas.

—Pero no quiero hablar de eso —susurró—. Ya lo he hecho otra vez. Te ha vuelto a salir el ceño poco favorecedor. No me gusta cuando pones esa cara.

—¿Qué cara?

—La que tienes ahora mismo.

—Es mi cara de «han intentado asfixiar a mi mujer y yo casi ni me entero».

—No volvamos al tema —rogó—. Ahora me siento protegida. Me gusta la paz que se respira en el dormitorio. Quisiera quedarme aquí para siempre.

Calder la besó en la comisura de la boca. Ella entreabrió los labios, encantada con el sutil roce, y buscó más.

Amaba su ruego silencioso, ese «bésame otra vez» tan coqueto y sutil que lograba transmitirle con un sencillo gesto. Amaba —y le desesperaba— la respuesta inmediata que generaba en él con cualquier frase que comenzase con un simple «quisiera». Calder se veía capaz de caminar sobre cristales rotos hasta satisfacer el que fuera su deseo, incluso si eso conllevaba ir al Hades y volver de una pieza. Era estremecedor desvivirse de ese modo por alguien; que un par de palabras desactivaran una voluntad de hierro como lo era la suya para ponerla a los pies de otra persona.

La quería. La quiso desde que la vio, de forma inconsciente, y ahora la quería tanto que no sabía qué demonios hacer con todo ese amor. No le había funcionado esconderlo por su bien. Los barrotes de esa cárcel autoimpuesta cedieron más pronto que tarde, haciéndolo explotar con ello. Así que tal vez solo existiera la opción de dejarlo volar lejos.

—Tengo la excusa perfecta para alargar el momento —anunció. Le acercó la carta firmada y sellada por Davenport—. Esto es para ti.

Ella evaluó el sobre con recelo.

—Si es de mi padre, no quiero...

—No lo es. Pero está relacionada con tu familia.

—¿Mi familia?

Calder se dio un momento antes de contarle lo que había descubierto.

—Creo que ya habrás sospechado que MacDuff no es tu verdadero padre.

Beth no mostró el menor atisbo de sorpresa.

—Era una de las opciones que barajaba para explicar que me tratara de esa forma.

Calder frunció el ceño y evitó que desviara la mirada tomándola por la barbilla.

—Escúchame bien, Beth. MacDuff no te maltrató porque fueras la hija ilegítima de su esposa: lo hizo porque era ruin y miserable. Condenar la existencia de una niña por el error de otro es una injusticia, y algo propio de la gente estrecha de miras.

—No lo defiendo ni lo defenderé nunca. Pero ese es el motivo por el que me odiaba. —Hizo una pausa dubitativa—. No sé si me alivia confirmar mis sospechas o no me importa en absoluto. Ahora sé que nunca más tendré que volver a verlo, así que no me importa.

—Esto no va de MacDuff, sino de los otros hijos que tuvo tu verdadero padre.

Beth le sostuvo la mirada sin pestañear.

—¿Otros hijos? ¿Hay más?

—Así es.

—Y... ¿Lo conoces?

—¿A Norbert Bellamy? No. Solo de oídas. Igual que a tus hermanos —apostilló. Recorrió su semblante en busca de alguna señal de molestia—. Son muy famosos. Se hacen llamar «Los Hijos de la Infamia» por no haber sido legitimados, y gracias a las historias que va contando uno de ellos por las tabernas de Inglaterra, se han convertido en una especie de leyenda urbana. Dice Lachlan, que es quien ha estado investigando en profundidad, que hay tantas variaciones del relato como pueblos en la isla.

Beth se había quedado embobada revisando la carta. Seguía en brazos de Calder.

—¿Has hablado con todos?

—Solo con uno. Davenport.

—¿Él... sabe de mí?

—Lee la carta y lo sabrás. No encontrarás nada desagradable, te lo prometo. —Vio que abría la boca y supo de inmediato lo que quería preguntar—. Lo sé y lo conozco porque MacDuff mencionó algo sobre ellos en sus cartas.

—¿Sobre... mi otra familia? Aún no entiendo por qué te dio tantos detalles. Ewan MacDuff es un hombre orgulloso y siempre me ha visto como una humillación. Hablar de mí... Contar la verdad... —Sacudió la cabeza—. ¿Por qué pensó que le beneficiaría? ¿Tan seguro estaba de que no lo llamarían cornudo?

—Creo —dijo con suavidad— que para él lo más importante era convencerme de que...

—De que yo no valía nada —resumió sin entonación—. Te lo contó para transmitirme el desprecio que sentía por mí.

—Fracasó estrepitosamente.

—Porque tú no leíste las cartas hasta después de conocerme. Quién sabe qué habrías pensado si...

—Habría pensado que MacDuff se toma muchas molestias en justificar su maldad, cuando la verdad es que no tuvo razón alguna para pagar contigo su frustración.

Beth no tuvo nada que decir a eso. Se incorporó lo suficiente para adoptar una postura cómoda. Desnuda, saciada y despeinada, ofrecía un resumen visual de lo que Calder quería contemplar cada mañana al despertarse. La observó mientras sacaba la carta y no apartó la mirada de su expresión durante la lectura, ansioso por averiguar cuál sería su reacción. Tal vez lo interpretara como una violación de intimidad, aunque francamente lo dudaba. Le gustaba pensar que la conocía lo suficiente para prever la mayoría de sus respuestas.

Sus dedos temblaron al acariciar la firma del remitente. Tenía los ojos brillantes.

—Dice que estarán encantados de conocerme —susurró—. ¿Lo dirá de veras?

—Por supuesto que sí. No creo que haya mentido para agradar a un perfecto desconocido.

—Eres un perfecto desconocido con una destilería, y no creo que a un hombre le desagradase tener un camarada en el mundo del whisky.

—Basta leer un solo párrafo para deducir que el señor Davenport no es ni manipulador ni ambicioso hasta tal punto. Me da la sensación de que es un hombre íntegro y práctico.

—Y muy agradable —apostilló, con una sonrisa incrédula—. Incluso dice que, si quisiera, podría... Dice que me acogería en Londres, y que la temporada social...

Su voz se fue apagando gradualmente. Hubo un instante de silencio en el que Beth relejó partes concretas del texto. Calder no interrumpió, creyendo que estaba buscando una frase en particular.

Pero de repente, Beth bajó la muñeca tensa y le dirigió una mirada grave.

—¿Qué le escribiste tú para que hiciera tal ofrecimiento?

Calder conocía la respuesta a eso, pero al pensarla se dio cuenta de que decirla en voz alta podría salirle muy caro. Su silencio bastó para que Beth confirmara sus sospechas.

El medio pacífico que habían creado en el dormitorio se enfrió de golpe.

Beth se separó de él.

—Esta solo era otra forma de deshacerte de mí, ¿no es cierto? —murmuró—. No buscaste a Davenport porque quisieras que conociera a los otros miembros de mi familia, sino para que formara una con ellos porque tú aún no me quieres a tu lado.

Calder alargó un brazo hacia ella. Solo consiguió que saliera de la cama y buscara, nerviosa, algo con lo que cubrirse. Encontró una bata de satén y se la puso con rapidez.

Le partió el alma sobreentender, en la forma en que se abrazó a sí misma, que estaba avergonzada.

—Beth...

—Le dijiste que querías que me fuera con él. Le preguntabas si estaría dispuesto a hacerse cargo de su hermana bastarda —interrumpió en voz alta—. ¿Me equivoco?

—Fue eso lo que pregunté. Pero quería demostrarte que tienes alternativas, y que parte de tu familia de sangre podría llegar a quererte y cuidarte como necesitas...

—¿Qué diablos es «como necesito», y por qué parece saberlo mejor que yo misma? —exclamó, indignada. Calder no se movió, asombrado por su reacción visceral—. Tú no quieres darme alternativas, quieres imponerme lo que consideras mejor que ser la señora de Calder Houston.

—Estaría siendo muy ingenuo si me creyera la mejor opción, y no te merecería si no buscara la forma de hacerte feliz.

—Pues te has equivocado de camino. Estás cerca de llegar justamente al contrario: al de convertirme en una pobre desgraciada.

Calder apretó la mandíbula. Se incorporó también y buscó los pantalones sin perderla de vista. Ponérselos mientras trataba de seguir la conversación fue toda una odisea.

—No puedes reprocharme que...

—¡Puedo reprocharte tantas cosas que te dormirías antes de que terminase de enumerarlas! Y esta... Esta ha sido el colmo —añadió en voz baja—. Si incluso después de lo que hemos compartido quieres apartarme, ya no hay excusa que valga.

—Excusa ¿para qué?

Beth lo enfrentó con los ojos cuajados en lágrimas.

—Eres un cobarde —declaró en tono firme—, y tengo claro que si me quisieras lo suficiente nunca renunciarías a mí.

Calder se levantó, desvestido de cintura para arriba. Cuando quiso dar un paso hacia delante, ella ya había abandonado la habitación.

No quiso dejar la discusión en un punto tan crítico. Se puso la camisa por la cabeza y agarró el bastón. Ella ya se había perdido escaleras abajo cuando recorrió el pasillo, pero sabía dónde se refugiaría. Había desarrollado cierta predilección por la biblioteca.

Empujó la puerta con propiedad, seguro de lo que le diría para disuadirla de aquella idea errónea. No iba a permitir que fuera a ninguna maldita parte; solo quería demostrarle que había miles de hombres dispuestos a amarla aparte de él. Creía que presentárselos la ayudaría a sentirse parte de una gran familia, y que olvidaría, con el tiempo, el maltrato al que MacDuff la había expuesto.

—Beth —llamó, en tono severo. Entró en la biblioteca y se sintió aliviado al verla inmóvil de espaldas a él—. No vuelvas a dejarme así en medio de...

Calder dejó de hablar cuando, al llegar a su altura, descubrió lo que la había paralizado.

Un hombre se había adueñado del sillón Trafalgar tapizado en cuero que presidía la estancia. La postura de piernas cruzadas y fino vaso de brandy en la mano transmitía una idea de relajación engañosa. La energía que envolvía su recio cuerpo casi hacía vibrar el aire a su alrededor, como



el aura de una criatura mística y peligrosa. Las llamas del hogar teñían de cobre los mechones rubios que caían sobre su mirada enigmática, una fija en su esposa.

Calder no respiró por un instante.

Por instinto, se colocó delante de Beth.

—Menuda y morena —recitó Blake con voz lánguida—. Es totalmente tu tipo.

Una mezcla de sentimientos contradictorios le impidió responder al instante. Blake estaba allí, delante de sus narices, y no parecía herido. Ni tampoco enfadado.

Blake estaba allí... y Calder no sabía si prender las alarmas y apuntarlo con el atizador de la chimenea o abrazarlo para asegurarse de que no era un fantasma.

—¿Quién te ha dejado pasar? —logró articular al fin.

Blake ladeó la cabeza como si le hubiera hablado en otro idioma.

—¿Quién tiene que dejarme pasar? La tuya ha sido una regencia interesante, pero no tengo que recordarte quién es el dueño de todo a lo que alcanza la vista... ¿o sí?

Un brillo especial relampagueó en sus ojos verdes. Se puso en pie y, como repelido, Calder obligó a Beth a retroceder un paso.

Aquello tuvo que hacerle gracia, porque esbozó una sonrisa.

—Tranquilo, muchacho. No he venido a robarte la mujer. —Entrecerró los ojos sobre el pico de la bata que asomaba por detrás de Calder—. No estará embarazada, ¿no?

—No —zanjó.

—Quizá —dijo Beth, sin embargo. Calder se enderezó como si le hubiera dado un latigazo—. ¿A qué ha venido?

Blake caminó hacia la chimenea muy despacio, sin perder de vista a Beth. Iba vestido en su estilo habitual; nunca llevaba chaqueta, le gustaba remangarse por los codos y no había forma de suavizar las arrugas del cuello de la camisa. Dondequiera que hubiese estado, había dispuesto de todos los medios para no perder su antiguo nivel de vida. Si alguien lo había cuidado, el resultado había sido óptimo; por lo que Calder apreció, se movía con la agilidad de siempre. Ni rastro de las secuelas que un disparo en el hombro podía dejar.

—En principio solo quería tener una pequeña charla con mi hermano. Cuestiones relativas a la herencia, ajustes de cuentas... —Sus ojos refulgieron como ópalos—. Asuntos que aburrirían a una dama.

—No me aburrirán en absoluto —lo retó.

Calder logró sacudirse la conmoción por el reencuentro y le dirigió una mirada severa a Beth.

—Sube a la habitación.

—No.

—Es algo entre él y yo —insistió—, y lo sabes.

Calder se alegró de que, por una sola vez, Beth demostrase que podía volver a ser obediente. No olvidaba que ante todo era una mujer sensata, y era irrefutable que solo una persona debía enfrentarlo.

Esperó a que Beth desapareciera, no sin antes examinar a Blake con recelo. Calder aguantó la respiración hasta que la puerta se cerró, y solo entonces miró a su hermano.

Había adelgazado notablemente, perdiendo así hasta el último gramo de grasa acumulada por la vida de excesos. Ahora era un reflejo de lo que fue durante sus veinte años: un hombre corpulento y atractivo con ese aire perverso que doblaba las rodillas de las mujeres. El cabello castaño claro le caía en ondas sobre la frente y las orejas, más largo de lo acostumbrado.

Los dos se midieron con la mirada en silencio, hasta que Blake, en un gesto que le encogió el pecho, sirvió otra copa y se la ofreció.

Algo reticente, Calder la aceptó.

—¿Es una especie de simbólica oferta de paz? —preguntó, observando el líquido ambarino con gesto neutro.

«Tu hermano no te envenenaría».

«O tal vez sí».

—Para que se firme la paz debe haber guerra antes, ¿no te parece?

Calder arqueó una ceja.

—¿Y no ha habido guerra?

Blake le sostuvo la mirada sin pestañear.

—Hubo una emboscada y posteriormente un ensañamiento con la víctima. —Fue evidente en su tono de voz a quién consideraba la víctima, y fue sorprendente cuanto menos; Blake nunca se habría referido a sí mismo en esos términos—. Creo en la guerra justa y dudo que hayamos estado en igualdad de condiciones.

—¿Qué quieres decir con eso?

Blake dejó el vaso sobre la mesilla de roble. Acarició el borde con la yema del dedo y lo hizo girar suavemente.

—Sabes que Gillander's nunca me ha importado —comentó, en tono relajado—, pero la falta de lealtad de mi gente es algo que siempre he hecho pagar muy caro.

Lo miró por el raballo del ojo.

—Tú me traicionaste. Igual que ese séquito de perdidos al que pusiste a trabajar a mis espaldas.

Calder no pudo rebatirlo.

—A mí Gillander's sí me importa. ¿Te parece una traición que operásemos sin contar contigo para sacar adelante una empresa que habrías arruinado? Sea cual sea la respuesta a eso, creo que ya ajustamos las cuentas aquel día.

Sonó sincero al decir:

—Siento lo de tu pierna. Esa bala no era para ti.

—Siento lo de tu hombro.

—No te guardo rencor. Una experiencia cercana a la muerte puede servir para limar asperezas... pero también basta para darte cuenta de qué caras y rencores te llevarás a la otra vida. Tuve unas alucinaciones muy reveladoras.

—¿Sobre qué?

Blake avanzó hacia él con resolución. Tenía escrito en la cara todo lo que era, y no podía ser más distinto que Calder. Ahí donde el hermano menor ponderaba opciones y era la cara opuesta del egoísmo, Blake se movía con el pleno convencimiento de que tenía la razón y era capaz de las peores intrigas para conseguir lo que quería. Calder siempre lo había admirado por su férrea fuerza de voluntad y por su seguridad a la hora de decidir qué merecía, y qué no. Para él, esas líneas siempre habían estado difusas.

—Sobre el futuro —dijo en voz baja, con un amago de sonrisa cruel—. Casarte no te ha servido de nada, Cal. Ni siquiera si la hubieras preñado. Gillander's ya tiene un heredero.

—¿De qué estás hablando? Denna no ha engendrado un varón, y el testamento no te permitiría nombrar a un niño ajeno al matrimonio.

Blake curvó los labios de forma burlona.

—Hace meses desde que no estoy casado —anunció con tranquilidad—. ¿No sabías que se puede pedir la anulación matrimonial si tu esposa no te da hijos? Yo diría que cuatro años después de una boda, ya se puede dar por hecho que la mujer no sirve para nada.

Calder se quedó helado.

—¿Has anulado tu matrimonio? ¿Cómo es que ella no lo sabe?

—Porque no es necesaria la aprobación del cónyuge cuando las causas son de este tipo... y, como comprenderás, me corría algo de prisa. No quería daros tiempo a ponerlos cómodos. —Sonrió del todo—. Como ves, no sois los únicos que podéis conspirar.

»Mi prometida debe estar al caer —continuó—. Nos casaremos en la parroquia provincial, y el hijo de su anterior matrimonio adoptará mi apellido. En el testamento no especificaba que tuviera que ser un niño de sangre. Decía, si no recuerdo mal... «Un Houston». Con darle mi nombre bastará.

Calder no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Y qué piensas hacer cuando todo esto sea tuyo? ¿Quemarlo hasta los cimientos?

—Es una opción de lo más tentadora, pero antes barajaré otras alternativas en las que pueda sacar mayor rédito. Supongo que no tengo otro motivo por el que desentenderme del negocio más que el placer de saber que nuestro padre se retorcerá en la tumba. Por lo pronto, mi primer movimiento será sacaros la basura de aquí... empezando por Hawke.

Calder apretó la mandíbula.

—¿De veras era tu intención empezar por él? Porque me consta que antes has amenazado la vida de otras personas.

Blake arqueó una ceja, genuinamente curioso.

—¿Amenazar la vida de otras personas? ¿Por qué crees que perdería el tiempo asustando, pudiendo actuar?

—No te hagas el estúpido. Hablo de mi mujer —le recordó en tono beligerante. Dio un paso al frente—. No va a caer en saco roto lo que intentaste hacerle.

—Esta ha sido la primera vez que he visto a tu mujer, Cal, y créeme... La recordaría si me la hubiera cruzado por casualidad. ¿De qué diablos me estás hablando?

—Del mensaje de tus secuaces. Nunca pensé que...

Una voz femenina sonó lo bastante cerca para que Calder se interrumpiese abruptamente. El sonido de unos pasos y una respiración agitada se hicieron eco en la biblioteca.

—Te ruego que no me sigas —decía Denna. Su tono suplicante se filtró por el hueco de la puerta y llegó hasta Blake igual que si lo hubiera abofeteado: se puso en tensión y clavó la vista en la pared, como si quisiera atravesarla y ver lo que sucedía al otro lado.

Calder se tensó al escuchar el murmullo de Lachlan. Pensó en retomar la conversación en voz alta, avisando así a la pareja de su compañía y para evitar que Blake perdiera la cabeza. Había dejado muy claro que Lachlan no tendría jamás su perdón, y Calder ciertamente podía entenderlo.

—¿Por qué ahora te alejas de mí? —preguntaba él—. No te entiendo, maldita sea. A veces parece que me necesitas, y otras que soy un problema para ti. ¿Estás jugando conmigo...?

El resto de su reclamo se perdió en el aire. Calder miró a Blake con toda la intención de cambiar el tema. Se topó con una mirada fría.

—Blake... —empezó.

—Sigue con él —siseó en voz baja.

—No, Blake. Ella...

Su hermano dejó escapar entre dientes una risa histérica. Se pasó la mano por el pelo. Calder sobreentendió lo que no dijo y que lo trastornó hasta un límite insospechado: Denna no había respetado su ausencia, ni su supuesta viudedad. Había aprovechado que estaba muerto, o por lo menos desaparecido, para entregarse a otro hombre. Y él bien podía no ser ya su marido, pero Blake estaba hecho de hierro, fuego y un sentimiento indefinido y pasional hacia Denna. Uno que incluía su posesión.

Blake lo apartó con un brazo y empujó la puerta. El hermano menor lo siguió con la esperanza de salvarlo de sí mismo, pero incluso él supo que fracasaría al ver a Denna entre los brazos de Lachlan. Como si de alguna manera estuviesen conectados, Calder sintió un ramalazo de furia viva que lo dejó mental y físicamente exhausto. A Blake le recorrió la misma energía negativa, pero fue el único que lo puso de manifiesto.

Denna rompió el beso de sopetón y miró a Lachlan con una mezcla de indignación y vergüenza. E igual que si alguien hubiera tirado de un hilo invisible, sus ojos volaron hasta los enrojecidos de Blake.

Se quedó petrificada. Solo pudo susurrar su nombre y retroceder, temblorosa, hasta dar con la

pared.

—Es evidente que no esperabas volver a verme —dijo él, en un falso tono agradable que los estremeció a todos. Avanzó hacia Denna—. Me alegra saber que te dejé en unas manos dignas de ti.

Lachlan le cerró el paso.

—No te acerques a ella —ordenó—. Lárgate de aquí. Después de lo que le has hecho, a Denna y a tu hermano, no tienes ningún derecho a pisar este lugar.

—Tengo más derecho que tú, hijo de perra. Apártate de mi camino.

—No me das miedo, Blake. Siempre has sido un miserable y un cobarde.

Blake sonrió visiblemente divertido, aun cuando la rabia se cocía detrás de su máscara.

—¿Cobarde yo? —repitió. Dio unos cuantos pasos alrededor de Lachlan, como sopesando por qué lado embestirlo primero—. ¿Quién es el traidor que trapicheaba a espaldas del hombre que lo contrató? ¿Quién es el Judas que se metió en la cama con la mujer del único que confió en él? ¿Quién es el cerdo taimado que trajinaba entre las sombras mientras me sonreía a la cara?

—Nunca te has merecido nada de lo que tenías —le soltó, inexpresivo—. Yo podía cuidarlo mejor. Es lo que he estado haciendo.

Blake le sostuvo la mirada.

—¿Quieres mi enhorabuena? ¿Qué puedo decir? Es un premio a la altura del vencedor. — Señaló a Denna con la cabeza—. Los carroñeros no pueden aspirar a nada mejor que a las sobras y la basura de otros.

Calder no pudo impedir que Lachlan lanzara el puño contra su hermano. Blake se protegió con una rapidez y facilidad que lo paralizó de asombro; ladeó el cuerpo y lo cogió del brazo antes de doblárselo a la espalda en un ángulo doloroso.

—Tienes tres segundos para darme un buen motivo para no partírtelo —siseó en su oído—. Uno, dos...

Lachlan se deshizo de su agarre con un movimiento y cerró los puños en los tirantes del chaleco. Arrastró a Blake a la pared contraria y lo clavó de un golpe seco.

—¿Tan difícil era hacer esto desde el principio? —lo provocó Blake—. Imagínate cuánto nos habríamos ahorrado si te hubieras presentado como lo que eres. Te habría respetado mucho más; quizá lo suficiente para entregarte la mano de la señora Houston.

—No necesito tu beneplácito.

—Claro que no. Sois tal para cual. Estáis podridos por dentro.

Blake lo agarró del cuello y ejerció suficiente presión para que Denna soltara un grito ahogado. Ninguno de los dos la escuchó, como tampoco prestaron atención a los intentos de Calder por intervenir. Aunque consiguió que Blake lo soltara, Lachlan volvió a por él armado con un puño que pasó silbando muy cerca de la cara de Calder. Impactó en la mejilla de Blake con un crujido doloroso.

Unos segundos después, ambos se habían enzarzado en una pelea a golpes que apuntaba a

terminar con uno de los dos inconsciente.

—¡Basta! —sollozó Denna. Hizo ademán de acercarse, pero Calder la retuvo en el sitio—. Deja que...

La sangre chorreaba por la cara de Lachlan y había salpicado la impoluta camisa de Blake. Este solo resollaba y abría y cerraba los puños como si le estuvieran dando calambres.

—Deberías estar muerto —le dijo Lachlan, embargado por una rabia asesina que los sobrecogió a todos. Todos menos a Blake.

—¿Por qué no me matas tú? Es evidente que tu conciencia puede aguantar cualquier cosa. Adelante. ¿A qué esperas? —lo provocó.

—No soy un animal como tú.

—Sí que lo eres. Eres mucho peor. Solo necesitas el incentivo adecuado... y estoy preparado para dártelo. —Sonrió, ladino—. Sabes que hasta que no esté a tres metros bajo tierra, ella no va a ser tuya. E incluso muerto me odiará más de lo que podría llegar a amarte a ti.

Aquello abrió una grieta en la armadura de Lachlan. Una fuerte emoción desfiguró su semblante. Calder no pudo imaginar que se abalanzaría con el desprecio acumulado de años; Blake se reía a carcajadas mientras forcejeaba con él, casi feliz por haberle arrancado la máscara. Esa risa sincera, quizá ligeramente amarga, desquició aún más los nervios de Lachlan. Este lo soltó de un empujón y le asestó un último puñetazo que lo envió de espaldas contra una de las lámparas del pasillo.

La brutal inercia del impacto hizo que se golpeará con el cuerpo macizo del mueble y perdiera el conocimiento.

—¡No! —gritó Denna. Calder y ella se apresuraron a atenderlo; uno, con el corazón desbocado, y otra, hiperventilando—. Dios mío, no... Otra vez no. Despierta, por favor. Por favor...

Deshecha en lágrimas, lanzó una mirada hostil a Lachlan por encima del hombro.

—¿Por qué has tenido que seguirle el juego?

Él no contestó. Tenía los ojos desenfocados, perdidos en algún punto de la escena; quizá en las manos con las que Denna recorría su pecho, en busca del pulso, o tal vez en algo menos físico pero no por ello menos evidente. Evidente para Blake, que lo había advertido, pero no para él.

Tragó saliva y dio un paso atrás.

—¡Lachlan! —rugió Calder—. Ni se te ocurra largarte. Debes...

—Tenía razón —dijo con voz queda, aturdido—. Ese cerdo tenía razón.

—Va a morir —determinó Haye sin pestañear.

—Por supuesto que no va a morir.

—Lo dice porque llevarme la contraria es su pasión, pero es imposible que un hombre sobreviva a un golpe como ese.

—Usted sobrevivió al que debió darse al nacer, así que no dudo que pueda obrarse otro milagro de semejante calibre.

—A todos los bebés les dan unos golpecitos nada más llegan al mundo. Entiendo que en su aldea no alcanzara el saber popular y usted misma se quedara sin la atención que hace que un crío no crezca con limitaciones mentales —comentó con suavidad—. Como iba diciendo... Morirá.

—¡No va a morir! Ya ha pasado el tiempo de alarma. Ahora su alma está atrapada en algún lugar entre la vida y la muerte.

Haye esbozó una casi sonrisa burlona.

—¿Qué lugar es ese? ¿Hay alguna posibilidad de que se vaya de vacaciones a la zona?

No se movió de donde estaba; apoyado en la pared más lejana a la cama, con los tobillos cruzados y las caderas ligeramente hacia delante. Calder lo había mandado llamar para realizar el primer diagnóstico. Bonnibelle, a la que ni siquiera se había girado para mirar, había llegado corriendo al enterarse, para atenderlo con sus manos mágicas.

No tenía tiempo ni estaba de humor para pullas sarcásticas entre un par de narcisistas. Hacía horas desde que Blake había perdido la consciencia a causa del golpe en la cabeza. Su hermano la tenía dura de sobra para haber partido una piedra, o eso era lo que solía decir su madre, pero no dejaba de ser un humilde mortal. Uno que se las había arreglado para poner en su contra a todo un castillo, lo que ya hablaba de su particular carisma, uno parecido al del dios Hades... pero un mortal, al fin y al cabo.

Calder no se había separado de él desde que lo trasladaran a la que fue su alcoba. Por orden suya, el servicio la había mantenido tal y como Blake la dejó; no entraban más que para abrillantar el suelo y sacar el polvo que entraba por la ventana entreabierta. Calder no dejaba de preguntarse, turbado, si lo pidió así expresamente porque la culpabilidad lo mataba, o porque siempre supo que tarde o temprano volvería.

Nadie había entendido nunca el porqué de esa obsesiva preocupación por todo lo referente a



Blake: por conservar sus posesiones, por cuidar de su mujer, por mantenerlo vivo en la memoria y limpiar su recuerdo en la medida de lo posible. Todos pensaban que era un despreciable, y desde luego lo había demostrado. Pero parecía que su corazón no estaba preparado para asumir la decepción, y nunca lo estaría. Estaba estancado en el pasado, ese en el que ambos eran jóvenes e inexpertos; en el que Calder no había descubierto lo que significaba el dolor, y Blake podía permitirse desatender sus responsabilidades. Su hermano siempre había sido un liante y un perezoso, pero nadie lo señaló como un defecto —más bien como una tendencia encantadora— hasta que evolucionaron en sus sinónimos más negativos. Calder había presenciado una representación de bravuconería hacía unas horas que demostraba que no tenía límites. Que estaba loco.

Pero haría cualquier cosa contra la naturaleza de sus principios a cambio de que volviera en sí. Incluso perdonar sus ofensas. Había actuado movido por el dolor de una traición grupal. Y tal vez Lachlan no hubiera sido jamás su amigo, pero había jugado con la única cosa que Blake quiso una vez.

—¿Qué se puede hacer? —musitó, sin despegar la vista de su hermano.

—Esperar a que deje de respirar.

—Esperar a que despierte —corrigió Bonnibelle—. Puede que no lo haga, pero algo me dice que tarde o temprano abrirá los ojos.

—Si se lo dice la misma voz que la anima a tratarse a sí misma como un símbolo de la realeza, no la escuche.

—Lárgate —ordenó Calder.

Para dejar más claro a quién iba dirigida, lanzó una mirada hostil por encima del hombro. Haye, sin mirarlo, empujó la puerta y salió. Viendo que Bonnibelle pretendía hacer lo mismo, tuvo que esforzarse por no sonar tan tajante al pedirle que se quedara.

—¿No puede darle...? —balbuceó—. ¿Un remedio, o...? ¿No hay forma de acelerar el proceso...? ¿Es posible que Haye...?

—Por supuesto que es posible que no sobreviva. En estos casos, es difícil predecir lo que va a pasar. Si no le vale con mis corazonadas, no puedo ofrecerle mucho más.

Calder soltó un suspiro apenas audible.

—Sus corazonadas son justo lo que necesito ahora mismo. Parece que acumulo todo el pesimismo para mí, porque cuando se trata de él, me esfuerzo hasta el delirio por sacar lo mejor de la situación.

—No hay nada que uno no fuera capaz de hacer por la familia.

Calder apartó la vista un instante del rostro pálido de su hermano y se concentró en la Reina, de rodillas al otro lado de la cama. Llevaba una bata cerrada sobre el camisón, y la clásica trenza que las mujeres se hacían para dormir. Las débiles luces del alba que la iluminaban por detrás hacían el efecto de la aureola de un ángel. Era tan delicada que parecía a punto de desaparecer, como si fuera la proyección de un espíritu atrapado en el mundo mortal. Fue ahí cuando se dio

cuenta de que la consideraba un ser superior, una especie que nada tenía que ver con la suya. Con el único objetivo de cambiar su visión mística y verla como una mujer corriente, preguntó:

—¿Tiene usted familia?

—Ya no.

La Reina descubrió el pecho de Blake para tomarle la temperatura y escuchar el ritmo de su corazón. Calder se fijó entonces en el hombro herido; aquel que él atravesó con una bala en defensa propia. Los remordimientos no tardaron en ser sustituidos por el asombro. En lugar de una herida abierta, había una cicatriz perfecta, señal de que lo cosieron con mimo. Era imposible que lo hubiesen tratado en la gran Escocia o en Inglaterra; por lo que la Reina le explicó durante la sesión de recuperación de movilidad, no habría sobrevivido a un viaje en barco. Un disparo en esa zona habría hecho que se desmayara por el dolor y muriera desangrado en cuestión de horas.

Calder se quedó mirando la cicatriz con el estómago revuelto. Solo conocía a una persona capaz de coser una herida con esa precisión: lo había visto practicar con frutas y verduras. Era una de sus especialidades... Por eso le extrañó desde el principio que no hubiera querido coser la suya.

Recordó la reticencia de Haye a que se casara con Beth; su actitud a la defensiva cuando ella lo buscó para pedir explicaciones sanitarias, y cómo reaccionó con la llegada de Bonnibelle. Pensó también en las palabras que ella misma pronunció, presintiendo algo incorpóreo sobre Andrew Haye que a los demás se les escapaba.

«¿No será que le conviene que su señor esté postrado?».

Un sudor frío le recorrió la nuca. Y muy lentamente, se puso en pie.

—¿Puedo contar con que lo velará hasta que regrese? —se oyó preguntar.

Bonnibelle asintió.

—Aunque el señor Carmichael también está indisuesto y debo cambiar el vendaje de las quemaduras...

La Reina se quedó en el dormitorio hablando consigo misma, pero las últimas palabras pronunciadas hicieron mella en Calder.

La noche anterior, Blake había entrado en Cranston Castle con ayuda de alguien; las puertas principales y traseras eran defendidas para proteger la casa de los saqueos que antaño tuvieron que afrontar, y todo el mundo tenía orden de informarle de inmediato si aparecía.

Nadie lo había buscado. Nadie sabía nada. Y los únicos a los que nadie les habría preguntado de quién iban acompañados eran Lachlan, Carmichael, Haye y Denna. Por razones obvias, ni el primero ni la última habrían sido. Carmichael estaba delirando en su habitación. En cambio, había oído a las doncellas murmurando que Drew no había dormido en su habitación esa noche.

Solo había un sospechoso.

Lo encontró en el salón, acompañado de una silenciosa Denna. Se toqueteaba nerviosamente las perlas del collar. Haye, como era habitual, fingía no estar allí. Por primera vez, encontró inquietante que se esforzara tanto por mimetizarse con el papel de pared.

—Quieres muerto a Blake porque sabes que si despierta podrá delatarte.

Haye apartó la mirada del pequeño dado de madera que jugaba a agarrar en el aire. Esa fue una de las pocas veces que prestó atención de veras a alguien que le estuviera hablando.

—¿Delatarme? Blake no conoce mi lado más oscuro mejor que vosotros. No podrá contaros historias sórdidas que no sepáis.

—No juegues conmigo. Creo que ya lo has hecho suficiente.

—¿De qué delito se me acusa?

—De confraternizar con el enemigo.

—¿El que está haciendo eso no eres tú? Me suena haberte dejado velando su lecho como una esposa leal.

Calder avanzó hacia él con el cuerpo en tensión. Se detuvo a un palmo de sus narices.

—Has tenido un comportamiento muy sospechoso durante todo este tiempo, y no es un secreto que siempre te has llevado bien con Blake —le espetó entre dientes.

—Me gusta la gente sin dobleces que habla y actúa conforme a lo que piensa, lo que no significa que no sea un bastardo despreciable. Sería una pena que mi preferencia por los villanos me convirtiera en uno, sobre todo cuando me trabajo otros aspectos de mi personalidad para serlo por mí mismo.

Calder le sostuvo la mirada sin creerse ni media palabra. Debajo de toda esa tranquilidad suya subyacían las emociones y sentimientos más intensos, solo que sabía desahogarlos a través de comportamientos obsesivos que todos pasaban por alto. Como, por ejemplo, el vuelo del estúpido dado.

—¿Dónde estuviste anoche? —interrogó.

Haye entornó los ojos para ocultar un destello colérico.

—No es de tu incumbencia.

—Es de mi incumbencia cuando me consta que alguien le abrió la puerta a Blake.

—En este lugar viven más de cuarenta criaturas.

—Pero solo hay una tan inquietante como tú.

—Gracias. ¿Qué dirías que me hace digno de ese adjetivo? ¿Mi gusto por el negro?

Calder lo agarró por el pañuelo de cuello y lo sacudió. Haye ni se inmutó; su expresión era la misma que si estuviera tomando el té en un salón público.

—Sé que fuiste tú el que salvó la vida a Blake. No recuerdo que estuvieras presente durante mi padecimiento más que para frenar la hemorragia. Te reservaste todos tus trucos y me estuviste envenenando la pierna para que no sobreviviera. Y luego curaste a Blake.

Haye lo escuchó con aire inexpresivo.

—Qué gran imaginación la tuya.

—¿Lo vas a negar? Solo un hombre en toda la isla cose heridas tan bien. Vienen a verte desde Brodick y desde el sur por eso. Reconocería una de tus suturas en cualquier parte del mundo.

—Y parece que también en cualquier parte del cuerpo de tu hermano.

Calder abrió la boca para increparle, pero una voz femenina se adueñó de la situación.

—Por supuesto que el señor Haye no cosió la herida de Blake —intervino Bonnibelle—. Fui yo.

—¿Qué? —jadeó Denna, que hasta el momento había atendido con el cuerpo rígido—. ¿Lo conoce?

Bonnibelle le dirigió una mirada despectiva.

—Yo conozco a cada criatura de esta isla. ¿Y por qué cree que quería que se alejara del señor Hawke? Iniciando un idilio amoroso con él solo conseguiría que Blake lo matase por los celos. Lo estaba protegiendo de una rabia que sabía que acabaría estallando por alguna parte.

Denna no daba crédito, y Calder tampoco. Haye solo parecía algo menos sorprendido.

—¿Por qué le salvaría la vida a ese cabrón? —Fue toda la duda que le surgió.

—Si usted enfermara, también lo cuidaría.

—Preferiría que me dejase morir.

—Póngalo por escrito, fírmelo y lo cumpliré.

—¿Sabe leer? —se burló.

Calder soltó a Haye.

—¿Por qué no dijo nada antes?

—Porque no tengo por qué hablar de la salud de otros pacientes, y yo no entro en las cuitas familiares con las que deciden atormentarse. Si he intervenido es porque no me parece correcto que al señor Haye se le acuse injustamente de traidor. Ese puede ser el único defecto que no posee y sería una crueldad arrebatárselo.

—¿No lo estará cubriendo? —conspiró Denna—. Blake no habría llegado a las montañas en las que vive por su propio pie. Se habría desmayado antes.

—Blake Houston es un hombre fuerte —determinó tajantemente—, y la herida no era tan grave. Además, ya sabía dónde encontrarme y que lo protegería, puesto que me conocía de otras ocasiones.

Denna entrecerró los párpados.

—¿Qué otras ocasiones?

—Esa es información que no tengo por qué darle. Pero gracias a él, sé que es usted un alma oscura —auguró con aire místico—. Ella es la persona de la que todos en este lugar deben protegerse, no el señor Haye.

Denna hizo una mueca.

—¿Cómo se atreve? Yo nunca traicionaré a Cal.

Entre tanto, Haye suavizaba las arrugas del pañuelo con desinterés. No alzó la vista al preguntar a Calder:

—¿Vas a hacerle el mismo interrogatorio a la Reina de las Taradas, o ella no merece tu furia?

Él no supo qué decir; ni siquiera sabría explicar por qué le había poseído esa rabia repentina. Él se alegraba profundamente y de corazón porque hubieran salvado la vida de Blake. De haber

muerto, el dolor de la pérdida y los remordimientos lo habrían perseguido sin tregua hasta que se hubiera rendido al castigo que hubieran impuesto. Exhausto, llegó a la conclusión de que solo había necesitado culpar a alguien del lamentable estado en el que se encontraba Blake.

—Supongo que siempre me quedará la duda de qué habría pasado si me hubieras declarado culpable. ¿Quizá entregarme a las autoridades? —propuso Haye, distante. Terminó de anudarse el pañuelo y pasó por el lado de Calder. Este lo detuvo cogiéndolo del hombro.

—Sigue sin explicar que pasaras tanto tiempo empeorando la herida.

Haye le sonrió, sin rastro de emoción, a las puntas de sus zapatos.

—Claro que lo explica. Sencillamente no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero quería hacer algo —reconoció. Lo miró de reojo, sin perder esa extraña sonrisa cruel que parecía el disfraz de un sentimiento menos orgulloso—. Si fuera el malo, me tomaría las molestias de no parecerlo.

En cuanto Beth abrió los ojos esa mañana y se topó con el semblante preocupado de su doncella, supo que las cosas no habían salido como le habría gustado. Su intención fue pasar toda la noche despierta, a la espera de que Calder regresara y la informase del acuerdo al que hubiera llegado con Blake; dispuesta a intervenir si fuera necesario en cuanto pasaran unas cuantas horas. No obstante, el cansancio por haber pasado la madrugada en vela, la honda decepción que derivó en lágrimas y la inquietud por la repentina visita pudieron con ella y acabó entregándose a un sueño revelador. No podía recordar qué imágenes concretas la habían atormentado, pero cuando despertó con las primeras luces del alba, tenía una bola de angustia en el estómago y un mal presentimiento.

Aunque estaba furiosa —y lo que era peor: dolida— con Calder, supo apartar a un lado la molestia y vestirse apresuradamente para ir a buscarlo. Se aferró al optimismo para determinar que, si hubiera ocurrido algo terrible, la habrían despertado. A fin de cuentas, era su marido, por mucho que él se esforzara en romper ese vínculo.

Se preparó para enfrentarlo con toda la templanza que era capaz de fingir y tocó a la puerta de su dormitorio.

—El señor se encuentra en la habitación de su hermano, milady —le dijo una de las criadas—. Lleva allí desde medianoche.

—¿Por qué?

La muchacha vaciló.

—Eh... El señor Houston... Blake Houston... se encuentra indispuesto.

En vista de que no quería pecar de indiscreta, no le hizo más preguntas y fue directa al ala indicada. Por el camino, evocó el sorprendente parecido entre los hermanos, y la desagradable sorpresa que se había llevado al encontrar a Blake en la biblioteca. Aunque más la asombró haberse topado con un hombre de pose tranquila y mirada curiosa. No le había parecido que estuviera tramando cómo deshacerse de ella, ni que tuviese nada en contra de su existencia o su matrimonio. De hecho, le dio la impresión de que le fascinaba la idea de que su hermano hubiera contraído nupcias. Por desgracia, un breve examen y unas palabras corteses no servirían para zanjar el asunto sobre su verdadera naturaleza. Si era malo o no, Beth no lo sabía; lo máximo que podía reconocer era que no le había parecido ningún loco, y que si se lo hubiera cruzado en el

pueblo, ni se le hubiera ocurrido asociarlo con el crimen cometido.

Tocó a la puerta del correspondiente dormitorio y se asomó. Por la ventana abierta entraba una brisa refrescante y la melancólica iluminación del característico nublado escocés. La luz triste y la espalda encorvada de Calder eran dos elementos que combinaban a la perfección en una lamentable escena familiar; la de un hermano acompañando a otro por última vez. A simple vista, Beth pensó, alarmada, que era el cuerpo sin vida de Blake lo que estaba velando. Gracias al cielo, reparó en el sutil movimiento de su pecho al respirar.

Tragó saliva y cerró la puerta antes de adentrarse en la estancia. Calder levantó la vista desganado, como si no le importara quién fuera. Al reparar en que se trataba de ella, alzó la barbilla de nuevo y la siguió con la mirada en su paseo hasta la silla contraria. Frente a frente, cada uno a un lado de la cama y tensos por diferentes motivos, parecían dos hermanos peleados a los que hubieran obligado a hacer las paces.

Solo que Beth estaba cansada. Había llegado a ese límite de aguante que nunca tuvo muy claro dónde se encontraba. En el fondo agradecía haber descubierto que no podía tolerarlo todo: no podía soportar haberle dicho que lo amaba y que él le hubiera regalado una carta con el peso simbólico de una despedida. No la quería allí y a Beth no se le ocurrían más formas de disculpar sus desesperados intentos por hacerla desaparecer. Estaba decidida a decirle que, tras haber pasado largas horas pensando, había tomado la decisión de obedecerlo y marcharse a Inglaterra con el amable desconocido. Incluso a riesgo de que sus cortesías fueran la máscara de un desgraciado sin igual. Pensaba, hastiada, que no podría hacerle más daño que los sutiles desprecios de Calder.

Aun teniendo miles de cosas que decir, se decantó por la neutral y apropiada:

—¿Qué ha ocurrido?

—Se enzarzó en una pelea con Lachlan y se golpeó la cabeza —respondió sin entrar en detalles. Beth se alegró, por vez primera, de que no tuviera ganas de hablar. Pasaron unos segundos en silencio hasta que añadió—: Haye dice que no va a despertar. A veces estas cosas suceden. Un hombre es víctima de un revés casi mortal y se queda colgando entre la vida y la muerte.

Un ramalazo de culpabilidad la embargó de forma súbita. Había estado pensando en abandonarlo mientras él agarraba la mano de su hermano; un hermano al que todos encontraban despreciable y que no merecía ese amor que le profesaba, pero que no dejaba de ser su carne, su sangre, y su familia.

A la par que una curiosidad matadora, Beth no podía evitar sentir cierta envidia hacia la figura de Blake. Tenía lo que ella más deseaba. La aprobación y el cariño incondicional de Calder. Ese hombre lo había decepcionado más de lo que era humanamente posible; le había hecho daño físico y psíquico, dejándole heridas visibles y evidentes en su forma de comportarse, de pensar y de sentir... y aun así, estaba cuidándolo en el borde de la cama, y mirándolo como si la emoción de que abriera los ojos no pudiera compararse con ninguna otra cosa.

Quizá ella lograra establecer un vínculo semejante con Cassidy Davenport, aunque lo dudaba

por los motivos que Calder expuso ajeno a su reflexión.

—Debes estar pensando que mi preocupación no tiene ningún sentido, pero he crecido con él —explicó en voz baja, sin apartar la vista del rostro cadavérico—. He pagado mil veces por sus ingenuas travesuras después de disfrutarlas como un niño. Me ha enseñado trucos para hacer mi vida más fácil. Ha curado mis heridas cuando me he caído, me ha tranquilizado cuando he tenido pesadillas... Fue la figura paterna que no pude encontrar en mi propio padre. De no haber sido por él, me habría convertido en un monstruo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque todo lo que mi padre podría haberme enseñado era ambición y podredumbre. Era un hombre con un carácter muy temperamental. Soy consciente de que lo he heredado; Blake también... pero él cruzaba la línea de la agresividad para ser violento. Si nunca me puso un dedo encima, fue porque mi hermano estaba ahí para protegerme. Quizá por eso siento... siempre he sentido que contribuí a transformarlo en lo que es ahora. Se llevó más golpes y frustraciones porque yo no era lo bastante valiente para rechazar su protección.

»Estuvimos hablando antes de que Lachlan interviniese —continuó, con la garganta atorada—. Todo lo que dijo era cierto. Conspiramos a su espalda y le hicimos daño. Y aún tuvimos el coraje de repetirnos que éramos las víctimas para no lidiar con nuestra culpabilidad.

—Tú nunca te has sentido la víctima —interrumpió—. Llevas martirizándote por Blake desde que te conozco, Calder.

—Porque soy el único que no tiene perdón. Carmichael, Lachlan... Ese par trabajaba para él puntualmente. Pero yo era su hermano y me creí mejor que él atribuyéndome sus responsabilidades. Sé que no me odia por eso —añadió—. Sé que lo que nunca podrá perdonarme es que me pusiera de parte de Lachlan cuando descubrió el idilio que mantenía con Denna, algo que di a entender cuando intenté separarlos. Pero yo no tenía la menor idea de que eso estaba sucediendo, y parece que ya he perdido la oportunidad de decirle la verdad.

»Ni siquiera necesito que despierte para sentirme menos culpable. Solo quiero aliviar la carga que habrá soportado durante todo este tiempo creyendo que fui capaz de traicionarlo.

Beth asintió en silencio. No sabía por qué lo comprendía, puesto que no había pasado por una situación parecida. Imaginaba que la sensación de complicidad nacía de la ternura que él le despertaba; de esa sana compasión que nunca le había permitido sentir.

—¿De qué más hablasteis? —lo animó.

—Eso ya no tiene importancia ahora. A estas alturas me da igual quién se quede con Cranston Castle. He permitido que me pongan en contra de mi hermano. Solo durante unos escasos segundos cada día desde que se fue; hasta que me daba cuenta de que las cosas no son blancas o negras, ni hay malos o buenos... Pero esos segundos se suman y dan horas, tal vez días. Tanto odio inmerecido...

Calder cerró los ojos un segundo y se inclinó sobre su hermano. Algo dentro de Beth se quebró al ser cómplice de un beso que contenía todo el amor del mundo. Sus labios apenas estuvieron



unos segundos sobre la lisa frente de Blake, pero sintió que no tenía derecho a estar allí. Y fue un sentimiento tan intenso como la certeza de que Calder perdería una parte importante de sí mismo si le pasaba algo a Blake.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? Debes haber pasado horas encorvado sobre la cama —dijo, con un hilo de voz—. Deja que me quede yo. Haremos turnos para que no se quede solo.

La sorpresa por el ofrecimiento y la incredulidad se entremezclaron en una sonrisa amarga.

—¿Quién hará los turnos? Sé de dos personas que están deseando que su corazón deje de latir. Otra es demasiado honorable para decirlo en voz alta, y la cuarta... —Negó con la cabeza—. Ni siquiera sé en qué demonios está pensando Denna.

—Deja que me quede con él.

—No. Mencioné lo que sucedió en el pueblo y no tenía la menor idea de lo que estaba hablando, pero podría haber mentido. Sigues corriendo peligro —le recordó—. Ya le he dicho a Lachlan que no quiero que se separe de ti. Si despertara... No sé qué sería capaz de hacer. Mejor prevenirlo.

La situación le estaba quitando años de vida. Había envejecido casi una década en apenas unas horas. Sin embargo, Beth no podía permitir que pasara un solo día sin aclarar sus intenciones.

—No te preocupes por mí. Es probable que no esté aquí cuando sea capaz de moverse por sí mismo —explicó con calma. Calder le dirigió una mirada interrogante—. En vista de la situación... y que es evidente que necesitas ayuda, voy a quedarme contigo. Solo hasta que pase la tormenta. Después tomaré un barco y regresaré a Inglaterra. Me encargaré de que el señor Davenport esté avisado para cuando llegue a Londres.

Evitó estremecerse con la reacción de Calder apartando la vista a tiempo. Sabía que no sería inmune a ningún tipo de respuesta, tanto si le parecía una terrible noticia como si le dejaba indiferente, y no quería que la hiciera dudar.

Se había cansado de luchar por su cuenta, de tratar de construir una relación y que él derribara los cimientos de un simple soplido. Al salir de Lairmore Manor se prometió a sí misma que no permitiría que la hicieran sentir tan poco valorada como su padre, y había llegado a ese punto de no retorno. Era el momento de honrar su promesa autoimpuesta y obedecer antes de que le rompiera el corazón del todo.

—¿Te marchas? —murmuró—. ¿Por qué?

Beth ni siquiera alzó la voz. No era el lugar ni el momento.

—¿Me lo preguntas de veras? Es lo que llevas pidiéndome desde que me conoces.

Calder se levantó con rapidez, pero luego no se movió, como si hubiera olvidado la razón de su movimiento.

—Tenemos una discusión pendiente. Anoche no pudimos...

—En lo que a mí respecta, todo está zanjado —interrumpió con suavidad—. Contactar a mis espaldas a un desconocido para pedirle alojamiento ha sido una mala imitación de las cartas que MacDuff intercambió con Lachlan. No se me ocurrió que me regalarías como si fuera mercancía

defectuosa, igual que él. Incluso si tú me vendiste hablando maravillas de mí, no eres tan distinto.

—Conoces bien los motivos por los que...

—Basta, Calder —rogó—. Ya no me creo la excusa de que debes protegerme. He dejado patente muchas veces lo que de verdad temo, lo que sí podría hacerme feliz, y tú nunca has querido escucharlo. Si mi intención fuera pasar el resto de mi vida con alguien que no tiene en cuenta mis deseos, regresaría con MacDuff.

—No puedes decirlo en serio.

—Es infinitamente peor el daño que puede hacerte alguien a quien amas, incluso si se esfuerza mucho menos que tu peor enemigo. A él no lo quería, así que nunca corrió el riesgo de decepcionarme. Yo... —Se miró las manos y sonrió sin fuerzas—. Aún no me puedo creer que hicieras algo así.

»Si no quieres que me quede, regresaré a mi habitación o iré en busca de Denna. Ella aceptará mi consuelo. Pero si cambias de opinión, velaré a Blake. No me importa hacer esto por ti.

—Beth... —Hizo el amago de dar un paso hacia ella, pero lo frenó una mano alzada.

—No quiero escucharlo, Calder. Ya no.

Llevaba un mes y tres días resistiendo la tentación, pero ya desde el principio supo que estaba condenada a sucumbir.

Denna Houston tenía orgullo de sobra para eclipsar cualquiera de sus gestos de generosidad, y quizá por eso se había considerado muchas veces una auténtica bruja. A cualquiera le daría la impresión de que carecía de corazón, y todos esos cualesquiera lo habrían confirmado al ver que se cumplían treinta y cuatro noches y no había visitado a su marido ni una sola. Pero Denna conocía sus motivos, y si bien a veces quería gritarlos para dejar de recibir miradas recelosas entre muchos otros desprecios, al final optaba prudentemente por el silencio.

Nadie tenía por qué saber lo que sufría. No era su obligación compartir con los demás que, varias veces al día, se detenía delante de la puerta del dormitorio de Blake Houston y acariciaba el pomo con los dedos, anhelando ser lo bastante valiente. Y lo cierto era que creía que ocultando esa verdad, conseguiría esconderla de sí misma y dejar de sentirse un auténtico fraude. Porque no había nada más triste que vivir bajo la pose de orgullosa y segura cuando en el fondo se sentía frágil y manipulable. Cuando en realidad no sentía el menor orgullo. Y menos aún cuando, al fin, la debilidad pudo con ella y la obligó a hacerle una visita.

No se atrevía a preguntar cómo estaba. Consideraba imprescindible no revelar sus sentimientos a quienes no pudieran comprenderlos, y nadie los comprendería porque ni ella misma sabría clasificarlos. Pero sí que había escuchado detrás de algunas puertas y seguido a algunos criados para enterarse de cómo progresaba el señor Houston.

No lo hacía. Seguía inconsciente y respiraba débilmente. A veces movía un dedo de la mano, dando la impresión de que estaba escuchando, pero Haye lo dudaba. Y a pesar de su error garrafal respecto a la herida de Calder, Denna se aferraba a los diagnósticos del químico por no darle la razón a la pomposa Reina de las Taradas.

A pesar de estar prevenida, cuando entró en la habitación y se topó con un Blake pálido y enfermizo, se estremeció igual que si un huracán le hubiera pasado por el costado. Se apoyó en la puerta cerrada y lo miró con el pulso acelerado.

No parecía el mismo porque no recordaba haber visto a Blake Houston vulnerable. Sí furioso, desesperado y enloquecido, pero nunca así: expuesto a que le hicieran cualquier cosa.

Denna recordó con amargura todas las veces que había deseado matarlo. Todas las veces que

esa sensación la arrasó hasta dejarla sin fuerzas. Sabía lo inaudito que era que una persona corriente experimentara algo así: un fuerte impulso violento. Pero Denna lo había sufrido. Y muchas noches, más de las que podía recordar, soñó que usaba sus propias manos.

Lo odiaba tanto que le ardía la sangre en su sola presencia. Le temía tanto que se le doblaban los tobillos y debía permanecer sentada e inmóvil para que no se diera cuenta, ansiosa porque se fuera y pudiera respirar de nuevo. Pero por encima de eso, lo amaba con una pasión desmedida que hacía de ese conglomerado de sentimientos una mortificación capaz de hacerla caer enferma.

Con la misma cautela que si estuviera ante un depredador, Denna se acercó al borde de la cama.

La mayoría de las veces, su sentir hacia él era un conjunto de sensaciones contradictorias. Pero a veces, en contadas ocasiones, ese nudo imposible se reducía a una sola: a la compasión. Era difícil sentirla por alguien como él, pero Denna se aferraba a ella para poder respirar en paz. Aunque solo fuera por unos minutos.

Alargó la mano para tocarlo, pero se lo pensó mejor en el último momento.

No podía hacer eso. Ellos no se tocaban. No se acercaban a más de un metro. No discutían. Hacía años desde la última vez que sintió sus dedos en la piel o sus labios en la cara; años desde que se dedicaron el último grito. Con el tiempo, el odio que los hacía rugir se convirtió en algo tan denso y oscuro que, por supervivencia, tuvieron que esconderlo. Hacer de cuenta que no existía más que cuando intercambiaban miradas o un par de comentarios crueles.

Los de él eran los más crueles. Con ellos, Blake había intentado enseñarla a no llorar, fracasando estrepitosamente. La odiaba por ser fría y distante, por jugar con el corazón de todos los hombres que se cruzaban en su camino. Y ella nunca dejaría de preguntarse cómo reaccionaría si supiera que lloraba hasta quedarse dormida con cada simple apreciación sobre los puños de su vestido. Lloraba de impotencia porque deseaba complacerlo y deseaba que ardiera en el infierno al mismo condenado tiempo.

Denna se secó una lágrima rebelde con el dedo tembloroso. Luego lo miró: lo miró durante eternos minutos, como solo pudo hacerlo las primeras veces que se encontraron.

Nunca había soportado mirarlo a la cara. Los demonios se la llevaban sin importar con qué objetivo se dirigiera a ella. Un vistazo burlón, despectivo u hostil generaba una reacción piadosa comparada con cómo la devastaban sus intensas miradas de amor.

Ese hombre perverso la amaba más que a su propia vida, y Denna siempre lamentaría que esa fuera su naturaleza porque le impediría hacerlo como ella necesitaba: con paciencia y respeto. Se lo dijo a Beth una vez... Él no podría amarla como alguien que no era. Estaba condenada a ser objeto de la más desvirtuada de las devociones, una capaz de destruirla.

—No lo sé —susurró, turbada—. No lo sé... Nunca he podido decirte nada que no sea eso: no lo sé.

»No sé si quiero que despiertes. No sé si sobreviviré si no lo haces. No sé si podré perdonarte. *No sé si podrás perdonarme.* No sé si ahora mismo te quiero más de lo que te detesto. Nunca sé nada...

Sorbió por la nariz y lo observó a través de un velo de lágrimas. Recordó cómo se estremeció su corazón al verlo por primera vez. Ahora, postrado en la cama, se parecía más al hombre que conoció: alto, delgado, con la piel pálida por la falta de sol. Había conocido la belleza, pero él no era guapo ni atractivo, era *persuasivo*. Con una mirada la había convencido de que debía ser suya, y quizá el problema fue que se resistió demasiado cuando el resultado siempre fue inevitable.

Denna se atrevió a recorrer la cicatriz del hombro.

—Piensa en lo feliz que habrías sido sin mí... y yo sin ti. No estarías aquí ahora mismo. No soy tan estúpida como para pensar que no estás en este punto por mi culpa. Pero tú te empeñaste en tenerme aun sabiendo que nunca te pertenecería del todo. Sabías que habría unas consecuencias.

Cerró los ojos. Al abrirlos de nuevo, estaban llenos de angustia.

—Y pensar que nunca más te abrazaré... que tendré que vivir con el recuerdo de un solo beso... No sé si eso me duele más que saber que, incluso si despiertas, tendré vetado cualquier destino feliz contigo. No podría abrazarte sin sentir que me traiciono. No podría besarte sin odiarme después.

»Sé que tú me entiendes —añadió en voz baja—. Por eso quiero que estés vivo. Para que me acompañes en el sentimiento, aunque cada uno esté a un lado del océano. Es lo que necesito. Te necesito...

Se cubrió la cara con las manos y rompió a llorar. Ya no sabía por qué, si por impotencia, por desprecio hacia sí misma, por rencor hacia todo lo que Blake había hecho para convertirla en un monstruo lleno de odio... o porque pasara lo que pasase, ella estaba obligada a quererlo para siempre.

Una mano cálida le acarició el pelo mientras se desahogaba. Denna gimió; no le importaba ya que la hubieran descubierto. Tarde o temprano sabrían lo que Blake significaba para ella. No podría ocultar por mucho tiempo la desolación.

—*Na caoin, mo dùdach*[5] —susurró una voz como de terciopelo gastado.

Denna levantó la vista de golpe. Aturdida, se encontró con los ojos verdes y soñolientos de Blake. La miraba con una dulzura y compasión que nunca habría imaginado en él; tanto así que creyó que estaba soñando.

Se quedó paralizada. Los dedos de Blake se habían enredado amorosamente en los mechones sueltos de su cabello lacio, y no parecían querer moverse de ahí. Denna tampoco. Si esa era su absolución, la recibiría con el corazón abierto.

Se oyó a sí misma pronunciando su nombre en una letanía.

—¿Quién es Blake? —preguntó él, entre desconcertado y complacido—. ¿Y quién eres tú, criatura?

Calder llevaba un mes al borde de la desesperación, hasta tal punto que había empezado a anhelar las horas que la Reina lo obligaba a hacer sus dolorosos estiramientos. Cuando estaba trabajando el músculo para devolverle su función, se concentraba tanto que no dedicaba un solo pensamiento ni a Blake ni a Beth, sus grandes preocupaciones. Paradójicamente, la pierna era lo único que progresaba, mientras que la relación con su esposa y la salud de su hermano caían en picado sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Si Calder hubiera podido elegir, y pensaba en ese imposible con frecuencia, habría preferido volver al tiempo en que era un lisiado pero, sin embargo, contaba con el apoyo de Beth.

Ella había cumplido su promesa de quedarse para hacer compañía a Blake; para velarlo esas horas en las que Bonnibelle lo hacía caminar sin bastón por el pasillo. Los únicos momentos del día en los que se habían comunicado fueron los breves segundos en los que intercambiaban lugares a los lados de la cama del postrado. Se sorprendía a sí mismo diciendo estupideces para que lo mirase o le dijera algo más que un escueto «buenas tardes», y aunque casi siempre lo conseguía porque no podía ignorar su naturaleza cortés, lo hacía a regañadientes.

Beth estaba dolida. Realmente dolida. Y aunque Calder quería pedirle disculpas y explicar la situación, no encontraba el momento ni creía tener el derecho a retenerla. Era algo que se había buscado él solo con sus continuos desplantes.

Había vuelto al mismo y desesperado punto en el que estuvo cuando se encontró, de buenas a primeras, celebrando una boda en el salón con una desconocida que brillaba con luz propia. Una que le maravillaba y con la que no tenía ni idea de qué hacer. Calder había sido tan consciente de que nunca podría tenerla que quiso desgarrarse la piel para distraer la frustración que eso le generaba. Y aun así, no había ni punto de comparación entre esa impotencia inicial y la pena que se le había pegado a los huesos. Ver a Beth cosiendo en el salón, o simplemente coincidir con ella en el pasillo, sabiendo que le había roto el corazón, lo atribulaba más de lo que podía soportar. Para colmo, aún lo seguía queriendo lo suficiente como para quedarse por él. Porque la necesitaba. Y la necesitaría siempre; eso era lo que debía decirle para detenerla.

Ya sabía quién era ella. Sabía que lo disculparía si clamaba de corazón lo que quería oír.

Sentado en el sillón estilo imperio de la salita principal, ya no ocultaba sus intenciones. Observaba directamente la labor de Beth. Se entretenía haciendo bordado y fingiendo que no era

consciente de su intenso escrutinio. La delataban sus nerviosos movimientos; se toqueteaba los bucles, se alisaba la falda, cambiaba de postura como si la incomodase el cojín... Iba a hacer cualquier cosa por no darle la satisfacción de demostrar que la inquietaba. Pero ambos sabían que tenía poder sobre ella, uno que iba mucho más allá del orgullo o la determinación. Por eso la amaba. Porque no se lo ponía fácil, y a la vez, era muy sencillo complacerla porque al hacerlo también se complacía a sí mismo. Le fascinaba su actitud defensiva, cómo protegía su forma de sentir y sus principios... y le encantaba ponerse a conspirar de qué manera iba a convencerla de que debía quedarse con él a pesar de todo.

Qué duro había sido estar tan cerca y a la vez tan lejos de ella, sobre todo cuando ya sabía de las propiedades curativas de su risa, su tendencia a divagar sobre sus lecturas preferidas y cómo suspiraba al besarla por todo el cuerpo. Ahora entendía lo que había llevado a Blake a perder la cabeza. Cualquiera se desquiciaría viviendo bajo el mismo techo que la mujer de sus sueños sin poder abrazarla. Calder no se veía del todo reflejado en su hermano porque su prioridad era velarlo, pero si no tuviera que atender otra preocupación mayor, se habría convertido en la sombra de Beth... igual que Blake fue la sombra de Denna.

Denna también hacía el intento de bordar. Se había sentado en el diván de terciopelo junto al ventanal, pero su mente no estaba allí. Empezaba a preguntarse qué podría estar pensando, cuando una nueva presencia los distrajo.

El sonido de unos pasos firmes hizo que todos levantaran la cabeza. La Reina de las Hadas apareció bajo el umbral de la entrada con expresión solemne, y al instante, Calder supo que traía noticias.

Se puso en pie de un salto, con todo el cuerpo en tensión, y la atendió sin pestañear.

—Blake ha despertado —dijo. Hizo una pausa—, y asegura que no recuerda quién es.

—¿Qué? —jadeó Beth, apartando a un lado la aguja.

—Tampoco sabe dónde se encuentra ni quién soy yo, por lo que presupongo que no reconocerá a ninguno de ustedes —comentó.

—Eso es imposible —zanjó Denna, ruborizada hasta la cabeza. Se levantó con la respiración agitada—. Debe estar fingiendo.

—Es muy posible, señora Houston. Un golpe en la cabeza siempre da lugar a complicaciones, y la amnesia suele ser una de ellas.

—Amnesia —repitió Calder, pálido—. ¿Será... temporal?

—Nunca se sabe. Jamás he tratado a alguien con esta dificultad, solo he leído sobre ella. Y de todos modos, hay poco escrito al respecto. La mente humana es un misterio.

—¡Yo no veo el misterio por ninguna parte! —exclamó Denna. Miró a Calder con desesperación—. No irás a creerlo, ¿verdad? Es obvio que se trata de puro teatro. Se ha dado cuenta de que es tarde, de que lo ha perdido todo y de que pagará por haberme amenazado, y ahora pretende... ahora quiere... salirse con la suya... otra...

Beth se puso en pie para ayudar a Denna a tranquilizarse. Temblaba de la cabeza a los pies y se

había puesto tan blanca como el papel.

—He ponderado esa posibilidad —dijo Calder, escueto—. Voy a ir a verlo. ¿Sigue en la cama?

—Sí, y será lo conveniente por los próximos días. Está muy aturdido y necesitará ayuda para ubicarse.

Calder asintió y abandonó la estancia con el corazón acelerado. No perdía de vista la opinión de Denna, pero él había hablado con Blake antes del fatídico resultado de la pelea y le constaba que se sabía ganador. Fingir amnesia no lo iba a beneficiar en nada porque ya tenía unos planes para hacerse con Gillander's Whisky y Cranston Castle. Lo que solo podía significar que, efectivamente, su hermano había perdido la memoria.

*Perdido la memoria.*

Calder se estremeció al frenar ante el dormitorio. ¿Qué significaría eso en lo sucesivo? ¿Qué consecuencias acarrearía? Tuvo que armarse de valor y paciencia antes de empujar la puerta y recibir la mirada desorientada del hombre postrado.

Blake se había levantado y estaba junto a la ventana, aturdido y nervioso.

—¿Cuánta gente va a venir a verme antes de que alguien me diga qué sucede? —espetó a la defensiva—. ¿Soy acaso el gibón del zoo de Bristol? No se acerque —lo amenazó—. No se acerque o le haré daño.

Calder levantó las manos.

—Tranquilo, Blake.

—Blake —repitió, como si no supiera qué significaba.

Calder asintió con la boca seca.

—Así es: Blake. Tu nombre. —Hizo una pausa necesaria al ver su ceño fruncido—. Ya me han informado de la situación. Parece ser que el golpe que te... diste ha afectado a tu memoria.

—¿Qué golpe? —exigió saber. La voz le tembló—. ¿Qué me ha pasado?

Calder se tragó el nudo que se le había formado en la garganta. Partiendo de que su hermano nunca había sido buen mentiroso, dudaba que alguien pudiera fingir una ansiedad como esa. Nunca había visto a Blake tan vulnerable. Tan desesperado.

—¿Por qué no te sientas y hablamos?

Vio la reticencia en sus ojos, como también supo que no tenía escapatoria. O aceptaba la versión del desconocido, o se vería atrapado en una mente en blanco hasta que un golpe de suerte le devolviera sus recuerdos.

Calder se estremeció al pensar en lo que estaría pasando por su cabeza; en lo que estaría viendo al mirarlo.

Para él no era su hermano, sino un completo extraño. Y quizá por eso empezó su relato desde ahí, porque no podía soportar que lo hubiera olvidado de repente, incluso si resultaba beneficioso para todos. Incluso si solo así podía ganarse el perdón definitivo, además de la oportunidad de devolver a la vida un vínculo podrido por las circunstancias. Calder supo, a raíz del incidente que involucró armas de fuego, que su relación con Blake jamás volvería a ser la misma. Que lo había



perdido para siempre. Pero ahora era mucho peor, porque Blake lo habría perdido todo. Incluso a sí mismo.

Intentó mostrarse comprensivo y ocultar la desoladora sensación que amenazaba con quebrarlo. Le contó dónde se encontraban, quién era él, quién era Calder... No entró en detalles ni especificaciones, y se reservó deliberadamente qué había ocasionado su pérdida de memoria y su enemistad con el resto de residentes de Cranston Castle.

Su hermano escuchaba con atención. Parecía diez años más joven; incluso más que Calder. La confusión le había quitado el característico y oscuro ceño, las arrugas en torno a la boca fruncida y la burla y crueldad de los ojos. Ahora era como un niño, desprovisto de un pasado que pudiera condicionar su futuro.

Llegar a esa conclusión aligeró la presión que le hacía daño en el pecho. En una situación como en la que se encontraba Blake, ¿era tan terrible haber sido víctima de ese revés? ¿No era el famoso borrón y cuenta nueva a lo que se aferraba la gente con una historia demasiado turbulenta para tener una segunda oportunidad...?

Una segunda oportunidad para Blake. ¿Tan malo sería empezar de cero, en lugar de partir de esa base de pecados que parecían imperdonables? Calder se sintió miserable por siquiera pensarlo, pero se consoló con que, si no hubiera llegado él mismo a esa conclusión, otros lo hubieran hecho en su lugar: todos los problemas que tenían, no solo Calder o Denna, sino el propio Blake, quedaban resueltos gracias a la amnesia. Así pondrían fin a la cruzada que él había comenzado, a las amenazas, e incluso podría inaugurar una nueva vida de soltero lejos de la influencia de su esposa; alguien que estaría encantada de saber que no tendría que responder ante Blake nunca más.

—Mi hermano —repitió—. Calder.

Él asintió con la cabeza.

—¿No recuerdas nada de verdad?

Blake hizo un esfuerzo por despertar la memoria. Clavó los ojos en la ventana y pasó un buen rato pensativo hasta que se rindió, exhausto.

—Nada... —murmuró—. No hay nada. Ni siquiera me suena haber visto tu rostro, ni el de la mujer rubia, ni... —Se frotó las sienes con manos temblorosas.

—¿Te duele la cabeza? —Blake asintió visiblemente turbado. Un ramalazo de ternura sacudió a Calder—. Ven, vuelve a acostarte. No pretendas recuperarte en unos minutos. Y no te preocupes, ¿de acuerdo? Tienes todo el tiempo del mundo para mejorar.

Blake le lanzó una mirada entre curiosa y agradecida. Era obvio que no sabía cómo dirigirse a él. Imaginaba que no debía ser fácil hacerse a la idea de que alguien que no recordaba era un personaje tan importante en su vida. Una vida pasada y que parecía ansioso por redescubrir.

Se metió en la cama con el ceño fruncido y Calder lo arropó.

—¿Nos llevábamos bien? —preguntó, vacilante.

Calder dudó antes de contestar.

—Hemos tenido nuestros altibajos, pero... sí. La mayor parte del tiempo estuvimos muy unidos.

Blake movió la cabeza afirmativamente, pensativo. Se quedó inmóvil bajo las mantas, sin apartar la mirada de Calder. Parecía querer preguntar algo más, pero quizá se tratara de aspectos muy personales que no esperaba que él supiera.

—¿Quién era la mujer? —quiso saber.

—¿La que te estaba velando? Bonnibelle. Se hace llamar la Reina de las Hadas.

Su semblante se suavizó, como si el nombre le pareciera mucho más que apropiado.

—¿Por qué lloraba? —preguntó en voz baja—. ¿Lo hacía por mí?

—¿Estaba llorando?

—Sí —murmuró—. Parecía quererme mucho.

Calder permaneció en silencio unos segundos, extrañado. ¿Por qué iría a llorar Bonnibelle, y ni mucho menos por Blake? Si algo sabía de aquella mujer, y si algo la caracterizaba por encima de su soberbia y brillantez, era que parecía incommovible. Entonces recordó que se conocían de ocasiones anteriores al disparo, y se preguntó si Bonnibelle no sería esa mujer con la que pretendía casarse. No le sonaba que la Reina tuviese un hijo de un matrimonio anterior, pero su distante y escueta respuesta a la pregunta por su familia le había dado mucho en lo que pensar.

—Regresaré en un momento —prometió—. Descansa.

Blake volvió a asentir, sin perder ese aire de fragilidad que le tenía el corazón en un puño. Su hermano, el hermano al que había conocido y tratado durante décadas, jamás habría permitido que lo vieran así. Y estaba seguro de que hubiera reaccionado con agresividad a una situación como esa: no soportaba que lo vieran enfermo o estar en inferioridad de condiciones. Era una característica que Calder siempre había asociado a los Houston, famosos por su carácter inflamable, pero ahora se preguntaba si esos brotes violentos suyos no habían sido producto de una infancia cruda. Calder no olvidaba la clase de trato que Blake había recibido por parte de su padre. Si ahora no recordaba a su padre, ni ninguna otra historia de su infancia... ¿Significaba que se convertiría en un hombre distinto?

Con la cabeza llena de preguntas, Calder fue a salir de la habitación.

—No tarde —pidió Blake desde la cama, atormentado—. Por favor.

Calder se lo juró antes de cerrar la puerta tras él.

En lugar de emprender un paso ligero e ir a buscar a Bonnibelle en busca de una explicación, apoyó la espalda contra la pared y cerró los ojos un instante. Tenía las emociones a flor de piel y nada le gustaría más que desahogar su frustración dando una patada al suelo; o, quizá, llorando todo lo que Blake no podría porque no encontraría razones por las que hacerlo.

Pero Calder sabía que le sobaban, y estaba ahora en su mano decidir si se las recordaba o las escondía. Una encrucijada se abría ante él, una vez más: decir la verdad aunque los devolviera al punto de inicio, a la persecución y al desprecio mutuo, o mentirle para que hallara la felicidad sin que lo persiguieran sus errores. Unos por los que no solo tendría que pagar Blake, sino el resto de los que vivían en Cranston Castle.

—¿Es verdad?

Calder abrió los ojos y miró a Lachlan a la cara. Era la primera vez que se dejaba caer por el pasillo que daba a su dormitorio, y no estaba solo: Drew lo había acompañado con el único brillo que sus ojos sabían producir. El de la morbosa curiosidad.

—Veo que se ha corrido la voz —espetó con sequedad.

—¿No recuerda nada? —inquirió Drew—. ¿Absolutamente nada?

Calder estuvo a punto de contestar que no era de su incumbencia, y exigir que le dieran el espacio y la intimidad que necesitaba. Sin embargo, sabía que no podía permitírselo. Todos estaban vinculados con Blake de alguna manera y aquello les afectaba.

—No. Nada.

—¿Y hay alguna posibilidad de lo que haga?

—Según la Reina, puede que algún día... Pero lo duda.

—Bendito milagro —murmuró Lachlan. Al recibir una fría mirada por parte de Calder, no tardó en expresarse—. ¿No lo ves? Esto era justo lo que necesitábamos. Estamos a salvo.

—Desde luego, tú lo estás —respondió Calder, perforándolo con los ojos—. Mientras no sepa que fuiste quien lo llevó a esta situación, no tendrás que preocuparte porque tome represalias.

—No hablo por mí. No le tengo ningún miedo ni siento el menor remordimiento. Estuviste presente; él me provocó.

Calder entornó los párpados.

—No me animes a tomar bandos, Hawke, porque podría no gustarte mi elección. —Aunque pretendía dejarlo ahí, el destello de traición que surcó los ojos de Lachlan le animó a decir lo que pensaba—. Estabas besando a su mujer. Yo no habría tenido piedad contigo. Ni siquiera habría esperado a que fueras tú el primero en lanzar el golpe.

—Preferiría que no comentarais el teatral reencuentro delante de mis narices. Me rompe el corazón recordar que me lo perdí —suspiró Hays—. Por mucho que escueza y en muy mal lugar que nos deje, que Blake no recuerde es una buena noticia.

—Está desorientado y deprimido —gruñó Calder.

—No me cabe duda de que debe ser desesperante no recordar quién eres, pero tiendo a empatizar mucho más conmigo mismo, y te aseguro que también es extenuante acostarte pensando que te harán pedazos en cuanto te descuides —ironizó Hays—. Lo has pensado, Calder, no mientas. Nos hemos quitado problemas.

No pudo quitarle razón.

—¿Qué sugieres? —ladró.

—Decirle lo que nos interese. Omitir el testamento, omitir incluso su boda con Denna; no dudo que la hará muy feliz quedar soltera sin tener que pasar por un costoso divorcio... Por supuesto, omitir la parte en la que mandaba a matones a hacerle daño a su mujer y a la tuya.

—No voy a manipular a mi hermano.

—Puedes dejar que lo hagamos nosotros —propuso Hays.

—¿Y qué pasa si recuerda? Cabe la remota posibilidad, y eso significa que, si al final

descubriera el pastel, se cobraría una venganza aún peor. No podría culparlo. —Sacudió la cabeza—. Olvídalo. No pienso actuar con esa despreciable premeditación. Todos los aquí presentes tenemos una oportunidad para enmendar el daño que causamos.

—¿Qué piensas decirle entonces? —quiso saber Lachlan—. Hace mucho tiempo que quedó claro que el traidor de tu hermano es más importante que quienes son leales a ti; incluso que tu propia herencia..., pero ¿vas a poner la vida de tu esposa en peligro? Te recuerdo que un maleante enviado por Blake la estranguló por placer. ¿Tampoco harás nada por protegerla a ella?

Calder se quedó en silencio. Fue invadido por toda clase de sensaciones contradictorias antes de rendirse por fin. Tenía que elegir bando, e incluso él sabía que no era ni justo ni honorable poner por encima de Beth y de sus socios a un hermano que lo había decepcionado.

—No le mentiremos, pero tampoco le contaremos la verdad —decidió, notando una dolorosa opresión en el pecho—. Soy el propietario de Gillander's y de este lugar porque él no consiguió engendrar heredero. Nunca intentó hacernos daño; en eso no daré mi brazo a torcer. Quiero que se le trate como a un hombre distinto. Lo que es, a fin de cuentas.

»Más tarde hablaré con Denna para que decida qué historia quiere contarle. A fin de cuentas, ya no son un matrimonio. Blake me lo confesó antes de que intervinieras.

Lachlan cambió el peso de pierna.

—¿Cómo?

—Blake consiguió la anulación por su incapacidad para tener descendencia. No sé cuándo, si antes o después de su desaparición, pero ya no hay un vínculo legal entre Denna y él.

—¿Lo sabe ella?

—No. Se lo diré esta noche. Yo —recalcó—, no tú. ¿Han quedado claras mis órdenes?

Haye asintió, pensativo, y Lachlan le sostuvo la mirada con severidad. Esperó a que dijera qué era lo que no le parecía del todo correcto en su enumeración, pero no dijo nada. Y como no estaba de humor para otra bronca, ni para señalarle punto por punto qué le había ofendido de su exhibición de violencia, se marchó en busca de Beth.

Para ella siempre estaba de humor.

Beth dio las gracias con una sonrisa a su doncella personal. Se llamaba Caitriona y había sido espectacular en cada una de sus labores, además de discreta y muy dulce. Sin hacer ni una sola pregunta ni dirigirle una mirada de reproche por lo que pretendía, la había ayudado a completar la tarea de llenar baúles.

La última vez que hizo las maletas fue en la Escuela de Señoritas de lady Acton, y entonces había tenido a una decena de muchachas revoloteando alrededor con cientos de preguntas en la punta de la lengua. Había dejado muy buenas compañeras en Minstrel Valley, y sin embargo, abandonar a Calder, a Denna y su vida apacible en Cranston Castle le causaba cuanta peor tristeza. Quería pensar que se debía a la naturaleza del viaje; no tenía más que una ligera idea de quién la esperaba en Londres, y con la suerte que tenía con los hombres, podía resultar un auténtico miserable. Pero sabía muy bien que la nostalgia no tenía nada que ver con Cassidy Davenport ni con Londres. El destino de Lochranza y la expectativa de casarse con un desconocido había sido considerablemente más preocupante.

Beth inspiró hondo y se llevó una mano al vientre. Llevaba unos días planeando su marcha, y ahora que Blake había despertado, no tenía tiempo que perder. Y como si su cuerpo supiera que estaba a punto de cortar vínculos con alguien a quien amaba, no había dejado de atosigarla con náuseas desde hacía una semana. Solo de pensar en marcharse, se le revolvió el estómago.

Le quedaba la conciencia tranquila porque había hecho todo cuanto estuvo en su mano por llevar su matrimonio a buen puerto. Porque lo había querido, arropado y acompañado cuando la necesitó... y también cuando se negó a aceptar sus atenciones. Beth estaba orgullosa de sí misma como nunca antes. En cuestión de meses había afrontado una serie de retos que había superado con creces, gracias a su templanza, paciencia y compasión. Ella superó sus obstáculos. No podía superar también los de Calder, aunque no podía decir que no lo hubiera intentado.

—¿Se marcha? —inquirió una voz cantarina.

Beth miró a la Reina de las Hadas con una ternura que no aprobaría. En Lochranza, y concretamente en ese castillo a punto de derrumbarse, vivían los personajes más pintorescos. Todos ellos compartían una característica común, y era que había que saber cómo tratarlos para lograr una convivencia aceptable. Cada uno contaba con una serie de manías distintas a las que no quedaba otro remedio que adaptarse. A Bonnbelle no le gustaba que la llamara «Bonnie»; se

quedaba paralizada cuando lo oía y, si bien no se quejaba, Beth había sido capaz de apreciarlo. Era orgullosa como todos los demás: ni Drew, ni Lachlan, ni Denna, ni su marido, ni tampoco Carmichael, al que había ido a visitar a su lecho para despedirse, estaban familiarizados con el aprecio sincero, y se aferraban a su aguerrido orgullo para que no fuese tan evidente que lo necesitaban. Beth siempre había pensado que era fría, práctica y distante, pero todos ellos la habían ayudado a descubrir que poseía un lado dulce y cariñoso.

Beth sonrió a la Reina con afecto.

—Así es —confirmó—. ¿Ha venido a despedirme? ¿Tan rápido se ha corrido la voz?

—¿Por qué quiere irse?

—Porque nadie quiere que me quede, y estoy tan acostumbrada a estar donde no se me echaría de menos que me apetece probar una sensación nueva. ¿No le parece justo?

—Más que justo —convino Bonnibelle con gravedad—. Tal vez antes de irse le interese saber dos cosas. La primera de ellas es que el señor Houston ha decidido que se le ocultará parte de la verdad a Blake; solo la que remite a su interés por Gillander's Whisky y por deshacerse del señor Hawke. Espera que así puedan vivir sin miedo, y dar una segunda oportunidad a todos para redimirse.

—No esperaba menos del señor Houston —dijo con un nudo en la garganta. Por darle alguna utilidad a sus manos, se entretuvo doblando un fino chal—. Adora a su hermano.

—Alguien debe hacerlo, en vista del rencor que se respira en este lugar. Estaría deseando regresar a las montañas de no ser porque vivir aquí me permite estar cerca del señor Hawke —comentó, con la nariz arrugada—. El aire es más denso y oscuro en Craston Castle. Incluso diría que está podrido. No me gustan las sensaciones que vibran en el ambiente. —Hizo una pausa—. Usted es la única que arroja un poco de luz entre tanta oscuridad. Una mujer que no conoce la suspicacia, a la que jamás ha movido el rencor o la venganza; íntegra, honesta y generosa.

Beth sonrió sin querer. La vio tan pequeña, de físico tan vulnerable, que no pudo resistirse y le dio un abrazo. No era precisamente alta, pero Bonnie no medía ni siquiera un metro cincuenta, y el gesto se sintió como si hubiera atrapado a una pequeña hada.

Lo que en realidad era.

—Yo también la echaré de menos —le aseguró—. Le escribiré ahora que sé la dirección. Podría mandarle algunos remedios botánicos desde Londres, si quisiera; allí reside el mayor gremio de médicos de Inglaterra.

—Dios santo, ni se le ocurra. Lo que me mandara vendría contaminado por el suntuoso ego de esos petimetres. Quién recoge las plantas y con qué objetivo lo hace juega un papel crucial a la hora de fabricar la medicina.

Beth se separó de ella, divertida con la convicción con la que hablaba. Para su sorpresa, la Reina le había devuelto el abrazo.

—En ese caso me limitaré a contarle lo que hago en la ciudad. Lo encontrará tremendamente aburrido en comparación con lo que se hace aquí.

—Desde luego, no se me ocurrió que tendría tanto trabajo cuando vine. Una herida de bala, unas terribles quemaduras, un hombre entre la vida y la muerte... Nunca me aburriré bajo este techo.

—Espero que las pullas del señor Haye no consigan espantarla —bromeó.

—Ya le gustaría.

Beth soltó una risita casi por obligación. Enseguida volvió a su expresión cansada.

—Oh, Bonnie... —suspiró—. Prométame que cuidará del señor Houston. De los dos, no solo de mi marido. Hace poco me di cuenta de que la herida de la pierna solo era una manifestación física de la espina que tenía clavada en el corazón. Nada lo curará más rápido que saber que su hermano se encuentra bien.

—Se lo prometo.

Beth se dio por satisfecha y esbozó una sonrisa llena de amargura mal disimulada.

—¡Oh! —recordó de pronto—. ¿Qué era lo otro que quería decirme? Ha dicho que me interesaría saber dos cosas. La primera es la salud de Blake Houston, y la otra...

—La otra es que está usted embarazada —dijo con tranquilidad—. Pensé que le interesaría saberlo antes de partir a un destino incierto.

La sonrisa que curvaba sus labios se agrietó. Involuntariamente se llevó una mano al vientre.

—¿Cómo? —jadeó sin voz.

—Anoche sirvieron ensalada de langosta y tuvo que retirarse porque el fuerte olor acentuó sus náuseas; el jueves también, con el estofado de carne, y así con todos los aromas intensos. Su evidente desgana y cansancio es otro síntoma a tener en cuenta.

Beth fue a responder que eso era una estupidez, pero recordó haberse preocupado por la ausencia del periodo. Llevaba más o menos seis semanas sin saber de él, y nunca se le había desregulado; sangraba cada veintiún días sin excepción.

—¿Usted cree? —musitó.

—Estoy segura. Y usted sabe que es posible. Lo es, ¿verdad?

Beth asintió, abstraída.

—¿Hay alguna forma de estar segura?

—¿Científica? No. Pero Nicholas Culpeper, un médico del siglo diecisiete, decía que si tras la unión carnal una mujer quedaba más satisfecha que nunca, significaba que había engendrado. Sorano de Éfeso decía que si siente que después del coito se le erizan los vellos de la piel y se le cierra el orificio vertical, estaría embarazada. Si quiere que no aseguremos, Hipócrates de Cos propuso hacer ingerir hidromiel a la mujer antes de dormir. Se dice que a una grávida se le formarían cólicos, y una que no, dormiría como una bendita, pero me parece excesivo causarle un doloroso cólico solo para asegurar algo de lo que, de ser cierto, estaríamos seguros en unos meses. —Aireó la mano—. Hay otros remedios menos desagradables, aunque incómodos; dormir con cebollas entre las piernas...

—Dios santo, preferiría no hacer eso.

—Yo tampoco, sobre todo teniendo en cuenta que alguien se la tendría que comer. —Al ver la mueca de Beth, encogió un hombro—. El papiro egipcio de Carlsberg aseguraba que era una forma de verificación, igual que otros textos alemanes del diecisiete.

—¿Cómo ha llegado usted a leer todo eso?

—Tengo toda clase de amigos repartidos por Europa y el continente americano —respondió, evasiva—. Si quiere, podríamos...

La puerta se abrió en ese preciso momento, y un Calder con el ceño fruncido apareció con la obvia intención de detenerla. No separó los ojos de Beth en ningún momento, pero de alguna manera le hizo saber a la Reina que estaba tardando en desaparecer. Se marchó a su propio ritmo, no sin antes dirigirle un vistazo significativo a la muda Beth.

Se había quedado sin aliento al reconocer en los ojos de su marido esa clase de determinación que movía montañas.

—¿A dónde crees que vas?

\*\*\*

Calder no se preguntó por qué Beth estaría tan pálida, como si hubiera recibido una noticia impactante: en cuanto Caitriona le hubo informado de que la señora pretendía marcharse —y no solo eso, sino que tenía las maletas preparadas—, se le nubló la mente y estuvo a punto de perder los papeles.

Avanzó hacia ella, cegado por la intensa emoción. En cuanto Beth notó sus dedos sobre la muñeca, instándola a soltar el chal que estaba doblando, salió de su ensimismamiento y reaccionó de mala manera.

—Te dije que me marcharía en cuanto Blake despertara. ¿Qué es lo que te sorprende tanto?

Tenía razón. Pero nunca quiso creerse del todo su amenaza. Pensaba que se le pasaría, que cambiaría de opinión; que perdonaría su estúpido impulso y volvería a mirarlo con esa infinita paciencia que tanto adoraba.

—De lo que se dice a lo que se hace hay un largo trecho.

—Entre los hipócritas eso es muy común, pero ¿cuándo he dado yo a entender que no cumplo mis promesas? Soy fiel a mi palabra hasta el final.

—A tu palabra sí, pero parece que a tus votos no.

Beth soltó una risita incrédula.

—¡Llevas todo este matrimonio diciéndome que no tengo que cumplir ninguna responsabilidad! ¿Y ahora vienes con que te molesta que ignore mis votos? Está claro que he tardado muchísimo en hacerlo.

—No es el momento de que te vayas. Mi hermano ha perdido la memoria, y...

—Si tanto quieres a Blake, deja de usarlo para alejarme o acercarme a ti según te conviene. Sé que te duele y te preocupas por él, pero...



—Te necesito —admitió—. Necesito que te quedes.

Ella vaciló.

—¿Hasta cuándo?

—Para siempre.

Beth bufó e hizo ademán de darse la vuelta; Calder lo evitó sosteniéndola por la cintura. La pegó a su pecho con un movimiento que trajo consigo ese perfume femenino que tanto había echado de menos.

—No me des la espalda —susurró, muy cerca de sus labios.

—No me des órdenes.

Calder contuvo una sonrisa inapropiada y se la quedó mirando absolutamente embelesado. Saber que no iba a permitir que se fuera a ninguna parte impedía que se corriera la voz de alarma. Estaba tan seguro de que Beth pertenecía a su lado que no contemplaba otra posibilidad que su permanencia en Cranston Castle, por muy decidida que ella pareciese o muy exasperante que él fuese. Pero estaba dispuesto a dejar de serlo. Abandonaría todos sus defectos y se fabricaría unos nuevos, más soportables, para que dejara de sufrir por su culpa.

Beth debió ver algo especial y singular en su mirada, porque se ruborizó con suavidad.

El corazón le dio un vuelco.

—Me estoy controlando para no besarte.

—¿Por qué? —respondió con altanería.

—Porque tienes derecho a estar enfadada, y sé que si te beso dejarás de estarlo.

—Eres un arrogante.

—Y tú eres muchas cosas que antes no eras, pero te quiero en todas tus pieles, con tus máscaras y también al desnudo. Te he querido cuando te presentaste como una mujer obediente y ahora que te revuelves entre mis brazos.

Ella dejó de sacudirse. Se quedó laxa, y un luminoso brillo de satisfacción surcó su mirada sorprendida. A pesar de eso, no le regaló una sonrisa ni dio su brazo a torcer con rapidez.

—Diciéndome palabras bonitas no vas a conseguir que te perdone.

—Pareciera que a base de besos te he contagiado mi estúpido orgullo.

—Me alegra que reconozcas que es estúpido.

—Puedo reconocer muchas cosas más que no quería escucharte, pero con las que demostrabas que eres mil veces más inteligente que yo.

—¿Vas a admitir que querías librarte de mí?

Calder perdió la sonrisa divertida. Le sostuvo la mirada con seriedad.

—Yo jamás he querido apartarte de mi lado.

—Mentiroso. Incluso en la propia boda intentaste quitarme del medio.

—Porque con solo mirarte a la cara pude predecir que serías mi mayor tormento.

Ella desvió la vista a la pared lateral.

—No es eso lo que una mujer quiere escuchar, y menos una que todo cuanto ha querido ha sido

hacerte la vida más sencilla.

Calder rescató la lágrima rebelde que estaba a punto de asomar por la esquina de uno de sus ojos.

—Yo no tenía ni tengo una vida sencilla, y tú eres tan dulce y gentil que no sentía que debieras sufrir lo mismo que yo. Te lo he dicho muchas veces y nunca has podido entenderlo porque tienes una visión distinta de lo que es el amor. Hemos estado luchando por ver quién cedía antes... y has ganado, mi vida.

Beth volvió a mirarlo con los ojos húmedos.

—Me dijiste que el amor nos vuelve exigentes y no quería reconocerlo hasta que no me ha quedado otro remedio; hasta que me he dado cuenta de que, cuando un hombre ama, no le basta con vivir con el convencimiento de que ha procurado la felicidad de la persona que quiere. Quiere que sea feliz con él, y solo con él. Y créeme, Beth... Cuando un hombre ama como yo te amo a ti, soñar no es suficiente. Nunca lo ha sido. Así que vas a tener que quedarte, porque si te vas, te seguiré. Ahora me siento capaz de correr.

Beth soltó una risita llorosa que lo contagió al momento. Pasó los pulgares por sus mejillas húmedas y las besó con los labios entreabiertos, saboreando su piel salada.

—No iba a marcharme —confesó, rodeándolo con los brazos.

—Es la primera vez que me alegro tanto de que te apiades de mí.

—No es por eso. Es por algo que la Reina de las Hadas ha insinuado.

Calder arqueó una ceja.

—¿Qué te ha dicho?

Se humedeció los labios y se acercó a su oído para susurrar algo que le puso el corazón en un puño. Calder se quedó estático un instante, con la mente bloqueada y los latidos suspendidos. Miró a Beth en busca del menor amago de burla, pero sabía que ella no bromearía jamás con algo de ese calibre.

Un chispazo de emoción desbordante lo recorrió de la cabeza a los pies al mirarla a los ojos. Todo se desvaneció alrededor.

—¿No vas a decir nada...? ¡Arg!

Beth se aferró enérgicamente a su cuello cuando él la levantó en vilo. Fue a decir algo, pero la boca de Calder la cubrió antes. La besó con el alma en los labios y la sostuvo contra su pecho, como si quisiera encerrarla dentro. No se separó de ella hasta que sintió que necesitaba aire para seguir de pie.

Sus ojos azules despedían destellos del color del zafiro.

—Me has cogido en brazos —hizo notar—. Eres oficialmente el hombre de mis sueños.

—Pues espera a que pueda cargarte por todo el pasillo.

—¿Y si me cargas solo hasta la cama? La tienes al lado.

Calder sonrió con todos los dientes.

—Merecerá la pena el esfuerzo.

## Epílogo

Denna se cansó de jugar con la pluma estilográfica y la arrojó de mala manera sobre el escritorio. Había sido convocada en el despacho de Calder por motivos desconocidos y no podía deshacerse de un mal presentimiento. No era ningún misterio en torno a quién giraría la conversación; el señor del castillo torcía la boca de una forma muy característica cuando hablaba de su hermano, por el que se desvivía desde que había abierto los ojos. La pregunta era... ¿Qué tenía que decir sobre él? Dudaba que la reprendiese por haberse mantenido distante, y si lo hacía, Denna ni siquiera se plantearía complacerlo haciendo una visita al dormitorio. Blake la había cazado una vez con la guardia baja, pero no lo haría una segunda. Eso jamás.

Era evidente que estaba mintiendo. Denna sabía qué alcance tenía su retorcida mente y lo bien que se le daba manipular a los demás. Pero el resto, o bien no se daba cuenta o prefería seguirle la corriente. Ella no entraba en ese grupo. Lo conocía bastante mejor que ningún otro; había vivido y padecido su lado perverso, y estaba segura de que era capaz de eso y de muchísimo más.

—Veo que ya te has puesto cómoda —comentó Calder a su espalda.

Denna no se movió, consciente de que la expresión revelaría su sentir respecto a la misteriosa reunión. Se esforzó por componer un semblante razonablemente amable y esperó a que Calder, armado con el bastón más por si se cansaba que porque lo necesitara, tomara asiento frente a ella.

Denna resistió al profundo escrutinio al que la sometió.

—¿De qué querías hablar conmigo? —preguntó antes de que se la comieran los nervios.

—De tu matrimonio.

Ella asintió como si el asunto no la rozara ni de casualidad.

—¿Y bien? Tú dirás.

Calder entrelazó los dedos sobre la mesa y la siguió estudiando, como si fuera la pieza de un puzle que no terminaba de encajar por ninguno de sus lados.

—Antes de que coincidiera con Lachlan, Blake me mencionó unas cuantas cosas que te afectan directamente —empezó, muy despacio—. En vista de lo que ha sucedido, me parece prioritario conocer tu opinión al respecto y darte la opción de elegir.

—¿De qué se trata?

Calder se tomó un segundo para respirar.

—Blake y tú ya no estáis casados. Anuló el matrimonio por tu supuesta incapacidad para darle

hijos en un periodo de varios años. No me preguntes por las particularidades del proceso, puesto que las desconozco y él no las recuerda... Pero me comentó que estaba hecho: el vínculo entre vosotros se ha disuelto.

Un remolino de sentimientos contradictorios la absorbió. Sintió que se quedaba sin aire, y que tanto la impresión de haber sido traicionada como un alivio curativo la envolvían en la misma espiral.

Denna no pudo decir nada durante unos segundos. No sabría decir si le habían arrancado el corazón de cuajo, y con ello la última esperanza, o si se lo acababan de devolver.

—¿Y qué es lo que se supone que puedo elegir? —ironizó, aparentando indiferencia—. Sobreentendiendo que nada de la anulación.

Calder sacudió la cabeza.

—Puedes elegir entre quedarte aquí... y encontrar la manera de ser feliz en otra parte, lejos de todo esto. Ya nada te une a Blake —le recordó—. No le debes lealtad, ni fidelidad.

«Nunca le di ninguna de las dos cosas».

—Si te quedas —continuó Calder—, podrás elegir qué historia le cuentas sobre vosotros. Preferiría que le dijeras la verdad, pero entiendo que no puedo pedir algo así cuando yo tampoco se la voy a contar del todo. Si quieres confesar que fuisteis marido y mujer, adelante. Si quieres fingir que nunca hubo contacto entre vosotros...

Denna dejó de escuchar. Un pitido desagradable se insertó en sus oídos. De repente sintió que perdía el equilibrio.

Nada de Blake.

Borrarlo todo...

Sin más.

La posibilidad coqueteó con ella durante unos angustiosos segundos. Y cuando se cansó de ser atosigada por la responsabilidad de una decisión que no deseaba tomar, clavó los ojos en Calder, que insistió en que tenía todas las puertas abiertas con un sencillo:

—Tú decides.

Continuará...

## Nota de autora

Las enemigas acérrimas de las novelas que no acaban con todas las tramas cerradas y misterios resueltos me van a odiar, pero eso a lo que me arriesgo por no haber prevenido. Eso sí, quiero dejar claro desde ya que cada libro ambientado en Eilean Arainn guardará gran relación con el anterior y con el siguiente; que estas historias son autoconclusivas en cuanto a la relación de la pareja principal (lo importante, teniendo en cuenta que es romántica), pero lo demás tiene su continuación en los siguientes. Todos los personajes son pieza clave en cada trama, como ya se habrá observado, lo que quiere decir que, básicamente, tendremos un poquito de todos en cada uno. No os preocupéis, que todas las preguntas serán respondidas en próximas entregas. Así es como está cuadrado.

Algunas se habrán dado cuenta, pero las que no, que sepan que Beth es un personaje secundarísimo de la segunda novela de Minstrel Valley, *El profesor de baile de la señorita Seymour*. Su aparición allí es estelar, pero por si quisierais leer algo más sobre ella, solo tendríais que ir para allá.

Pido disculpas si alguien por aquí sabe hablar gaélico escocés con fluidez y me he inventado las frases. Mis medios son muy limitados. Ya sabéis cómo se las gastan los traductores online.

En otro orden de cosas, quiero darle las gracias a mi libro de *Alucinógenos, Venenos y Afrodisíacos* por haber nutrido gran parte del imaginario de la Reina de las Hadas, y por encima de este tocho infumable, a Natalia, futura farmacéutica experta en herboristería y heridas de cojos. De no haber sido por ella, es probable que la historia me hubiera quedado más surrealista de lo que ya es. Y es posible también que esta novela hubiera acabado olvidada en las profundidades de mi Word, un lugar muy oscuro al que se entra y del que muy pocas veces se sale. Ella sabe lo fácil que es manipularme para que termine un libro.

Gracias a mis chicas beta en general, por leerse las ochenta páginas que paso en apenas unas horas y por la cantidad de *stickers* de corazoncitos que he conseguido recolectar gracias a los mensajes de amor hacia los personajes. Bueno, hay algunas que prefieren pasar *stickers* de personajes históricos conocidos por su tiranía, por no decir algo peor, pero eso ya es otro tema.

Y gracias a ti si has leído la nota de autora hasta el final. La gente que lee las notas de autora es mi preferida del mundo mundial.

Si te ha gustado  
*Cuando un hombre ama*  
te recomendamos comenzar a leer  
*Karma, ¿por qué me odias?*  
de *Daniel de la Peña*



Prólogo

Pensaréis que soy un tanto drástica al afirmar que el karma me odia. Lo sé, pero es lo que pensaba y, seguramente, también era un poco *prota de culebrones*. No es que me fuera la marcha o que disfrutara con los traspies de la vida, que hay gente que exprime esos momentos de flaqueza para hacerse la víctima y aún encima gozan de ello. A mí lo que me pasa es que el karma me tiene una tirria inmensa. O, si no, que alguien me explique por qué yo las decepciones amorosas no me las comía de una en una, sino de par en par, así: bien servidita. O por qué cuando estaba a punto de alcanzar mi sueño se fue por el retrete. ¿Os he convencido ya? ¿Aún no?

Pues no abandones el avión y te animo a que te acomodes. Te vas a reír, eso sí que te lo puedo adelantar. Así que te invito a que averigües por ti misma por qué el puñetero karma me odia tanto. Más que yo a las dietas, al pavo *light* o a los capítulos de la temporada final de *Juego de Tronos*. Que ya es decir...

## Cotilleos

Seguramente os estaréis preguntando qué hacía yo encerrada en el retrete del baño de mujeres de una de las editoriales más destacadas del país. No es que me enclaustrara allí por gusto, aunque casi hice voto de silencio para que no me descubrieran.

La respuesta era muy sencilla; me habían citado para reunirme con mi editora, la correctora ortotipográfica y la diseñadora de la portada de mi ¡primera novela! Sí, iba a publicar mi primer libro de la mano de una gran editorial. No podía estar más contenta, llevaba más de dos meses trabajando con ellos y estaba todo casi listo. La reunión consistía en corregir algunos fallos de ortografía, de expresión y elegir la portada adecuada. ¡Había disfrutado tanto del proceso que me daba pena que llegara a su fin! Aunque después tocaba lo mejor: comunicarlo a mis pocos seguidores de Instagram, recibir el libro en casa y comenzar un romance con él, tocarlo, olerlo, acariciar sus páginas. ¡Cien por cien excitante! Bueno, ¡qué me voy por los cerros de Úbeda!... Había llegado con unos minutos de adelanto y, siempre que estoy nerviosa, me entran ganas de orinar, no puedo evitarlo. Así que busqué un baño para aliviarme. Cuando entré no había nadie, abrí la puerta de uno de los retretes, la cerré con cuidado y me senté sobre la taza. A los pocos segundos de terminar, sin haberme subido las bragas, escuché que se abría la puerta del baño y el sonido de unos tacones accediendo. Pude distinguir dos voces femeninas. Claro, Alba. ¡Estabas en el baño de mujeres!, ¡qué aguda eres! Yo quedé muda y apenas pude moverme, no sabía muy bien

el porqué de mi comportamiento. Cualquier persona normal y corriente hubiese terminado de hacer sus cosas, subido su ropa íntima, el pantalón y hubiese salido del retrete para lavarse las manos. No, yo no. Ya te darás cuenta de que intento ser normal, pero pocas veces lo consigo a mis treinta años.

Las dos mujeres hablaban con rapidez, casi susurrando, pero podía entender algunas de las frases que decían. Apoyé mi oreja en la puerta del retrete para escuchar mejor. Menuda escena, menos mal que nadie podía verme. ¡Lo que hace una por marujear!

«Espero que no nos monte un numerito», dijo una de ellas. «Si lo monta que lo monte, tiene que respetar las decisiones de los demás», respondió la otra con aires de grandeza.

¡Madre mía! ¡Qué culebrón! La cosa se ponía interesante y cada vez hablaban más bajo. Me apoyé aún más en la puerta.

—Lidia, a mí no me sentaría bien...

—Bueno, nena. Eso ya no es cosa nuestra. ¿A qué hora llega?

—Nos han puesto la reunión con Alba dentro de diez minutos.

Me aparté de la puerta y tragué saliva. Alba era yo y la reunión dentro de diez minutos la tenían conmigo. Sentí un micromareo y me apoyé en una de las paredes del habitáculo. ¿Qué pasaba? ¿Por qué iba a montar un numerito? ¿Iban a retrasar el lanzamiento de la novela? ¿Quizás pretendían cambiar mi estilo? Comenzaba a dolerme el trasero porque ya llevaba un buen rato sentada en la taza. Tenía que saber más. Entonces una duda me asaltó: ¿y si no querían mi libro? Intenté calmarme y pensé que eso era casi imposible, ya había firmado el contrato. Seguramente sería alguna corrección o un cambio de estilo en la portada.

Solo había una forma de salir de dudas, pegar el oído a la puerta. Estaban lavándose las manos, podía escuchar el agua salir del grifo y bailar con los dedos.

—Nena, vamos preparando todo.

—Lidia, te veo muy tranquila. ¿Tú sabes por qué hemos citado a Alba?

Mis latidos se aceleraron. ¿Por qué? ¡¿Por qué?!

—Por el capítulo que hay que suprimir, ¿no? Tampoco veo tanto drama.

—No, por eso no.

—Ah, ¿no? Nena, cuéntame.

—La hemos citado porque el director...

¡¡¡¡¡ZUUUUUUUUUUUUUUUUUM!!!!!!

En ese momento, la calificada como «Nena» encendió el secador de manos y no pude escuchar nada más. A los pocos segundos, oí que sus taconeos se dirigían hacia la puerta y ambas salían del baño. Para rematar, la tal Lidia soltó como frase de despedida «¡Joder, menudo *show!*!».

No sabía qué hacer. Terminé de vestirme y suspiré. Tenía ganas de salir corriendo. Quizás podía llamar a mi editora, decirle que me encontraba mal y que no podía asistir a la reunión. Aunque había muchas posibilidades de que me la encontrara por alguno de los pasillos al intentar huir. Intenté calmarme, recordé un artículo que había leído en internet sobre cómo mantener la



calma haciendo respiraciones profundas. Lo intenté y os aseguro una cosa, un baño público no es el lugar idóneo para hacer respiraciones profundas.

Decidí no dar importancia a lo que había escuchado e ir a la reunión tal y como estaba acordado.

Pero antes de contarte lo que pasó, me gustaría que regresáramos tres meses atrás para que sepáis cómo llegué hasta allí. Ya habrá tiempo para que te asombres con lo surrealista que fue todo.

## **¿Podrías resistirte a la mujer apropiada si apareciera en el momento menos oportuno?**



Desde que el enemigo de su familia desapareciera sin dejar rastro, Calder Houston se ha resignado a una vida en constante alarma y al sufrimiento de una herida mortal. Entre tratamientos paliativos y pesadillas lo acompaña una única preocupación: mientras no engendre un heredero legítimo, el bienestar de su empresa y de quienes le rodean correrá peligro. Y estaba convencido de que no tomaría ese riesgo hasta que conoce a su futura esposa.

Beth MacDuff no le teme a nada por el simple hecho de que siempre ha vivido con el enemigo; un padre violento que la detesta y gustosamente habría hecho de su existencia un infierno. Por eso no la impresionan ni molestan los desesperados intentos de su marido por apartarla de su lado, no cuando su implacable voluntad flaquea al mirarla. Mientras Calder está decidido a resistirse por amor y piedad hacia ella, Beth está preparada para demostrarle que ha llegado para salvarlo.

**¿La salvará él a ella a tiempo?**

**Eleanor Rigby** es el seudónimo bajo el que escribe una andaluza amante de las letras. Le apasiona la historia, el arte y la música, y durante muchísimo tiempo también la danza, que practicó durante diez años en un conservatorio superior. Actualmente estudia Historia del Arte en la Universidad de Granada, e intenta crear un estilo propio que abarque todos los subgéneros románticos posibles.

Edición en formato digital: febrero de 2020

© 2020, Eleanor Rigby

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18122-29-3

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |



megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](https://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

## NOTAS

### Capítulo 11

[1] Mi vida.

### Capítulo 18

[2] Fragmento de la leyenda *Tomás el Rimador*, traducida por Robert Grave.

### Capítulo 21

[3] Eres lo más bello que he visto.

[4] Quiero hacerte el amor.

### Capítulo 26

[5] No llores, mi sirena.

# Índice

Cuando un hombre ama

Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Capítulo 24  
Capítulo 25  
Capítulo 26  
Capítulo 27  
Capítulo 28  
Epílogo  
Nota de autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro



Sobre Eleanor Rigby

Créditos

Notas